

Selecta

BEL DICIEMBRE

*Na pude elegir
na amarte*

TIEMPOS DE CAMBIO 4



No pude elegir no amarte
Cuarta y última entrega de la serie
Tiempos de cambio

Bel Diciembre

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

—Dice que quiere hablar contigo.

Lo miró de nuevo. Hacía rato que se había dado cuenta de su presencia, aunque no acababa de tener claro por qué. A fin de cuentas, estaba en un club atestado de hombres. Un sujeto más, a quien no conocía, no tenía por qué ser distinto. Sin embargo, algo había en aquel tipo que había provocado su atención. Tal vez era que no parecía estar allí para su propio disfrute. La inmensa mayoría de los hombres que iban cada noche al Joe's Club tenían los ojos inyectados en alcohol y una sonrisa lasciva y absurda en sus labios. Muchos venían en grupos de dos o tres y se jaleaban los unos a los otros para ver cuál de ellos decía la grosería más fuerte a las muchachas que bailaban o para reírse de sus propias gracias como si de verdad hubiesen dicho algo más inteligente que la burda expresión de sus deseos. Algunos, más osados, llegaban a hacer gestos y a acercarse a las bailarinas para intentar tocarlas, y acababan recibiendo el empujón de Zacharias, guardián de la seguridad del club, de dos metros de alto por casi dos de ancho, tan rudo y bruto como bueno y compasivo, y a quien las chicas mimaban y cuidaban como si se tratase de su hermano.

Sin embargo, ese hombre se había situado en una esquina de la barra sin quitarse el sombrero, como si estuviera de paso, fumando unos cigarrillos cortos y observando el local y sus clientes con más interés del que había puesto en el escenario y las bailarinas. Su expresión parecía transpirar en todo

momento desconfianza. Su mirada, una mezcla de odio y desprecio. Su postura, la tensión previa a un ataque.

No, sin duda no estaba allí ni para disfrutar, ni pretendía pasar desapercibido. Más bien al contrario, todo su halo parecía que estaba gritándole al mundo «Mucho cuidado con rozarme siquiera».

Así que Olga miró a Zacharias y le pidió mudamente que no la perdiese de vista, mientras se acercaba a él cruzando el salón y esquivando a los más borrachos que, al verla vestida con aquellas pocas ropas de gasa transparente, pero con suficientes capas para volverse tupidas, intentaban cogerla con torpeza.

El desconocido se había percatado de su paso en cuanto lo inició. Así que también tuvo que soportar su mirada acerada durante todo el trayecto. Pero Olga no se amilanó. Levantando un poco la barbilla, fijó sus ojos en su objetivo y procuró no parpadear más que lo mínimo.

—Me han dicho que me busca —le espetó cuando estaba a medio metro.

Por toda respuesta se limitó a hacer un gesto de asentimiento, aunque una ligera sonrisa apareció en sus labios, la cual, lejos de dulcificar su expresión, le otorgó un halo de mayor peligrosidad, como si se tratase de un felino relamiéndose ante su presa.

—Tengo prisa. He de actuar en un minuto. Dígame a qué ha venido.

Todavía se tomó su tiempo, tal vez, diez o quince segundos, los precisos para aumentar la expectación o hacerle perder la paciencia. Quizás, era un hombre singular, pero Olga llevaba suficientes años metida en antros como aquel para saber lidiar con todo tipo de elementos masculinos. Inició un movimiento que indicaba que iba a girarse y desandar sus pasos cuando oyó su voz profunda.

—Traigo un recado de Florence.

El nombre de su amiga despertó todas las alarmas. La noche pasada no había conseguido verla y tampoco había sabido saber de ella durante la mañana. Podría haberse levantado temprano para irse a pintar por las calles como le

gustaba hacer, pero Olga tenía el presentimiento de que no todo iba bien. Su amigo común, Mario Tancredi, había sido el último en verla cuando tuvo que llevársela corriendo del despacho del notario, después de haber recibido un golpe por parte de su odioso cuñado, preso de la ira al conocer que ella había sido nombrada heredera de una de las propiedades de su hermano fallecido. El exmarido de su amiga había reaccionado con violencia y la había defendido de aquel ataque, lo que hablaba a su favor, pero no se fiaba nada de aquel aristócrata estirado y prepotente que había repudiado sin compasión a su mujer por un error y que, desde entonces, la tenía apartada de sus hijos, lo que le generaba tanto dolor.

—¿Dónde está?

—En la mansión Ressay.

Olga sintió un escalofrío. Michael Firth, vizconde de Ressay, era el exmarido vengativo y despiadado.

—Saparova, es tu turno.

Quien había gritado desde un lado del escenario era Joe, el dueño del club. Debía representar su último número. Miró de nuevo hacia el hombre.

—¿Podría esperarme? Necesito que me aclare alguna cosa.

Asintió con la cabeza segundos más tarde de haber levantado las cejas como si le sorprendiera la petición o la considerase osada, pero Olga no tuvo tiempo de analizar más aquella expresión puesto que los primeros compases de su número estaban ya sonando.

Se trataba de una pieza tan divertida como atrevida e insinuante, con la que solía acabar la actuación de la noche para garantizar que los clientes volviesen otro día. Acostumbraba a mirar de manera directa a algunos, guiñarles el ojo a otros o señalarlos con el dedo intentando que fuera lo más íntimo posible. Esa noche, sus movimientos fueron los habituales, pero sabía que, por encima de todos, era aquel hombre quien la estaba taladrando con la mirada; aunque en ningún momento sus ojos se posaron en él. Debía reconocerlo, se sentía intimidada, tal vez por primera vez en su vida, y esa

sensación no le gustaba, pero tampoco podía hacer nada por erradicarla.

Al acabar la actuación descendió del escenario por las escaleras centrales para llegar con más rapidez a la esquina de la barra donde la esperaba el desconocido. Varios hombres de entre el público, que se habían sentido aludidos por sus atenciones, confundieron ese gesto con la expectativa de un acercamiento y se lanzaron hacia Olga con claras intenciones de retenerla. Zacharias apareció raudo, pero, sin duda, lo que detuvo de manera tajante las intenciones fue oír a la bailarina declarar que debía llegar dónde su prometido la esperaba señalando a aquel tipo con cara de malas pulgas y mirada de hielo.

La estrategia de inventarse un novio siempre funcionaba y solían dejarla tranquila durante uno o dos meses. A veces menos, si no conseguía embaucar a algún infeliz para que se hiciera pasar por el enamorado y compareciese en la sala de vez en cuando.

Por eso Olga, sin pensárselo demasiado, había aprovechado la visita de aquel no habitual para hacer creer que podía volverse en alguien asiduo. La diferencia era que el tipo no parecía ningún cándido papanatas y, si bien eso podía ser más efectivo para sacarse a los molestos moscones, tal vez había sido algo atrevido a juzgar por la mirada de desconfianza y cierto enfado que había colocado al oír la señalarlo como su prometido.

—Lo siento —le dijo al oído para que no los oyese nadie y, al tiempo, para hacer creer que estaban compartiendo un momento de intimidad—, pero, por favor, no me delate. Si creen que tengo novio, me dejan tranquila durante un tiempo.

Él se limitó a mirarla repasando el perfil de su cara, buscando en sus ojos algún atisbo de mentira o burla y acabando en sus labios al tiempo que se los mojaba él a sí mismo.

—Y ¿se contentan con su palabra o debemos dar alguna evidencia más contundente?

—No —replicó ella con más aparente seguridad de la que sentía al notar su

mirada clavada en su boca—. Así es suficiente. Pero ahora, dígame ¿qué hace Frence en casa de su exmarido? ¿La retiene contra su voluntad?

—No. Ha sido ella quien ha tomado sin coacciones la decisión de quedarse. Ressay está enfermo.

—¿Enfermo? ¿Qué tiene?

—Difteria.

—Pero eso es muy contagioso.

Aunque no era una pregunta Olga esperaba alguna respuesta, sin embargo, estaba claro que aquel hombre parecía economizar las palabras y, tras esperar unos segundos sin éxito, continuó:

—Quiero verla —dijo volviendo a simular firmeza en su voz pese a la falta de convencimiento.

—No es buena idea.

—¿Por qué no?

—Usted misma lo ha dicho. Es contagioso.

—Necesito saber si Frence está bien.

—Lo está.

—Y ¿tengo que fiarme de su palabra?

—Yo diría que ha hecho concesiones mayores a la candidez diciendo a todos estos que yo soy su prometido. Ahora podría llevármela de aquí y nadie movería un dedo para impedirlo.

Lo había dicho en un tono neutro que no parecía amenazante, pero tampoco parecía una broma. Al menos, nada en su expresión delataba ironía o juego. Mantenía la mirada fija en ella. Unos ojos negros que se habían transformado en un pozo sin fondo.

Ella sonrió con cierta suficiencia. Sin embargo, casi de manera automática se giró hacia el local y se dio cuenta de que se había quedado vacío en pocos minutos y quedaba solo el tullido Luke en una esquina, acabando de barrer. No debía ponerse nerviosa. Era imposible que las chicas se hubieran ido sin despedirse de ella y muchos menos Zacharias la dejaría allí sin cerciorarse de

que todo iba bien y sabiendo que la estrategia de decir que era su novio era solo eso, una táctica.

Al girarse de nuevo hacia el desconocido, advirtió que su ligera desazón no le había pasado desapercibida. Una mueca en los labios que indicaba burla y el brillo en sus ojos negros eran prueba suficiente.

—No confunda la confianza con la ingenuidad, señor. Frence nunca me enviaría a alguien que pudiera hacerme daño.

—Y ¿quién le dice a usted que ha sido Florence Howland quien me ha enviado?

Había levantado las cejas al pronunciar las últimas palabras y aquel negro en sus pupilas se había convertido en un ónice brillante.

Él había dicho que traía un encargo de Florence y ella había inferido que era amigo desde el momento que había sabido que tenía un recado de ella, pero, en verdad, aquellas palabras no tenían por qué significar de forma obligatoria que el aviso no hubiera sido dado bajo coacción o, más sencillo, que le hubiera hecho el encargo otra persona. ¿Por qué había tenido que suponer que se conocían y, lo que era peor, que los unía algo parecido a la amistad?

Pese a ello, no quiso demostrar ningún síntoma de nerviosismo. Estaba acostumbrada a lidiar con todo tipo de hombres. Aquel no iba a ser diferente. Al final, todos quedaban bastante reducidos a deseo sexual y unas cuantas bravatas.

—Quizás, tiene razón. Frence nunca tendría por amigo a un sujeto como usted. Recibido el mensaje. Puede irse.

Durante breves segundos, el desconocido no pudo evitar que la sorpresa de esa respuesta, dada como si ella fuese una princesa y hubiera despachado a un lacayo, se reflejase en su expresión. Sin embargo, Olga no dejó de admirar cómo reapareció al hieratismo más absoluto y sus ojos volvieron a quedar apagados en un negro helador. Tampoco movió un solo músculo más. Tal cual como si hubiese quedado convertido en estatua. Reiterar que se fuera sería absurdo, así que tendría que ser ella quien abandonase el salón. Se giró

entonces con la intención de hacerlo y, cuando tan solo había dado un paso, sintió que la mano del hombre sobre su muñeca detenía su avance; aunque el contacto suave y cálido, lejos de intimidarla, lo sintió extrañamente próximo, como si fuese lo más natural del mundo.

—¿No quiere aprovechar el servicio para transmitirle algo a su amiga?

Lo tenía ahora tan cerca que pudo apreciar un aroma a almizcle y madera. Lo miró sin ambages a la cara y fue entonces ella quien, sin ninguna turbación, recorrió con la vista todos sus rasgos. En verdad era un hombre guapo, muy guapo. El contorno era en parte cuadrado gracias a una barbilla recta y una frente ancha, las cejas no demasiado pobladas enmarcaban aquellos ojos de un negro intenso y la nariz recta, en posición transversal por encima de unos labios no perfilados en exceso, pero sí suficientemente gruesos. Tan solo tenía una pequeña cicatriz, sobre el pómulo derecho, apenas perceptible. Nada era demasiado grande ni demasiado pequeño. Todo parecía guardar una proporción perfecta. No había nada en aquellas facciones que pudiera resultar peligroso y, sin embargo, la expresión tan ausente de emociones cálidas confería a su semblante un aspecto perturbador.

—No —respondió—. No es necesario.

El hombre le soltó la muñeca y entonces sí, se incorporó del taburete y, rozándole el brazo, empezó a avanzar.

—¿Cómo se llama?

Se arrepintió con solo formular la pregunta, pero ya estaba hecho, había atendido a su impulso en lugar de contenerse para no demostrar que, a su pesar, su presencia le estaba generando sentimientos extraños. Él realizó una inspiración profunda para justo después expulsar el aire muy poco a poco, como si responder a la pregunta le estuviese suponiendo un gran esfuerzo.

—Grimm, Jack Grimm. ¿Para qué quiere saberlo?

—Si es usted mi prometido, debería saber al menos cómo llamarlo, ¿no?

Lo miró de nuevo con cierta altanería, subiendo un poco la barbilla y sonriendo de la manera que había aprendido después de más de tres años

sobre todo tipo de escenarios.

Entonces, él lanzó una carcajada clara, diáfana y franca; pero lo más curioso no fue eso, sino que, de golpe, transformó toda su expresión, y aquella belleza glacial mutó hacia un atractivo embaucador imposible de resistir.

Olga notó cómo su corazón se aceleraba hasta que, para colmo, él le pellizcó la barbilla y le lanzó al mismo tiempo un guiño, como si se conocieran toda la vida; y eso fue lo que le faltó para abrir la boca en un gesto que no solo era de sorpresa, sino que era necesario para poder respirar de forma debida.

Por fortuna, era posible que él no se hubiera dado cuenta porque con rapidez había girado sobre sus talones y se había ido atravesando la oscuridad del local. Ella todavía tardó unos segundos en reaccionar y dirigirse a los camerinos.

Tenía una sensación extraña en el cuerpo y, aunque no sabía definirla, emanaba de la imagen de Jack Grimm. Sin embargo, minutos más tarde su racionalidad recuperó el espacio debido en su cerebro. Lo que tenía que perturbarla y preocuparla era la situación de Frence. Así que se prometió a sí misma que, si en veinticuatro horas su amiga no volvía, sería ella quien se plantaría frente a la mansión de su exmarido.

Mientras tanto, Jack había dejado ya el Shubert Alley, donde se encontraba el club, y caminado los quinientos metros de la Cuarta Avenida hasta la travesía con la Quinta para tomar el tranvía que lo dejaría en pocos minutos en la mansión de los Ressay. En el cruce con la Séptima había girado la vista hacia el Times Square y admirado la enorme bola de cristal que, tan solo hacía unos días y por segundo año consecutivo, habían hecho descender para conmemorar el final de año. No dejaban de sorprenderlo aquellas muestras de ingeniería que contaminaban la ciudad por doquier.

Nueva York era su ciudad. Había nacido en ella y se conocía cada palmo porque a lo largo de sus veintiséis años se la había recorrido de punta a punta. En esos momentos tenía un apartamento alquilado en el Lower East Side, no tanto por lo económico de la vivienda, sino porque la gran cantidad de

personas que se alojaban en sus calles y el hecho de que estas estaban repletas de pequeños comercios de mil y un sitios diferentes que todavía atraían a más gente le permitían disfrutar de un anonimato que consideraba esencial.

Vivía solo. Lo hacía desde que Michael de Ressay lo había encontrado en una callejuela a punto de morir por la paliza que un grupo de chavales le había propinado al negarse a robar para ellos. Hasta entonces había compartido espacios en el suelo de locales abandonados o casas de acogida. Nunca había permanecido en un mismo sitio más de un año. Nunca había conocido a su madre o a su padre. Tampoco sabía si tenía hermanos. La negativa a robar para el grupo de los Tigers, como ellos se hacían llamar a sí mismos, no tenía nada que ver con la ética ni con la moral. La explicación era más sencilla, prefería no tener que compartir los beneficios cuando lo hacía.

Ressay lo recogió y lo llevó al hospital. No le preguntó qué había ocurrido y él tampoco vio la necesidad de explicarlo. Estuvo ingresado treinta y tres días. Al salir, su salvador, de quien supo más tarde que era un aristócrata inglés recién llegado a Estados Unidos para hacer más grande la fortuna que ya tenía, lo llevó a la naviera que era de su propiedad y le pidió que vigilara el almacén donde se guardaba todo el material.

Allí ya había un viejo que, supuestamente, debía hacerlo, pero no solo era que su edad le hubiera impedido correr tras ningún ladrón, sino que, para colmo, era cojo y ciego de un ojo. Jack sospechaba que aquellas funciones no eran del todo necesarias para su benefactor, pero lo había ayudado sin pedir nada a cambio y sin ni siquiera exigir ningún tipo de explicación, así que se esforzó por cumplir su cometido lo mejor que supo.

Un día, a los pocos meses de encontrarse allí, Jack escuchó una conversación de Ressay con su abogado, el señor Jenkins, mientras supervisaba los motores recién llegado. No se fiaba de la calidad del material porque a sus oídos había llegado que el industrial que los fabricaba era capaz de sacrificar el buen estado de los componentes por el precio. Dudaba si instalarlos en el nuevo buque que estaban construyendo.

Jack sabía quién era aquel empresario del que hablaban. Se trataba de Liam Kavanagh, de origen irlandés. Un buscavidas, tramposo y habitual de muchas de las casas de prostitución donde Jack había trabajado de niño haciendo recados y robando las carteras de los clientes a petición del proxeneta. Como las tareas de vigilancia del almacén se circunscribían casi de manera exclusiva a la noche, durante los siguientes días, Jack se dedicó a seguir al supuesto estafador y a preguntar aquí o allá sobre aquel pedido que se había servido a Naviera Ressay. Consiguió así el contrato de los tornillos, en el que se hacía patente que habían sido fabricados con una aleación mucho más débil de lo que era aconsejable. Además, pudo hacerse una idea completa de la clase de vida que llevaba Kavanagh, incluyendo la amante que tenía alojada en un piso del Bronx y el montante de las deudas de juego que, en caso de ejecutarse, supondrían su ruina inmediata.

Así que se plantó ante Ressay y le pasó toda la información que había conseguido. La sorpresa dio paso al agradecimiento y con ello al intento de compensarlo económicamente. Jack se negó. Consideraba que estaba en deuda con aquel hombre y se sentía orgulloso de haber podido ayudar.

Pero, a partir de aquel día, Ressay, poco a poco, fue incrementando sus emolumentos, al tiempo que lo reclamaba para pedirle que le buscara antecedentes o datos sobre los temas y las personas más variadas. Así transcurrieron seis años y Jack ya no hacía noche en el almacén porque tenía a su servicio una serie de informantes o vigilantes que complementaban allá donde él no podía llegar. La relación con todo aquel personal era siempre profesional y distante, pero sabía que tenía la máxima lealtad de ellos puesto que su trabajo, que acababa dando pingües beneficios a la naviera o evitaba gastos innecesarios, era recompensado por Ressay sin cicatería y él lo acababa repartiendo entre sus hombres.

Aquella relación puntual y periódica se transformó en habitual cuando, dos años atrás, Ressay se había encontrado a su mujer en la cama de otro hombre. El mazazo que sufrió fue brutal y, sin poder superarlo, el matrimonio acabó

roto y su jefe destrozado. Aquel hombre de una rectitud intachable y educado en la más rígida moral inglesa fue incapaz de pedir ayuda, pero Jack Grimm no necesitaba que se lo requiriese de forma explícita. Lo vio sufrir en silencio y se convirtió en su sombra, intentando adelantarse a sus necesidades y dispuesto, incluso, a asumir la responsabilidad de cualquier acción siempre que fuera en beneficio de Michael de Ressay.

Por eso, entre otras cosas, sabía tanto de Florence Howland. Ella era la adúltera. Quien había cometido la deslealtad. Quien había dañado hasta límites insospechables el corazón del vizconde. Pero lo cierto era que haberse pasado horas, días y meses siguiendo en todo momento a aquella mujer, también había acabado ayudándolo a conocerla e, incluso, a no juzgarla con la misma rigurosidad que en los primeros momentos. Además, pese a que en ningún momento Ressay se había sincerado con él, había visto en sus ojos cómo sufría, cómo seguía amándola y cómo moría cada día víctima de la añoranza. No había servido de nada haberse ido a Canadá durante más de un año y haberse expuesto de manera voluntaria a las condiciones externas más duras. Habían estado juntos todo aquel tiempo y habían compartido las peores situaciones. Sin embargo, pasara lo que pasara, la tristeza infinita presidía siempre sus ojos azules.

Habían regresado de Canadá hacía tan solo un par de días y, ya en el viaje de vuelta, Grimm se había dado cuenta de que Ressay estaba enfermo. Al final, había caído en cama y, entonces, ella había aparecido para cuidarlo.

Cuando la propia Florence le había pedido que avisara a su amiga Olga Saporova de su paradero, no tuvo necesidad de especificarle dónde encontrarla. También lo sabía todo de ella. La cercanía que habían compartido aquellas dos mujeres, sobre todo, en los primeros momentos del divorcio, había provocado que él acabase conociendo mucho de la bailarina rusa con tanta moral desinhibida como principios éticos arraigados. Sabía de ella que tenía un carácter impetuoso y que de la misma forma parecía vivir la vida como si se le estuviese acabando en cada instante.

La corta conversación que habían tenido en el Joe's Club le había mostrado también alguien valiente y arriesgado, y no había podido evitar sentir un deseo sexual difícil de reprimir. Le gustaban las gatas hurañas y aquella hembra parecía tener siempre las garras afiladas. No descartaba, por tanto, algún encuentro más placentero. Si no lo había alargado aquella misma noche no había sido ni por falta de ganas ni por pensar que no pudiera conseguir su objetivo, sino porque llevaba en el bolsillo de su pantalón lo que podría ser la cura a la difteria de Michael de Ressay y sabía ordenar sus prioridades.

Otro día sería. No lo dudaba. Ya podía anticipar que, sin demasiado esfuerzo, esa fiera de curvas pronunciadas se estremecería bajo él y todavía tuvo tiempo de imaginar, antes de entrar en la mansión de los Ressay, cómo aquellos ojos color miel le suplicarían tanto como su boca carnosa, mientras la melena cobriza se deslizaba por su espalda desnuda.

Capítulo 2

La estación de St John's Park presentaba a esas horas de la madrugada la misma actividad que tendría a lo largo del día, pues no en vano era la principal terminal de mercancías de la ciudad y de tal envergadura que concentraba ella sola el ochenta por ciento de los víveres que necesitaba Nueva York. El resto acostumbraba a llegar por mar y solía tener por destinatarios a los más adinerados.

Olga y Florence tuvieron que atravesar las vías para llegar a una de las entradas de arcos de medio punto por las que accedían también las locomotoras con su carga, y se cruzaron con centenares de hombres de casi todas las edades, que iban de un lado a otro transportando desde carretas cargadas de todo tipo de productos hasta grandes carromatos tirados por caballos o, en algunos casos, vehículos a motor.

Encontraron, por fin, al hombre que buscaban al pie de uno de los vagones que acababa de ser descargado y, después de un breve intercambio de palabras y de dinero, Florence se subió al furgón que todavía apestaba a carne cruda y sangre. Olga tuvo que reprimir la arcada que le sobrevino cuando la siguió para comprobar que no necesitaría nada más.

Pronto se dio cuenta de que su amiga seguía tan entusiasmada ante la perspectiva de ir a ver a sus hijos que le era igual no haber podido dormir apenas o viajar en el lugar más infecto del mundo por no tener suficiente dinero para cubrir todos los gastos del desplazamiento. Lo único bueno de no

haber tomado el tren de pasajeros de la Terminal Central era que no había tenido que levantarse a las cuatro de la mañana. El tren de mercancías tenía prevista su salida a las seis treinta y eso no le impediría poder llegar al lejano internado donde su exmarido había ingresado a los niños.

—¿Estás segura de que te dejará estar con ellos?

—No tengo duda, Olga. No me hubiera hecho llamar.

—Se ha limitado a informarte de la representación teatral.

—Para que yo pueda saberlo e ir.

—O para hacerte sufrir más.

—No es tan malvado.

Olga la miró levantando las cejas. ¿Cómo podía ser tan ingenua pese a tener cinco años más que ella y haber sido vapuleada por el odio de su marido? Solo había una razón para entenderlo, Frence seguía total y absolutamente enamorada de aquel hombre.

—Dame un beso —le dijo para acabar la conversación, sabiendo que su insistencia en hablar mal de Michael de Ressay le hacía daño—. Que tengas un buen viaje.

Se quedó todavía unos segundos mirando hacia la vía aun cuando ya había perdido de vista el tren. Después alzó la vista hacia el cielo y vio la típica luz mortecina que anunciaba el amanecer. Era un mañana muy fría, pero el cielo estaba despejado después de una semana entera en la que no había parado de nevar, así que decidió aprovechar que se había levantado tan temprano y ver la salida del sol.

Echó a andar con paso decidido y salvó los escasos cuatrocientos metros que la separaban de la zona de los muelles. La más cercana a donde ella se encontraba reunía sobre todo a pescadores, por lo que los barcos eran pequeños y le permitían ver el mar.

En seguida notó la brisa fría que venía con olor a sal y respiró hondo mientras una ligera sonrisa asomaba a sus labios. Le encantaba aquel aroma y se sentía relajada y feliz. Encontró entonces unas cajas amontonadas que

parecían abandonas y que le brindaban un cómodo asiento. Así que se colocó allí y fijó su vista en el horizonte esperando ver la pequeña bola de fuego.

—¿No es un tanto arriesgado estar aquí sola?

La voz, que reconoció al instante pese a que solo había sido un simple murmullo, casi la hizo dar un salto que evidenció el susto que le había producido. Pero logró recuperarse con cierta rapidez y fijó su vista en aquel hombre que, de nuevo, la miraba de soslayo, clavando sus ojos negros en ella.

—Ya me he ganado con usted la fama de imprudente, aunque, con sinceridad, no veo qué riesgo puede haber aquí.

Jack levantó una ceja y sonrió con aquella mueca de la que pensó que le recordaba a un animal salvaje.

—Una mujer sola... una zona apenas habitada... desconocidos alrededor... ¿qué más necesita?

—Los hombres que a estas horas todavía no se han ido a dormir suelen tener una dosis de alcohol en sangre que a duras penas los mantiene en pie. Los que acaban de levantarse tienen como única preocupación ganarse un sueldo. No es la primera vez que hago esto. Sé dónde estoy y conozco mis posibilidades.

Profundizó la sonrisa, aunque eso no consiguió reducir ese aire peligroso que provocaba.

—¿A qué ha venido?

—Nada más allá que ver el amanecer. El día es ideal para hacerlo.

Grimm miró hacia el horizonte que ella había señalado para reforzar sus palabras y cambió la expresión por otra en la que parecía estar reflexionando. Al final, volvió a mirarla y, pronunciando tan solo un murmullo, la tomó de la mano y empezó a caminar hacia el muelle paralelo con ritmo rápido.

Olga se dejó arrastrar sin mostrar ningún tipo de resistencia. En cuanto había notado la calidez de la mano de él, había sentido como si una corriente le atravesase el cuerpo, pero, lejos de sentirse mal, le resultó confortable, como si su mano solo tuviera un sitio donde estar y fuera entre las de aquel hombre.

Unos metros más allá, llegaron a una especie de torre de vigía que se alzaba

unos quince metros, sostenida por una estructura metálica. En la parte trasera, unas escaleras facilitaban el acceso. Grimm empezó a encaramarse, para lo cual tuvo que dejarla ir. Ella no pudo más que seguirlo, notando el frío en su palma por la falta del contacto y por la temperatura del hierro por el que accedían.

Cuando él llegó arriba se detuvo y volvió a tenderle la mano. Olga parecía ya obsesionada por volver a sentir su calidez, así que se la ofreció sin ninguna duda. Lo que ya no se esperaba fue que, tal cual alcanzó el último peldaño, él deslizó su otra mano por la cintura hasta su vientre y, con una ligera presión, hizo que toda su espalda quedase unida a su cuerpo. Ella contuvo el aliento. No sabía por qué, pero estaba permitiéndole a aquel hombre algunas licencias que hacía mucho que no permitía a nadie. Sin embargo, la brisa volvió a recordarle dónde estaba y entonces se dio cuenta de que el abrazo era solo prevención para que no cayera, dado que estaban en una pequeña galería de no más de medio metro de ancho y cuya barandilla era demasiado endeble como para evitar un accidente y una caída fortuita.

La había colocado de cara al mar y la altura de la construcción les permitía tener una visibilidad absolutamente diáfana del horizonte marino y de la media circunferencia de un naranja intenso que sobresalía y sobre la que todavía podía fijarse la vista.

Siguieron en aquella posición mientras el sol continuaba subiendo y el cielo se tornaba cada vez más de un azul intenso. Con cierta distancia, se oían las voces de los hombres que ya empezaban a zarpar en sus barcos; pero, por encima de ellos, unas enormes gaviotas parecían estar dándoles los buenos días con mucho entusiasmo.

Por fin, el sol desplegó toda su potencia y fue ya imposible seguir fijando la vista sobre él. Olga lanzó un suspiro. Él pareció interpretarlo como una señal de que el tiempo de aquella intimidad que se había adueñado de ellos tocaba a su fin y se deslizó por detrás de ella hasta ponerse a su lado. Y, pese a que volvió a cogerle la mano, ahora ya tan solo significaba que iban a volver a

bajar.

No habían dicho ni una sola palabra durante los minutos que habían permanecido allí arriba, pese a lo cual ella no se había sentido incómoda. Pero, al poner los pies de nuevo en el suelo del muelle, la embargó una extraña desazón, como si estuviera extrañando la cercanía que habían compartido.

—No es tampoco la primera vez que tú ves un amanecer aquí, ¿verdad? —le preguntó a bocajarro, aunque de nuevo se arrepintió por haber mostrado interés por él.

—No. Lo he visto unas cuantas. Después de haber pasado la noche en vela o acabado de levantar. —Entonces la miró con intensidad y continuó—: Pero ninguna borracho o con la preocupación de ganarme un sueldo.

—Vaya... entonces... tal vez sí haya alguien peligroso

Jack sonrió reconociéndole la ironía con la que ella había contestado a la réplica de sus palabras.

—¿Has desayunado? —le preguntó.

—No.

—Ven conmigo.

La volvió a coger de la mano como si fuese lo más normal del mundo y empezaron a caminar hacia la North Moore. En su intersección con Greenwich Street había un edificio de cuatro pisos y ladrillo rojo que en su planta baja anunciaba una pastelería. Cuando todavía quedaban más de doscientos metros para llegar, un agradable aroma inundó las fosas nasales de Olga.

Jack la condujo todavía de la mano hacia el callejón lateral, hasta una pequeña puerta por la que accedió sin dudarle. Lo que apareció ante ellos fue una sala enorme en la que el calor era la nota predominante en un agradable contraste con la temperatura exterior. Veinte o treinta hombres pululaban alrededor de diversas mesas donde se trabajaban masas de harina, a las que se les daban diferentes formas. También se combinaban ingredientes sobre la masa original para proporcionar gustos variados. Olga captó los olores de la

vainilla, el chocolate, la miel, el membrillo o incluso el café.

Atravesaron todo aquel hervidero sin ser interceptados por nadie, como si fuera lo más normal del mundo que ellos estuvieran allí y como si su guía estuviese muy acostumbrado a ir de manera habitual. Al final, llegaron a un pequeño espacio donde, sobre una mesa, habían colocado lo que parecía ser una muestra de todos aquellos productos, que estaba siendo probada por un hombre de gran envergadura, con un enorme bigote negro y una expresión dulce y bondadosa en la cara.

—*Oh, la, la. Cher ami!* Hacía mucho tiempo que no te veía por aquí —le dijo el hombretón a Jack con un marcado acento francés.

—Sí. He estado fuera —respondió él parcamente—. Lefebvre, te presento a Olga Saparova

—¡*Oh! Bell femme.* —Y se lanzó a su mano para besarle el dorso.

—*Merci beaucoup, monsieur* —respondió ella en el casi perfecto francés que hablaba.

—*Parle vous français, madame?*

—*Oui, monsieur. Ma mère m'a appris étant très jeune.*

—*Sa mère était française, mademoiselle?*

—*Non, mais elle aimait la France et toutes les choses françaises.*

Jack carraspeó mostrando así su incomodidad ante el hecho de que estuvieran siguiendo una conversación en un idioma que él no entendía.

—Perdóname, mi querido Jack. Hacía tiempo que no tenía el placer de hablar con una mujer tan bella y en la lengua más romántica del mundo. Pero, por favor, sentaos y catad mis *delicatessen*. Acabo de probar una nueva receta: *croissant* de manzana. Delicioso.

Los dos se sentaron alrededor de todas aquellas pastas. Olga no dudó en probar primero lo que les estaba siendo recomendado, pero lo hizo también con todo lo demás. Empezó a sentirse cada vez más eufórica, tal vez como efecto del dulce que entraba por sus papilas gustativas o por la conversación dicharachera de aquel hombretón que no parecía poder callar nunca y tenía

miles de anécdotas para explicar.

Jack Grimm se limitó a quedarse allí, viendo cómo ella comía y reía con las cosas que le explicaba Lefebvre. Apenas comió y tampoco formuló una sola palabra.

Casi una hora más tarde, salieron de nuevo a la calle y empezaron a caminar con un paso lento, casi de paseo por la Hudson Street; el uno junto al otro, sin que él la tomara de la mano, cosa que Olga echó en falta.

—Has estado muy callado.

—Ya hablabais vosotros. —Lo dijo manteniendo la vista al frente, pero un segundo más tarde giró un poco la cabeza y clavó sus ojos en ella—. Así que también hablas francés

—Sí. Mi madre lo hablaba porque había vivido en Francia durante un tiempo. Allí conoció a mi padre y allí se casaron. Después fueron a parar a Londres, donde yo nací y viví los primeros años de mi vida, por eso también hablo inglés sin demasiado acento. Pero he estado también en muchos otros lugares. Alemania, Polonia, Italia, España... No los hablo todos, desde luego, pero siempre se me dio bien y puedo decir algunas frases o entender algunas palabras de esos idiomas.

—Y el ruso.

—Sí, también. Con mi padre siempre nos comunicamos en ruso y viví en San Petersburgo los últimos cinco años antes de venir.

—Una vida llena de viajes

—Mi padre es compositor. Va allí donde lo contratan. No es fácil ganarse bien la vida con la música. Así que, si alguien está dispuesto a pagarte por ello, no lo dudas.

—Y tu madre lo seguía.

—Mi madre es pianista. Es su complemento imprescindible. Ella es la virtuosa. Mi padre solo tiene una técnica correcta. Cuando él compone algo es ella quien lo interpreta por primera vez y le da vida.

—Y tú eres la bailarina.

Se detuvo un momento para mirarlo a la cara y le pareció ver un atisbo de ironía en su mirada. Lo que ella hacía en el club era bailar, sí; pero no se dejaba engañar. Aquello solo era una sombra de lo que ella querría hacer de verdad y él debía pensar que era casi una prostituta.

—¿Siempre haces preguntas sin hacerlas? —le preguntó mientras volvía a caminar.

—¿Cómo?

—No me has hecho directamente una sola pregunta y, sin embargo, acabas de sonsacarme todo sobre mi vida.

—Cuatro datos no resumen una vida o no lo hacen con lo más importante de ella. No sé, por ejemplo, por qué viniste a Estados Unidos o dónde están tus padres.

—Mis padres siguen en San Petersburgo.

—No es mala cosa saber que alguien te espera si se regresa a los sitios.

—No creo que vuelva a verlos.

Esta vez fue él quien se detuvo para mirarla. La escrutó con detalle intentando buscar el sentimiento que había acompañado esa última afirmación.

—Eres muy joven todavía para decir algo así.

—Y tú también para darme lecciones de vida.

Jack entornó los ojos como si así pudiera ver en su interior. Olga se sintió turbada. Lo cierto era que tanto el tono como las palabras quizás habían sido demasiado duros. Su susceptibilidad en cuanto a su profesión siempre la hacía ponerse a la defensiva.

—Perdona —murmuró.

Él levantó un poco ambas manos como mostrándose a sí mismo, en un gesto que parecía indicar que pretendía ser todo franqueza.

—Tal vez te toque ahora a ti explicarme cosas de tu vida —volvió a decir ella.

—No hay mucho que explicar.

—Deja que eso lo decida yo. ¿Eres americano?

—Sí.

—¿De qué ciudad?

—De esta misma.

—¿Siempre has vivido aquí?

—No. He estado cortas temporadas en Chicago y Boston. También en Canadá y hace tiempo en México.

—¿Padres?

Él se limitó a negar con la cabeza.

—¿Hermanos? ¿Familia? —Y ante las negativas continuó—: ¿Qué haces para Ressay?

La pregunta delataba que ella se había interesado por él ante Florence. Tal vez por eso, antes de contestar, le dirigió una larga mirada con una pequeña mueca en sus labios que bien podría haber sido una sonrisa.

—Digamos que me dedico a buscar información.

—¿Eres periodista?

—No exactamente. Los periodistas pretenden difundir la información que obtienen. En mi caso, más bien los beneficios se obtienen cuando no debe ser conocida.

—¿Es ilegal?

—No, aunque, tal vez, tampoco sea legal.

—No parece muy honorable, entonces.

—No pretendo serlo.

Esta vez fue ella quien lo miró de hito en hito sin tener muy claro qué responder a aquello. Siguieron caminando durante un rato en completo silencio. El ruido de su alrededor no los hacía sentirse incómodos hasta que llegaron a la calle Morton y giraron para adentrarse hasta el número 51, donde ella tenía alquilada una pequeñísima habitación. Se detuvieron en la entrada y él la miró con aquellos ojos acerados que no dejaban entrever ningún tipo de sentimiento. Ella seguía sintiéndose molesta por la referencia a su profesión, que había interpretado como una crítica. Sin embargo, recordó el cuidado con

el que la había subido a la torre y el detalle de haberla llevado a la pastelería.

—Gracias por el desayuno —le dijo—. Lo cierto es que ha sido todo un regalo.

Jack solo asintió con un leve movimiento de cabeza y Olga volvió a sentirse irritada, ¿por qué narices era tan callado?

—Bien, me voy. Adiós.

Se giró y subió las escaleras casi de dos en dos. Antes de abrir la puerta principal, sin embargo, la invadió de súbito la constatación de una realidad que, de confirmarse, no le iba a gustar nada.

—Un momento.... —Lo miró desde la altura que le conferían aquellos pocos peldaños. Él la miró alerta. Había notado algo en su tono—. ¿Cómo sabías dónde vivo?

Grimm la miró y después retiró la vista. Ella ya le había visto hacer ese gesto. Parecía que lo necesitaba cuando tenía que pensar.

—Has sabido en todo momento cómo llegar hasta aquí —insistió para no dejarlo pensar e que inventara alguna excusa—. No he sido yo quien te ha guiado.

—Ya te he dicho que me dedico a saber cosas.

—¿Me has seguido?

—No. A ti, no.

Entonces la evidencia apareció ante sus ojos. Florence había estado viviendo con ella el primer mes después de su divorcio. La había estado siguiendo a ella por encargo de Ressy y, muy probablemente, su encuentro en los muelles, tan cerca de la estación donde se había despedido de su amiga, tampoco había sido una casualidad.

—No, no es nada honorable lo que haces.

Y volvió a girarse para adentrarse en el edificio. Cuando entró en la pequeña habitación miró solo por un momento la cama antes de tumbarse en ella. Dormiría hasta el mediodía. Tenía que estar descansada para la función de aquella noche y haberse levantado tan temprano para acompañar a Frence, más

el paseo con Grimm, habían supuesto una perturbación en sus horarios habituales que bien podía acabar pagándolo aquella noche con una dosis de mal humor producto del cansancio. Además, era la manera de no pensar más en aquel hombre extraño.

Cuando horas más tarde entraba en el Joe's Club, se sentía tranquila. Esa noche iba a bailar un número nuevo. Lo había estado preparando con Sybill, una de sus compañeras, y sabían que podía causar sensación, entre otras cosas porque era un vodevil muy atrevido y la ropa que estrenaban dejaba poco a la imaginación. Zacharias tendría que emplearse a fondo, pero las ventas subirían y, por tanto, también su comisión.

Decidió permanecer entre bastidores para no delatar la sorpresa de su traje antes de tiempo y así también ayudaba al resto de las chicas a cambiarse de ropa entre números. Cuando todavía quedaban un par de representaciones para anunciar la suya, Luke entró para dejar agua y, como si no tuviera ninguna importancia, dijo:

—Tu novio está fuera.

A Olga le pareció que se le paraba el corazón. Después desplazó la mirada hacia las cortinas cruzándose primero con el rostro de Zacharias, que parecía estar preguntándole con la mirada. Las abrió un poco y miró hacia la barra. Allí estaba. En la misma postura que la primera vez que lo había visto. Alejado de cualquier otro cliente.

Dudó por un momento, pero, al final, sus piernas tomaron el control y se dirigió hacia él. Nada más salir al salón, los hombres empezaron a silbar y gritar, y entonces recordó la ropa que llevaba puesta. Ya estaba hecho. Ahora no podía retroceder. Clavó su vista en él, quién también la había identificado y la estaba invitando a acercarse con un gesto mudo, pero cargado de significado. A mitad de camino un borracho la cogió de las caderas en un gesto brusco y la sentó en su regazo. A ella, que seguía con la vista centrada en él, le pareció ver una reacción cuando abrió algo más los ojos y se envaró. Sin

embargo, fue Zacharias quien, propinándole un codazo en toda la nariz al tipo, la liberó.

Diez pasos más y se plantó frente a él. Sentía las miradas de medio local clavadas en su espalda. ¿Por qué había tenido que ser tan impulsiva? ¿Por qué no haber esperado a hacer su número y cambiarse de ropa? Ni siquiera sabía qué decirle. Sin embargo, tampoco estaba preparada para lo que pasó a continuación, que vivió como si fuera todo a una velocidad inusualmente lenta.

Él pasó una mano por detrás de su cabeza hasta la nuca y, de manera firme y delicada al mismo tiempo, la atrajo poco a poco hasta que sus caras quedaron tan cercanas la una a la otra que sus alientos se mezclaron. Los ojos negros de él se volvieron más intensos, si eso era posible, y acabaron fijos en los labios de Olga. Entonces, muy poco a poco, bajó y ladeó al mismo tiempo la cabeza, abrió un poco los labios y los puso sobre los de ella como si se tratase de saborear un gustoso plato. Se apartó unos milímetros como para estar seguro de que era allí donde debía besarla y de nuevo se lanzó sobre su boca. Esa vez, la acaparó toda e introdujo su lengua.

Ella sintió un hormigueo en todo su cuerpo y reaccionó poniendo también sus manos por detrás de su cabeza, como si así pudiera profundizar más el beso, al tiempo que deslizaba sus dedos por su negro pelo con tacto de terciopelo y cerraba sus ojos tanto como sus oídos porque, de pronto, dejó de oír todo sonido a excepción de la respiración de él.

No supo discernir cuánto tiempo duró aquel beso, pero cuando se separaron casi al unísono, como si ambos se hubieran quedado sin aire, recuperó todos los sentidos y tal vez por eso, o por el impacto del beso, sintió como si perdiera el equilibrio. Él reaccionó sujetándole con ambas manos la parte superior de sus brazos mientras escudriñaba su cara en busca de alguna señal que le revelase si todo estaba bien.

Una sonrisa con cierto aire de suficiencia se dibujó en el rostro de él. Olga sabía que no podría engañarlo. Nunca la habían besado de aquel modo. Sin embargo, una pizca de orgullo la invadió y se separó de él y dirigirse de nuevo

hacia los vestuarios imaginando su mirada clavada en su espalda.

Cuando su número se anunció y salió al escenario, no fue capaz de evitar dirigir su vista hacia aquel lugar del local. Pero la decepción la inundó. Él ya no estaba. Se había ido. Apretó los labios e inspiró y expiró con fuerza para desterrar de su mente a Jack Grimm y dedicarse en cuerpo y alma al baile.

Capítulo 3

Hacía bastante frío, pero Jack sentía su sangre hervir y en su miembro duro se concentraba el máximo calor. Se había apostado frente a la puerta del club esperando que saliera. Lo prefería así en lugar de observarla dentro bailar. Lo hacía bien. Se le notaba la pasión. Pero, al final, todo se reducía a hacer babear a los clientes y él sentía una especie de repulsión contemplando cómo lo hacían, al tiempo que tenía que contenerse para cerrar la boca y no jadear también cuando la veía.

Aquella mujer lo estaba volviendo loco. Ya se había quedado sorprendido dos años antes cuando la había conocido al seguir a Florence Howland. Se había obligado a mirarla con cierto escepticismo, limitándose a una descripción fría y distante de sus costumbres o su comportamiento, pese a atribuirle la responsabilidad de la conducta inmoral de la mujer de Ressayre y acabar clasificándola como una más de las prostitutas que había conocido en su vida.

Pese a ello, cuando había hablado con ella la primera vez hacía tan solo unos días, todo su interior se había revuelto inquieto y, aunque intentó restarle importancia, verla esa mañana en la estación de Saint John's había vuelto a ponerle todo su interior del revés, hasta el punto de haberla acompañado a contemplar un amanecer e invitarla a la bollería de Lefebvre. Parecía un maldito adolescente en su primera cita y por eso, cinco fueron los segundos que tardó en tomar la decisión de no volverla a buscar nunca más al dejarla en

la puerta de su casa.

Doce horas más tarde estaba apostado en la puñetera puerta del Joe's Club diciéndose a sí mismo que la manera de quitarse a aquella bruja de la cabeza era follándosela duramente en cualquier callejuela. Y a eso había ido hasta allí. No tenía más que satisfacer sus deseos vaciándose en ella y dejaría de pensar en esos rasgados ojos del color de la miel.

Ese deseo se había transformado en urgente necesidad después de haberla besado. Su boca era suave y sabía dulce, y su cuerpo había reaccionado con tanta pasión que tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla allí mismo. Por eso también había optado por salir y esperarla fuera.

En esos pensamientos estaba sumido cuando oyó unas risas y vio atravesar la pequeña puerta lateral a las cinco chicas que componían la plantilla de bailarinas del club, acompañadas del mastodonte que tenían por guardia de seguridad. Olga estaba entre ellas y estaba asintiendo al plan que una de ellas proponía y que suponía alargar la noche, como casi siempre hacían, con el grupo de artistas de todo tipo que conformaban el núcleo de amigos habitual.

En el último instante, una de las mujeres se dio cuenta de su presencia y avisó a la Saparova. El corro quedó sumido en el silencio, mientras ella se giraba y lo miraba con sorpresa y recelo. Jack apretó la mandíbula. No la llamaría ni le pediría que viniera con él. Él nunca pedía nada a una mujer y no iba a ser la primera vez. Tenía que ser ella quien tomara la decisión.

Tardó unos segundos en hacerlo hasta que, al final, murmuró algo a sus amigas y empezó a andar hacia él. Tenía un cuerpo de curvas increíbles, lejos de la extrema delgadez de su amiga Florence, y andaba contorneándose como si también en esos momentos estuviera bailando la más provocativa de las danzas.

—Creí que te habías ido —le dijo al llegar frente a él.

«Es lo que tendría que haber hecho», pensó al oír su voz, tan sugerente que había sentido otro tirón en la ingle.

—Te acompaño a tu casa.

—¿Forma parte de tu trabajo?

—¿Cómo?

—Si esto es un encargo de Ressay.

—No.

—No quiero formar parte de tu trabajo. Ni ser investigada. Ni que sepas nada de mí que yo no te haya contado de forma voluntaria.

Le estaba marcando condiciones y Jack no estaba acostumbrado a que nadie lo hiciera y menos una mujer.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Dudo mucho que nunca tengas nada que pueda resultar interesante o lucrativo para nadie.

Olga palideció levemente. Aquello había sido una ofensa. ¿O no? En realidad, él había hablado con objetividad. A fin de cuentas, cuando seguía a alguien o buscaba información solía ser del entorno económico de Ressay. Y ella estaba lejos de ser alguien acaudalado.

—Quiero decir... —Y, maldito fuera, pero sintió necesidad de arreglar aquello—. Que no te imagino comprando o vendiendo naves. Estoy aquí porque yo quiero estar aquí. La pregunta es si tú también quieres estar.

Ella asintió con la cabeza algo azorada. Sabía que estaba luchando contra su racionalidad. Reconocía el deseo sexual en aquel brillo en los ojos y en el ligero enrojecimiento de sus pómulos. El mismo que los había embargado a los dos dentro del salón.

Le puso una mano en la espalda incitándola a empezar a caminar y sonrió al notar cómo ella se estremecía con el contacto. La noche era fría y de sus bocas surgía un halo por el contraste de temperaturas.

—¿Por qué te has ido del club? Hace frío. ¿Por qué no has esperado dentro?

—Prefiero no ver cómo bailas delante de esos payasos.

—Yo no me avergüenzo de lo que hago.

—Y yo no he dicho que tengas que sentir vergüenza. No pretendo juzgarte. Las cosas son como son. Solo he expresado qué quiero ver o qué no quiero ver.

Olga asintió con la cabeza y después se arrebujó en el abrigo intentando cubrirse más allá de su cuello, aunque quizás el origen de su malestar era la mala calidad de la prenda. Jack le pasó su brazo por su hombro y la pegó a su cuerpo. Ella se dejó hacer. No pretendió ser cariñoso. Él nunca lo era. Pero el camino hasta su casa era largo y no había más intención que darle calor, aunque la sensación de intimidad le resultó demasiado reconfortante.

No volvieron a hablar en todo el trayecto y, al llegar a la Morton, Jack notó cómo ella se tensaba. Ambos lo sabían. Había llegado el momento. Ahora ella debía decidirse. Deshizo el abrazo para que se sintiera más libre. Ella tuvo necesidad de abrazarse a sí misma para darse el calor que acababa de perder.

Bien, pensó. Eso no era malo. La inclinaría más a rogarle que subiera a su casa. Sin embargo, no lo miraba a los ojos. Estaba claro que dudaba. Él apretó de nuevo la mandíbula. No se lo pediría. Ni siquiera la besaría de nuevo. Sabía sin ninguna duda que ella sentía el mismo deseo que él. Lo había visto en sus ojos y se lo decía cada movimiento que hacía. Pero conocía a la mayoría de las bailarinas de cabarets y vodeviles. Soñaban con el hombre perfecto y acababan cayendo rendidas ante cualquier imbécil que les susurraba cosas bonitas. Después era muy difícil deshacerse de ellas y había que soportar sesiones de llanto. Las prostitutas eran siempre una mejor opción. La ausencia de malos entendidos era absoluta.

Incumpliendo aquella máxima suya estaba él ahora detenido al pie de las escaleras; pero no iba a ser infiel a todos sus principios. Se mantendría en silencio y debería ser ella quien le pidiese continuar aquella noche.

Inspiró y se limitó a mirarla desde su mayor altura y a muy poca distancia. Ella se mordió el labio inferior y él tuvo que reprimir un gemido. El gesto había humedecido la piel sonrosada. Apretó de nuevo la mandíbula.

—Buenas noches —dijo ella

«Maldita sea». Inspiró para intentar alejar su frustración.

—Buenas noches.

La voz, que había surgido ronca, delató el torbellino de pasiones que lo

estaba invadiendo por dentro. Ella, reaccionando, había levantado la vista y lo había mirado. «Diabólicos ojos caramelo». Se retiró unos centímetros y puso un pie en la primera escalera.

«Se acabó. Esa mujer nunca ha sido para ti. Aléjate, Jack, y vete a buscar a cualquiera de las mujeres que por un precio establecido te ofrecen sexo seguro».

Olga ya había salvado todos los escalones y abierto la puerta. Él seguía allí como un pasmarote. «Muévete, Jack. Deja de mirarla como un perro degollado».

—¿Quieres subir?

Soltó todo el aire de golpe y solo entonces se dio cuenta de que lo había estado reteniendo. La voz de ella había surgido como el canto de un pájaro después de una noche de tormenta. Jack no respondió, pero empezó a subir los peldaños. Entonces ella también continuó hasta que llegaron al segundo piso y un pasillo con diversas puertas indicó que no era la única inquilina de aquella casa de habitaciones.

Cuando Olga abrió la puerta, Jack notó un ligero olor a vainilla que lo hizo imaginarla como un dulce a punto de ser servido. El apartamento era pequeño. Se limitaba a dos salas diminutas. En la primera, una ventana frente a una chimenea, un sofá cuyo tamaño casi ocupaba toda la sala, una mesa auxiliar y un escritorio con un florero con flores frescas como único detalle hogareño. En la segunda, una cama bajo una claraboya y franqueada por dos mesas auxiliares, un armario y un silloncito. Estaba recogido y limpio. La temperatura era cálida, tal vez efecto del calor de la chimenea de los pisos inferiores, ya que la de Olga parecía no haberse utilizado en un tiempo y, en su espacio, había lo que parecía un hornillo de un solo fuego para cocinar.

Ella se había quitado ya el abrigo y el sombrero, y lo estaba guardando en el interior del armario. Con toda seguridad, ser ordenado en aquel pequeño habitáculo era la única manera de conseguir que fuera confortable. Sin embargo, a Jack le resultó algo opresivo. Sabía que ella llevaba unos años

viviendo en Nueva York, como mínimo dos según sabía por sus propias averiguaciones; pero le había confesado que había salido de Rusia con veinte años por lo que había muchas posibilidades de que llevara los cinco años de su estancia en Estados Unidos en aquel tipo de residencias. No le extrañaba que tuviera esa pasión por salir cada noche y no regresar hasta la madrugada. Pasar demasiadas horas allí podía ser hasta claustrofóbico.

—El baño está fuera. Espérame aquí. —Y antes de salir se volvió hacia él—. También tenemos todos los inquilinos una pequeña despensa donde guardamos algunos víveres. Creo que tengo un poco de *whisky*.

—No, gracias.

Lo dejó solo. Jack volvió a mirar a su alrededor y a punto estuvo de mirar dentro del armario por pura inercia, pero las palabras de Olga al exigirle que no la investigara aparecieron de nuevo en su mente. A fin de cuentas, después de aquella noche ya no la iba a volver a ver más, así que no había necesidad de saber nada de ella. Se quitó él también el sombrero y el abrigo. Continuando con el chaleco y la corbata, quedó tan solo con la camisa y el pantalón.

Olga volvió a aparecer. Se había dejado suelta la melena, que caía en enormes ondas sobre sus hombros. Jack se levantó de la silla y se acercó con suavidad hasta que introdujo sus dedos por aquel cabello sedoso y masajeó la parte posterior de la cabeza de ella. La vio cerrar los ojos e inspirar hondo. Segundos más tarde volvió a abrirlos.

—No suelo hacer esto —le dijo.

—Olga. —Y pronunciar su nombre por primera vez le pareció algo más íntimo que el beso que le había dado en el club—. Ya te he dicho que no estoy aquí para juzgarte.

Ella tragó saliva y, tras unos instantes de duda, supo que ya había decidido cuando, con un gesto lento, colocó sus manos tras la cabeza de él, se puso de puntillas y lo atrajo para besarlo. Directa y sin preámbulos. Decididamente, no pretendía hacerse pasar por una mujer tímida e inocente, y eso lo estimuló

mucho más. Pese a ello, se limitó a obedecerla, procurando no llevar la iniciativa en aquellos primeros momentos para no asustarla.

Se saborearon el uno al otro y las respiraciones empezaron a hacerse más jadeantes. Las manos de ella resbalaron por su espalda hasta sus hombros. Él rodeó con las suyas su cara y, acariciando con los pulgares el perfil de su rostro, notó la suave textura.

Poco después ella se detuvo. Mantuvieron sus frentes unidas mientras intentaban recuperar el resuello. El corazón de Jack golpeaba tan fuerte su pecho que pensó que ella podría oírlo. Olga se separó y, caminando hacia atrás, llegó hasta la pared y apagó la luz. La habitación no quedó, sin embargo, a oscuras. La luz mortecina del alumbrado público le dio un halo de cierto misterio y convirtió en sombras lo que antes era un mobiliario sórdido.

Ella se volvió a colocar frente a él. Esta vez a un paso. Jack no le podía ver la cara porque la ventana estaba tras ella. Así que solo veía su figura a contraluz. Un ligero movimiento de ella le indicó que estaba desabrochándose el vestido.

Esperó paciente hasta que su silueta marcó con claridad las curvas de su cuerpo sin ninguna tela que la distorsionase y todavía se contuvo cuando se dio cuenta de que ella echaba mano a sus pantaloncitos, que acabaron sumándose en silencio al vestido que yacía a sus pies.

Le tocaba el turno a él, pero optó por permanecer vestido un poco más. Avanzó el paso que los separaba, la tomó de los hombros y, haciéndola girar ciento ochenta grados, se colocó él a contraluz. Con ese gesto, además, Jack se encontró a los pies de la cama y se sentó.

Ahora que la luz iluminaba su cuerpo y que ella no podría captar los matices de su expresión, pudo recrearse en la contemplación. Tenía unos senos redondos y no pequeños. En su centro se erigían uno pezones de los que no podía apreciar en su totalidad el color, pero parecía que eran de un suave canela. Puso una mano en cada uno de ellos. Los acarició con suavidad y pellizcó de forma sutil el pezón. Ella se estremeció, al mismo tiempo que

lanzaba un gemido suave.

Pasó entonces un dedo por el camino entre los pechos mientras que con la otra mano se dirigía a comprobar cómo la cintura se estrechaba por encima de un vientre que no estaba del todo plano pese a que se mostraba terso y musculado, gracias al ejercicio físico que hacía.

Sin embargo, lo que más lo emocionó fue poner sus palmas sobre el contorno de sus caderas y hacerlas resbalar hacia sus nalgas, que se tensaron con el contacto mientras su miembro palpitante empezaba a mostrarse quejoso de estar tan abandonado.

Le tomó ambas manos y tiró de ella hacia la cama mientras él se arrastraba por encima de la colcha. Ella entró de rodillas y su frondosa mata de pelo rodeó su cara como si fuera un animal salvaje.

Olga hizo honor a su apariencia indómita y cuando se colocó a su lado no dudó en empezar a desabrochar los botones de su camisa. Jack se quedó muy quieto dejándola hacer e intentando mantener su respiración controlada. Cuando le quitó la prenda, fue ella quien repasó con las yemas de los dedos cada uno de sus músculos y él quien no pudo evitar temblar bajo su contacto. Si no la detenía, era capaz de derramarse con los pantalones puestos.

Le tomó las muñecas y Olga lo miró con expresión interrogante. La giró para colocarla de espaldas en la cama y volvió a apoderarse de su boca mientras que una de sus manos se deslizaba de nuevo por su perfil, rodeó los senos y los acunó con suavidad, se hundió en el hueco de su cintura y se elevó de nuevo en aquel perfil de sus caderas que, ya había decidido, era lo que más le gustaba de aquel cuerpo prieto y de curvas perfectas.

Sin dejar de repasar aquel contorno que lo volvía loco, dejó de besarla en la boca para probar con sus labios el ligero gusto salado del resto de su cuerpo. Mordisqueó así la barbilla y saboreó con gusto ambos pezones jugueteando con su lengua. Se acercó luego a su vientre y tomó con cuidado entre sus dientes aquella carne que ahora temblaba a su contacto. Ella se contorneó y, entonces, fue la cadera la que recibió sus suaves bocados mientras la mano se

deslizaba hacia la suave textura de sus nalgas.

Aspiró aire y miró hacia el triángulo rizado que tan cerca estaba de su boca. Tenía que catarla toda ella. Se movió hasta quedar entre sus piernas que, además, colocó sobre sus hombros y poniendo las manos bajo su trasero lo levantó un poco para poder servirse de su esencia con toda su plenitud. Olga se había tensado y, en cuanto notó que él besaba su zona más íntima y deslizaba la lengua por sus pliegues, hizo un movimiento con el que pareció querer apartarse.

Él ya no la obedeció. Sabía por alguna de sus mejores maestras que aquella caricia podía resultar demasiado intrusiva; pero también sabía que, si eran capaces de superar el recato, era una de las estimulaciones que con más rapidez las llevaba al orgasmo y si había algo que él quería ver en la Saparova era su placer más profundo.

Insistió pues en aquel profundo contacto y estimuló su clítoris mientras sus manos masajearan sus nalgas. La oyó gemir. Casi parecía una queja, pero sus jadeos habían subido de ritmo y sus manos, que al principio se habían posado en su cabeza para retirarla, ahora revolvían su pelo con ansiedad. Notó cómo llegaba al orgasmo antes de oír el grito que ella no pudo reprimir y sentir cómo se incorporaba para quedarse medio sentada.

Levantó la vista y la vio hermosa, con el pelo revuelto, la boca abierta; intentaba recuperar todavía el aire que le faltaba con una expresión de absoluto éxtasis. Ella clavó sus ojos en él y, aunque las sombras no le permitieron captar todos los matices, Jack intuyó que debían brillar.

Se alzó desde sus piernas y puso un pie en el suelo. Sin dejar de mirarla, se quitó el pantalón y los calzoncillos de media pierna. Su pene se erguía y unas pequeñas gotas de semen aparecían en la punta.

Olga seguía sentada, apoyándose en las manos, las rodillas dobladas y los talones aposentados en la cama, lo suficientemente equidistantes para que pudiera ver la entrada a su interior. Se acercó muy poco a poco sin dejar de mirarla a la cara y se encontró entre sus piernas, la besó. Primero con un casto

beso en los labios. Luego otro en el que succionó un poco su labio inferior y otro en el que recorrió con su lengua el contorno de sus dientes. Ella fue dejándose caer poco a poco de espaldas a la cama y eso hizo que, pese a mantener él las manos firmes a ambos lados de su rostro, sus caderas se acoplaron y su miembro se movió casi de manera autónoma al notar el calor de su zona más secreta.

Siguió besándola, retrasando el momento de entrar. Ahora ya se la estaba comiendo casi de manera literal y, cuando notó cómo ella subía las caderas, se detuvo de golpe y la miró jadeante.

—Pídemelo —le susurró.

No la pudo ver bien, pero la imaginó dudando, intentado descubrir hasta qué punto él iba a ser exigente.

—Pídemelo —insistió—. No te penetraré si no lo haces y me iré por donde he entrado sin más.

La sintió estremecerse y sonrió. Retar a aquella mujer debía ser una estupidez. La imaginaba tan brava como para ser capaz de aceptar el lance y resistir las enormes ganas que ella también tenía de ser penetrada. Pero necesitaba oírsele decir. Quería que fuera ella quien tuviese ese control tanto como que fuese ella quien renunciase a oponerse más a lo que los unía.

—Entra en mí —musitó.

Jack dio las gracias al cielo sin ser creyente y, sin darle tiempo a que pudiera repensárselo, se lanzó a su boca al tiempo que su pene se zambulló en aquel terciopelo de calor.

Notarse rodeado en su totalidad casi lo hizo correrse a la primera y, por eso, tuvo que esperar unos segundos antes de empezar a embestirla a un ritmo continuo, que ella acompañó con la cadera y con el que ambos jadeaban con sus respiraciones.

No dejaba de mirarla intentando atrapar el momento justo en el que ella debería volver a tener un orgasmo. Sus embates eran lentos y profundos de manera consciente. La sincronización de sus cuerpos era perfecta.

Continuó a ese ritmo cadencioso, sintiendo cómo todo su cuerpo iba llegando poco a poco a ese instante sin retorno. Podría seguir así toda la noche y no creía que hubiese mejor sitio donde estar que en el interior de aquella mujer. Oía sus gemidos y sus jadeos, y era como si eso le diese fuerzas.

—Jack —susurró entonces ella con la respiración agitada—. Jack, Jack...

Otras mujeres lo habían llamado por su nombre en esos últimos segundos, pero escucharlo de su boca le hizo sentir una corriente en todo su interior y supo que ya no iba a haber vuelta atrás. Incrementó el ritmo, levantó la cabeza y se tensó. Por un momento pensó en retenerlo esperándola a ella y fue entonces cuando oyó su grito liberador. Todavía lanzó tres o cuatro acometidas permitiendo que ella expulsase todo su goce antes de salir en el último instante para derramarse sobre su vientre suave y caer acto seguido a un lado de la cama intentando recuperar el resuello.

Se quedó unos minutos mirando al techo. Las respiraciones de ambos habían ido recobrando el ritmo normal. Él notaba el calor de ella en su brazo y se descubrió pensando que le gustaría notarlo en todo el resto de su piel.

Sin embargo, hasta allí había llegado aquello. Se lo había prometido a sí mismo. Se trataba de un deseo imperioso que debía cumplir con el único objetivo de liberarse de él.

Notó cómo ella se movía y abría el cajón de la pequeña mesita que había junto a la cama, y en seguida se dio cuenta que era para poder limpiarse. Se incorporó, le cogió el paño de las manos. Recordaba que, sobre la otra mesa auxiliar, la que le quedaba a él más cerca, había visto un lavamanos de cerámica blanca. Lo humedeció y antes de ponérselo sobre el vientre procuró que se atemperase con sus propias manos.

La limpió con cuidado y aprovechó una parte del tejido que había dejado de manera expresa sin mojar para secarla. Ella estaba muy quieta, dejándose hacer.

Todavía no había formulado ninguno de los dos una sola palabra. Jack pensó que lo último que se había oído había sido su nombre susurrado y se dio

cuenta de que volvía a excitarse ante el recuerdo de aquel sonido.

Se sintió incómodo. Aquel no era el trato que había hecho consigo mismo. Se trataba de follársela y quedar saciado. Soltó el trapo sobre la mesa auxiliar, se incorporó y salió de la cama. Busco su ropa y se vistió lo más rápido que pudo.

No le estaba resultado fácil. Sus manos parecían torpes con los botones y su pene, erecto de nuevo como una estaca, le tensaba el pantalón y no era fácil de disimular, aunque imaginó que la poca luz no bastaba para que ella se diera cuenta del detalle.

Olga seguía con tenacidad en total mutismo. No era la típica actitud de las mujeres. Prostitutas o no, las hembras con las que se había acostado manifestaban una especie de incontinencia verbal después del coito. Unas, entre risas, le cobraban lo establecido y le anunciaban todo lo que le harían la próxima vez. Otras pretendían hacerse las cándidas y ronroneaban palabras cariñosas. Algunas manifestaban sin ambages que se habían enamorado. Todas llenaban así el silencio incómodo que se generaba tras haber sudado conjuntamente y pretendían con sus palabras interesarse por si él volvería, cosa que él no hacía nunca a excepción de las meretrices. Sin embargo, aquella mujer, a la que no podía verle la cara, se mantenía callada y a él le pareció que la ausencia de sonido martilleaba en su cabeza con más fuerza que el más profundo de los golpes.

—¿Estás bien? —Se le habían escapado las palabras de la boca. A él ¿qué narices le importaba cómo estaba?

—Sí. Estoy bien.

La voz de ella había sonado como un canto de sirenas. Si en ese momento ella hubiese acabado la frase con su nombre, él sabía que se hubiera lanzado a ella, se hubiera vuelto a quitar la ropa y la hubiera penetrado de nuevo manteniéndola abrazada a su cuerpo sin que ni la más ligera brisa pudiera haberse colado entre ellos.

Tragó saliva y apretó los puños. «Este no era el trato», pensó de nuevo. Se

giró y encontró su abrigo y su sombrero. Se los puso.

Caminó hacia la puerta y cuando apoyó la mano sobre el picaporte se detuvo un segundo. «Si dice mi nombre, vuelvo». Contó hasta cinco y el silencio siguió igual de atronador.

—Adiós.

Después, el chasquido de la puerta al cerrarse. Sus pasos sobre las escaleras y sobre el piso helado de las calles de Nueva York. Ni el frío más glacial servía para aplacar el fuego que seguía consumiéndolo. Estaba, si cabía, más ansioso que cuando la había estado esperando en la salida del club unas horas antes.

Haberla catado solo había servido para querer más de ella. ¿Qué narices le estaba ocurriendo? Intentó prometerse a sí mismo que allí había acabado todo, pero era absurdo. Estaba claro que volvería a buscarla.

Capítulo 4

El escándalo de la sala llegaba hasta los camerinos. Aquella noche iba a ser mucho más complicada que otras, sin duda alguna. Miró hacia Zacharias, cuya expresión reflejaba también inquietud. En ese momento entró Joe.

—Hoy no vais a hacer el número de las sirenas. Utilizad el repertorio cómico y tapaos más.

—¿Qué ocurre ahí fuera, Joe? —preguntó Olga.

—No te preocupes. Zach y yo los controlaremos. ¿Verdad, Zacharias?

El hombretón asintió con la mano y esbozó una ligera sonrisa hacia las chicas, que no las tenían todas consigo. Fuera, el ruido de cristales que se rompían llegó con toda nitidez y Joe giró la vista hacia la puerta empalideciendo algo más de lo que ya lo estaba.

—Pero ¿quiénes son? —insistió Olga.

—Marineros germanos. Unos veinticinco. Vienen ya cargados de alcohol. Luke está echando polvos de Veronal en el *whisky*. No tenéis nada de qué preocuparos.

Las caras de ellos y sus advertencias no parecían indicar lo mismo, pero Olga se obligó a poner la mejor de sus sonrisas y mirar a sus compañeras. Ella era la más joven, pero por algún motivo siempre acababa haciendo de hermana mayor. Su carácter fuerte y su personalidad poco dada a acobardamientos la llevaban a asumir liderazgos que no siempre escogía, pero que eran habituales en sus relaciones con otras personas.

—Perfecto, chicas. Ya lo habéis oído. Vamos a hacer el número de los payasos. Hoy las propinas serán mayores. Pensad en eso.

Minutos más tarde sonaban los primeros compases del violín de Turner y las cinco salieron a la vez a las tablas. El rugido lanzado al unísono de aquellos rudos marineros fue espectacular y tuvieron que hacer acopio de todo su aplomo para sobreponerse, además de intentar escuchar por debajo de este lo que el pequeño grupo musical estaba haciendo sonar.

El baile que representaban era de los más simpáticos y menos sugerentes, pero eso no significaba que no enseñaran sus piernas o realizaran algún que otro movimiento de caderas más insinuante. En esos momentos, la sala entera parecía temblar.

Ninguna de ellas miró hacia el público como solían hacer en otras representaciones. No lanzaron besos, ni se les ocurrió mover ningún dedo como si estuvieran llamándolos a participar. Sin embargo, hacía falta muy poco para elevar la libido de aquellos hombres. Casi con toda seguridad llevaban meses navegando sin detenerse, aquel puerto habría sido el primero y se habían lanzado en busca de diversión.

El problema era que lo que ellos entendían por diversión difería bastante de limitarse a ver a unas mujeres sobre un escenario mientras representaban un número musical. Así que su estrategia de escoger una danza poco llamativa tampoco estaba consiguiendo mucho más que enfurecerlos.

Olga se preguntó por qué Joe los había dejado entrar. Tendría que haberlos enviado al Bronx a buscar algún burdel. Allí solo iban a dar problemas.

El número finalizó y, en lugar de aplaudir, los hombres empezaron a silbar y quejarse. Querían más y mejor. Estaba claro. Las chicas se miraron entre sí dudando si acceder. Al final, Olga miró a Turner y le pidió que tocara una de las primeras escenografías que tenían en *ragtime*. El viejo soltó entonces el violín y empezó a tocar el piano, mientras que el resto de los miembros de aquella mini orquesta acompañaban el ritmo con percusión.

Los clientes empezaron a imitarlos golpeando con sus palmas, sus puños y

sus pies al compás de la música. Pero, poco a poco, fueron subiendo también de tono y el piano dejó de oírse y la sala entera se convirtió en ese repiquetear estruendoso que no paraba y cada vez aumentaba también la velocidad.

Aquello tenía que detenerse y Olga tomó la decisión. Levantó una mano indicándolo y, como si fuera lo más normal del mundo, inició el saludo que las tenía que llevar de nuevo a la seguridad de los camerinos.

Sin embargo, los hombres no parecieron compartir esa decisión, y los golpes en la mesa empezaron a mostrar el enfado y se mezcló el sonido con el ruido de los vasos de cristal que caían al suelo.

Joe, desde las cortinas, les indicó que se retiraran y ellas, manteniendo la sonrisa, volvieron a saludar y empezaron a caminar.

Uno de aquellos rudos marineros se encaramó al escenario con más destreza de la que se podía suponer por su excesiva barriga, justo ante las bailarinas, y les cortó el paso. Lucy era quien iba primera y le dirigió una sonrisa amigable mientras intentaba sortearlo. Él la asió del brazo para impedirlo y acto seguido la agarró de la cintura de manera que los pies le quedaron elevados del suelo y empezó a representar un grotesco baile.

Olga, que cerraba la fila, se dirigió hacia allí e imprimió toda la fuerza que pudo para intentar deshacer el abrazo de aquel hombre. Se extrañó cuando le fue bastante fácil, tal vez por la dosis de alcohol, y liberó a Lucy, quien la miró agradecida. Pero en ese momento preciso vio cómo todo se descontrolaba. Varios hombres más empezaron a subir a las tablas y los que se quedaron en el salón golpearon con más ímpetu las mesas como animándolos.

—¡Corre! —le dijo a su amiga.

Después dio un empujón a ese primer intruso con la suficiente fuerza como para hacerlo trastabillar y caer sobre dos o tres de sus amigos que justo pretendían subir por ese lado. Miró hacia el resto del espacio y vio que entre algunos tenían acorralada a Jane. Su cara de terror lo decía todo. Zacharias ya estaba saliendo de las cortinas y su enorme presencia hizo que algunos de los que pretendían subir en ese momento se lo pensarán dos veces y volvieran a

poner pies en tierra. Debbie y Samantha se habían quedado en una esquina abrazadas. Se dirigió hacia ellas para hacerlas reaccionar y las escoltó hasta la salida, donde Joe, que tenía a Lucy a su espalda, las tomó de la mano para llevarlas a un lugar seguro. También la miró a ella para que los siguiera, pero Olga echó la vista atrás.

Zach ya estaba lanzando por los aires a uno de los que tenía acorralada a Jane y sonrió satisfecha. Pero a Cristine la tenía uno de aquellos cerdos empotrada en la pared, pretendiendo besarla, mientras otro desgraciado parecía esperar su turno. Vio en el suelo la barra con la que el tramoyista se ayudaba para abrir y cerrar las cortinas y, sin pensárselo dos veces, la cogió con firmeza y le asestó un tremendo golpe en la espalda a quien tenía agarrada a Cristine. El impacto provocó que cayera de rodillas y la bailarina aprovechó el momento para salir corriendo. Olga se preparó para volver a descargar el hierro, esa vez sobre la cabeza de aquel desgraciado, cuando una fuerza contraria impidió que sus brazos bajasen.

Se giró y vio al segundo tipo y, sin apenas tener tiempo de respirar, notó como con una única mano le aprisionaba el cuello y, lanzándola al suelo, se sentó sobre ella de manera que sintió una horrible presión en su vientre. Estaba empezando a quedarse sin aire bajo la compresión que le estaba imprimiendo en cuello y estómago, pero aún le dio tiempo a ver que el primer hombre, el que había recibido su golpe, se había incorporado y, mirándola con odio, la cogía de los brazos para estirárselos por encima de su cabeza. Intentó patear para deshacerse del peso, pero en seguida alguien cogió también sus pies. Oyó un grito a su izquierda y por el rabillo del ojo vio a Zacharias sangrando por la frente, totalmente rodeado y con Jane a su espalda llorando. En ese momento, el hombre que se había sentado sobre su vientre empezó a rasgarle el traje y a babear al verle los pechos. Quien la tenía agarrada por los pies estaba haciendo lo mismo con su falda.

«Se acabó —pensó—. Voy a ser violada aquí mismo», y no supo si sintió más miedo o vergüenza por saberse en un sitio público y notar su piel desnuda

a la vista de muchos.

La mano que aprisionaba su cuello se había aflojado, aunque el ligero alivio que sintió desapareció en segundos cuando una boca apestosa y húmeda aprisionó la suya. Sintió náuseas, pero en el último momento supo qué podía hacer y, sacando los dientes, mordió con todas sus fuerzas el labio de aquel desgraciado hasta que notó el gusto metálico de la sangre. El hombre lanzó un alarido y se apartó con rapidez.

Olga vio el efecto de su mordisco en un reguero del líquido rojo y hubiera sonreído si no fuera porque advirtió cómo la manaza de aquel marinero se levantaba para propinarle una bofetada que seguro le iba a doler.

Sin embargo, lo que pasó no fue eso, sino que, de pronto, lo vio saltar por los aires y todavía tuvo tiempo de darse cuenta de que lo que lo había provocado había sido un puño que impactó sobre su mandíbula. Después sintió que sus piernas quedaban liberadas y vio la espalda vestida de negro de alguien que acababa de patear la cara de aquel que la había estado manoseando por debajo de la falda, el cual se retorció de dolor mientras recibía otro puntapié que, esa vez, le rompió sin ninguna duda la nariz. Esa misma pierna fue la que giró y, levantando la otra como si se tratase de una pirueta de baile, dio la media vuelta y se oyó justo sobre su cabeza el crujir de los huesos de la cara de quien, hasta entonces, había aprisionado sus brazos.

Verse del todo liberada despertó de nuevo la vergüenza que había sentido segundos antes y como pudo se recogió el vestido y, cubriéndose, se arrastró de espaldas hasta una esquina del escenario. Miró hacia donde había visto antes a Zacharias y se alegró de comprobar que estaba acabando de vapulear a uno de los tipos, aunque su cabeza seguía sangrando. Luke había sacado la manguera de agua y estaba vertiéndola a presión sobre los clientes que se iban amontonado hacia la salida. Joe atravesaba el escenario corriendo y se dio cuenta de que su objetivo era la dulce Jane, que seguía llorando en el suelo.

Y, entonces, vio aquella espalda negra. Estaba sentado a horcajadas sobre un hombre y le estaba propinando tantos puñetazos sobre la cara y con tanta furia

que por un momento se compadeció, aunque se dio cuenta de que había sido el cerdo que primero la había atacado.

Luke, que ya había cerrado la manguera, empezó a gritar para que todos repararan en que el local ya había quedado vacío y tanto Zacharias como el desconocido detuvieron sus golpes. Se hizo un silencio sepulcral. El desconocido fue el primero en reaccionar. Se levantó y, todavía de espaldas, Olga vio cómo su complexión bastante más delgada que la de su víctima no le impedía cogerlo de la solapa como si fuera una pluma y lanzarlo escenario abajo. El marinero tosió y escupió sangre. Tenía la cara absolutamente destrozada. Caminó unos pasos y en seguida se unió el otro tipo al que Zach había soltado y que estaba saliendo por la puerta.

Entonces, la espalda desconocida se giró y Olga lo reconoció: Jack Grimm. El pelo revuelto le caía por la frente y en sus ojos negros brillaban odio y furia a partes iguales. Estaba tremendamente guapo. Y no supo si por eso, por aquella rabia que desprendía o porque por fin lo había vuelto a ver después de más de tres meses sin haber tenido ni una sola noticia de él, ella se estremeció. Las miradas de ambos se cruzaron un instante. Él apretó los labios y su mandíbula se movió.

Las chicas salieron de entre las cortinas y se repartieron entre Jane y ella para consolarlas. Cristine llevaba una capa enorme, la que utilizaban para el número de los aristócratas, con la que la cubrió entera. Olga solo la miró expresándole su agradecimiento.

—Vamos, chicas, id al camerino y vestíos. Todo ha acabado por hoy.

Joe era quien había hablado y en el tono de su voz se advertía la tristeza que lo estaba invadiendo. Aquel hombre no se merecía lo que le había pasado. El local estaba destrozado. Las pérdidas iban a ser enormes. Lucke y Zacharias empezaron a moverse poniendo del derecho sillas y mesas. Olga todavía miró un segundo a Jack antes de adentrarse entre bastidores.

Cuando, ya vestidas, ellas también se unieron a ayudar para arreglar lo que se pudiera del club, él ya no estaba. Tardaron casi dos horas en dejarlo todo

más o menos en condiciones, aunque la lista que habían hecho de lo que debía ser reparado era tan larga que, con toda probabilidad, no sería posible volver a abrir en más de una semana.

En la puerta, Olga abrazó a los tres hombres y, sobre todo, a Joe, quien, si no fuera por la experiencia acumulada de sus más de cincuenta años, habría estado llorando como un niño. Las chicas también se fueron despidiendo. Esa noche a nadie le apetecía alargarla. Ya les explicarían a Tancredi, Florence y los demás qué había ocurrido.

Empezó a caminar por la Cuarta Avenida. Por la noche seguía haciendo frío, pero las temperaturas ya no descendían el termómetro por debajo de cero y su abrigo era suficiente para mantener el calor. Cuando llegó a la Octava, antes de girar para dirigirse hacia su casa, un extraño instinto la hizo girarse y, al verlo a tan solo unos cincuenta metros, se detuvo. Él siguió avanzando hasta llegara su altura. Después la miró y le levantó la barbilla. El interés que puso en su cuello habría sido casi de profesional si no fuera porque, cuando vio las evidentes marcas azuladas, su mandíbula empezó a moverse de nuevo.

—¿Me has estado espiando? —le espetó ella.

Jack enarcó una ceja con cierto aire escéptico. Después notó cómo expiraba el aire mientras miraba hacia un lado. Quizás estaba considerando si decirle la verdad.

—Cualquier otra estaría agradeciéndome mi intervención.

—Yo no soy cualquiera. Dime ¿me has estado espiando, verdad?

—Voy a empezar a pensar que tienes sueños de grandeza. Ya te dije que no tienes nada que...

—No me digas estupideces, ¿cómo y por qué has aparecido? ¿Te crees que a estas alturas puedo creer en las casualidades? Llevas tres meses sin dar señales de vida y, de repente, esta noche, surges por arte de magia directamente de la calle.

—Era un cliente más.

—Mentira. No soy idiota. Tengo suficiente experiencia en esto. Siempre que

salgo al escenario miro y sé con exactitud cuántos clientes hay, dónde están y quiénes son. Tú no estabas allí.

—¿Lo haces para ver donde clavar tus intereses?

—Lo hago porque me da la gana. Dime ¿dónde estabas escondido?

Jack soltó el aire por la nariz como si fuera un animal salvaje. Parecía al borde de un exabrupto, aunque Olga pensó que era ella quien se encontraba en el límite de su paciencia y esa noche, con la rabia por lo que había ocurrido todavía corriendo por sus venas, no era la mejor para aclarar ciertas cosas entre ellos.

Hacía tres meses que no había sabido nada de aquel sujeto que, después de haber entrado a su casa y haber copulado haciéndola sentir cosas que nunca había sentido, se había ido con un simple «adiós».

Se había dicho a sí misma cientos de veces que se lo tenía merecido, que la culpable había sido ella por dejarlo acceder a su vida, que sabía lo que pasaría desde el momento en que lo había invitado a su habitación, que tendría que haber previsto que ella no era mujer de una sola noche, que haberse saltado todos sus principios y sus promesas de mantener a los hombres a distancia no había sido producto de un pasajero momento de locura, que haber tenido que acudir de forma constante a su fuerza de voluntad para dejar de echar de menos aquel tipo a lo largo de los meses y haber soñado varias noches con sus manos para despertarse con el corazón palpitante y una odiosa humedad entre sus piernas era su castigo por pretender actuar como algunas de sus amigas de fiestas y correrías, aunque supiera que un abismo sobre lo que querían hacer con su propia vida las distanciaba.

—Estaba tras la columna que hay junto a la puerta de salida. En el mismo sitio donde he estado dos o tres veces por semana

La voz había surgido grave y profunda. Su sonido o el contenido de sus palabras, no acababa de tenerlo claro, habían disparado su corazón y habían provocado cierta debilidad en sus piernas. ¿Dos o tres veces por semana? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Cómo era que Zach o Lucke no lo habían visto?

—Podría haber sido una de esas noches en las que no he ido. Así que, lo creas o no, sí ha habido casualidad.

Hablaba sin mirarla a la cara, con las manos en los bolsillos y el cuerpo apoyado sobre todo en una de sus piernas. Cambió un momento de posición y sacó una cajetilla de tabaco del que extrajo un cigarrillo, se lo puso en la boca, lo encendió con un fósforo que hizo rasgar sobre la pared que tenía a su lado y dejó ir el humo hacia el mismo lado donde parecía mantener obtusamente la mirada.

Olga continuaba callada. La confesión de que había ido al club más de una vez la había dejado perpleja. ¿Qué significaba aquello? ¿Era un encargo de su jefe? ¿Era él quien lo había decidido? ¿Para qué?

Como si él pudiera leerle el pensamiento, dio unas cuantas caladas más al cigarrillo y volvió a hablar en el discurso más largo que ella hubiera creído nunca que era capaz de articular.

—Verte en el sitio donde actúas en público no tiene nada que ver con intentar obtener información secreta. Así que no es espiar. Es tan solo observar. Te veo cómo actúas y me voy. Lo consigo cada vez, aunque no siempre estoy seguro de que podré hacerlo.

—¿Por qué?

—Siempre espero verte caer o tropezar. Tal vez equivocarte en un paso. Dejarías de ser quien se ha metido en mi cabeza.

—¿Por qué te vas?

Clavó aquellos ojos negros en su retina y sintió cómo su interior se removía inquieto. Era la mirada más profunda que nadie nunca le había dirigido, pero era incapaz de interpretarla. Volvió a dar una calada a su cigarrillo, lo tiró al suelo y lo aplastó con un pie. Giró de nuevo la cabeza hacia la calle y aspiró el aire que subía desde el muelle.

Olga desvió también la vista hacia el infinito y, de pronto, tuvo necesidad de bajar hasta el Hudson y ver de nuevo el amanecer; si era posible, junto a aquel hombre. Empezó a andar, esperando que él hiciese lo mismo. Tardó solo unos

segundos, pero acabó a su lado.

Caminaron en silencio durante los más de veinte minutos que duró el trayecto y, cuando divisaron el río, el cielo ya presentaba la claridad que anunciaba el amanecer como aquella otra vez.

Estaban a la altura del muelle 84. A diferencia del que visitaron la primera vez, esa zona hacía tiempo que apenas se utilizaba más que como parte del almacén de la marina y eso lo alejaba de la marabunta de pescadores o comerciantes. Tampoco había ningún puesto elevado al que poder encaramarse.

Olga caminó por los tablones de madera que estaban siempre húmedos y, al llegar hasta el final, dejó que las puntas de sus pies se asomaran a las aguas turbias del río. Y respiró hondo para impregnarse del olor a mar que subía gracias al viento del este.

Jack se había quedado unos pasos atrás apoyado en uno de los pivotes para amarres y mirándola a ella como si nada más le pudiera interesar. Encendió otro cigarro, aunque, esa vez, cuando lo acabó, lo tiró al agua.

El día estaba en parte nublado así que solo se podían percibir los cambios de luz y no seguir la senda del astro. Pese a ello, Olga se quedó allí mirando hacia el este, para inundarse de esa especial energía de la mañana y dejando, de paso, que la rabia que la había estado carcomiendo por lo que habían hecho aquellos cerdos en el local se fuera aplacando.

Se giró y caminó los pasos que la separaban de Jack. Él la miró de nuevo con la mirada turbadora y oscura.

—Esta noche es mi día libre en el club y he quedado con mis amigos en el Teatro New Amsterdam en Broadway —le dijo entonces ella—. Es el ensayo general de la ópera que se estrena mañana y canta uno de mis mejores amigos. Así podemos verlo desde platea. —Hizo entonces una inspiración y fijó sus ojos sobre él—. Si quieres algo conmigo, lo harás como una persona normal, relacionándote conmigo y con mis amigos y no como un fantasma o un proscrito.

Después dio media vuelta y se fue. Llegó a su casa cansada, mucho más de lo que era habitual y Olga sabía que nada tenía que ver con las horas. No era la primera vez que llegaba a la cama con el sol bien alto. Pero los acontecimientos en el club y la presencia perturbadora de Jack Grimm eran suficientes para acabar con las energías de cualquiera.

Sería por ese motivo por el que durmió hasta bien entrada la tarde y, cuando se despertó, el hambre la atenazó pues lo cierto era que no había comido nada desde la noche anterior. Se vistió y se dirigió al pequeño colmado que había justo en la esquina. En la parte trasera, la dueña tenía un fogón y se ofrecía como servicio de restauración a los vecinos del lugar. No era una estupenda cocinera, pero para Olga era una gran ayuda puesto que el pequeño hornillo que guardaba en el armario ropero era inservible para guisar alguna cosa comestible.

Volvió a su apartamento y se dio una larga ducha. Se acercaba la hora en la que había quedado con todos sus amigos para ver el último estreno de Tancredi y sentía un cosquilleo en el estómago que vaticinaba su ansiedad. Sabía que no era por el éxito de su amigo. La imagen de aquel hombre de pelo negro y mirada oscura había estado presidiendo sus sueños y también su vigilia.

Se vistió con su mejor vestido. Uno de tejido raso y color malva que le había regalado un cliente del club pese a su negativa insistente a tener ningún tipo de aventura con él. Se miró al espejo diciéndose a sí misma que ese era el traje que ya hacía días había pensado en ponerse para aquella noche y que nada tenía que ver que, tal vez, solo tal vez, aparecía Jack Grimm.

Al acabar, brillantó sus zapatos para disimular el constante uso que les había dado y, colocándose el abrigo, se dirigió a la calle.

Cuando llegó al teatro de Broadway, vio cómo todos sus amigos ya estaban en la puerta. Como siempre, las risas acompañaban al grupo pues tenían por costumbre combatir la falta de dinero o las frustraciones ante el esquivo éxito con continuas bromas y chanzas. Así que, cuando alguna vez a alguno de ellos

lo alcanzaba la buenaventura, todavía se destilaba mayor alegría, y eso era lo que en muy buena parte iba a pasar a partir de aquella noche con la aparición de Tancredi como solista principal de aquella ópera.

Se acercó a ellos no sin antes mirar alrededor por si encontraba algún rastro de Grimm. Una pequeña punzada le sobrevino al no verlo y eso que se había repetido miles de veces que él no accedería, que no era hombre que aceptase condiciones y que, mucho menos, querría con ella una relación que supusiese introducirse en su vida y compartir amigos, ilusiones o deseos.

Recibió abrazos y besos, pero, por encima de todo, la sobrecogió ver a Florence. Hacía mucho que no la veía. Desde que su exmarido le permitía estar cada tarde con sus hijos. Eso la mantenía mucho más ocupada y había reducido bastante sus salidas nocturnas. Sin embargo, su expresión no parecía ser demasiado feliz aquel día.

—¿Te ocurre algo? —le susurró al oído cuando la abrazó.

—Ya te contaré. Hoy es el día de Mario.

—Dime ¿qué es? —insistió Olga.

Frence suspiró y la miró con sus ojos azules de una pureza sin igual. ¿Cómo podía nadie pensar que esa dulce criatura fuera alguien malo? Ciertamente que había cometido errores, pero todos, producto de su bondad e ingenuidad. Porque de lo bueno también pueden surgir horribles consecuencias.

—Michael se ha comprometido. El matrimonio se celebrará en un mes.

Olga parpadeó. Sabía cuánto amaba su amiga a su exmarido. Saberlo a punto de casarse tenía que ser terrible para ella. Masculló una maldición. Aquel hombre la estaba matando.

—No te preocupes, Olga. Es solo la sorpresa. Se me pasará. Un día u otro tenía que pasar.

—Espero que eso te haga olvidarlo de una vez por todas.

Florence la miró con una triste sonrisa. Después se giró hacia el resto y puso atención en algo que Sybill estaba explicando con muchos aspavientos y gesticulaciones. Olga volvió la cara al otro lado para que nadie viese la

enorme pena que se apoderaba de ella al ver tan triste a su amiga. No sabía, sin embargo, si era más fuerte la tristeza por Florence que el odio por Michael de Ressay.

En ese momento llegaba también Connor O'Brian. Era el único no artista del grupo de amigos. Tercer hijo de una familia aristocrática irlandesa, había estudiado Derecho dado que su hermano mayor era el único que heredaría y el siguiente había hecho carrera en el ejército. Se había enamorado de la hija de un conde, inglés por más señas. Obviamente, la boda nunca tuvo lugar. Si ya era difícil que un tercer hijo pudiera casarse con una futura condesa, mucho más si se trataba de unir irlandeses con ingleses. La oposición fue absoluta por parte de las dos familias y las dos sociedades. Los enamorados intentaron fugarse y todo acabó con la trágica muerte de ella. O'Brian se lanzó a la bebida y dio más de un espectáculo en algunas de las fiestas que se celebraron. Finalmente, su familia decidió sacarlo de aquellas tierras donde no hacía más que avergonzarlos y lo embarcaron rumbo a Estados Unidos con alguna carta de recomendación y una renta de mil libras anuales que no era demasiado, pero sí suficiente para sobrevivir con cierta holgura si lo complementaba con algún trabajo.

Nunca consiguió sacar cabeza. Cuando parecía que lo hacía, su afición al alcohol acababa con él tirado en cualquier callejuela infecta. Tancredi lo conoció cuando tuvo que apartarlo de la entrada de su casa; pero mientras lo arrastraba lo oyó llorar y se apiadó de él. Lo recogió, lo lavó, lo alimentó y encontró para él una dedicación en la oficina de Defensa Penal para Pobres, donde no ganaba mucho, pero podía emplear sus conocimientos y sentirse útil. Se hicieron amigos. Inseparables. Y, aunque de vez en cuando tenía recaídas, duraban poco gracias a la intervención del cantante y también, por qué no decirlo, del resto de amigos. Hacían una extraña pareja. Uno sensible, creativo y artístico. El otro cínico, racional y tremendamente lógico. Pero quizás por esa oposición se complementaban a la perfección.

—Aquí estamos —dijo con su característico acento al llegar a su lado—.

¿Estuviste con Mario?

—No. No he entrado aún. Y creo que ninguno de ellos todavía. Además, no creo que Tancredi esté visible. Debe estar en camerinos, intentando respirar —respondió Olga.

—Lo he visto esta mañana y ya le costaba.

—No me extraña. Debutar como tenor principal en el New Amsterdam y hacerlo con el *Rigoletto* no debe ser nada fácil.

—Supongo que por eso me decía que iba a regresar a sus papeles de secundario. Me ha costado cielo y ayuda que no fuera a su antigua compañía a volver a pedir el papel.

—Me lo creo. —Olga le sonrió.

—Bien, pues allá vamos. ¿No entras?

—Mmmm... todavía no. Esperaré un poco.

—¿Esperar? ¿A quién?

—A nadie. —Olga prefería no anunciar ninguna compañía que no estuviera segura que se iba a dar—. Esperar a que a mí también se me pasen un poco los nervios.

—Pues no te entretengas mucho que Pero ¿qué diablos? Ya está de nuevo siguiendo a Frence ese desgraciado.

La expresión de O'Brian había cambiado de manera brusca de la relajación y chanza a la tensión y odio. Miraba sin parpadear hacia la acera contraria y Olga resiguió su estela hasta que se topó con Jack Grimm apostado ante una farola, mirándolos tan inmóvil como tenso. La primera alegría que la asaltó por ver que él había accedido a ir quedó obnubilada ante la evidencia de que ahora debía confesarles a sus amigos que salía con Jack Grimm, uno de los hombres que trabajaba para Ressay.

—No.... No ha venido por Frence. Yo.... Yo.... —Olga tenía que aclarar que ella lo había invitado, pero no tenía muy claro cómo hacerlo dado que, como todos sabían, había espiado durante mucho tiempo a Florence. Tal vez no había sido una buena idea invitarlo a ir.

—Me enferma verlo. Sé que la culpa fue mía, pero, cada vez que recuerdo con qué facilidad me manipuló, yo...

—¿A ti? ¿Cómo que te manipuló?

—Ese fue el cerdo que me incitó a emborracharme antes de las alegaciones finales en el juicio de Frence.

Olga sintió como si su corazón se detuviese y con mucha lentitud volvió a girar la vista hacia O'Brian pues, hasta ese momento, sus ojos habían permanecidos clavados en la figura alta y bien parecida de Grimm.

—¿De qué estás hablando?

—Ese desgraciado conocía mi debilidad. Me ofreció una copa y, cuando me negué, empezó a beber él una tras otra, haciéndome creer que era escritor y que iba a escribir sobre todo lo que pasó en Irlanda para denunciar la hipocresía de la aristocracia. Le creí y, al final, animado por sus palabras, pensé en celebrarlo y... ¡Dios! Ni siquiera me dejó pagar una ronda. Antes de que acabase la anterior ya teníamos preparada la posterior en todo momento y... ya lo sabes... perdí la noción del tiempo y perdí mi dignidad otra vez. Dejé a Frence sola en el juicio ante su odioso marido y toda su capacidad y perdió y... la torturaron.... Y....

—¡Calla! —interrumpió Olga.

Recordar aquellos crudos momentos dos años atrás, cuando su amiga fue destrozada en público, le provocaba náuseas. Giró la vista hacia Jack de nuevo. No se había movido ni un ápice. La miraba a ella, sin perder de vista a O'Brian. Su expresión tensa, con la boca tan prieta que sus labios se habían convertido en una línea fina y las manos cerradas en puño.

Olga pensó que era imposible que los estuviera oyendo pues la distancia era lo bastante amplia. Sin embargo, no había duda. Sabía de qué hablaban. Sabía que O'Brian acababa de explicarle que él fue el despreciable que había provocado la recaída del abogado para impedir que hiciera sus alegatos finales y todo aquello había acabado de la peor manera para su amiga Florence. Estaba claro que por eso se había quedado en ese lado de la acera y

que, sin oírlo, conocía todos y cada uno de los detalles de la conversación que se estaba produciendo sobre su persona. Y lo sabía porque era todo cierto y se quedaba allí apostado, sin poder dar un paso adelante, porque no había excusa, ni justificación, ni nada más que el puro trabajo mercenario para explicar una acción tan detestable.

Lo miró y no dudó en enviarle todo el odio que fue capaz de transmitir en una sola mirada. Jack hizo una mueca con el labio que bien podría ser una sonrisa y Olga sintió que todavía lo odiaba más.

Entonces, se echó la mano al sombrero a modo de saludo y, dando media vuelta, se fue caminando erguido y con cierta lentitud, como si pudiera darle tiempo a que lo detuviera. Pero no lo haría. Jamás podría estar con un hombre que había herido así a su amiga. Nunca.

Capítulo 5

Jack se había colocado en la balaustrada que rodeaba todo el muelle, desde donde tenía una posición privilegiada del Italy y de la despedida que estaba teniendo lugar. Florence Howland estaba abrazada a sus dos amigas, mientras que tres hombres las rodeaban. Uno de ellos, su jefe y protector, Michael de Ressy, las miraba con una expresión en el rostro entre ilusionada y ansiosa.

—Me alegro que todo haya quedado resuelto —dijo entonces Jenkins, el hombre que tenía a su lado.

Se trataba del abogado de la naviera. Compañero inseparable como él del vizconde de Ressy en los últimos dos años. Ambos lo habían visto sufrir con el divorcio, hundirse durante la separación y angustiarse ante su propia incapacidad de pedir la reconciliación. Había estado a punto de perder esa posibilidad cuando se había comprometido con la heredera de los Hollister, pero las circunstancias habían acabado jugando a su favor y, por fin, allí estaba emprendiendo un largo viaje con su amada Florence.

—Espero que pueda disfrutar —siguió el abogado—. Tú y yo, mientras tanto, vamos a conservar y hacer más fuerte esta empresa.

Grimm torció el gesto. No le había hecho ninguna gracia que Ressy se empeñara en dejarlos a ambos a cargo de la naviera. Él nunca había dirigido una empresa, pero su jefe no había atendido a razones

—Eres capaz de liderar y organizar a cientos de hombres a lo largo y ancho del país —le había respondido el vizconde ante la negativa inicial.

—Pendencieros, forajidos y hombres de baja estofa que obedecen al dinero y a las amenazas.

—Acabas de describir los dos motivos que mueven al mundo —había replicado insistente—. Bueno... también el amor.

—El sexo, en realidad.

—Puedes llamarlo como quieras. Pero de lo que no hay duda es de que sabes cómo comandar a un grupo de hombres y eso es lo que tendrás que hacer en la naviera. Eres un líder nato, Jack. Los hombres te siguen con solo mirarlos. Jenkins se ocupará de las decisiones legales y ambos deberéis poneros de acuerdo en las cuestiones económicas. Es la combinación perfecta.

—Para hundir un negocio, tal vez.

Michael lo había mirado con una sonrisa en los labios y después le había puesto una copa en las manos, con la que lo obligó a brindar y aceptar el puesto de director de personal de Navieras Ressay, con un sueldo que triplicaba el que hasta entonces había recibido y la entrega de un porcentaje de las acciones al finalizar los dos años en los que había de desempeñar aquella nueva función.

Miró de nuevo la escena de la despedida. Florence ya se había separado de sus amigas y habían empezado a caminar por la pasarela. En ese momento, un estruendo de música y voces interrumpió la marcha y todos miraron hacia su origen.

Allí estaba. Olga Saparova con el el grupo de cantantes, músicos, bailarines, pintores, escultores y otras actividades artísticas. Al llegar al muelle, le dedicaron un baile como homenaje.

A Jack empezaron a incomodarlo tanta manifestación sentimental, tanto abrazo, tanto beso y tanta cursilería. Le parecía falso y lo consideraba en muy buena parte síntoma de la debilidad humana.

Él había estado a punto de sucumbir a toda aquella pantomima cuando acudió al New Amsterdam como le había pedido la rusa. Por fortuna, las circunstancias actuaron para impedirlo y, cuando la vio palidecer mientras

O'Brian le hablaba, supo que allí había acabado su historia, que el abogado le estaba relatando cómo se conocían y que, a fin de cuentas, aunque era cierto que todavía recordaba la noche que habían compartido, era solo sexo y puro sexo y, con toda probabilidad, si hubieran repetido, se hubiera decepcionado.

Accedió al barco por la pasarela de carga que comunicaba la balaustrada con la zona de mando del Italy. Echaría un último vistazo para asegurarse de que las órdenes de Michael de Ressay se habían cumplido.

Desde cubierta no pudo evitar mirar de nuevo hacia el muelle y vio entonces cómo Florence y Olga estaban hablando. Durante un segundo, esta última miró hacia donde estaba y entornó los ojos. La vizcondesa, siguiendo la estela de su amiga, también clavó sus ojos en él. Jack giró la cara hacia el lado contrario. Algo le decía que, de nuevo, estaban hablando de él y no lo soportaba. Se dirigió al sobrecargo y le hizo algunas preguntas de rutina. Todo estaba bien.

Volvió a las oficinas justo antes de que las pasarelas fueran retiradas. Se suponía que, a partir de aquel momento, iba a pasar en aquellas instalaciones muchas de sus horas. Una sensación de inseguridad lo atenazó. Él era un hombre de la calle, criado sin ningún techo y acostumbrado a trabajar con tunantes. Comandar hombres de familia y responsabilizarse de las entregas en el tiempo justo no era con exactitud lo mismo. Además, Ressay les había pedido que emprendieran un nuevo proyecto: la construcción de un barco cuya finalidad debía ser trasladar aviones.

Desde que hacía solo unos pocos años los hermanos Wright habían sorprendido al mundo con su aeroplano, la fiebre por lo relacionado con ese aparato, estaba desbordando todas las industrias. Ressay había empezado a pensar en el negocio hacía pocos meses, pero la decisión de intervenir le vino de la mano de Trevor Mathews, un brillante y joven ingeniero de quien solo podía esperar la fidelidad más absoluta al haber propiciado que se casara con el amor de su vida a costa del propio Ressay.

Mathews y su enamorada, Jane Hollister, se habían trasladado a Canadá, donde el vizconde había adquirido una pequeña industria naviera y desde allí,

lejos de las miradas ávidas de otros industriales que preferían ahorrarse los costes de invertir en nuevos desarrollos y optaban por medios ilícitos como el espionaje de sus competidores, iban a dedicarse a poner en marcha esa nueva línea de producción.

Pero dado que había decidido irse a Europa por dos años con su mujer y dejado la naviera en manos de Jenkins y Grimm, Michael les había pedido que, manteniendo la viabilidad de la empresa, empezaran a diseñar y trabajar en un barco que debía estar concebido para trasladar aviones por el Atlántico y así poder asegurar que sus producciones podrían ser vendidas también en Europa, ampliando el mercado.

El cometido debía partir de un acorazado que había quedado a medias en su construcción cuando el vizconde abandonó todo tipo de negocio con la industria armamentística. La modificación de los planos originales era la primera parte que debía desarrollarse a manos de los ingenieros, pero el trabajo posterior iba a ser inmenso y con la particularidad de tener que contratar a cientos de trabajadores, a los que, además de saber hacer bien su trabajo, se les debería exigir la máxima discreción. Muchos otros en Nueva York se estaban preguntando cómo ganar más dinero con el delirio por los aviones y una idea como aquella debía ser mantenida en el máximo secreto.

Miró hacia el río Hudson y comprobó que el Italy ya no se podía ver. Su jefe, protector y amigo iniciaba una nueva vida. Él también. Pero por aquel día ya había tenido bastante. Se tomaría un buen *whisky* en cualquier club y se iría a su casa hasta el día siguiente.

Bajó hasta el almacén y cogió uno de los coches de la naviera. Su casa no quedaba lejos, pero al día siguiente quería hacer una visita a todos sus informantes habituales para darles nuevas instrucciones y se desplazaría mucho más rápido en automóvil. Confirmados los planes para el futuro de Navieras Ressay, también eran otros los objetivos y se había propuesto ser él el primero en conocer qué iban a hacer todos sus competidores.

Cuando accedió a la calle principal que descendía paralela al East River, ya

pudo ver que, a unos quinientos metros, la circulación de vehículos parecía estar bloqueada. Pensó en intentar desviarse, pero las calles perpendiculares no presentaban mejor aspecto. Un caos de todo tipo de coches, de caballos o a motor, sumado a la multitud de personas que, o bien porque habían finalizado su jornada laboral, o bien porque la iniciaban, ocupaban las calles, hacía imposible la huida.

Cuando tan solo le quedaban unos cien metros para alcanzar la cola de coches detenidos se dio cuenta de que estaba rebasando a Olga, que caminaba cogida del brazo del viejo Turner. Bastante más adelante, el resto del grupo de amigos se perdía entre todos los transeúntes que, aprovechando que había aquel atasco en la calzada, avanzaban entre los automóviles.

Jack llegó ya a la altura del último de los coches y decidió desconectar el motor y poner el freno. Debía armarse de paciencia. Reparó en que quien tenía delante era uno de los grandes amigos del vizconde, en concreto, el doctor Martin Goldsmith y parecía que iba acompañado tanto de su mujer, Margaret, como de la mujer del conde de Charmington. Este, sin embargo, debía ir en algún vehículo más avanzado, con todos los niños.

Desplazó la vista hacia cada uno de los lados. A la izquierda se levantaban unos edificios bastante decrepitos, cuyos locales a pie de calle ofrecían diversos productos. A su derecha estaban levantando uno de esos grandes rascacielos que, tal vez, gozaría del derecho a ser considerado el más alto de la ciudad durante algunos días hasta que otro ganase aquella carrera en la que se había sumido la ciudad y que le parecía tan alucinante.

En ese momento, estaban izando una gran pieza circular de acero con un sistema de poleas bastante rudimentario. El hombre que lo dirigía estaba colgado desde lo que debía ser el piso once o doce, pero estaban teniendo problemas porque la pieza se movía con cierto descontrol y golpeaba las paredes todavía en construcción del edificio.

De pronto, Grimm vio al hombre empezar a hacer aspavientos intentando avisar de algo a los que, dos o tres pisos más abajo, maniobraban aquella

especie de gran tubería. Él repasó todo el mecanismo y entonces lo vio. Una de las cuerdas había perdido grosor. Se estaba deshaciendo como efecto del peso. Los trabajadores intentaron maniobrar con la pieza para hacerla reposar sobre uno de los pisos. Sin embargo, estaban teniendo serias dificultades.

Jack lo observaba todo con más curiosidad que otra cosa, hasta que se dio cuenta de que la cuerda quedaba muy debilitada y supo, con toda certeza, que aquella monstruosidad de acero iba a caer sin más remedio. Fue entonces cuando todo pareció transcurrir a una velocidad inusualmente lenta.

La pieza descendió en caída libre y en posición vertical hasta el segundo piso. Allí chocó con el mismo edificio y giró de manera que toda su horizontalidad, unos cinco metros, se desplomó sobre una caseta de adobe que utilizaban como almacén de herramientas y provocó que el pequeño edificio se desmoronase como si se tratase de un montículo de naipes y ocupara la vía central. Los transeúntes que pasaban por allí quedaron inmediatamente sepultados bajo los propios ladrillos y aquella gran tubería. El vehículo que estaba justo al lado, el de Martin Goldsmith, desapareció, por un momento, bajo la nube de polvo que se creó.

Grimm contuvo la respiración y se mantuvo unos segundos quieto y alerta. No era muy dado a manifestaciones sentimentales sobre las desgracias ajenas, pero haber presenciado tan próximo un acontecimiento como aquel y estar él tan cerca de haber sufrido las consecuencias no lo dejaban inmune.

Salió, entonces, del coche y le sorprendió que todo hubiera quedado sumido en un extraño silencio. Segundos más tarde los primeros llantos y quejidos traspasaron las ruinas, mientras que Martin salía del vehículo y tras él las dos mujeres.

Parecían ilesos y se alegró. Le hubiera supuesto un desagradable trago tener que informar de una desgracia a Michael de Ressay y a su mujer, Florence. Sus amigos estaban a salvo. Sin embargo, de pronto, lo asaltó un sudor frío y el nombre de la rusa le golpeó el cerebro como un martillo.

«¿Estaba atrás? ¿Cuánto tiempo había estado parado? ¿Lo había rebasado y

él no se había dado cuenta? ¿Estaría entre las ruinas o había traspasado esa zona?».

Miró a un lado y otro, y no la pudo divisar. Empezaba a acumularse gente. Algunos con intención de ayudar y otros tan solo para curiosarse. Goldsmith había hecho que las mujeres se situaran en una zona alejada y caminaba hacia el cúmulo de ladrillos. Jack también fue junto con otros dos hombres, y empezaron a retirar cascotes sin dirigirse la palabra, como si bastase mirarse para saber cómo actuar.

Enseguida llegaron al primer cuerpo. Se trataba de una mujer de unos cincuenta años. Estaba consciente y muy asustada. Sangraba en la cabeza y tenía bastantes arañazos en las partes visibles de su cuerpo. Martin la retiró a un lado y se entretuvo en examinarla, mientras los otros ya habían localizado a otra persona. Una mujer más joven, que acabó de ayudar ella con los últimos ladrillos y aseguraba estar bien.

Se acercaban ya donde la gran tubería de acero se encontraba. Lo que estuviera debajo con toda probabilidad habría quedado del todo aplastado. Sin embargo, al empezar a retirar las ruinas, apreciaron que unas vigas de hierro apiladas en el interior del almacén de construcción estaban soportando todo el peso de la pieza caída de manera que quedaba, por debajo de ellas, un pequeño hueco. La espalda de un hombre ocupaba la entrada de esa cueva espontánea. Los dos hombres que estaban ayudando lo tenían más cerca y, cogiéndolo de las axilas, lo sacaron.

Sintió como si su corazón se parase al verle la cara. Se trataba del viejo Turner. Estaba consciente, pero muy magullado y temblaba como consecuencia del susto que todavía lo embargaba.

Jack se lanzó hacia el hueco que ahora tenía la entrada liberada y tardó solo unas milésimas de segundo en localizarla. Estaba semi estirada en el suelo y tenía los ojos abiertos.

—¿Olga? ¿Estás bien?

Giró la cabeza hacia él y, en un primer vistazo, pareció no reconocerlo, pero

momentos después el pequeño suspiro que lanzó y el temblor de sus labios le indicaron que estaba reaccionando.

—Vamos. Te sacaré de aquí.

—No se puede —respondió ella.

—¿Por qué no? ¿Qué ocurre?

—Tengo apresado el pie con algo. No puedo moverme.

Jack miró hacia donde le indicaba y, en efecto, allí estaba. El pie derecho había quedado enterrado bajo una de las vigas. Resiguió con la vista la traviesa y comprobó que se cruzaba con otras formando aquella estructura tan circunstancial como milagrosa. Sin embargo, también se dio cuenta de que, si pretendía retirarla, el riesgo de desestabilizarlo todo y que la tubería de acero los aplastase era muy alto.

—Te sacaré de aquí. No lo dudes —dijo entonces Grimm.

Olga asintió con la cabeza, pero sus ojos delataban que el miedo era muy fuerte. Jack salió fuera donde los hombres lo esperaban.

—Está atrapada. Si movemos las vigas, podría desmoronarse. Hay que construir algo que lo mantenga estable el tiempo suficiente para desengancharla.

—Yo podré —dijo uno de ellos—. He estado en suficientes obras como para saber hacerlo.

Se dirigió entonces a otros hombres que estaban alrededor y empezó a dar una serie de instrucciones. Jack nunca había trabajado en la construcción de edificios, pero sí en la de barcos, y algunos conceptos básicos sobre equilibrio de fuerzas los conocía. Supo así colaborar de inmediato y en cuestión de minutos habían colocado una serie de travesaños y puntales de manera perpendicular bajo la pieza de acero, que podría ayudar a sostener el peso durante algunos minutos.

Después, Jack y uno de los hombres se introdujeron en el minúsculo espacio armados de unas piezas que harían las veces de palanca. El tercer hombre desde la entrada, dado que ya no se cabía en aquel minúsculo espacio, tiraría

de ella asiéndole los brazos y el doctor Goldsmith la examinaría en cuanto saliera.

—¿Y Turner? ¿Cómo está? —preguntó Olga.

—Con contusiones, pero nada grave. Se lo han llevado a hacer unas curas. No te has de preocupar. Ahora piensa solo en ti.

—Deberíais iros. Os puede aplastar a vosotros si os quedáis aquí —respondió ella en un susurro.

Jack solo la miró. Su determinación se reflejaba en todos los poros de la piel. Sin embargo, en el último momento se acordó de algo.

—En cuanto el pie quede liberado, la sangre volverá a circular y el dolor será horrible.

Olga movió la cabeza asintiendo. Estaba preparada.

—Una... Dos... ¡Tres!

Ambos imprimieron la máxima fuerza al listón que estaba haciendo de palanca y, pese a que al principio parecía no moverse un ápice, el gemido de Olga les indicó que estaban consiguiendo su objetivo.

—Otra vez. A la una, a las dos y a las ¡tres!

Aquella vez sí, la viga se levantó, Olga ahogo un grito desgarrador y eso sirvió para que el tercer hombre supiese cuándo tirar de ella y la sacase del agujero.

Jack salió tras ella y pudo ver cómo Martin Goldsmith la cogía en brazos, la llevaba unos metros más allá y la tumbaba en el suelo. Cuando se acercó el rostro de la rusa estaba tan pálido que podría haber sido transparente y la mueca en su expresión reflejaba el dolor que estaba sintiendo. El doctor le movía con cuidado el pie intentando encontrar huesos rotos. Transcurridos unos minutos, por fin se pronunció manifestando que las lesiones eran graves, pero no había nada quebrado, ni parecía haber hemorragias internas. Habían sido dañados los músculos y tendones que deberían sanar con unos quince o veinte días de reposo absoluto.

—Soy bailarina. ¿Cómo se supone que me voy a ganar la vida? —dijo Olga

en un hilo de voz al conocer el diagnóstico.

—Lo lamento —respondió el doctor—, pero de lo que le hablo es de una incapacidad temporal. Si no me obedece, las consecuencias pueden ser permanentes.

—Debemos llevarla a su casa —intervino entonces Margaret, la esposa de Goldsmith, que se había acercado al lugar donde tenían a la herida.

—Sí, lo haremos en nuestro coche —respondió el médico—. Pero sería recomendable que fuera lo menos encogida posible. Tal vez, una de vosotras...

—No —interrumpió Jack—, la llevaré yo en mi coche. Además, sé dónde vive.

Nadie preguntó por qué él sabía dónde vivía, más preocupados como estaban por trasladarla con cierta rapidez a un entorno más cómodo y seguro, y en pocos minutos Olga se vio en el asiento trasero del vehículo que Jack Grimm conducía por las calles de Nueva York.

Fue también Jack quien la tomó en brazos para subirla hasta su casa y depositarla en su cama. Sentir el cuerpo suave y contorneado de aquella mujer bajo sus manos le recordó lo que habían compartido, pero hizo un esfuerzo por concentrarse en lo que allí estaba ocurriendo.

El doctor llegó unos minutos más tarde pues había optado por llevar a su mujer y a su amiga junto con los hijos de todos ellos y el conde de Charmington, con el objeto de tranquilizarlos sobre su estado.

Le pidió a Grimm que se retirase a la salita contigua pues quería volver a examinarla para cerciorarse que no habría otras secuelas. En ese momento, también llegaron Mario Tancredi y Sybill, dos de los amigos del grupo de la rusa, que se habían enterado del accidente cuando, al llegar a la casa del primero donde habían quedado para verse un rato, se dieron cuenta de que faltaban dos integrantes y regresaron sobre sus pasos. Minutos más tarde, lo hicieron Lucy y Zacharias. Las noticias volaban y aquella mujer tenía demasiados conocidos.

Jack decidió irse en aquel momento. Se sentía sobrante en aquel minúsculo apartamento y con tanta gente. Además, quería evitar preguntas incómodas.

Volvió a subirse al coche y puso rumbo hacia su casa. La imagen de Olga pálida y dolorosa le volvía una y otra vez. No había llorado. Tampoco había dejado escapar un grito. Aquella mujer había resistido un dolor que, sabía por la experiencia de haberlo visto en otros, era muy fuerte.

Aparcó el coche en un garaje y sus pensamientos seguían girando en torno a Olga Saparova. La suavidad de su cuerpo cuando lo sostenía en brazos, la mirada abierta y angustiada en el agujero. No había manera de olvidarla.

A dos calles de su casa, estaba el Club Paradise. Un lupanar que se ofrecía al exterior como bar de copas. Decidió entrar. Se sentó en la barra y pidió un *whisky*.

—Hacía tiempo que no te veía por aquí. —La voz correspondía a Lupe, la mejicana que regentaba el local.

—He estado ocupado.

—Lamento decirte que Mimí no te va a atender. No va a poder trabajar en quince días. Pero hay chicas nuevas. Podrías conocerlas.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Me hicieron una redada y la encontraron con un cliente. Pobrecilla. El único que había entrado aquella noche y la escogió.

—¿Está detenida?

—No. Solo le impuso restricción temporal de acercamiento a mi local.

Jack se acabó de un trago el *whisky*, pagó y, a modo de saludo, se tocó el sombrero.

Ya en la calle, un impulso lo hizo desviarse del camino a su casa e ir más al Sur, donde sabía que Mimí compartía apartamento con otras tres prostitutas del Paradise. La historia de Lupe callaba lo peor de aquella situación. No trabajar durante quince días para Mimí era no ganar dinero y no ganar dinero era dejar a sus tres hijos, el pequeño de tan solo ocho meses, con muy poco qué llevarse a la boca. Jack no lo iba a permitir. Era capaz de degollar a un

hombre, incluso a una mujer, si consideraba que le iba a ser más beneficioso; pero ver sufrir a un niño le revolvía los únicos pocos sentimientos que debía tener muy escondidos. Esa era su única debilidad y procuraba que nadie la conociese.

Al llegar a casa de Mimí, la encontró sentada en la calle, con el más pequeño en brazos y las otras dos niñas, de tres y seis años, correteando y pisando algunos charcos de agua sucia.

—Jack —dijo al verlo al tiempo que lo recibía con una enorme sonrisa.

Era una mujer todavía muy joven, Jack le calculaba unos veintidós o veintitrés años, y muy guapa pese a que sus ojos ya traslucían los horrores que había vivido. Sentada allí con el niño en brazos, podía pasar por cualquier jovencita mal casada con algún pobre desgraciado. Sin embargo, la realidad era más sórdida y lo cierto era que Miriam Tunney, Mimí para los clientes, era una meretriz que había empezado a vender su cuerpo con tan solo catorce años.

Jack la había conocido tres años atrás y la había escogido porque había sido, sin duda, la que parecía más discreta. No soportaba la locuacidad ni las ganas de hablar que algunas de las prostitutas mostraban.

La había visitado con cierta regularidad durante los primeros meses y entre ellos se estableció algo parecido a una amistad, si eso era posible entre personas como Jack Grimm y Mimí Turney. Ambos sabían qué querían y qué podían esperar el uno del otro y eso era suficiente.

Un día, después de haber estado más de cuatro meses sin visitar el Paradise, al llegar se la encontró llorando. Se acababa de enterar que estaba, por tercera vez, embarazada y eso le iba a suponer estar demasiado tiempo con muy pocos o nulos servicios y, por tanto, con menos ingresos. Fue así como Jack conoció a las hijas de Mimí. Cuando el embarazo fue ya evidente y no podía disimularse con un exceso de peso, Jack consiguió que Lupe continuase pagándole un poco de dinero para limpiar el local y servir copas. Aunque también tuvo que aceptar que la comisión que la dueña del lupanar cobraba a

las chicas por sus servicios fuese sustancialmente mayor cuando se restableciese y pudiese de nuevo trabajar en lo que mejor se le daba.

En cualquier caso, Jack, a partir de aquel momento, además de seguir visitándola en el Paradise, de vez en cuando se dejaba caer por allí con chokolatinas, juguetes o algunas monedas que los niños recibían con muchas fiestas.

Aquella vez, no fue diferente. Las pequeñas empezaron a saltar a su alrededor cuando lo vieron y él echó mano del bolsillo pues solo podía darles dinero.

—Me ha dicho Lupe que no puedes trabajar.

—No. Tuve mala suerte. Era primera hora de la noche y apenas había clientes, pero me tuvo que pasar a mí.

—¿Tienes dinero para pasar los quince días?

—No... pero... Jack no puedo tampoco aquí... si me pillan.

—No te estoy pidiendo un servicio, Mimí. Sería un adelanto o un préstamo.

—No puedo aceptarlo Jack. Te lo agradezco, pero no puedo. Después tendría problemas para devolvértelo.

Grimm chasqueó la lengua con cierto fastidio. En aquel mundo en el que vivían, nadie daba nada sin obtener algo a cambio con más intereses. Eso lo sabía Mimí y así lo estaba tratando también a él. Por eso lo rechazaba. Imaginaba que devolver el favor le iba a suponer una carga imposible de asumir. No se lo iba a desmentir. Mostrar compasión se traducía como debilidad.

Volvió a recordar la cara de Olga. Su dolor. Su frustración cuando se enteró de que no iba a poder bailar. ¿Tendría ella que pedir un favor?

Quince días era también el tiempo que Olga iba a tener que quedarse en reposo absoluto. No sabía cómo estaban las finanzas de la bailarina, pero, a la vista del apartamento minúsculo en el que vivía, intuía que no estaba nada sobrada. Todo dependería de si Joe, el dueño del club, se compadecía de ella. Pero en aquella ciudad, difícilmente nadie se compadecía de nadie. Y,

entonces, fue cuando lo vio claro. Tenía la solución a su alcance para cubrir dos necesidades.

—¿Y si te digo que es para que trabajes como cuidadora de alguien?

—¿Cuidadora?

—Tengo una amiga que ha sufrido un accidente. Debe estar quince días de reposo absoluto. No podrá comprar, no podrá cocinar... Necesitará ayuda para ducharse... Sería incluso para quedarse a dormir porque vive sola. ¿Tu podrías ayudarla?

—Claro. —Mimí tenía ahora una sonrisa enorme en la boca—. ¿Podría tener un par de horas libres al día? Solo sería para venir aquí y sacarme la leche. Mi compañera de habitación se lo podría dar a este en biberón.

—Supongo que no habrá problema. Empiezas mañana. Te recogeré a las ocho.

—Gracias, Jack.

De camino a su casa, Grimm pensó que se había arriesgado mucho dando por sentado que Olga Saparova iba a aceptar la ayuda. Pero ya estaba hecho.

Capítulo 6

Había pasado una noche horrible. No solo era el dolor del pie, se trataba también de la intranquilidad por todo lo que aquello iba a significar. Inmovilidad. Imposibilidad de ganar dinero.

Quince días podría resistirlos, pero el doctor había dicho que podría ser más y que no aseguraba que no hubiera daños más permanentes hasta que la inflamación no bajase del todo. Si así fuera, tal vez debería abandonar el baile y ¿entonces? ¿A qué se dedicaría?

Haberle impedido a Sybill que se quedara había sido una estupidez. Ahora tenía que levantarse para ir al baño y se preguntaba si resistiría ir dando saltos con un solo pie, teniendo en cuenta que tenía todo el resto del cuerpo magullado.

No podía esperar más. Se incorporó hasta sentarse en la cama con los pies fuera de ella. El pie derecho empezó a lanzar señales inequívocas de dolor. Era como si lo estuvieran golpeando. Apretó la mandíbula y se preparó para aguantar.

Intentaba apoyarse en algo cada vez que daba el salto, pero no siempre le era posible y, en algún momento, estuvo a punto de irse al suelo. Tancredi le había prometido que vendría a media mañana con el desayuno y unas muletas, pero tenía que aliviarse sin demora.

Salió al pasillo y le pareció que los treinta metros que debía distar su habitación del baño eran inacabables. Sudaba toda ella. Hacía calor y además

el esfuerzo, el dolor y la contención estaban superándola.

Oyó ruido de gente que subía por las escaleras. Un hombre y una mujer, casi con toda seguridad transportaban algo que en algún momento había golpeado la barandilla. «Genial. Ahora además voy a tener público». Por las horas que eran, debía ser su vecina que volvía de una noche movidita. Se trataba de una bailarina como ella, pero que solía trabajar para compañías itinerantes. Se ganaba más dinero y se tenían más opciones de hacerse famosa, pero era más inestable y debía aceptar que los dueños o directores no solo iban a pedirle que bailara.

Estaban ya a punto de alcanzar el tramo donde ella se encontraba. Si se esforzaba, tal vez llegara antes a la puerta del baño. Pero por los ruidos parecía que ya habían alcanzado los últimos peldaños y, sin girarse, supo que los tenía justo a su espalda.

—Llegamos a tiempo por lo que veo.

«Maldita sea. Esa voz...».

—¿Es ella? —Ahora era la mujer quien hablaba.

Entonces notó cómo la asían de la cintura y la empujaban hacia atrás. No tenía nada a qué agarrarse y la fuerza de esas manos era excesiva para impedirlo a pata coja. Sin embargo, en seguida sintió bajo sus nalgas un asiento mullido y se dio cuenta de que lo que estaban haciendo era sentándola sobre una silla de ruedas.

—Te presento a Mimí. Te va a ayudar estos días. Se quedará a dormir en el sofá.

Se lo había dicho sin darle opción. Colocándose frente a ella y mirándola desde la altura sin ningún tipo de emoción en aquellos ojos tan oscuros como fríos.

La chica a la que se refería era una joven preciosa y exuberante. Con el pelo sin duda teñido de un color cobrizo y unos ojos grandes y azules. Su vestido era más apropiado para la noche que para aquellas horas de la mañana, y mostraba bastante más que el inicio de unos pechos de piel blanca, los que,

por cierto, eran de buen tamaño pese a estar bastante delgada.

—Necesito ir... —dijo Olga y señaló hacia la puerta del baño.

—¡Oh! ¡Claro! Yo la acompaño —contestó entonces Mimí y poniéndose detrás empezó a empujarla.

Era una delicia sentirse transportada. El pie seguía doliéndole, pero al menos no sentía cómo se le desencajaban todos los huesos cada vez que daba un salto.

Mimí se reveló en el interior del baño como una experta cuidadora. La ayudó a ir al excusado y, llenándole la bañera, la auxilió también con mucho cuidado. La dejó sola un momento y volvió con algo de su ropa, su cepillo y también las sales de baño.

Cuando se había levantado aquella mañana había supuesto que no podría bañarse hasta que llegara Sybill. Pero, desde luego, era una maravilla poder hacerlo y sentirse servida como si fuera una reina.

El único problema de aquella mujer era que no dejaba de hablar ni un solo instante. En un momento le había augurado unos días fantásticos en su compañía mutua relatándole no sabía cuántos juegos de cartas que dominaba, le había explicado qué recetas de cocina había pensado hacerle tanto para comer como para cenar, se había interesado por lo que desayunaba de manera habitual y, no sabía cómo, estaba en ese instante explicándole un viaje que hizo de jovencita desde Charleston, su ciudad natal, hasta Nueva York, mientras la secaba con una toalla y la ayudaba a vestirse.

—Fue entonces cuando me di cuenta de que hasta al mejor hombre debería estar a kilómetros. ¿No le parece, Olga? —Y sin esperar siquiera el asentimiento continuó—. Ellos son distintos a nosotras. Mucho menos de fiar. Tal vez no todos... Bien, Jack se está portando con usted, ¿eh? La verdad es que él sí es un hombre algo especial; siempre que puede, ayuda, no digo que no. A mí también... Pero luego ellos son, por naturaleza, impetuosos y poco leales. Bueno... entre ellos sí lo son; pero con nosotras.... Yo he tenido demasiados desengaños. El único hombre que ahora quiero en mi vida es a mi

Jack. Tiene devoción por mí. Cuando me mira con esos ojitos, sin apartarlos de los míos... me derrito.

La volvió a sentar en la silla y la empujó hasta su apartamento. Cuando entró, se dio cuenta de que las ventanas estaban abiertas, lo que permitía que circulase algo de aire para aflojar el calor que, pese a las horas, ya empezaba a hacer, pero no había rastro de Grimm.

Mimí seguía hablando. Ahora, mientras le arreglaba la cama, le estaba explicando que una vecina suya había tenido una enfermedad muy extraña que, al parecer, la había ido consumiendo poco a poco hasta matarla y que todo el barrio estuvo muy preocupado por si era contagioso.

Jack entró en ese instante. Llevaba unas bolsas en la mano que dejó sobre la mesa auxiliar. De una de ellas extrajo una bandeja con mangos plateados. De la otra, unos *croissants* cuyo aroma inundó todo el apartamento y le recordó que estaba hambrienta pues el día anterior, con todo lo que había ocurrido, ni siquiera había cenado.

Mimí celebró la compra con aplausos y tomando una de aquellas pastas empezó a devorarla de tal manera que Olga pensó que resultaba encantadora con esa incontinencia y esa alegría con la que parecía hacerlo todo. La mujer recordó que había estado trabajando durante un tiempo en un club frente a una pastelería francesa y que, cuando acababan por las noches, todas las chicas se pasaban por allí.

Jack, que permanecía en silencio, se levantó y miró a Olga, de nuevo con esa expresión exenta de sentimientos. Entonces, como si se tratase de cualquier cometido profesional, se acercó a ella y la aupó en sus brazos para dejarla sobre el lecho. Después le puso la bandeja de *croissants* sobre las piernas.

La escena estaba empezando a ser extraña. Ellos dos en completo silencio y, de fondo, la voz de Mimí como si fuera una melodía y que, pese a todo, a Olga no le resultaba molesta. Aquella chica le estaba cayendo bien, a pesar de todo.

—¡Mimí! —la interrumpió—. ¡Mimí! Yo... ¿podría pedirte un favor? Necesito hablar a solas con él.

—¡Oh! ¡sí! ¡claro está! Aprovecharé para lavarte el camisón. Así esta noche...

—No hace falta, Mimí. Yo...

—Sí que hace falta. Nada más que hablar.

Y, como una exhalación, desapareció ella, su delgada figura, sus pechos blancos, su mirada cristalina y algo triste, y su incontenible voz. El silencio que se hizo en los primeros momentos sí que resultó más incómodo.

—Dime de qué va esto —dijo entonces Olga mirándolo de hito en hito.

—¿El qué? Ya te lo he dicho. Mimí se quedará...

—¿Quién te crees que soy yo? Mimí es simpática y estupenda, pero ni te he pedido ayuda, ni voy a consentir que metas en mi casa a tu amante.

—¿Amante? —El negro de sus ojos volvió a convertirse en el ónice que ella ya conocía—. No voy a negar que he utilizado sus servicios. Pero le he pagado siempre lo que correspondía. Dudo que a eso pueda llamársele una relación de amantes.

—¿Es prostituta?

—¿Algún problema con ello?

—No... no... Yo...

Olga se sentía desconcertada. Saber que aquella pobre joven debía dedicarse a la prostitución le hizo sentir una gran lástima. Ella no había tenido que hacerlo hasta el momento, pero había habido ocasiones en las que pensó en esa opción. Por otro lado, la crudeza con la que Jack había hablado de su relación con la mujer y no poder evitar imaginárselos juntos, aunque hubiera sido una pura transacción comercial, la había alterado extrañamente.

—No puede trabajar durante quince días y tú no puedes moverte durante ese mismo tiempo. Es una coincidencia muy oportuna. Ella no se queda sin ingresos y tú no te quedas sin ayuda.

—Yo no tengo con qué pagarle.

—Lo hago yo.

—¿Por qué?

—Porque puedo y ayuda.

—¿A quién estás ayudando? ¿A ella o a mí?

—¿Importa?

—Sí. Más vale que sea a ella. No seréis amantes, pero para ella eres el hombre de su vida.

Él levantó las cejas y la miró con expresión irónica.

—Mimí no tiene ningún «hombre de su vida», ya te lo puedo garantizar.

—Sí, lo tiene. Eres tú. Me lo ha confesado. «El único hombre que ahora quiero en mi vida es a mi Jack».

Grimm soltó una carcajada y, aunque resultó un sonido agradable y Olga disfrutó con el cambio de expresión que se reflejó en su rostro, también se sintió algo ofendida.

—«Mi Jack» es un rollizo bebé de ocho meses. El tercero de sus hijos. Las dos mayores son niñas. Por cierto que eso supondrá que cada día, durante dos o tres horas, Mimí tenga que abandonarte.

La rusa abrió la boca y después volvió a cerrarla de golpe. Notó que el sonrojo subía por su cuello y teñía su cara.

—¿Le ha puesto tu nombre a su hijo? Tal vez sí que estéis más ligados de lo que tú estás diciendo.

—Ese niño no es mío, Olga. Yo pongo mucho cuidado con el rastro que dejo en el mundo. Le puso Jack en mi honor, pero fue porque fui yo quien la llevó al hospital cuando estaba de parto —dijo, ensombreciendo la cara y con un tono grave en la voz

—No quiero deberte ningún favor —espetó entonces Olga.

Pareció que Jack contenía la respiración por unos segundos y giró la cara hacia la ventana. La mandíbula se movía como única señal de que aquel comentario lo había ofendido. Los segundos que siguieron se hicieron eternos. Entonces, volteó de nuevo la cabeza. La mirada había vuelto a quedar inerte en su profunda oscuridad.

Sin embargo, Olga no pudo saber si estaba dispuesto a contestarle porque

Mimí entró en ese instante con el camisón goteando en las manos y explicando cómo le gustaba el olor a vainilla del jabón que había utilizado y las muchas propiedades que, al parecer, tenía esa esencia.

Jack viró hacia la mujer, le tocó de manera cariñosa una oreja y se fue por la puerta sin despedirse, y Olga, pese a lo que sintió en su interior, fue incapaz de detenerlo.

A partir de ahí se sucedieron los días con más rapidez de lo que hubiera creído. Mimí se convirtió en alguien indispensable. La ayudaba a bañarse todas las mañanas, le cepillaba el pelo, le lavaba la ropa y cocinaba para ella. Obviamente, sin dejar de hablar y explicarle cualquier detalle de su vida o expresarle su opinión sobre todo tipo de cosas. A Olga su conversación le parecía amena y entretenida, y había empezado a apreciarla desde el mismo instante en que la había conocido.

La visitaban casi a diario tanto Sybill y Tancredi como las chicas del club, Turner y el bueno de Zacharias, que siempre era el que se ocupaba de hacerle la compra de la comida que después preparaba Mimí. Todos aceptaron la presencia de Mimí sin preguntar y llegaron a combinarse con ella para que pudiera estar más tiempo con sus hijos, sin que por ello Olga quedase sola.

También la visitó cada tres días el doctor que la había atendido el primer día y del que la Saparova sabía que era uno de los amigos más íntimos de Michael de Ressay. Comprobaba cómo iba evolucionando la inflamación del tobillo y realizaba algunos movimientos para asegurarse de que todo fluía de manera adecuada. Además, aprovechaba para traerle más de la loción que debía aplicarse dos veces al día. Se negó a hablar de honorarios y Olga sintió que debía otro favor, lo cual agradecía tanto como la incomodaba.

La vida nunca le había sido fácil y no estaba acostumbrada a recibir dádivas de nadie. Cierto que tenía amigos, pero, tal vez porque ellos tenían una situación tan precaria como la suya, era habitual que se ayudaran más con la compañía que con objetos o dinero. Y así fue durante los quince días que duró su convalecencia.

Jack Grimm no volvió a aparecer. Olga estuvo tentada en diversas ocasiones de preguntarle a Mimí por él, pero el orgullo la hacía contenerse. Se prometió a sí misma que, en cuanto pudiese, reuniría el dinero que imaginaba le estaba costando todo aquello y se lo devolvería.

No le iba a resultar tan difícil. Joe la había visitado y le había dicho que le iba a pagar las dos semanas ya que, de momento, los clientes no se habían resentido y él también había evitado contratar a otra bailarina. No tener que hacer uso del dinero que tenía reservado era una gran noticia.

El día número quince, el pie había mejorado mucho y el doctor le había confirmado que ya podía levantarse y dar pequeños paseos. Le recomendó que intentara caminar sobre la arena, aunque aquello podía ser bastante difícil sin vehículo propio. Lo más cercano era Coney Island y Olga solo había podido verlo una vez dado lo lejos que estaba y los costes del desplazamiento. Tendría que conformarse con la ribera del Hudson y eso haría.

Zacharias había venido, como cada mañana, a traerle el desayuno. Mimí estaba muy animada explicándoles su única experiencia en la playa mientras no atendía a la negativa de Olga sobre ayudarla a vestirse. La noche anterior había llovido y la mañana se había levantado fresca y soleada, lo cual era de agradecer después de las altas temperaturas que habían asolado Nueva York aquel verano.

Se miró al espejo. Después de tantos días sin poder salir de casa, la idea de caminar al lado del Hudson parecía el mejor regalo, pero eso no le impedía estar inquieta por todas las cosas que se había visto obligada a abandonar durante aquel tiempo. Debía retomar su vida con rapidez y, para ello, debería pedirle a Mimí que se fuera, lo cual no dejaba de preocuparla por lo que eso significaría para ella. Suponía, de todas formas, que la chica se lo diría en breve, pues desconocía lo que le había pagado Grimm por hacerle de asistente, pero con toda probabilidad no cubría más de aquellos días pactados en el inicio.

Pensar en Jack Grimm le generó una intranquilidad que se tradujo en una

sensación extraña en el estómago. Se sentía como una persona odiosa por haberlo tratado tan mal cuando él se había limitado a ayudarla, pero ese hombre la perturbaba como ninguno lo había hecho hasta entonces y su instinto de protección provocaba que quisiera mantenerlo lejos. Una distancia que solo era real físicamente porque en su cabeza él se había instalado desde el mismo momento en que lo vio y no podía apartarlo.

Volvió a mirarse al espejo. Había adelgazado como consecuencia de la inactividad. Siempre le ocurría. Era como si perdiera consistencia. Esa misma tarde empezaría a hacer algunos ejercicios de estiramientos y poco a poco recuperaría la musculatura.

—Ábrelo ya, Zach —oyó que pedía Mimí en la habitación de al lado—. Tengo un hambre espectacular.

Aquella mujer comía como una lima y, pese a ello, estaba siempre muy delgada, a excepción de aquellos enormes pechos. Sonrió para sí pensando que debía sufrir una extraña enfermedad por la que solo acumulaba grasas en aquella parte especial de su anatomía.

De repente, el aroma de la bollería llegó hasta su nariz y la retrotrajo hacia aquella primera madrugada junto a Grimm en la pastelería francesa. Se dijo a sí misma que todo podía formar parte de la obsesión que estaba empezando a tener por aquel hombre, pero el olor persistió.

—Mmmmm —volvió a decir Mimí—. Son como las pastas que compró Jack cuando me trajo aquí el primer día.

Olga todavía tardó unos segundos en reaccionar. Era bastante impensable que Zacharías hubiese comprado aquel tipo de pastelería y, mucho menos, que conociese al mismo pastelero francés. Pero cuando llegó hasta la salita contigua y miró hacia la mesa, no tuvo ninguna duda de la procedencia de aquel desayuno. Miró a Zach y su cara traslucía nerviosismo. Mimí, sin embargo, ajena a todo, estaba degustando una de las piezas.

—Te lo ha dado él.

No fue una pregunta. Fue una afirmación, pero Olga esperó un poco

mirándolo a los ojos para tener la confirmación. Esta no tardó en aparecer. Aquel hombretón no podía disimular sus sentimientos y, por si fuera poco, había empezado a tartamudear, sin saber qué decir.

—¿Cuándo te lo ha dado? ¿Dónde está?

Zacharías siguió balbuceando, aunque esta vez Olga pudo entender que se habían encontrado en la calle, justo a la puerta de su casa.

Sin pensárselo dos veces, se lanzó escaleras abajo. Lo estaba haciendo sin poner cuidado y eso podría hacer que su pie se resintiese. Pero una fuerza especial la empujaba, sin entender bien por qué.

En la calle notó la brisa fresca de la mañana y respiró primero antes de seguir con su cometido. Miró entonces a un lado y otro de la calle. Estaba más bien desierta. Era domingo y demasiado temprano. Solo unos niños con sus madres estaban unas puertas más allá como esperando a alguien del interior de uno de los apartamentos.

Cuando estaba a punto de claudicar y volver a subir, una especie de intuición la hizo mirar justo enfrente, en los edificios de ladrillo rojo que, además de ser siete pisos más altos que donde ella vivía, tenían en la entrada una marquesina que le confería a toda la estructura una elegancia similar a la de las construcciones de los barrios más adinerados. También procuraba protección de la lluvia o la nieve a sus vecinos mientras abrían la puerta o se despedían de los amigos. Y una buena sombra cuando el sol apretaba. Y en esa penumbra fue donde vio, sin lugar a dudas, la silueta oscura de Jack Grimm.

La misma energía que la había llevado escaleras abajo hizo que cruzara la calle sin dejar de mirar al hombre. Todavía no le podía ver la cara, pero sabía perfectamente, que él la estaba escudriñando. Segundos más tarde, aquellos ojos negros aparecieron y comprobó que aquel día brillaban.

Permanecieron en silencio. Olga pensó que quería recriminarle que estuviera allí; que continuase velando por ella no solo con Mimí, sino con el almuerzo de la mañana y quién sabía si con las otras compras que le había hecho Zacharías; que la hiciera sentirse subyugada; que no pudiera apartarlo de sus

pensamientos; que... Pero aquella batalla estaba perdida

Se lanzó a su boca como si tuviera hambre y solo sus labios pudieran saciarla, y se abrazó a su cuerpo como si necesitara apoyo y solo sus músculos pudieran sostenerla. Nunca antes un beso había supuesto tanta entrega. Pero no le importó, la respuesta de él no era menor. La tenía asida y sus manos la recorrían ávidas, como si temieran que desapareciera.

Algo después ambos recuperaron una pequeña parte de cordura, tal vez más producto de su necesidad de respirar que de ser conscientes de que estaban en la calle y podía ser vistos. Los dos reaccionaron al unísono, tan compenetrados que parecían uno solo, y atravesaron la calle y subieron las dos plantas que los separaban del apartamento de Olga.

Zach y Mimí seguían allí. Habían dado cuenta de la mitad del desayuno y, al verlos, ambos mostraron en su rostro la sorpresa y el azoramiento que producía haber sido descubiertos. Olga pensó que la causa era, en realidad, saberse pillados en su relación con Grimm, pero no le importó.

—Chicos, ¿podéis dejarnos solos? —dijo entonces Jack como si aquella fuera su propia casa—. Tenemos cosas de qué hablar.

Se limitaron a musitar unas palabras de despedida y en segundos habían desaparecido. En ese momento fue él quien se lanzó a su boca mientras que, con sus manos ágiles, desabrochaba el vestido al tiempo que la conducía hacia la cama. Ella tampoco fue tímida. Notar sus besos era el estímulo que necesitaba para deslizarle la chaqueta por sus hombros cuadrados y desabrochar sin mirar todos los botones de su camisa para después continuar por el pantalón.

No debió haber transcurrido más de dos minutos cuando ya estaban desnudos sobre el lecho. Él no había dejado de besarla, aunque ahora ya no era en sus labios, sino que había descendido por el cuello y estaba dedicándole atención alternativa a cada uno de sus pechos.

Olga jadeaba presa de un deseo tan fuerte que todo parecía haber desaparecido y cualquier otra cosa que no fuera aquel hombre, su boca o sus

manos había dejado de tener importancia. Era tan fuerte que no quería caricias preparatorias, solo lo quería a él en su interior. Hacía demasiado tiempo que estaba preparada para él.

Lo empujó con cierta suavidad para ponerlo de espaldas y con el mismo impulso se puso a horcajadas sobre él. Se detuvo entonces solo un segundo, el suficiente para que él la mirase y entendiese qué estaba a punto de hacer. Y sin más, perdiéndose en la oscuridad de aquellos ojos negros, colocó sus caderas de manera que recogieron el miembro de él y, con mucha lentitud, lo introdujo en su cuerpo ya preparado para su recibimiento.

Fue Jack quien no pudo reprimir el gemido que surgió gutural de su garganta y ella lo tomó como un incentivo. Su cuerpo empezó a moverse arriba y abajo, sin subir demasiado, pegándose a él al descender.

Corrientes eléctricas surgían desde aquel punto de su ser y, envolviéndola completa, la compelían a aumentar el ritmo. Sus senos botaban a cada embestida y eso la estimulaba más. Las manos de Jack la asían de las caderas y la ayudaban en el movimiento. Su boca estaba entreabierta jadeando. Sus ojos la miraban como si también la estuviesen penetrando.

Olga supo que iba a ser el orgasmo más rápido de su vida, pero no podía parar. Habían sido demasiados días y demasiadas noches, recordando su contacto, su expresión, su roce, su temperatura. No podía luchar contra lo que la unía a aquel hombre y no podía evitar que el máximo momento del clímax se apoderase de ella.

Así que cerró los ojos un momento y todo desapareció. El placer que la atravesó desde el punto de encuentro con él hasta su cerebro se extendió por sus extremidades y se apoderó de sus pechos. Y lanzó un grito que tenía mucho de liberador. Una voz que se mezcló con la de Jack, quien también acababa de lanzarlo, indicándole que él había llegado al orgasmo.

Derrumbándose sobre él, puso su cara sobre su pecho y oyó cómo su corazón golpeaba con fuerza. Aspiró su olor y, pese a que acababa de tener uno de los placeres más intensos que recordaba, el aroma parecía que volvía a activarla.

La convertía en insaciable.

Se dijo a sí misma que aquello no podía ser, pero también que no iba a resistirse. Notó que las manos de él acariciaban su espalda, aunque unos momentos más tarde se detuvieron, inertes de forma repentina, al tiempo que notó que su garganta tragaba saliva.

Se incorporó un poco y lo miró a la cara. Encontró una expresión que hasta entonces no había visto en él. Mirada huidiza, mandíbula apretada, labios finos... Se estaba arrepintiendo. Lo sabía.

Se apartó de él y cayó en la cama también de espaldas. Todavía necesitaba recuperar el resuello, pero lo peor era la sensación de abandono. Él estaba allí, pero no lo estaba. Se había quedado tan inmóvil que, aunque sus brazos se rozaban solo un poco, era como si estuvieran separados por una fina capa de hielo. Olga sintió unas horribles ganas de llorar. «Maldita sea, ¿por qué?».

Entonces notó que él se incorporaba y se sentaba en la cama dándole la espalda. «Se va a ir. Como la otra vez».

Le veía solo la espalda. La cabeza la tenía algo agachada. Las manos apoyadas a ambos lados de su cuerpo, sobre la cama. Hasta que una de ellas subió y se la pasó por el pelo. Su aliento era todavía fuerte.

Una fuerte inspiración le indicó que se iba a producir el momento de inflexión. Ese que haría que se levantara, se vistiera y, yéndose, la hiciera sentir como si ella fuese una prostituta.

Sin embargo, se giró y la miró, y el ónix de sus pupilas la atrapó. Olga no sabía qué pasaba por su cabeza, pero se mantuvo muy quieta y expectante. Él acabó de hacer el giro completo y, volviendo a estirarse en la cama, se colocó de lado, con el codo apoyado en la cama y sosteniendo su cabeza con una mano.

La otra mano se alzó. Ella no pudo más que seguirla hasta que las puntas de sus dedos rozaron su frente. Después descendió en lo que podría ser la caricia más dulce que nunca le habían hecho, por su mejilla, rozó los labios, siguió por la barbilla y le cosquilleó en el cuello. Olga no dejó de mirarlo cuando la

mano de él jugueteó con sus pezones, primero uno y luego el otro. Tampoco cuando rozó su ombligo. Pero cuando acarició sus rizos y se introdujo en sus pliegues más íntimos, se supo perdida de nuevo, cerró los ojos y dejó que de nuevo todo la superase.

—Eres tan preciosa —le dijo él susurrando.

Y luego el mundo desapareció. Otra vez.

Capítulo 7

Jack salió a la calle y tuvo que obligarse a sí mismo a caminar con paso firme, sin girar la vista atrás y bloqueando todos los pensamientos que le pedían a gritos volver y pasar la noche con aquella mujer.

Habían estado todo el día juntos. Habían hecho el amor tres veces. Habían desayunado y comido en la cama. Habían paseado por Coney Island. Se habían explicado el uno al otro historias y anécdotas que habían vivido, poniendo ambos el cuidado de no ser ellos los protagonistas de esas vivencias y procurando que no dejaran traslucir más datos íntimos de los que estaban dispuestos a confiar en aquel momento.

Olga había hecho ejercicios en la playa para empezar a entrenar su musculatura. Él la había estado mirando y, después, ya en casa, le había aplicado la loción y a punto había estado de volverle a hacer el amor.

Pero Jack quiso frenar aquella locura. Nunca había repetido con una mujer que no fuera una prostituta, y mucho menos había compartido algo más que unas caricias y unos jadeos. Lo que había hecho aquel día no solo era una excepción, era mucho más de lo que jamás hubiera imaginado que haría con nadie.

Olga estaba provocando que se saltase todos sus propios límites y sus fronteras. Debía recobrar la serenidad. Distanciarse. Mantenerla en un punto suficientemente equidistante de cualquier otra persona de su vida.

Por eso le había dicho que tenía que irse y, también por eso, le había

mentido explicándole que al día siguiente tenía que irse de viaje a New Haven, insinuando que no iba a tener tiempo para ir a verla.

Ella tampoco se lo había pedido. Formaba parte de esas palabras que les estaban vedadas a ambos. Sin embargo, desde el momento mismo que se tumbó en su cama y cerró los ojos intentando conciliar el sueño, supo, sin ninguna duda, que iba a incumplir sus propias promesas y que al día siguiente sí iría a verla.

Durmió intranquilo y soñó con ella. En las imágenes caóticas e inconexas que se apoderaron de su mente, Olga siempre estaba desnuda y él tocaba su piel suave y cálida con algo parecido a la veneración.

Llegó a su casa bastante temprano, soportando una lluvia fina y persistente que anunciaba el otoño. Sin embargo, tras golpear varias veces con los nudillos la puerta y no oír nada más que el silencio absoluto, se retiró pensando que o bien había tenido que salir o dormía profundamente. No podía reprochárselo. No tenía por qué esperarlo.

Se fue entonces a la naviera y estuvo haciendo el seguimiento de las tareas de desbrozamiento del antiguo buque de guerra. También dedicó un tiempo a la supervisión del cargamento de maderas con las que habían de forrar el interior del Spain, el último barco de pasajeros en el que también estaban trabajando.

A primera hora de la tarde decidió que no podía esperar más y volvió a la calle Morton. La lluvia no había dejado de caer de forma insistente durante todo el día y las calles tenían ya grandes charcos que era difícil esquivar. Así que cuando llegó comprobó que tenía los bajos de los pantalones empapados y se sintió ridículo. Por ese motivo dudó en llamar a la puerta, pero, al fin, el deseo se impuso.

El silencio volvió a ser lo único que hubo tras su llamada y eso que, esa vez, imprimió bastante más fuerza.

Se volvió a decir a sí mismo que era normal. Le había dicho con claridad que se iría de la ciudad, así que tenía que aceptar como algo previsible que ella no estuviese. Regresaría a la naviera, donde en breve empezaba el turno

de tarde, y supervisaría en persona todas las instrucciones. A fin de cuentas, se trataba justo de los primeros días de su nuevo cargo y, aunque había podido comprobar que los hombres eran buenos trabajadores y que habían aceptado su autoridad sin ningún tipo de reticencia, siempre era mejor que estuviera presente y con capacidad de actuar si fallaba alguna cuestión.

Pero, tan solo tres horas más tarde, Jack Grimm volvía a estar frente a la puerta y esta vez no iba a irse hasta conseguir entrar, aunque tuviera que forzar la cerradura. No sería la primera vez que lo hacía, ni con toda probabilidad la última. Dedicarse a la búsqueda de información proporcionaba ese tipo de habilidades, pues no siempre lo que debía saber estaba a la vista.

Se dijo a sí mismo que era necesario. Que, a fin de cuentas, la Saparova estaba convaleciente de una lesión de cierta gravedad. Que tal vez necesitaba ayuda. Y lo que había sido una vaga posibilidad se convirtió en una aparente evidencia cuando, de nuevo, nadie respondió a sus llamadas.

La cerradura era muy simple y no le supuso ningún esfuerzo. Aun así, dudó un momento antes de entrar. El pequeño apartamento estaba ordenado, la cama hecha y ningún objeto fuera de lugar. Estuvo a punto de abrir el armario, pero se contuvo recordando las advertencias de no ser espiada. ¿Estar allí dentro había sido infringir la condición?

La lluvia había ido arreciando a medida que pasaba el día y ahora venía acompañada de algunos truenos y relámpagos. La oscuridad estaba ya apoderándose del exterior. ¿Dónde podía estar con aquel tiempo? No se le había ocurrido pasar por el club porque, en teoría, no empezaba a trabajar hasta el día siguiente; pero bien podría haber ocurrido que se hubiera acercado a saludar o ayudar en la coreografía de un nuevo número. ¿Durante todo el día?

Otra posibilidad sería cualquiera de sus amigos. A diferencia de él mismo, la bailarina los tenía a montones. Siempre había alguien con quien estar, a quien acompañar, a quien consolar o a quien felicitar. Después de tantos días convaleciente y durante los que las visitas sociales se habían reducido a los

más íntimos, no sería de extrañar que hubieran organizado una gran fiesta de las suyas, en las que el alcohol y el opio eran los ingredientes más habituales. Sin embargo, Jack sabía que aquellas correrías siempre eran de noche. A lo largo del día, sus protagonistas permanecían en sus guaridas con resacas monumentales o tan solo reponiéndose de los excesos. Precisamente, una de las cuestiones que le había sorprendido más de Olga Saparova y de su amiga Florence Howland había sido que pese a que ellas regresaban a sus casas a las mismas horas intempestivas de la noche o de la madrugada, lo hacían bastante serenas y a ambas las había visto por la mañana temprano y sin las señales evidentes de los excesos nocturnos que dejaban ese tipo de consumiciones.

Decidió irse de allí. Si le había ocurrido algo, no lo sabría sentado en ese sofá. Buscaría a alguno de sus colaboradores y empezaría la investigación.

Fue en el momento en que salió al pasillo que oyó ruido en las escaleras. Alguien subía por ellas. Lo hacía con algún esfuerzo, como si estuviera cansado. Esperó e instantes después la figura de Olga Saparova, empapada de lluvia, apareció ante sus ojos y no pudo evitar pensar que, incluso así, con aspecto fatigado y con un sencillo vestido de color gris tenue que se pegaba a sus piernas por el efecto de la humedad, estaba preciosa.

Cuando ella alzó la vista para acometer el último tramo de escaleras lo vio y, de inmediato, sus ojos se transformaron en brillantes centellas, y toda aquella apariencia transida se evaporó con una dosis de alegría y energía que la llevó a subir de dos en dos y a lanzarse a sus brazos al tiempo que lo besaba con ansia.

—Has venido —le susurró—. Habías dicho que no podrías.

Sin apenas dejar de besarlo, abrió la puerta de su casa y lo empujó hacia dentro. Tampoco dejó de apoderarse de sus labios cuando acabaron ambos pegados a la pared. Para entonces las manos que habían recorrido los cuerpos de cada uno de ellos como si estuvieran reconociéndolos de una larga ausencia empezaron a mostrarse más diestras y estaban desvistiéndose el uno al otro.

—Llevo todo el día pensando en ti —volvió a susurrarle al oído—, y jurándome que no te lo diría.

Jack entendió lo que le estaba diciendo. Él sin duda estaba en el mismo atolladero. No le explicaría que había venido tres veces, ni que había llegado a entrar en su casa, pero lo llenaba de una euforia especial saber que ella había pasado por el mismo calvario.

En cuestión de muy pocos segundos, ambos estaban desnudos y habían avanzado hacia la cama, que los acogió sin un solo crujido. Jack estaba tan hambriento de ella que le era imposible mimar una única parte de su cuerpo. Besarla en el cuello mientras sus manos acariciaban el pecho o las nalgas era substituido por el juego de su lengua sobre sus pezones mientras ambas manos levantaban su espalda para ponerla más a su merced y, después, por pequeños mordiscos en el inicio de sus nalgas mientras una mano se deslizaba por su nuca y otra bajaba hasta el calor de su zona más íntima.

Olga respondía con el mismo furor y en algún momento tuvo que contenerla porque, de seguir estimulando su miembro como lo hacía, iba a acabar más pronto de lo que tenía pensado. Él estaba demorando la penetración, para poder alargar más la profusión de placeres que se mezclaban en cada caricia que recibía tanto como en las que él daba.

Hasta aquella mujer, cuando Jack se acostaba con alguien, las caricias tenían un sentido práctico: estimularlas para hacerlas más receptivas. Más allá de lo que a él le satisfacía atrapar un seno o una nalga, el resto de preliminares los realizaba como una tarea más o menos necesaria dependiendo del grado de humedad que, de vez en cuando, comprobaba hasta saberlas en ese punto justo en el que su miembro podía penetrar con suavidad y deslizarse con el ritmo adecuado.

Pero con Olga todo era distinto. Encontraba placer en lamerle las caderas, en sentir sus muslos en sus mejillas, en el contacto de sus vientres, en el sabor de su boca y la calidez de sus labios. Todo en ella parecía estar hecho para estimularlo.

—Entra en mí.

Desde que se lo había pedido la primera vez, ella lo había seguido haciendo y él se deleitaba sintiendo cómo una corriente eléctrica recorría todo su interior y lo llevaba a obedecer sin cuestionarse para nada aquella orden.

Estaba tumbada de espaldas y, colocándose de rodillas, él le levantó las piernas. Tiró entonces con suavidad de sus caderas. Ella arqueó la espalda y aprovechó el movimiento para penetrarla. La estuvo mirando todo el rato mientras las acometidas incrementaban el ritmo y sus pechos se movían al compás, y no dejó de hacerlo cuando vio cómo su rostro se crispaba y sus jadeos se tornaban en gemidos. Y solo cuando empezó a vislumbrar que la relajación se apoderaba de su cara, él se permitió a sí mismo llegar al cenit de su propio placer.

Cuando se tumbó en la cama, dejándose caer boca abajo, uno de sus brazos rodeó la cintura de Olga.

Lo que al principio fue solo una breve consciencia se convirtió, cuando la respiración tornó a la normalidad, en una clara evidencia. Su antebrazo descansaba en la piel suave del vientre y notaba su respiración. La mano se apoyaba en el inicio de aquella curva mágica de sus caderas. El gesto podía ser interpretado como un abrazo. ¿Lo era?

Olga levantó una mano y, poniéndola primero sobre su codo, inició una caricia indolente e inocente, dirigida solo a tomar contacto, sin esperar con ello un placer sexual. Jack sintió cómo su piel se erizaba con ese roce y su mente intentó buscar en vano alguna excusa a esa atención que no tuviera que ver con sentimientos.

—¿De dónde venías? —le preguntó, entonces, arrepintiéndose justo después.

El vientre de Olga se contrajo un poco y los dedos lisonjeros también tuvieron unos instantes de quietud.

—De pasear. Me apetecía después de tantos días.

Jack miró hacia la ventana. Seguía lloviendo. Nadie paseaba bajo la lluvia y menos durante todo un día. Pero recordaba también las advertencias de ella

sobre no pretender saber más de lo que quisiera explicarle y, a fin de cuentas, lo que tenía con aquella mujer no era más que sexo.

—Tengo unos amigos que han abierto un restaurante italiano a diez minutos. —Era Olga quien hablaba y Jack no sabía si iba a explicar con más detalle en qué consistía el paseo—. Me invitaron a la inauguración y no pude ir porque trabajaba. Me han dicho miles de veces que vaya. Que tengo una cena pagada. Me preguntaba si querrías venir conmigo esta noche.

Grimm inspiró hondo antes de responder. Estaba claro que aquello era una táctica evasiva a la pregunta inicial. Pero también suponía para él una oportunidad para marcharse de allí sin que fuera después de hacer el amor, lo que resultaba algo brusco.

—La señora, por lo que veo, es de gustos extremados. Desayuno francés, cena italiana...

Olga lanzó una pequeña carcajada al tiempo que se movía un poco y acababa de lado, de tal manera que ella podía mirarlo.

El brazo de Jack ahora parecía todavía más un abrazo. En realidad, si lo movía un poco y él también se ponía de lado, estarían ambos en paralelo. Y la posibilidad se convirtió en una realidad en breves segundos.

Ahora su mano estaba sobre sus nalgas. El antebrazo apoyado en la cintura justo en el inicio de la curva perfecta de sus caderas. La mano de ella sobre su hombro. Él la empujó hacia sí mismo y su pene, de nuevo erecto, encontró solo el punto exacto en el que podría volver a perderse.

—Veo que tienes un hambre diferente ¿No quedas nunca saciado? —le preguntó ella coqueta.

—Soy un hombre voraz —le respondió escueto— y procuro que mis víctimas queden satisfechas.

La Saporova se mordió el labio inferior mientras reconsideraba la oferta. Se le había acelerado la respiración, de eso no había duda, y sus ojos recorrieron las facciones de Jack hasta pararse en su boca y mirarlo también con una expresión que bien podría ser de hambre. El pene de Grimm le propinó un

leve tirón.

—Quiero pasta italiana —dijo ella con un tono de ligera resignación.

El porqué optaba por aquello era algo que él no podría saber. Sabía que era difícil entender el mecanismo mental de las mujeres y nunca había hecho muchos esfuerzos por hacerlo. Aquella vez no iba a ser la primera.

También sabía que, si él insistía un poco más, las preferencias de la rusa cambiarían en cuestión de segundos. Pero eso podría ponerle a él un poco más en evidencia.

Además, estaba la otra cuestión. No sabía a qué respondía. Ni qué había de diferente en Olga Saparova. Pero le gustaba hacer con ella esas cosas que le habían estado vetadas hasta ahora y que veía hacer a las parejas. Pasear, ir a un restaurante, tomar un café...

—Vamos allá, pues —respondió incorporándose de un solo movimiento.

Solo unos minutos más tarde estaban ante un gran plato de pasta italiana con tomate y eran lisonjeados por un hombre de unos treinta y cinco años, con un gran bigote negro y una barriga enorme, y que respondía al nombre de Tonino. Su mujer, una guapísima latina, con el cabello recogido en un moño y la cara tersa y brillante que sabían reconocer en las embarazadas, se movía por el local con más destreza de la que lo que parecía un parto inminente recomendaría.

—Y ¿cómo es que has vuelto antes de New Haven?

Jack consideró la posibilidad de contestarle algo tan increíble como absurdo, similar a su respuesta de pasear bajo la lluvia, para que ella tuviera dudas. Pero, al verla meterse unos espaguetis con esfuerzo en la boca, le recordó a una niña y olvidó la maldad.

—Al final no he ido a New Haven. He estado en la naviera.

—¡Vaya! Entonces todavía tendría que enfadarme porque hayas aparecido tan tarde.

Volvió a sopesar responderle con un desplante. Era ella quien había aparecido tarde. ¿Se trataba de cinismo? Sin embargo, su mirada limpia y su

sonrisa eran demasiado llanas, y la frase denotaba que ansiaba más de él.

—Te recuerdo que algunos trabajamos.

Olga se echó a reír. Tenía una risa abierta y franca que iluminaba todo su rostro. No tenía nada que ver con la sonrisa pícaro que ponía sobre los tablones.

—Te imagino. Seguro que te colocas en algún sitio elevado y pones esa mirada como si pudieras ver el interior de las personas y que es suficiente para que todo el mundo obedezca tus pensamientos.

—No sé si eso significa que me concedes poderes sobrenaturales o que se los otorgas a los trabajadores de Ressay. Pero lamento decirte que te equivocas. La mejor manera de hacer que los hombres trabajen es haciéndolo a su lado.

—¡Vaya! ¡Quién lo diría! ¿Jack Grimm picando con su martillo un tornillo?

—Los tornillos se atornillan. Los clavos se clavan.

—Ha quedado claro que no tengo ni idea de cómo se construye un barco —dijo sonriendo—. ¿No consiste en picar?

—Tiene más de ingeniería que de trabajo rudo. También hay algo de decoración. A lo mejor en eso sí serías válida. En realidad, un barco, o al menos los que construimos en Navieras Ressay, no son más que casas flotantes.

—Visto así.... Los trayectos que he hecho en barco casi siempre fueron cortos y en cubierta, pero cuando vine de Rusia aquel armatoste tenía poco de casa, más bien era un almacén.

—¿No viniste en un buque de pasajeros?

—¡No! —Y volvió a reírse como si aquello hubiera sido una broma—. Yo diría que los rusos nunca viajamos en buques de pasajeros. Era un ballenero, aunque en el trayecto, por fortuna, no se dedicó a pescar ninguna pieza. Todos los que íbamos a bordo, y debíamos ser como unas quinientas personas, dormíamos y pasábamos todo el día en la zona de depósito. Ya olía bastante a pescado muerto. No quiero verme a mí misma con los trozos de ballena por ahí.

Imaginársela en la oscuridad de las bodegas totalmente sola le despertó instintos de protección.

—Si quieres, puedes venir a la naviera y ver lo que construimos.

—¿Podría? ¿De verdad?

—Cuando quieras.

El brillo en sus ojos era de emoción y también de agradecimiento. Jack se sintió un poco incómodo. Prefería despertar, en sus cercanos, miedo y respeto.

Por fortuna, en ese momento la conversación viró porque el italiano trajo un postre dulce hecho con huevos, azúcar y café, que hizo las delicias de la rusa y se dedicaron un rato a intercambiar consejos sobre recetas de pasteles. Olga acabó escribiéndole en un papel la que correspondía al melindre de Tula hecho con harina, miel y zumo de frutas del bosque, y tan típico ruso.

Al salir a la calle, la lluvia, por fin, había acabado. Las calles seguían, sin embargo, muy húmedas y la temperatura había vuelto a bajar. Eso no impidió que alargaran la despedida perdiéndose entre las calles adyacentes mientras Olga le explicaba algunas de las particularidades culinarias que había conocido en sus viajes.

Él la escuchaba sin poner demasiada atención en lo que decía, pero embelesado con el tono de su voz y su ligero acento. Le producía paz interior. Con los problemas de insomnio que tenía no le extrañaría que esa fuese la solución. «Idiota, ¿estás buscando una excusa para quedarte con ella?».

La respuesta a esa pregunta no le gustaba nada. Delataba algo de sí mismo que creía que no poseía: debilidad por estar con alguien. Eso lo convertía en alguien más vulnerable. Lo había visto en otras personas.

Encaminó, entonces, sus pasos hacia la calle Morton. Ella no lo contradijo, ni hizo ningún comentario al respecto. Pero, cuando ya estaban frente a las escaleras de su casa, Olga le pasó una mano por el pelo como si le estuviera arreglando un mechón y después por la mejilla.

—Me gustaría que subieras —le dijo.

—Esta noche, no —le contestó él y, como si necesitara darle alguna

explicación, continuó—: Tengo que levantarme muy temprano.

Ella contuvo en su expresión cualquier señal de decepción o enfado. Volvió a acariciarle la cabeza.

—Mañana empiezo otra vez en el club.

Lo había manifestado como si se tratase solo de la descripción de un hecho, pero Jack sabía que aquella frase contenía mucho más. Era una petición y casi un ruego. Él no podía negarse, aunque ya había decidido la última vez que prefería no verla bailar.

—Estaré a la salida.

Olga sonrió. Después empezó a subir las escaleras, pero se detuvo en la segunda, se giró y, sin darle tiempo a reaccionar, lo besó en la mejilla.

Solo fue el contacto breve. Nada tenía de deseo sexual. Era más una caricia hecha con su boca. Jack pensó que nunca le habían dado ese tipo de beso. La vio girarse, acabar de subir las escaleras y desaparecer por la puerta. Todavía quedó unos segundos absurdos allí.

A partir de ese momento, los días transcurrieron lentos, demasiado lentos, angustiosamente lentos, hasta que llegaba la noche y él deambulaba, haciendo tiempo, por garitos de todo tipo hasta que llegaba la hora en la que quedaba apostado en la calle, mirando a la puerta por la que había de salir.

Cuando lo hacía, todo cambiaba. Se llenaba de luz, de risas, de largos paseos, de amaneceres que los descubrían abrazados, de caricias ardientes, o suaves, o rítmicas, o indolentes. Alargaba todo lo que podía el estar juntos, pero, pese a haber estado todo el día trabajando y estar agotado, nunca se quedaba a dormir. No se concedía a sí mismo ese capricho porque eso podía significar el inicio de algo que debía evitar. O eso se decía por las mañanas, cuando llegaba a la naviera y se enfrentaba a lo que tenía que ser su mayor preocupación. Ya por las tardes, después de haber reprimido el ansia de verla, empezaba a pensar que no tenía sentido ese castigo y al llegar la noche hubiera vendido su alma al mismísimo diablo por estar con ella. Pero siempre conseguía doblegarse y regresar a su casa a intentar descansar algunas horas

antes del trabajo. Oliendo a ella, con la retina inundada de las imágenes de su cuerpo perfecto y escuchando todavía en sus oídos sus gemidos.

Los domingos eran diferentes. Los domingos ninguno de los dos trabajaba. Acostumbraban a reencontrarse a media mañana y se dedicaban a pasear por las calles de Nueva York. Caminaban hasta tres o cuatro horas y se detenían solo cuando el hambre les exigía un avituallamiento o cuando algo les llamaba la atención. Después regresaban a casa de Olga y la mayoría de las veces se quedaban en la cama toda la tarde, intercalando ligeros sueños con la pasión más desenfrenada.

En otras ocasiones, se dedicaban a un juego que se había iniciado cuando Olga fue a ducharse y Jack no pudo resistir el impulso de seguirla, y acabaron haciendo el amor allí mismo, aun sabiendo que se trataba de un baño público y que podían ser descubiertos. A partir de ahí, la búsqueda de los lugares más curiosos, prohibidos o peligrosos donde realizar los actos más íntimos se convirtió en un entretenimiento y en un reto.

Y el otoño dio paso al invierno. Y llegó la Navidad. Y vieron juntos bajar la gran esfera en Times Square. Y en febrero los paseos los llevaron al Central Park y vieron almendros en flor. Y Jack empezó a acostumbrarse a esa sensación tan extraña para él, la que lo hacía añorarla tanto como venerarla, la que lo convertía en alguien a su merced tanto como le despertaba instintos de protección.

Tan solo hubo una anécdota que enturbió algo aquel remanso de paz.

Fue un domingo. Ella se estaba duchando. Él no la había seguido aquella vez. Se había quedado en la cama medio adormilado.

Llamaron a la puerta y fue a abrir después de ponerse con rapidez el pantalón y la camisa. Apareció una mujer bajita, con el pelo cano y aspecto inseguro. Sin embargo, sin apenas darle tiempo a que él dijera nada, empezó a parlotear sobre que no podía esperar más, que ya eran dos meses, que había tenido mucha paciencia, que tendría que tomar medidas, que...

—¡Eh, eh, eh! ¡Deténgase un momento! —Jack había levantado las manos

intentando así que la mujer callase—. Dígame con exactitud qué quiere.

—El alquiler, claro está. Ya le digo que yo también tengo cosas que pagar y se trata de su obligación porque como usted pu...

—¡Basta! Ya la he entendido.

Jack miró hacia el baño. Era tan fácil como decirle a su casera que esperase unos minutos. Ella saldría y se ocuparía de su problema.

—¿Cuánto debe?

—Sesenta dólares, señor. Dos mensualidades.

—Espere.

Entró en el apartamento y buscó su chaqueta. La encontró tirada en el suelo y recordó las prisas con las que horas antes se la había quitado. Cogió la cartera y sacó el dinero.

—Tenga.

—Gracias, señor. Yo sé que la señorita Saparova es una buena mujer y yo nunca tomaría consecuencias ni...

—De acuerdo, de acuerdo. Ya tiene lo que quería, ¿no? Pues váyase.

Momentos después, cuando Olga entró en el apartamento y lo vio vestido, al preguntarle, él le informó de lo que había pasado.

—¿Le has pagado?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Te he pedido yo que lo hicieras? Ya lo iba a arreglar.

—No parecía muy dispuesta a esperar.

—Lo hubiera hecho.

—No pasa nada. Ahora me lo debes a mí. Ya lo arreglarás conmigo.

—Tendrías que haberme preguntado antes.

—No importa. Tenía el dinero y la casera prisa. Solo es un cambio de acreedor. Pero ¿tienes problemas? ¿Necesitas algo? —Jack imaginaba que no era una elección personal vivir en aquel apartamento, pero, a la vista de lo que había tenido que pagar por dos meses, el gasto era irrisorio comparándolo con lo que debía cobrar en el club.

—No. No. No ocurre nada.

—¿Joe no te está pagando?

—Sí. No es eso.

—Pero...

—¿Ves? Ahora te crees con derecho a inmiscuirte. ¡Yo no te lo he pedido!
¡No era de tu incumbencia!

Los ojos le centelleaban y las manos delataban su nerviosismo. Jack había visto aquellos síntomas muchas otras veces. Eran la prueba de que la persona escondía algo que consideraba suficientemente grave. Consideró la posibilidad de presionarla hasta saber de qué se trataba. Pero después recordó que lo que tenía con aquella mujer era sexo, solo sexo, puro sexo. No le interesaba nada más de ella y ella no era interesante ni para la naviera ni para ninguno de sus objetivos. La información que quisiera mantener en secreto era solo suya.

—No. No tengo derecho. Ni tengo curiosidad. Ha sido una pregunta absurda. Si te parece, te doy dos meses para que me devuelvas los sesenta dólares y, a partir de ese momento, habrá intereses. ¿Crees que es un acuerdo suficientemente profesional?

Ella lo miró dudando, pero al final accedió.

El dinero se lo devolvió en tan solo quince días. Ninguno de los dos volvió a mencionar el tema. Siguieron en aquella rutina que los tenía en una burbuja al margen de la realidad.

Capítulo 8

Estaba cansada y, a pesar del tiempo transcurrido, aquel día el tobillo se había resentido en uno de sus números más exigentes. Además, el verano se había presentado ese año con más calor de lo que era habitual y, en el club, los ventiladores no tenían suficiente fuerza para atemperar el ambiente rancio que el cerramiento continuado y el humo de los cigarros provocaba. Y, para colmo, dos de las chicas se habían puesto enfermas por culpa de una gastroenteritis que estaba haciendo mella por doquier y ella, en justo agradecimiento por el salario que Joe le había pagado sin ningún descuento durante su tiempo de convalecencia, había asumido también los bailes de ellas durante toda la semana y las funciones de ayudante de camarera que hacía una de ellas. Eso la llevaba a jornadas extenuantes.

Pese a todo, saber que Jack la estaría esperando fuera le otorgaba fuerza suficiente y se desmaquilló con toda la rapidez que pudo para poder salir lo más rápido posible. Lucy le guiñó un ojo al atravesar la puerta, mientras la despedía.

—Vamos, Olga, que pareces una niña de quince años.

No respondió. Tenía razón. Los últimos seis meses habían sido como vivir en una burbuja. Aparentaba llevar su vida normal. La de siempre. Hasta que aparecía él. Entonces todo desaparecía y se centraba solo en su presencia.

Aquel hombre la subyugaba tanto como la atraía. Hablaba poco, la miraba siempre como si pudiera introducirse en sus pensamientos y le hacía el amor

con una intensidad que jamás había experimentado hasta su llegada. Pero era algo más que no sabía explicar lo que la tenía definitiva y completamente entregada.

En la calle, el calor seguía siendo tan asfixiante como en el interior, pero Olga agradeció verse en contacto con la noche.

Empezó a atravesar la calle para llegar donde estaba él. Como siempre, apoyado en la pared, con una pierna cruzada sobre la otra y las manos en los bolsillos o sosteniendo un cigarrillo con una de ellas.

—¡Olga!

Quien la había llamado era Mario Tancredi, que surgió de las sombras como si hubiera estado esperando agazapado. Estaba cerca de Grimm, de manera que había podido oírlo y Olga notó cómo se tensaba alerta ante la visita.

—¡Mario! ¿Qué haces aquí?

—Verte. Hace ya mucho tiempo, ¿no te parece?

El tono había sonado a recriminación. Tampoco era de extrañar. Había pasado de verlo cada día y compartir con aquel amigo casi todos sus minutos libres, a acudir tan solo a sus preestrenos y hacerle cortas visitas cada cierto tiempo.

—Tal vez. —Y señalando a Grimm optó por presentarlo—. No sé si ya os conocéis. Él es Jack Grimm. Jack, él es Mario Tancredi.

—Nos conocemos —dijo Mario mientras daba la mano a Grimm—. Aunque no nos han presentado formalmente.

Los dos hombres se miraron por unos instantes como si se estuvieran calibrando. Era cierto. Ambos sabían de la existencia del otro y todo tenía que ver con Florence Howland. Olga pensó que, con toda probabilidad, el cantante de ópera no debía ser del todo consciente de hasta qué punto Grimm conocería todos sus secretos y sus no secretos. Pero aquello formaba parte del pasado. Unos días que tal vez no eran tan lejanos, aunque tenía la sensación de que hubiera transcurrido toda una vida.

—El domingo es el último día —dijo entonces Mario mirándola de hito en

hito.

—Lo sé —murmuró Olga.

—Es tu sueño.

—Los sueños cambian, Mario. Pero te agradezco el recordatorio. Ya veremos qué hago.

—No lo puedo entender. Te quedan dos días. No lo tires por la borda. Es tu oportunidad —insistió Tancredi.

—¡Mario! Conozco perfectamente mis oportunidades —respondió entonces con dureza—. No me hace ninguna falta que vengas a recordármelas.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

Y, sin más, dio media vuelta y se alejó perdiéndose en la oscuridad. Olga notó la mirada de Jack sobre ella. Sabía que iba a tener que dar alguna explicación, pero iba a intentar retrasarla lo máximo posible. Así que intentó empezar a caminar, como cada noche, hacia su casa. Un par de pasos más tarde fue evidente que Grimm seguía plantado en la misma posición y que no iba a seguirla. Levantó la vista y, en efecto, ahí estaba, con las cejas levantadas en clara interrogación y los brazos cruzados como mostrándole que no iba a moverse.

—Se ha creado una compañía de *ballet* clásico —empezó a explicar resignada—. Buscan bailarinas y Tancredi se ha empeñado en que yo lo intente. Fin de la historia.

Volvió a hacer el ademán de que debían irse para casa, pero Jack seguía empecinado en no moverse. Definitivamente, iban a tener aquella conversación en plena calle, justo frente al club del que, en breve, iban a salir el resto de chicas. Cuánto antes la acabaran, mejor.

—Y el domingo es el último día.

—Sí.

—Y tú irás el domingo.

—Iré cuando lo crea conveniente o no iré.

—¿Qué te lo impide?

—Nada... Bueno, sí. No tengo zapatillas de baile. ¿Lo dejamos ya?

—No me tomes el pelo, Olga.

—Y tú no me presiones. Ya tengo bastante con Mario —respondió enfadada—. Hace mucho que no bailo clásico y no tengo nada claro que me convenga dejar a Joe. Esto me da estabilidad y un sueldo a fin de mes con el que puedo pagarme todas mis necesidades.

—Pero a costa de soportar a una panda de clientes babeantes.

Olga notó cómo una rabia interna le subía por el estómago. Estaba harta de sus insinuaciones sobre su trabajo y estaba harta también de que todo el mundo la menospreciase por lo que hacía y la trataran poco menos que como una prostituta; aunque nada tenía que criticar a esas pobres mujeres. Respiró hondo intentando contenerse.

—Oye, Jack. Lamento decepcionarte sobre la vida real, pero para una mujer no siempre es tan horrible que la jaleen —le contestó con un tono cínico—. Y no te equivoques. No hay tanta diferencia entre tú y esos hombres.

La última frase la había casi escupido y, tan pronto lo hizo, se arrepintió. Ya estaba hecho. De pequeña su madre ya se lo decía, que aquella impulsividad la llevaría por mal camino, y aparecía, sobre todo, cuando se sentía ofendida. No quiso, sin embargo, mostrar debilidad y levantó la barbilla sin eludir su mirada.

Jack entornó sus ojos y apretó la mandíbula. Después, un ligero movimiento de su mentón y la transformación de sus labios en una línea fina indicaron ira. Eran pequeñas pistas que Olga había ido conociendo de él.

—¿De qué hablas?

La voz de Jack había sonado tan grave que casi no la reconoció. Un escalofrío la recorrió, pero ahora ya no iba a tirarse atrás.

—Pues lo que he dicho. Ellos vienen a verme cada noche y pretenden de mí una sola cosa. De muchos de ellos sé su nombre y su profesión. Pero no mucho más. Lo mismo que sé de ti. Por no saber, no sé ni dónde vives. Y vienes cada noche... La única diferencia es que tú consigues lo que ellos ansían, pero no

creo que tu trato sea mejor, ni siquiera más cortés.

—¿Cuándo te he faltado el respeto, Olga?

—Cuando pones en duda mi trabajo o cuando es evidente que desprecias tanto lo que hago que ni siquiera quieres verlo. —Notó que se le quebraba la voz y no quería llorar delante de él—. Déjalo ya, Jack. No sé por qué estamos discutiendo. Yo no te recrimino nada, aunque lo haya parecido. No lo hagas tú y no te metas en lo que nadie te ha dado permiso.

En ese momento, la puerta de servicio del club se abrió y salieron todas las chicas seguidas de Zacharias. Olga se alegró. Eso impedía la respuesta de Jack. Tenía miedo de las consecuencias. Y, en ese momento, decidió que una buena retirada a tiempo era mejor que enfrentarse a la evidente ira de él.

—Mira, estoy cansada. Llevo una semana muy dura —le dijo—. Si no te importa, Zacharias me acompañará a casa. Olvidemos esta conversación.

Sin darle tiempo a reaccionar se giró y cruzó la calle para unirse a sus compañeros, que la miraron con extrañeza e intuyendo que, aquella noche, no todo había ido bien. Jack tampoco intentó detenerla. Se quedó quieto unos segundos y después, por el rabillo del ojo, vio que se iba.

Zach la tomó del codo. No necesitaba pedirle nada. Aquel hombretón la entendía con solo mirarla a la cara. Y su cara debía ser un poema porque las ganas de llorar le estaban apretando en la garganta y las lágrimas ya habían humedecido sus ojos.

Por fortuna, consiguió aguantar hasta llegar a casa gracias a que ni Zacharias ni Lucy, que también había optado por acompañarla, preguntaron nada. Se limitaron a comentar alguna de las anécdotas de la noche y poca cosa más.

Eso sí, cuando se vio en la soledad de su apartamento, sintió una falta tan grande de él que no pudo reprimirse más y dejó rienda suelta a su llanto. No sabía por qué había reaccionado con tal rabia. Él, sin duda, no era el más cariñoso de los hombres con los que había estado, ni el más galante, pero intuía que para Jack era muy difícil abrirse a ningún tipo de sentimientos y que, bajo esa apariencia dura y ruda, había un hombre confundido e incluso

atemorizado ante lo que estaba pasando entre ellos.

Él no le regalaría flores, pero le compraba *croissants* franceses y, a veces, se los daba de comer solo por el placer de verla hacerlo. Él no la lisonjearía con dulces palabras, pero sus silencios y la profundidad de su mirada eran más sinceros. Él no le besaría la mano, pero, a veces, había posado un solo dedo sobre su mejilla casi como por descuido y lo había hecho descender por su barbilla y había sentido que el roce le llegaba hasta el mismo corazón.

Lo había estropeado todo. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que él no era como lo demás y se había prometido tener paciencia. Esperar a que aquellas pequeñas muestras de afecto se hicieran habituales entre ellos. Y esa noche se había dejado llevar por un enfado que más tenía que ver con su propia insatisfacción y la frustración ante la vida que le había sido negada que con él.

Al final, se quedó dormida vestida sobre la cama y con los zapatos puestos. Abrazada a la almohada y encogida sobre sí misma.

No supo cuánto tiempo durmió, pero la consciencia apareció en forma de cosquilleo en la frente y, como lo primero que sintió fue una fuerte congoja, se negó a abrir los ojos. Mientras había estado dormida, nada la había perturbado. Se aferró más a la almohada e intentó volver a caer en el sopor reparador. Pero no podía. Ahora era el recuerdo de su aroma el que había inundado su mente e impedía que pudiera olvidarlo todo.

Y, de pronto, se dio cuenta de que el olor era demasiado real y de la ligera presión sobre el colchón que indicaba que alguien más se había acostado en la cama.

Abrió los ojos y allí estaba él. Tendido a su lado. Con una mano en su cabeza como si la hubiera estado acariciando. Con el brillo en su pupila que transformaba esa parte de su cara en piedras preciosas.

—¡Dios! ¡Jack! ¡Lo siento!

Y se lanzó a su boca mientras lo atraía hacia sí. Él le correspondió de inmediato, como si también hubiera estado sufriendo por la separación. Olga

empezó a acariciarlo desde la cabeza hasta sus caderas, repasando cada milímetro de su musculatura con más ansiedad que pasión. Él se limitaba más a abrazarla con fuerza, como si pudiera transmitirle con aquel abrazo parte de la seguridad que había perdido.

—¡Lo siento! —volvió a decir ella, cuando se detuvo un momento a tomar aliento y a volver a mirarlo como si no se creyese que estaba ahí.

—Shhh. —Y le cerró la boca con un solo dedo.

Después lo retiró y cogiéndole el mentón con suavidad le dio un beso en los labios. Un simple contacto, casi inocente, pero, en cualquier caso, dulce y cariñoso.

Olga no pudo evitarlo y algunas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Haberse quedado dormida sometida a aquella zozobra no desaparecía con tanta rapidez y menos cuando él estaba allí, en el mayor acto de afecto que le había visto hacer nunca pues sabía con seguridad que Jack Grimm nunca iba detrás de nadie.

—Shhhssshhhh —volvió a emitir él mientras le retiraba las lágrimas con sus dedos.

Entonces se levantó y tiró de ella para que también lo hiciera. La miró de arriba abajo y, abriendo el armario, cogió uno de sus vestidos, el amarillo de organdí que le habían regalado las chicas por su último cumpleaños.

—Póntelo. Nos vamos.

Olga miró a su alrededor. Por la luz exterior debía ser media mañana. Tomó el vestido y se dirigió al baño. Necesitaba una ducha y sabía que debía presentar un aspecto horrible, aunque él no le hubiera dicho nada.

Cuando volvió a la habitación vestida y peinada, Jack estaba mirando por la ventana con una mano en el bolsillo y otra apoyada en el marco. La cama estaba arreglada. Ese hombre masculino e intrigante era capaz de hacer cosas como aquella sin que le restase un ápice de atractivo. Le hacía la cama.

Tomaron la calle Hudson hasta la Canal Street paseando. Era sábado y, pese a que era un día laborable, se notaba la ausencia de la comunidad judía que en

los últimos tiempos habían llegado a la ciudad en grandes cantidades. Olga conocía su historia porque muchos de ellos habían llegado de Rusia empujados por el pogromo zarista. Ella misma había compartido aquel ballenero con una mayoría.

Olga estaba convencida que iban a los muelles del East River. Habían estado en más de una ocasión y desde allí, atravesando el Brookling Bridge, habían pasado muchos momentos agradables en aquella parte de la ciudad tan llena de vida.

Sin embargo, a la altura de la Ludlow Street él giró y ella, desconcertada pero confiada, lo siguió. Se trataba de una zona en la que la falta de dinero de todos sus habitantes era patente. Los niños, con indumentarias tan rotas que no llegaban a tapar su cuerpo, correteaban por doquier. Algunos comerciantes habían colocado sus carretas en la calle, llenas de los productos más inverosímiles. Los edificios apenas se veían como consecuencia de la ropa extendida, que se secaba al sol. La suciedad era la reina del lugar.

Los niños dejaron de jugar en cuanto vieron a Jack y se acercaron corriendo. Él se agachó y sacó de su bolsillo unos dulces que repartió a todos por igual, a excepción del más pequeño, al que le metió uno en la boca y le guardó otro en una bolsa que le colgaba del cuello.

Después se levantó y cogiéndola de la mano la llevó hasta un portal estrecho que tenía el número 6 en el marco superior, y entraron. Subieron una angosta escalera evitando algunas personas que estaban tiradas allí, tal vez durmiendo o solo perdiendo el tiempo. Cinco plantas más tarde, él abrió la única puerta del rellano y entraron en una sala de unos cien metros cuadrados, diáfana en su totalidad y apenas sin más muebles que una mesa con un par de sillas, unas estanterías repletas de libros, un sofá y una cama enorme. En una esquina también había mobiliario y una cocina de leña que no parecía haber sido utilizada desde hacía mucho tiempo. Una de las paredes estaba del todo cubierta por ventanas de hierro y vidrio fino, que no conseguía acallar el ruido de la calle.

Olga sintió que sus piernas se debilitaban. Sabía quién vivía allí y sabía o intuía que era la primera persona diferente a Jack Grimm que entraba. Él mantenía su mano asida, pero esperó un momento a que ella lo hubiese mirado todo. Cuando sus ojos se posaron en él, volvió a tirar de ella y la llevó junto a la mesa donde había una caja de cartón.

—Esto es para ti —le dijo.

Las manos de la Saparova temblaban y él se iba a dar cuenta, pero ya no le importaba mostrar aquella señal de debilidad. Lo que él había hecho ese día era más significativo. Y había algo en su interior que le decía que aquella caja todavía iba a significar mucho más.

Levantó la tapa y allí estaban: unas preciosas zapatillas de baile forradas de satén rosa. Contuvo la respiración, pero no pudo evitar que, de nuevo, unas lágrimas resbalasen por su mejilla. Él la empujó con suavidad hasta el sofá e hizo que se sentase. Después le tomó la cara con ambas manos y con los pulgares le acarició los pómulos y con ese gesto, además, le secó el llanto.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no permitas nunca que las circunstancias te dominen. —La voz de Jack era grave y profunda—. Eres dueña de tu vida. Tú y solo tú decides.

Olga lo miró emocionada, para después volver a dirigir su vista hacia las zapatillas.

—¿Me acompañarás?

—Si tú quieres, allí estaré.

Entonces ella se levantó muy poco a poco sin dejar de mirarlo. Se quedó por momento muy quieta y después, poco a poco, fue desabrochando los botones de su vestido. Él se limitó a mirarla, apoyado en el respaldo del sofá, hasta que ella quedó desnuda. Olga se acercó de nuevo y agachándose le desabrochó los botones del pantalón. Introdujo la mano y llegó a su miembro, que ya estaba duro y caliente. Lo masajeó brevemente, solo por el placer de notar su tacto suave y aterciopelado. Él se había mordido el labio inferior y eso fue para ella la señal que le faltaba.

Se sentó sobre él a horcajadas. Él todavía vestido. Ella desnuda por completo. Su miembro erecto. Su vagina húmeda. Y, sin más preámbulos, se empaló en él.

Jack puso sus manos sobre las nalgas, las acarició y las sostuvo acompañándola en el movimiento que primero fue lento y después fue incrementándose cuando ambos empezaron a perder el sentido del tiempo y del lugar, y solo fueron capaces de oír sus propios jadeos.

Olga sintió el orgasmo cercano. Era como una corriente que tiraba de ella y concentraba todo su ser en un solo punto. Sin saber bien por qué empezó a murmurar el nombre de él. «Jack, Jack, Jack» y, cada vez que lo pronunciaba, él gemía y eso todavía la excitaba más.

El éxtasis llegó como un estallido y un calor subió por todo su cuerpo mientras su cabeza se deslizaba hacia atrás y, cuando creyó que era imposible sentir más, uno de sus pechos recibió la atención de la boca de él y un nuevo espasmo amplió el anterior.

Después, cayó lánguida sobre su hombro. Sin fuerzas. Extenuada, pero también satisfecha y feliz.

Jack le acariciaba con delicadeza la espalda, recorriendo con sus yemas la columna vertebral y soplándole en el cuello con suavidad para calmar el calor que la estaba abarcando.

Se incorporó un poco, sin moverse demasiado para no provocar que él saliera de su interior. Lo miró muy de cerca y vio en sus ojos que la llama de la pasión seguía encendida.

—Llévame a la cama.

Él se levantó con ella todavía encajada y, rodeando sus caderas con sus piernas, la trasladó los escasos metros que los separaban del lecho. La dejó con cuidado y, sin dejar de mirarla, se desnudó.

Ella también se dejó llevar por la contemplación de su cuerpo musculoso y curtido por el sol, y su cabeza se llenó de todo lo que ansiaba hacer con aquel hombre, hasta el punto que sintió que volvía a estar a punto para él.

Jack se tumbó a su lado y con una mano recorrió todo su perfil demorándose algo más en sus caderas al tiempo que perdía su mirada en esa curva. Después se acercó algo más; levantándole la pierna, la hizo reposar sobre él y volvió a penetrarla con una sola embestida.

Los movimientos rítmicos se sucedieron mientras ambos seguían mirándose a los ojos. Él la escrutaba buscando las señales que le indicaran que ella, de nuevo, estaba a punto para llegar al máximo placer. Le acarició un pecho rodeándole el pezón con sus dedos. Descendió por su vientre hasta llegar al punto mágico en el que se concentraba toda su excitación y, mientras aumentaba el ritmo de su penetración, lo estimuló.

Olga volvió a notar cómo se despertaban todos sus sentidos. Los gemidos se convirtieron en gritos y no pudo evitarlo más cuando comprobó que él crispaba el gesto, abría la boca y lanzaba un rugido.

Se quedaron un rato abrazados, escuchándose el uno al otro los latidos de sus corazones, recuperando el resuello. Olga llegó a adormilarse. Cuando se despertó él seguía abrazándola.

—Me da miedo que me digan que ya no sirvo, que ya no bailo bien.

Él no contestó. Se limitó a acariciarle la espalda y a mirarla con calidez.

—Hace demasiado tiempo que dejé el *ballet* clásico. Así que, si no voy, no sabré que se acabó y podré seguir soñando. —Respiró hondo—. Tampoco acabo de sentirme cómoda con la idea de que me acepten. Podría pasarme de nuevo lo que tuve que soportar antes de llegar al Joe's Club. Primero te hacen creer que solo quieren de ti verte bailar y después te invitan a cenar, a tomar una copa, a dar un paseo... a lo que sea. A partir de ahí ya no tienes escapatoria. O te acuestas con el dueño o te vas. Y lo has dejado todo. Y de nuevo tienes que volver a empezar.

—Pero con Joe no ocurrió. No todos actúan igual.

—No. A veces encuentras buenas personas.

—Y bailarías *ballet* clásico, que es lo que de verdad te gusta.

—Pero tendría que viajar. Las compañías deben hacer giras. A veces duran

dos y tres meses.

—¿Lejos? —Jack había aguantado la respiración.

—Depende. A veces al extranjero. —Y bajando la voz, preguntó—: ¿Me esperarías?

Notó que él soltaba el aire poco a poco. La volvió a acariciar con mucha suavidad. Ahora era ella quien contenía la respiración.

—Te esperaré siempre, Olga.

Una especie de congoja mezclada con un gran alivio la invadió. Oír de Jack Grimm esas palabras la había emocionado, pero también la había tranquilizado. Y supo entonces que se había enamorado de él, que lo que sentía por él no lo había sentido nunca antes, que había cambiado su vida y todo su ser.

Volvió a dormirse y no se despertó hasta media tarde. Jack estaba sentado en el sofá, con un libro en las manos.

—¿Te apetece dar un paseo? —le preguntó con una sonrisa.

Ella accedió y, después de tomar un tranvía, pasaron toda la tarde en Coney Island, practicando ella algunos ejercicios que podían servirle para la prueba del día siguiente y mojándose los pies con las suaves olas que llegaban a la orilla.

Cuando el sol se puso volvieron a subirse al tranvía que finalizaba el trayecto habiendo atravesado el puente de Brooklyn. Desde allí los caminos a sus respectivas casas divergían.

—¿Dónde es la prueba? —preguntó él.

—En el Bowery Theatre.

—Eso está cerca de mi casa. Quédate a dormir.

Olga volvió a sentir aquella mezcla confusa entre felicidad y miedo. Habían avanzado tanto en su relación aquel día que temía estropearlo y si de algo se había dado cuenta durante todo aquel tiempo era de que él rehuía dormir con ella.

—Mejor voy a la mía. Pero mañana te recogeré y de paso a mis zapatillas.

—No. Nunca vengas aquí sola. No es un barrio de fiar. Iré yo a buscarte.

—Ven con tiempo. Tengo una idea de cómo puedes relajarme.

Él sonrió. Puso su mano sobre su nuca y la acercó hasta darle un beso en la frente.

Capítulo 9

Jack tiró del chaleco del esmoquin hacia abajo como si así pudiera liberarse de la presión que la corbata, también negra, le estaba ejerciendo sobre el cuello. La camisa blanca almidonada tampoco ayudaba nada a esa sensación de opresión e incomodidad que lo inundaba.

Vestir de etiqueta no era la suya y había intentado disuadir a Olga; pero, pese a que en efecto en Estados Unidos las excepciones para el uso de esmoquin habían aumentado, si se acudía al teatro, se disponía de asiento en los palcos y se era un invitado de la fiesta posterior, lucir esa prenda era obligatorio.

Aquella noche se estrenaba *El cascanueces* y a Olga le habían dado el papel de Clara. Era la primera vez que hacía de solista pese a que hacía ya tres meses que había accedido a la compañía de *ballet*.

Al principio, el protagonismo se lo habían otorgado a otra bailarina que tenía una buena técnica, pero era incapaz de emocionar a nadie más que al principal inversor de la compañía, un empresario multimillonario que bebía los vientos por aquella mujer y le pagaba casa, vestidos y todo tipo de joyas.

Sin embargo, los aplausos que arrancaba Olga en sus números y las críticas publicadas en los principales diarios sobre la calidad de «la musa rusa», como la habían apodado, habían convencido al magnate de que, si quería ganar dinero de verdad, tenía que cambiar de *prima ballerina*.

Jack sabía que todo aquello había sumido a Olga en una zozobra constante. La había visto ilusionarse el día que le comunicaron que había sido admitida,

pero después pasaba muchos momentos de angustia; sobre todo cuando veía su foto en los diarios. No quería hablar de ello; aunque él sospechaba que la notoriedad la sometía a una presión que odiaba, a veces pensaba que en demasía.

Sin embargo, cuando salía al escenario y sonaban los primeros compases de Tchaikovsky, Rachmaninoff, Dvořák o cualquiera de esos nombres impronunciados, todo se diluía y se transformaba en algo etéreo, capaz de ejecutar las acrobacias más imposibles y de jugar con la gravedad, al tiempo que interpretaba, solo con su cuerpo, la más dramática de las representaciones.

La vida de ambos había dado un giro de ciento ochenta grados. Primero había empezado él ocupándose de un trabajo normal alejado de la noche y los escondites secretos. Y ahora ella dedicada durante ocho y nueve horas diarias a ensayar para las tres representaciones por semana que tenían lugar en un teatro en el que nadie silbaba, ni abucheaba, ni bebía litros de cerveza.

Se veían casi cada día. La mayoría de las veces era él quien la esperaba en una cafetería justo frente al teatro donde tenían lugar los ensayos. Pero, a veces, era ella quien se acercaba a la naviera y, además de revolucionar a la plantilla entera —que solo por respeto a él se limitaba a admirarla de reojo—, lo esperaba sentada en la oficina mirando por la ventana los trabajos del astillero, preguntando sin parar a los ingenieros sobre cualquier detalle, mostrando un interés singular y entusiasta hacia todo lo que veía y haciéndolo sentir orgulloso como nunca lo había estado frente a una persona.

Ahora era él quien sentía satisfacción por ella, aunque se compadeció de cómo debía estar en esos momentos previos. Por incómodo que él se sintiese con su traje de gala, ella estaba en el vestuario acabando de vestirse y su estómago estaría convertido en una piedra de puro nerviosismo.

Cuando poco después el timbre anunció que la obra estaba a punto de empezar y las luces, al apagarse, sumieron a todo el teatro en la oscuridad, Jack se olvidó de su corbata y de su camisa almidonada dejándose llevar por

el arte que transmitía Olga con sus movimientos y solo permitió a su mente desviarse de la representación cuando, con un punto de arrogancia, recordó que esa mujer le pertenecía y que en unas horas la iba tener bajo su cuerpo y la iba a hacer gozar.

Al finalizar la obra, se dirigió al gran salón que había en el ático del teatro y donde solo los más privilegiados estaban invitados. Se trataba de todo tipo de personajes con un punto en común: el exceso de dinero y bienes. Grimm no se amilanaba ante esa muestra de la sociedad americana. No solo era que acompañando a Ressayre había estado en fiestas muy parecidas, sino que, debido a su principal dedicación anterior, conocía de todos aquellos hombres bastantes secretos de los que ninguno de ellos querría hablar. Esa información era poder cuando se trataba de hacer negocios; pero también era seguridad y aplomo cuando había que compartir un canapé o una copa de champán.

Deambuló así por la sala, dejándose ver y saludando a aquellos que sí lo reconocían, aunque sin detenerse a hablar con nadie pues las miradas de terror que aparecían ante la posibilidad de que él pudiese explicar dónde o cómo se habían conocido eran suficientemente elocuentes. Su pasado estaba demasiado cerca y él tenía fama de conocer los secretos más íntimos.

Solo tuvo que pronunciar algunas palabras corteses ante algunas damas que, sin demasiados reparos, lo detenían con alguna excusa. Estaba acostumbrado a no dejar impasible al sexo femenino, pese a que también sabía que podía resultar intimidante, lo cual frenaba a algunas en sus intentos de acercamiento. Pero, aquella noche, el esmoquin y su porte semisonriente lo hacían parecer más inofensivo. Así que tuvo que esmerarse en rechazarlas con educación.

Su mente estaba centrada de manera única y exclusiva en Olga desde hacía ya diez meses, porque era incapaz de pensar en ninguna otra mujer. Quizás nunca se lo confesaría a ella. El aislado momento de debilidad había ocurrido ya hacía tiempo, cuando tuvieron su única discusión y creyó que podía perderla si no hacía alguna concesión al hermetismo con el que siempre se acercaba a ella. Pero el hecho de que ninguno de los dos hubiera sido capaz de

formular bellas palabras de amor o que siempre mantuvieran su pasado y algunos retazos de su presente a distancia de su relación no significaba que no tuvieran un vínculo especial. Tal vez era que ambos se parecían mucho en todo eso: en sus secretos, en sus sentimientos ocultos y en la vulnerabilidad disfrazada de suficiencia.

Los aplausos de los asistentes lo devolvieron a la realidad y cuando miró, como todos los demás, a la puerta de entrada, la vio aparecer. Se había puesto un vestido de crepé dorado en mangas, pecho y espalda, que contrastaba con la seda negra de la falda, que le llegaba a los pies. Un lazo le ceñía la cintura y realizaba mucho más sus curvas perfectas. Las mejillas sonrosadas y la sonrisa tímida le hablaban de otra Olga, alguien que parecía mucho más joven y que alojaba la mirada añorante de épocas lejanas. De aquellas que apenas quería hablar. Jack sintió una pequeña opresión en el pecho. Esa parte de ella nunca le pertenecería pese a que intuía que pesaba todavía demasiado en su presente.

Dejó que todos los ricachones se le acercaran y la adularan primero. A fin de cuentas, hacían esa fiesta para eso y parte del éxito de la compañía dependía de que toda aquella gente recomendase la función y estuviera dispuesta a financiarla con cantidades donadas o con palcos comprados para toda la temporada.

Ella lo había mirado de lejos solo una vez y con esa mirada le había transmitido todo su deseo de escapar de allí, pero también la necesidad de ser pacientes.

Al final, casi dos horas más tarde, el nivel de atención que ella generaba empezó a decaer y Jack decidió acercarse con la excusa de servirle una copa de champán. Estaba acompañada de John Miller, el magnate propietario de la compañía, y de Stuart Moore, uno de los críticos más temidos del mundo artístico y columnista habitual del *New York Times*.

—Dígame qué hay de cierto en el rumor —insistía el periodista.

—No se lo puedo confirmar todavía, querido Stuart —respondió Miller—. Ya sabe usted que tenemos compromiso con este teatro durante seis semanas.

—No lo dudo, pero ¿qué ocurrirá en seis semanas?

—Es pronto para saberlo.

—Solo le pido una cosa. Si se confirma la gira, llévenme con ustedes. No podría estar lejos de esta diva tanto tiempo —dijo Moore señalándola a ella.

—Ejem —intervino Jack en ese momento.

Olga lo miró mientras en sus labios aparecía una sonrisa contenida y le tomó la copa de las manos. Pensó que, tal vez, había sido demasiado evidente que las palabras del crítico le habían agotado la paciencia.

—Señores —dijo ella—, les presentó a Jack Grimm. Es amigo mío.

—Encantado, señor Grimm —respondió Moore tendiéndole la mano—. ¿Se dedica usted al mundo del espectáculo?

—No.

La respuesta cortante no daba pie a continuar la conversación y el hombre desvió la mirada en una muestra de debilidad.

—¿Grimm? ¿No será usted el Grimm de Navieras Ressay? —intervino entonces Miller.

—El mismo —respondió levantando una ceja.

El hecho de que hubiera oído hablar de él no era nunca una buena señal, así que Jack se preparó para cualquier circunstancia. El magnate entornó los ojos como si así pudiera leerle el pensamiento y, tras unos breves segundos en lo que pareció estar calibrando diversas alternativas, optó por extenderle la mano en evidente señal de paz. Él se la devolvió, pero no se relajó.

—Señores —intervino la bailarina—, esta noche ha sido demasiado intensa para mí y creo que ha llegado la hora de mi retirada. Mañana hay nueva función.

—Claro, claro —dijo Miller—. Debemos dejar que mi principal tesoro descanse.

Grimm le dirigió una mirada cargada de odio y advertencia. Saber que aquel baboso tenía por amante a una bailarina no lo ayudaba a permitir que lanzase ese tipo de piropos a su... ¿Qué era ella? ¿Su novia? ¿Su mujer? Ella lo había

presentado como un amigo.

Salieron a la calle. La noche era fresca, pero ella lucía un abrigo bastante mejor que el que le recordaba de la primera vez. Se lo había comprado con su primer sueldo de bailarina después de haber insistido él muchísimo. Ella vivía con tanta austeridad que, a veces, él creía que debía tener un escondite repleto de dinero, aunque no entendía para qué estaría guardándolo.

Jack se sentía de nuevo incómodo. El traje seguía apretando en zonas que él necesitaba despejadas y haber estado todo aquel tiempo viéndola moverse con destreza entre tanto ricachón, más la última conversación, había evaporado las buenas sensaciones de cuando la veía bailar. Definitivamente, aquella mujer lo estaba transportando a un mundo desconocido. ¿Quién le iba a decir que sentiría la misma aversión por aquel entorno que por el de Joe's Club? Y, al final, un pensamiento le cruzó rápido por la mente: le enfermaba cualquier cosa que pudiera distanciarla de él.

—¿Te ha gustado?

La voz de ella le sonó a mucha distancia, pero cuando la miró se percató de que su mirada estaba cargada de expectación e inocencia. Había debutado como primera bailarina de una de las compañías más importantes del país y no había recibido todavía la felicitación de su... ¿Qué eran ellos?

—Has estado impresionante —le respondió.

—¿De verdad?

—No lo dudes. He visto a más de uno emocionarse.

—Pero a ti ¿te ha gustado?

—Olga, te lo dije cuando te vi haciendo la prueba. Tú has nacido para esto. Y cuando bailas *ballet* te transformas en una diosa.

Olga bajó la cabeza con cierta timidez. Era capaz de bailar ante cientos de personas y de ser la más descarada de las danzantes de un club y, sin embargo, aquello la azoraba.

—¿De qué gira hablaba? —preguntó Jack recordando la conversación que había presenciado.

—Dicen que quieren contratarnos para hacer algunas representaciones en Boston. Un par o tres de semanas. No estoy segura.

Él se limitó a asentir, aunque por dentro notó como si toda su sangre hirviera. Ella ya le había advertido de esa posibilidad. Ahora que era una realidad, resultaba demasiado molesta.

—Soy la primera que no quiero ir —continuó hablando ella y cuando Jack la miró le pareció que lo hacía para sí misma—. Estar lejos de Nueva York tanto tiempo.... Tal vez lo más sensato sea dejarlo. A fin de cuentas, mi sueño ya se ha cumplido. Y en algún momento debe acabar. Es mejor que lo deje ahora cuando todavía no se ha convertido en...

—Ni hablar, Olga. —La voz de Jack sonó grave—. No vas a dejarlo por esa tontería. Vas a exprimir tu fantasía hasta que no quede una sola gota. Es lo que necesitas. Lo veo en tus ojos.

Ella lo miró agradecida. Quizás no eran las palabras que a él le hubiera gustado pronunciar, pero eran las que ella quería oír para saberse respetada y apoyada. No tenía demasiada experiencia en eso de empatizar con nadie, pero no quería perderla por el ansia enfermiza de tenerla.

Aquella noche hicieron el amor con una ternura inusual e, incluso, al alcanzar el clímax ninguno gritó, aunque compartieron esa intensidad mirándose a los ojos y calmándose el uno al otro.

Después él se fue. Como siempre hacía. Todavía no se había permitido a sí mismo quedarse a dormir. No soportaba hacerlo. Durante demasiados años de su infancia había tenido que pernoctar en lúgubres locales repletos de gente, escuchando todos sus sonidos, alerta ante cualquier amenaza, demasiado pegado a cualquier otro cuerpo que transpiraba en exceso y hedía hasta marear. Cuando consiguió la primera habitación donde la única cama era para él solo, fue como si fuera el mayor regalo de la vida y fue la primera vez que pudo dormir una noche entera. Sin embargo, descubrió que el precio que tuvo que pagar fue la aparición de las pesadillas y despertaba casi cada noche empapado de sudor y con el corazón que le latía mientras alucinaciones

terroríficas seguían poblando su mente.

No soportaba pensar que Olga lo viera en aquel estado. Que tuviera que calmar sus gritos y aguantar el tufo que envolvía su cuerpo al transformarse el miedo en secreción. Quedarse con ella solo podía ser a costa de que él se mantuviera insomne, pero no tenía muy claro que pudiera garantizarlo puesto que lo sumía en tal estado de distensión que sería difícil mantenerse despierto.

Las siguientes semanas transcurrieron de forma muy parecida a los últimos tres meses. La única diferencia era que las fiestas en honor de la musa rusa, Olga Saporova, se habían multiplicado, y parecía que no habría semana que no la invitasen. Jack, sin embargo, dejó de acompañarla pese a los ruegos de ella. Le suponía tanto esfuerzo como verla en el Joe's Club. Así que optaba por esperarla en la calle. Apostado en cualquier esquina. Como si estuviera, de nuevo, ejerciendo labores de vigilancia; aunque la oscuridad de esas noches le parecía más amenazante que nunca y su mente se nublaba de celos corrosivos.

Además, la gira se confirmó y acabó viéndola partir desde la balaustrada de la estación principal, sin acompañarla al andén, pues no se fiaba de sí mismo y de que la rabia que sentía no se traduciría en una reacción impulsiva. Había conseguido, con muchísimo esfuerzo, disimularla siempre que estaba con ella.

Ambos sabían que su relación era peculiar. Que la extremada sintonía que los unía en la cama y la atracción irresistible que sentían el uno por el otro no acababan de traducirse en nada que pudiera hablar de una pareja. Había demasiados silencios, entre ellos. Demasiados secretos. Demasiadas distancias prudentes. Nunca habían hablado de los sentimientos que los unían. Así que él no podía comportarse como un novio celoso.

Aguantó en la distancia y aguantó los dieciséis días y dieciséis noches que ella estuvo en Boston. Sin atreverse a imaginarla siquiera. Sin buscar en los periódicos si salía alguna referencia. Y se preparó para lo peor el día que volvía. Porque, tal vez, la distancia física había acabado de quebrar el fino hilo que los unía.

No sabía con exactitud a qué hora arribaría, pero con toda seguridad no la

vería hasta que no llegara la noche y fuera a su casa. Por eso había decidido concentrarse pasando todo el día con los hombres en la naviera y participando de manera directa de las labores de ensamblaje de las placas de hierro que tenían que cubrir el portaviones.

Lo estaban haciendo en la nave más alejada, intentando mantenerlo fuera del alcance de las miradas ajenas. Hasta el momento habían conseguido no despertar sospechas. Pocas personas sabían qué estaban construyendo allí. Los ciento cincuenta hombres que trabajaban habían sido escogidos entre los más allegados y pasado miles de pruebas antes de entrar. Los ingenieros que se habían dedicado a remodelar los planos iniciales también eran de la más absoluta confianza.

Les quedaban, como mucho, tres o cuatro meses para acabar. Después, iría a Canadá y hablaría con Trevor Mathews. Se suponía que, durante ese tiempo, habría construido un mínimo de diez aviones. Cinco serían transportados en el barco hasta Inglaterra, donde Ressay ya había contactado con potenciales compradores.

Sumido todavía en esos pensamientos, oyó un rumor que provenía de la entrada de la nave. Los hombres parecían estar celebrando la llegada de alguien y, por el sonido, solo podía tratarse de una mujer. No podía ser Olga. La conocían y nunca se atreverían a hacerlo delante de él.

Sin embargo, cuando miró hacia el motivo de la expectación, sí la vio. Iba vestida con un traje malva que no reconocía, ajustado a una cintura que había ganado en intensidad y una falda que caía en diversas capas dejando al descubierto algo más que sus tobillos. Lucía un sombrero enorme de los que se habían puesto recientemente de moda. A su lado Lucy, que reía feliz ante los halagos de los hombres, llevaba un vestido de color verde esmeralda también conjuntado con uno de aquellos sombreros imposibles. Y, entre medio de ambas, otra mujer. Era joven y con el cabello tan rojo que acaparaba todas las miradas, aunque el vestido de gasa negra era demasiado escotado para la época del año en la que estaban y la causa de todo el clamor.

No esperaba que viniera a la naviera y mucho menos que lo hiciera acompañada. No es que no lo hubiera hecho antes, aunque siempre sola; pero, después de tantos días sin ella, no le apetecía que en su primer encuentro hubiese tanto público y tuviera que contenerse, teniéndola tan cerca, de no hacerla suya allí mismo.

Se preparó para recibirla cuadrando los hombros y lanzando una mirada de recriminación a los hombres que había más cerca y que ya empezaban a murmurar ante la presencia de aquellas tres mujeres. Cuando llegaron a pocos metros, dirigió la mirada a los ojos de Olga. Solo pudo ver su embriagador color miel durante unos segundos puesto que retiró la mirada casi al instante y esos segundos fueron suficientes para decirle que muchas cosas habían cambiado. No sabía todavía qué. Ni qué alcance tendría ese cambio que, sin duda, se había operado en ella, pero un frío helador le recorrió todo su interior y apretó la mandíbula y los puños hasta que el dolor de esa presión le hizo reaccionar.

—Hola —dijo ella al llegar con un tono de voz más bajo de lo normal y sin mirar a nadie en particular.

—Hola —respondió él sin dejar de buscarle la mirada y adoptando la postura más indiferente que pudo—. ¿Has tenido buen viaje?

—Sí. He llegado hace un rato —respondió manteniendo los ojos en un punto indeterminado—. Me he encontrado a Lucy en la estación y... esta es Itzavana. Es... es... la conocí en Boston con otros amigos rusos y... me he comprometido a enseñarles la ciudad.

—¿Qué os parece si subimos a la oficina? —Era Jenkins quien hablaba y que se había acercado al verlas llegar—. Estaremos todos más cómodos y podremos ver cuando acaben. La maniobra que están haciendo puede ser peligrosa.

Jack sabía que no había tanto peligro como incomodidad porque la presencia de mujeres allí no hacía más que distraer la atención de los hombres y, además, porque se encontraban en un momento de la instalación que suponía

mostrar algunos de los secretos mejor guardados del proceso de ingeniería que había conducido de un inicial barco de guerra a un portaaviones con fines comerciales.

Cuando el grupo ya había desaparecido por las escaleras, volvió a mirar al capataz principal y con un solo gesto le indicó que prosiguiera. Intentó entonces concentrarse en lo que estaba pasando y evitar dirigir la vista hacia la cristalera del despacho, desde la que se podía hacer el seguimiento. Él podría haberlo hecho también, su presencia allí abajo no era tan importante. Pero algo le advertía que el frío que se había instalado en su interior crecería con la presencia tan indiferente de Olga Saparova.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué en lugar de unos ojos brillantes y llenos de promesas de pasión se había encontrado con una mirada huidiza y unos murmullos? ¿Se había acabado lo que había entre ellos? ¿Por qué? ¿Por quién?

La garra de los celos empezó a arañarlo. Pero también apareció un sentimiento más desgarrador. La sensación de ridículo, de haber sido traicionado. Y se fue convenciendo de que un hombre había irrumpido entre ellos. ¿Habría sido Miller? ¿El crítico? ¿Uno de aquellos bailarines? ¿Un miembro de la orquesta? ¿Uno de los supuestos amigos rusos? Resopló. Una cosa estaba decidida. No le daría el gusto de verlo padecer.

La maniobra casi había finalizado y él también había tomado una determinación. Subió las escaleras de dos en dos y entró en la oficina irrumpiendo con brusquedad. Jenkins y Mathews estaban mostrándoles a las mujeres unos planos. Olga levantó la vista algo asustada ante el ruido que había hecho al entrar, aunque, de nuevo, volvió a bajar la vista con rapidez... con demasiada rapidez.

—Señoras —dijo entonces él—, lamento comunicarles que el trabajo de hoy va a alargarse y este no es sitio para unas... damas.

Su tono era engañosamente suave, pero había dudado en el término a utilizar en último lugar de manera deliberada. Lucy fue la única que mostró alguna turbación al morderse el labio inferior, sonrojarse y mirar a Olga. Esta se

mantuvo impasible y solo notó un ligero temblor en la voz cuando contestó.

—Cierto. Nos vamos. —Y en ese momento sí lo miró clavando sus ojos color miel en los suyos—. ¿Nos vemos esta noche?

—No lo sé. —Y se descubrió a sí mismo buscando con vana esperanza en el interior de aquella mirada si se lo estaba pidiendo—. Dependerá de si he acabado aquí.

Ella se limitó a asentir y se fue. Él también volvió con los hombres. Lo que fuera antes que soportar la pregunta muda que le estaban haciendo Jenkins y Mathews. A ninguno de ellos les había hablado de Olga, pero tampoco se había escondido y los últimos cuatro meses habían sido profusos en sus encuentros.

Dejó de pensar y se dedicó a trabajar ayudando en las tareas más pesadas y en las que exigían mayor concentración. Solo dejó de hacerlo cuando el capataz le manifestó que ya sobrepasaban tres horas el turno habitual de los hombres. Nadie se había atrevido a decirle nada hasta ese momento, pero estaban todos exhaustos.

Les dio permiso para marchar y él todavía se dedicó unos minutos a ordenar lo que había quedado en la oficina. Mathews se había ido. Jenkins estaba esperándolo, aunque dijo estar haciendo unas últimas comprobaciones en la contabilidad.

¿Estaba retrasando la hora de ir a su casa o buscando una excusa para no ir? Nada bueno auguraba aquel encuentro. Lo sabía. Pero tampoco iba a conseguir nada evitándolo. Debía saber qué había ocurrido. Cuanto antes acabara con la incertidumbre, mucho mejor.

Oyó unas voces que provenían de la nave. Parecían agitadas. Se extrañó. Abajo ya no quedaba nadie o, como mucho, el capataz, quien a veces se demoraba asegurándose de que todo estaba en su sitio. Miró por la ventana, pero la oscuridad reinante le impedía ver nada. Entonces, antes de que pudiera pensárselo, las voces se hicieron más potentes y estaban en la escalera de acceso y, en un instante, la puerta se abrió y siete u ocho hombres grandes y

fornidos entraron en tropel lanzando de un empujón al capataz que cayó a sus pies.

Jenkins lanzó un pequeño grito y fue lo suficiente para hacer que él reaccionase. Se lanzó hacia el primero de los hombres y le propinó un fuerte puñetazo directo a la ceja, que empezó a sangrar de manera copiosa. Después, aprovechando todavía la sorpresa del primer momento, se acercó a otros dos y, con un súbito movimiento, provocó que sus cabezas chocasen, al tiempo que con una certera patada le rompió la nariz a un cuarto.

El movimiento lo desequilibró y estuvo a punto de caer hacia un lado. Por fortuna, ese movimiento evitó que el puño del quinto hombre llegase a su cara. No pudo, sin embargo, evitar la patada de otro de ellos, que lo hizo al final tocar el suelo. A partir de ahí, se supo perdido, una ola de patadas y puñetazos empezó a caerle por todas partes, sin darle tregua y sin permitirle siquiera ver qué estaba ocurriendo. Optó por hacer lo único posible, protegerse la cabeza para intentar no recibir algún golpe que le hiciese perder la consciencia. Si tenía alguna oportunidad solo podría volver a reaccionar si estaba consciente.

En esos momentos oyó una voz mucho más potente que muy probablemente dio la orden de parar porque los golpes se detuvieron. No había podido entenderlo, pero no era porque sus oídos no oyesen bien, sino porque hablaban otro idioma. Intentó abrir los ojos, pero la sangre que caía desde sus cejas y la ya evidente inflamación de ambos le impedían ver.

Notó cómo lo cogían de los brazos y lo arrastraban hacia un lado de la oficina. Seguían hablando entre ellos a gritos. ¿Qué idioma era? ¿Alemán? ¿Ruso? Sí, era ruso. Estaba casi seguro.

El hombre que debía ser el jefe volvió a proferir un grito mayor. Todos callaron. Se acercó hasta él. Lo supo porque vio sus zapatos en punta. Le cogió del pelo y le levantó la cabeza. Lo veía borroso, pero distinguió una barba negra. Quiso hablarle. El gusto metálico de la sangre lo obligó primero a escupir.

El cabecilla dijo algo más y entonces vio cómo se dirigía hacia la mesa. Dos

hombres tenían a Jenkins aplastado contra ella. De un vistazo se dio cuenta de que el capataz yacía inconsciente en el suelo.

—¿Dónde están los planos?

Lo había dicho el hombre de barba negra con un acento muy fuerte. Sin ninguna duda, eran rusos. Su deje hablando inglés era bastante inconfundible. El hombre dio un golpe sobre la mesa, junto a la cara del pobre Jenkins.

—Aplastar tu cabeza —volvió a insistirle—. ¿Dónde están los planos?

Grimm vio cómo el pobre abogado, pese al miedo que sin duda tenía, apretaba los labios en señal inequívoca de que no iba a decirlo. Si no hacía nada para remediarlo, lo matarían. Pero los dos mastodontes que lo tenían cogido por las manos no daban muestras de dejarlo ir.

—Él no sabe dónde están —dijo como pudo pese a que notaba su lengua hinchada y los labios partidos.

El jefe se giró y lo miró desde la altura.

—Vaya, vaya... Aquí haber un héroe.

Entonces le puso el puño delante de la cara y Jack vio que llevaba en cada dedo algo metálico que se unía a los dedos como anillos con bordes en forma de punta.

—Mira una sola vez, valiente —le susurró—. Estampar justo aquí. —Y le tocó con los dedos uno de sus pómulos—. Y notar cómo la carne abre hasta hueso y fin cara bonita.

Se preparó para recibir el golpe. Aquel hombre sabía lo que hacía. Recibir una paliza en caliente era duro, pero saber qué le iban a hacer y cuánto iba a doler incrementaba la tortura.

En ese momento otra voz en ruso inundó el espacio. Gritaba. Parecía estar enfadada. El líder intentó contestarle, pero la voz interrumpió. Vio entre la hinchazón de sus ojos cómo el hombre se enfurecía, pero se contenía. La voz seguía gritando. Era una voz más aguda. Mucho más. Era una voz de mujer.

El corazón le empezó a bombear con más fuerza. Sabía quién era, aunque nunca la había oído hablar en ruso. Se sorprendió a sí mismo negándose a

levantar más la cabeza para verla. Tal vez así aquello no fuera más que una pesadilla. La discusión con el hombre barbudo se había reanudado. Sin embargo, un segundo más tarde, una falda color malva pasó justo por el campo de su visión y se dirigió hacia el cuadro de un paisaje marítimo que había en la pared. Ahora sí levantó la vista. Justo a tiempo para ver que Olga Saporova le mostraba donde guardaban la caja fuerte y los planos.

La rabia que lo inundó duró pocos segundos, los suficientes para desprenderse de uno de los hombres e incluso incorporarse con violencia intentando llegar al cuello de aquella mujer. Pero un golpe seco y contundente en su cabeza desprotegida lo sumió en la más absoluta inconsciencia.

Capítulo 10

Mientras miraba las maniobras de atraque notó cómo palpitaba la cicatriz de su ceja. Era curioso, habían pasado justo ocho meses y quince días. Todas las secuelas de la tremenda paliza que había recibido habían desaparecido o acabado confundidas como una más de las que ya ocupaban su cuerpo antes de aquello. Y, sin embargo, esa huella justo sobre su ceja izquierda, sin ser demasiado grande, estaba situada en un punto en el que modificaba toda su expresión dotándolo de una apariencia peligrosa, casi diabólica, al tiempo que le enviaba pulsiones y le recordaba que estaba allí. Sobre todo en los momentos en los que se ponía alerta o tenso por cualquier circunstancia.

La ocasión también se merecía la evocación del momento en el que toda su vida había cambiado. Quienes llegaban en ese buque eran Michael de Ressay y su esposa, Florence. Regresaban después de casi dos años en el extranjero. El tiempo que habían necesitado para que la condena condicional de Florence, por unos hechos que ya nadie querría rememorar, quedara sin efecto. Esa pareja había superado momentos difíciles de traición, deslealtad, venganza y crueldad.

Ahora volvían a una ciudad en la que ya apenas les quedaba patrimonio y todo por culpa de su negligencia, estupidez e ingenuidad. El vizconde le había reiterado por carta, en diversas ocasiones, que no le preocupaba en absoluto. Era cierto que muy buena parte de sus bienes se hallaba en Inglaterra y que la industria aeronáutica que había puesto en marcha con Mathews en Canadá

también le estaba dando pingües beneficios. Pero en Nueva York, la naviera fue reducida a cenizas aquella maldita noche y fueron hundidos tanto el Spain, barco de pasajeros al que le quedaban tan solo unos días para ser fletado, como el Newcarrier, el que tendría que haber sido el primer portaaviones de la historia. Ahora ya no importaba. Otros lo habían conseguido en San Francisco, aunque dándole un objetivo militar, del que Ressay había pretendido huir.

Jenkins, administrador del vizconde en la ciudad, había tenido que vender la mansión de la Quinta Avenida para poder hacer frente a las tareas de desescombro de los muelles y la zona había quedado al menos presentable para ser vendida y recuperar algo de lo perdido.

Habían puesto la pasarela y los primeros en salir habían sido el matrimonio seguido de sus hijos. Ressay llevaba de la mano a su mujer y parecía el hombre más feliz del mundo. ¿Cómo se podía seguir enamorado después de trece años de matrimonio? Ella también estaba resplandeciente.

Al poner el pie en el muelle, Michael se dirigió a ellos con la mano extendida. A Jenkins llegó a abrazarlo. Con Grimm se contuvo. Sabía que aquel hombre tenía una personalidad en exceso arisca para ese tipo de demostraciones afectuosas. Sin embargo, sí llegó a ponerle la mano sobre su antebrazo.

Florence, sin embargo, no se lo pensó dos veces. Se tiró primero al cuello del abogado y dejó que este la izase por la cintura. Después, sonriendo con dulzura, se acercó a Jack y, como si tuviera un sexto sentido y supiera que aquella era la manifestación de todos sus demonios, le puso con mucho cuidado los dedos sobre la cicatriz y los deslizó por la cara. Era la caricia de una hermana mayor. Jack no quería ser descortés, pero acabó atrasando un pie para apartarse. Ella no insistió.

Dos coches los aguardaban fuera y hacia allí se dirigieron sin dilación. Grimm se había preparado para enseñarle cómo habían quedado las instalaciones de la naviera si así se lo pedía, pero optaron por ir sin

dilaciones al hotel Astor, donde los Ressayre habían alquilado toda la planta quinta como residencia hasta que decidieran dónde alojarse de manera permanente.

Jack esperó con una gran dosis de paciencia que se acabaran de instalar y que dieran las instrucciones al personal de servicio bajo la supervisión de la señora Doubtfire y el fiel Brick, que los habían acompañado a Europa y siempre habían estado con ellos. No se movería de allí hasta que pudiera tener la conversación que se había retrasado ocho meses y quince días.

Al final, y cerca de la hora de la comida, dieron por finalizadas todas las tareas y todavía tuvo que aceptar sentarse a compartir el almuerzo con ellos. Se mantuvo en silencio escuchando con educación las mil y una historias que parecían poder explicar tanto Florence como los niños, mientras Michael los iba incitando. Jenkins también estaba sentado en la mesa y participó de algunos comentarios. Todos lo conocían lo suficiente como para abstenerse de obligarlo a entrar en la conversación.

—¿Qué tal si vamos ahora al pequeño salón que he visto en la esquina, para reposar la comida? —dijo entonces Michael.

—Ve tú —respondió Florence—. Yo me escaparé para hacer la siesta. Echaba tanto en falta una cama que no se balancease.

—Después iré a despertarte. —Aunque la mirada que se lanzaron anunciaba bastantes más cosas que un simple despertar.

Cuando llegaron a la sala de la que hablaba Ressayre, este les sirvió a Jenkins y a Grimm una copa de *brandy* a cada uno. Jack se había quedado de pie mirando por la ventana y mantenía la vista fija en el Times Square y en su gran bola de vidrio, mientras las imágenes de ella llenaban toda su mente y la rabia transformaba el líquido ámbar en fuego a través de su esófago. La cicatriz volvió a palpar.

—No os lo vais a creer —dijo Michael—, pero tengo ya un comprador para los locales.

—¿Sin haber pisado Nueva York? —preguntó Jenkins.

—En el barco viajaba un sueco, un tal Danielsson, con el que he hecho alguna amistad. Se trata de un tipo especial. Pertenece a lo que llaman en su país la nobleza no titulada. Tiene inversiones en casi todos los países que baña el mar Báltico y ha venido a este país con la intención de ampliar horizontes. Está dispuesto a pagar lo que convinimos.

—¿Necesita que lo investiguemos? —La tarea le correspondía a él, pero era Jenkins quien había preguntado.

—No. ¿Para qué? Se trata de deshacerme de una propiedad, no de hacernos socios. Y es la oportunidad que estábamos esperando para dedicarnos a nuestro nuevo proyecto con algo de capital.

—Ressy, dispone de bienes suficientes para vivir de renta y, si tomamos ese dinero y lo invertimos en bolsa, tal vez...

—¡Ni hablar! No he venido a este mundo a convertirme en un rentista como cualquier vulgar aristócrata inglés. —Y, lanzando una carcajada por la broma que había proferido sobre sí mismo y sus orígenes, continuó—: Como os expliqué por carta, amigos, tengo muy claro cuál es el verdadero futuro, el transporte en avión y nos vamos a dedicar en cuerpo y alma a crear el primer avión de pasajeros y la primera compañía en trasladar personas por aire.

—Es un proyecto retador, pero Mathews asegura que los avances en ingeniería tienen más futuro en...

—Lo sé, lo sé, en la industria armamentística. Pero ya le dije, Jenkins, que no iba a participar en nada de eso. Quiero dedicar el dinero a hacer fácil la vida de las personas, no a matarlas. Y tenéis que estar conmigo. ¿Has preparado los documentos que te pedí?

—Sobre eso... —Jenkins dudaba y miró a Grimm.

—Ressy —dijo él por primera vez—, le he pedido a Jenkins que me deje fuera de esto. Y quiero que sepa que se lo agradezco, pero sé que solo se debe fallar una vez y las consecuencias han sido suficientemente importantes como para no poder aceptar su ofrecimiento.

—Grimm. —El tono del vizconde se volvió más grave y desapareció la

jovialidad de su rostro—. Sé que te sientes culpable y no voy a perder el tiempo insistiéndote de nuevo en que lo que ocurrió no fue culpa tuya. Sabes tanto como yo que cuando hay alguien dispuesto a hacer daño, encuentra siempre la manera de hacerlo y no hay manera humana de evitarlo. Además, cada vez estoy más convencido de que mi proyecto no era cabal. He recorrido lo bastante de Europa para saber que en casi todos los países están desarrollando de una manera u otra aviones. Así que no tenía mucho sentido fabricarlos aquí y pretender venderlos allí. Necesito personas leales a mi lado y tú, Jack, eres la más leal que haya conocido nunca. No me abandones ahora.

Apretó los dientes tanto como los puños. Debía ser la primera vez en su vida que recibía el cariño expresado en palabras. De Ressay, en realidad, ya había aceptado mucho de ese tipo de afecto, pero lo había hecho a través de la fuerza de los hechos cuando lo sacó de las calles y lo acogió. Eso supo compensarlo trabajando día y noche para él. Sin embargo, era incapaz de corresponder a ese discurso.

—Está todo dispuesto. Necesito además que el despido sea público y sonoro—respondió sin permitirse ninguna quiebra en su decisión.

Si no lo conocieran, Ressay o Jenkins podrían haber pensado que su tono duro y frío era la más pura evidencia de una descortesía. Pero ambos sabían el infierno que estaba pasando por dentro y no iban a poder evitar que ese cúmulo de sentimientos tomase el control. Se sentía traicionado y fracasado, tanto como lo ahogaba la sensación de haber hecho el ridículo y de haber fallado. Y eso no podía solucionarse con las palabras amables de nadie. Debía encontrar su propia manera de superarlo y había diseñado un plan para hacerlo: encontraría a los responsables de la fatídica noche en la naviera y los mataría. Uno a uno. Incluyéndola a ella. Solo así podría presentarse ante Ressay y podría mirarlo a la cara.

—Sabes que lo que tienes en mente no va a solucionar nada, ¿verdad?

Ressay no quiso perder la oportunidad de insistir, aunque fuera una vez más. Conocía sus planes porque ya se los había avanzado por carta y ya había

intentado disuadirlo por el mismo medio. Ahora veía claro que no lo convencería, pero necesitaba intentarlo una vez más.

—Debe ser muy escandaloso —volvió a decir Grimm como si no hubiera oído la pregunta—. Tengo ya un contacto que me acercará a los rusos. Pero deben estar convencidos de que me ha repudiado.

El vizconde lo miró preocupado. Aquel joven había estado con él desde hacía años. Dejarlo ir y para una tarea basada en la venganza era perderlo.

—¿Quién es tu contacto? —le preguntó.

—Rothestein —respondió Jack.

—¿Rothestein? ¿Arnold Rothestein? —El miedo por lo que iba a pasar con quien consideraba su amigo se exteriorizaba en furia—. Vas a acabar muerto en cualquier callejuela.

—Antes los habré encontrado.

—Te convertirás en un criminal como todos ellos.

—Tal vez no se puede ir contra lo que es uno. Vengo de las calles.

—No creo en el destino —insistió Ressayre—. Cada uno se puede y se debe construir su propia vida.

—Pues yo me he cansado de intentar ser quien no soy.

Las últimas palabras reflejaban mucho del dolor interior que estaba sintiendo. Los tres hombres se habían quedado en total silencio tras ser pronunciadas y quedarían flotando en el ambiente durante mucho tiempo. Pero la conversación había llegado a su fin.

—Solo una última cosa —dijo el vizconde—. Garantízame que volverás. Quiero verte, aunque sea una vez más. Me da lo mismo en qué condiciones. No querré saber si has conseguido tu estúpido objetivo o si has recapacitado. Pero volverás y me darás la oportunidad de poder ofrecerte de nuevo que estés a mi lado.

Jack lo miró a los ojos. La sinceridad se reflejaba en aquellas profundidades azules. Era un hombre bueno. Podría decirle que, con toda probabilidad, cuando volviera ya no lo querría a su lado, pero no quiso alargar más esa

discusión.

Asintió con la cabeza, dejó la copa sobre la mesa, cogió el sombrero y se fue de la habitación, cerrando con cuidado la puerta tras de sí. Tenía que desaparecer con sigilo como lo debería hacer quien no se había merecido nunca estar allí.

Sin embargo, todavía tendría que soportar algo más. Mientras esperaba el ascensor en el pasillo enmoquetado, la puerta se abrió y apareció Florence Howland.

Si enfrentarse a su amigo y mentor, Michael de Ressay, había sido difícil, hacerlo además a su mujer podía ser demoledor.

—Así que ni siquiera Michael ha podido disuadirte —dijo con suavidad.

Se limitó a seguir mirando la puerta del ascensor, como si así pudiera aparecer más rápido y marcharse de allí.

—Mírame, Jack.

Y se giró sin poder desobedecerla. Era la viva imagen de la vitalidad y la espontaneidad. Nada que ver con la rigidez de la aristocracia inglesa que en los primeros años había gobernado su vida.

—Quiero que me hagas una promesa.

Él respiró hondo. A esa mujer era difícil negarle nada, pero intuía que su petición no iba a ser fácil.

—Quiero que le des la oportunidad de explicarse.

No había dicho a quién se refería, pero no hacía ninguna maldita falta. Eran amigos. O lo habían sido. No debía ser fácil saber que la iba a matar, aunque fuese la responsable de pérdidas millonarias a su marido. Apretó la mandíbula. ¿Podía prometerle eso? Seguramente. Si algo tenía claro era que no quería matarla de lejos. Lo haría mirándola a los ojos mientras le retorció su bonito cuello.

Volvió a asentir solo con la cabeza. Hacía rato que sabía que le sería difícil pronunciar más palabras sin que se le quebrase la voz.

Florence quedó satisfecha con la respuesta o eso intentó expresar cuando, sin

decir más, volvió a entrar en las habitaciones de la quinta planta del Astor.

Dos meses más tarde, había conseguido una parte importante de su objetivo. Un tiempo récord si se tenía en cuenta todo lo que había hecho. Había tenido que desplazarse a Chicago, participar en un robo a gran escala en el American Bank, beber litros de *whisky* y compartir más de una prostituta con otros hombres, entre otras acciones delictivas de menor consideración.

Pero ese frío y lluvioso atardecer del mes de octubre de 1911 estaba frente al Rookery Building, junto a Viktor Ilichenko, el barbudo que le había propinado la paliza, como si fuera su lugarteniente, después de haberse ganado su confianza haciéndole creer que ambos coincidían en dos cosas: el odio al aristócrata Ressay, por haberlo culpabilizado de lo que había ocurrido y haberlo despedido sin compasión, y a Olga Saparova, por haber padecido las consecuencias de su traición.

El ruso repudiaba con visceralidad a todos los personajes de clase noble. Había conseguido huir, de manera milagrosa, del último pogromo que había tenido lugar en 1906 en Chisinau, su ciudad natal, pero lo había hecho después de haber visto morir salvajemente a su mujer embarazada. Desde entonces, había desarrollado una personalidad cruel y violenta, lo que tenía como resultado acciones bastante más brutales con seres inocentes.

Los acompañaban ocho hombres más, todos rusos de nacimiento, aunque formaban una amalgama muy curiosa puesto que, además de otros judíos como el propio Ilichenko, había mencheviques y bolcheviques. El conjunto era incapaz de ponerse de acuerdo en su Rusia natal, pero estaban muy unidos en Estados Unidos en una causa común: desestabilizar al imperio zarista y acabar con todos los nobles.

No podían volver a su tierra, pero a miles de kilómetros de distancia habían creado una verdadera organización criminal capaz de generar miles de dólares de ingresos gracias a la extorsión y el chantaje a los que llamaban enemigos de la causa justa rusa. Además, se dedicaban al espionaje industrial y al robo de cualquier avance tecnológico que pudiera tener algún uso armamentístico, para

remitirlo a los grupos opositores en Ginebra, París, Múnich y Viena.

Ese fue el objetivo también en Navieras Ressay. El problema fue que su cómplice, Olga Saparova, los engañó y consiguió sustraerles parte de los planos del portaaviones.

Las piezas que faltaban podían ser importantes para desarrollar el prototipo; pero, por encima de todo, primaba el sentimiento de ridículo y burla ante el timo de la bailarina. Además, también estaba el riesgo de que aquella mujer, de la que alguno de ellos tenía noticias de su vida en Rusia, entregase esos planos a sus contactos zaristas, pues había trabajado en palacio, y los informase de los entresijos de su organización.

Esos datos los había deducido Jack Grimm de retazos de conversaciones y algún que otro comentario. No sabía mucho más y tampoco le interesaba. Lo único que importaba era que había logrado convencerlos de que él podía ayudarlos a encontrar a la traidora.

El trato al que habían llegado era que, cuando la localizasen, Ilichenko debía tenerla en primer lugar para «machacar tesoro frente rostro mujer». Grimm no entendía por qué tantas molestias para recuperar unos planos que después pretendía destrozar, pero le importaba bien poco. Después sería toda suya y él ya había diseñado el plan que acabaría con todos ellos.

Para eso, sin embargo, debían localizarla y ese era el motivo de estar frente al Rookery Building, donde parte de los hombres de Viktor Ilichenko la tenían acorralada.

Pese a que entre ellos hablaban siempre ruso, le acabaron explicando que Olga no había podido salir del edificio y que con toda seguridad tampoco había podido acceder a pisos por encima del gran vestíbulo principal y joya de la arquitectura característica de la ciudad.

Todo el personal de las empresas que se alojaban allí había acabado su jornada y se había ido a su casa. Solo quedaban dos vigilantes de seguridad que, con rapidez, fueron reducidos a cuerpos inertes.

Cuatro de los rusos se quedaron fuera vigilando cada uno de los lados del

edificio, pues una de las peculiaridades de esa construcción era que la planta a pie de calle estaba, como el resto de las doce que había por encima, rodeada de grandes ventanales.

Dos hombres se quedaron en el enorme vestíbulo compuesto de dos plantas conectadas por una escalera y una galería, atentos a cualquier movimiento. Viktor escogió revisar la planta superior, acompañado de otro de sus secuaces, mientras que Grimm y el último de los rusos inspeccionaban la otra.

En el silencio de la noche, en un edificio deshabitado en su totalidad, solo se oían las pisadas de los hombres, el ruido de puertas que se abrían y las maldiciones en ruso de Ilichenko ante la búsqueda frustrante, que iban subiendo de tono.

Jack intentó aguzar el oído para detectar cualquier pequeño sonido que le indicase dónde podría haberse escondido, y fue gracias a eso que pudo escuchar el ruido de un motor que provenía de las profundidades. Se trataba, con toda probabilidad, de las máquinas de vapor que conseguían mantener el edificio en una buena temperatura. No había demasiadas construcciones con calefacción central, pero el Rookery tenía todos los avances en muchas otras cosas, por lo que no podía fallar en esa señal de poderío.

Jack había puesto en máxima alerta todos sus sentidos. Estaba claro que allí abajo había un posible o supuesto escondite. Buscó el acceso y lo vio tras una de las escaleras laterales. Después encontró con la mirada a su acompañante y le indicó que iba a bajar.

El acceso era angosto y perdía con rapidez todo rastro de luz hasta llegar a un piso que solo se hallaba mal iluminado por unas mínimas ventanas que rozaban el techo, que Jack calculó que por el otro lado debían estar justo a ras de tierra y que recogían la luz del alumbrado público.

El semisótano estaba, como había supuesto, casi ocupado por completo por unas grandes tuberías que, a todas luces, estaban a muy altas temperaturas. Al fondo la gran caldera, origen del sonido característico, quemaba los últimos restos del carbón para calentar el agua que circulaba en sus dobles paredes y

generar el vapor. El calor de la sala le hizo olvidar de golpe la temperatura real del exterior y empezó a sudar copiosamente.

Se movió con cuidado por los huecos libres procurando no tocar ninguna pieza pues los riesgos de quemarse eran evidentes. Cuando empezaba a desistir, vio una trampilla en el suelo. Con cuidado la abrió, pero ante su vista solo apareció un gran agujero negro que, eso sí, le procuró cierto alivio pues la temperatura allí abajo era bastante más fría.

—¿Escapar ahí?

Quien había hablado era el ruso que le había tocado de compañero que, al parecer, se había cansado de esperar arriba.

Jack dudó. Era difícil pensar que una mujer se hubiera podido escurrir por esa trampilla sin saber bien a dónde iba a parar y con esa absoluta oscuridad. Cuando puso atención, por encima del ruido de la caldera, oyó otro sonido que relacionó con el agua y entonces se dio cuenta de que desde allí se accedía al sistema de desagües y alcantarillas de la ciudad de Chicago.

Hacía pocos años que se había construido por debajo de la ciudad y había comportado proezas humanas tales como levantar edificios y cambiar el curso del río que daba nombre a la ciudad, para evitar que los desechos, cada vez más numerosos, contaminasen el lago que debía darles de beber. Por eso, algunos decían que, en aquellas profundidades, había una segunda metrópoli y otros añadían que era bastante más atemorizante que la que corría por encima y estaba repleta de bandas organizadas que luchaban por hacerse con el control. En definitiva, Chicago no era un lugar agradable en el que vivir.

—Linterna —dijo entonces el hombre mostrándole en la mano un artilugio en forma de tubo, del que había oído hablar, pero nunca había visto uno.

El hombre tocó una parte del cilindro y apareció una luz tenue pero suficiente y que, al enfocar hacia la trampilla, puso en evidencia que, en un lateral, había unas escaleras que finalizaban a unos cinco metros en una especie de pasadizo.

—Apunta hacia allí —dijo Jack y acto seguido empezó a descender.

Era bastante increíble pensar que hubiera podido escaparse por ese tenebroso túnel, pero no lo iba a descartar sin comprobarlo. Antes de llegar a la base, le pidió a su acompañante que le lanzase la linterna. Si no, iba a ser imposible ver nada.

El ruido del agua que transportaba todo tipo de residuos era bastante fuerte dado que, como en seguida pudo comprobar, el canal por el que discurría tenía una pendiente pronunciada y llevaba un buen caudal como consecuencia de la persistente lluvia exterior.

Iluminó con aquel artilugio el espacio en el que se encontraba, cada vez más convencido de que era imposible que nadie, salvo impelido por algo muy poderoso, se hubiera arriesgado a meterse allí. Olga era intrépida, pero no tanto; aunque seguro que debía saber que lo que querían hacer aquellos hombres con ella no iba a ser, en verdad, muy cariñoso.

Cuando ya había decidido volver a subir, vio en el rincón una especie de tablón apoyado en la pared y un sexto sentido lo hizo ponerse alerta y apartarlo para ver qué había detrás.

Allí estaba. Olga Saporova. Agazapada. Empapada. Con una expresión en la que miedo y odio se mezclaban a partes iguales y le conferían un aspecto extraño incrementado por la luz focalizada de la linterna.

Lo estaba apuntando con una pistola que sostenía con ambas manos, en un gesto que denotaba falta de pericia. Tenía el pelo mojado pegado a su cara y sus ojos color miel lo reconocieron al instante, aunque eso no provocó que bajara el arma. Más bien al contrario, vio cómo sus labios se apretaban dispuestos a todo.

Sin embargo, no fue el temor ante la posibilidad cierta de recibir un tiro lo que lo dejó inmovilizado. Junto a Olga, apoyado en ella y con verdadera cara de terror, había un niño que no tendría más de seis o siete años, con el pelo rubio y unos enormes ojos de ese marrón que recordaba al néctar de las abejas. Un temblor evidente le impedía apenas sostenerse, aunque lo intentaba agarrándose a las faldas de la Saporova. Podía ser tanto de frío como de puro

pánico.

—¡Eh! —gritó desde arriba el matón—. ¿Encontrar mujer?

Olga levantó un poco la pistola como haciéndole entender que, si la descubría, le pegaría un tiro. Jack lo había visto por el rabillo del ojo porque era incapaz de dejar de mirar a aquel pequeño.

—¡Grimm! —volvió a vociferar el tipo.

Ella se removió inquieta. Él sabía que debía estar sopesando sus posibilidades. Si le disparaba, lo mataría, pero también delataría dónde estaba y solo le quedaría como posible escapatoria lanzarse a aquel canal pútrido y caudaloso que a saber dónde la llevaría. A ella y a ese pequeño que seguía clavándole sus enormes ojos de aquel perturbador color.

—¡Eh!

Y se oyeron ruidos que indicaban que el hombre empezaba a bajar.

—¡No! —exclamó él—. ¡No hay nadie! ¡Subo!

Había apartado la vista del niño y la había mirado a ella un segundo antes de girarse. Se odió a sí mismo cuando reconoció que el evidente alivio que Olga mostró en su expresión le reducía a él su nivel de angustia.

Empezó a subir las escaleras de mano y notó como si la cabeza le fuera a estallar, empezando por un latido furioso de su cicatriz. Se había pasado diez meses pensando en el momento de tenerla delante. Había imaginado miles de veces qué le haría, qué le diría y cómo la haría sufrir. Y ahora, su mente estaba totalmente ocupada por unos enormes ojos infantiles.

Capítulo 11

Olga notaba cómo el corazón le bombeaba con fuerza y cómo su corriente sanguínea iba a una velocidad inusual. Le quedaban unos quince metros hasta llegar a la calle Madison, donde había encontrado aquel pequeño hostel que había constituido su refugio en las últimas dos semanas. Pero la seguridad de aquel habitáculo se había ido al traste cuando, estando en el mercado de Quincy, había sido descubierta por los hombres de Ilichenko. Se había refugiado en el Rookery porque le era imposible correr cargando a Sasha hasta la pensión, pero ahora también dudaba de que no supieran dónde estaba alojada. Por eso había resguardado al niño en un contenedor a pocos pasos de allí y se dirigía ella sola a intentar rescatar, si no la ropa, al menos el dinero que les permitiría huir.

Las piernas le flaqueaban atenazadas por el miedo, pero su voluntad sería más férrea y fuera como fuera, pese a que no supiera a dónde ir ni cuánto tiempo iba a durar esa agonía, pondría a Sasha a salvo; aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Levantó la cabeza y fijó la vista en la puerta de entrada de la pensión Sky dispuesta a avanzar los últimos pasos.

—Yo de ti, me lo pensaría dos veces.

La voz había sonado justo a su lado, pero, tal vez porque la reconoció al instante, había retumbado en su interior y estallado en su cabeza. Desde que la había dejado huir en el Rookery, sabía que lo iba a volver a ver y, pese a ello,

no se había preparado mentalmente.

Se giró y se enfrentó a su mirada.

De nuevo ahí estaba. Negra y fría. Más tenebrosa que el día que lo había conocido en el Joe's Club porque ahora sí sabía que podía brillar y hacerse cálida; y porque ella era, en parte, responsable de ese glacial.

En las alcantarillas no había podido acabar de ver que su rostro seguía teniendo esa masculinidad tan arrolladora. En el pasado, siempre que lo miraba, pensaba que no podía haber facciones más regulares y perfectas. En aquel momento, una pequeña cicatriz en la ceja izquierda destruía esa característica; pero lejos de hacerlo defectuoso, le confería, si era que cabía, un mayor atractivo dentro de ese halo de peligrosidad que siempre lo había distinguido y que ahora se le agudizaba.

Su corazón, desbocado ya por el miedo segundos antes, estaba ahora danzando en una arritmia intensa que le recordaba que estaba sin lugar a dudas enamorada de aquel hombre y también que lo había perdido para siempre sin posibilidad de absolución.

Tan solo unas horas antes lo había apuntado con su pistola, en un gesto ridículo porque jamás podría haberle disparado y porque, aunque él no había hecho ni siquiera el intento de defenderse, sabía que en un segundo la habría podido reducir.

No lo había hecho, ni la había delatado. Y Olga se obligó a sí misma a volver a la realidad recordando que aquellos ojos negros no la miraban a ella cuando decidió mentir y decir que no la había encontrado, sino a Sasha.

Había visto en otras ocasiones cómo se comportaba con los niños y sabía que eran su debilidad. Nunca se lo había dicho y él jamás lo hubiera reconocido. Pero, bajo aquella aparente indiferencia y frialdad, los infantes reconocían en él ese halo diferente que lo transformaba en alguien afectuoso y protector; esa aureola que ella también había conseguido que apareciera cuando estaban juntos.

No le había hablado del niño. Jamás se había atrevido. Haberlo mantenido

en el secreto más absoluto incluso ante sus propios amigos durante casi seis años había convertido en algo normal lo que era una doble existencia; hasta el punto que, a veces, era incapaz de reconocerse como la misma persona.

Cuando él había entrado en su vida había imaginado de mil maneras diferentes cómo confesarle que había otra Olga Saparova. Una que era madre y que se levantaba cada mañana buscando la manera de acercarse al Saint John's School sin que nadie se diera cuenta. Una que escuchaba la risa de su hijo o sentía la caricia de su manita sobre la cara y la transformaba en la verdadera energía que la hacía seguir bailando cada noche y aguantar a una panda de borrachos.

Pero, a medida que había pasado el tiempo y el secreto también se había instalado entre los dos como lo había hecho con sus mejores amigos, la posibilidad de desvelarlo y confesárselo se había ido alejando hasta hacerse pequeña y cada vez había sido más difícil plantearse un acto de franqueza sin poner en riesgo su relación ante la pregunta principal: por qué no lo había dicho antes.

Así que le fue más fácil hacer lo que había hecho hasta ese momento: separar sus dos vidas y seguir adelante.

Ahora él la estaba mirando y no tenía ninguna duda de que, bajo esa mirada gélida, se escondía la pregunta.

Sin embargo, su mayor preocupación no debía ser esa en aquel momento. Debía acceder a la habitación alquilada de la pensión y recuperar el dinero que le permitiría huir.

La presencia de Jack podía significar varias cosas, entre ellas, que todo el grupo de Ilichenko estuviese incluso presenciando aquel encuentro y frotándose las manos; pero era bastante improbable después de que él la hubiera dejado escapar. Más bien se decantaba por pensar que él estaba solo y, aunque conocía su capacidad de reaccionar con extrema rapidez, se descubrió a sí misma calibrando las posibilidades de escapar para regresar más tarde a por el dinero.

Un gesto en sus labios que podría haber sido el inicio de una sonrisa cínica le indicó que, como muchas veces en el pasado, Jack había leído su mente. Sí, era absurdo pensar que podía ser más rápida y, aun así, tenía que intentar entrar.

—Mira en la frutería —dijo entonces Grimm.

Ella apartó la vista de aquel rostro perfecto y la desplazó a la pequeña tiendecita que tenía su entrada justo al lado de la pensión. La matrona latina que la dirigía estaba sentada en la puerta junto a las naranjas incitando de vez en cuando a los transeúntes a comprar. En el interior, le pareció distinguir a una mujer con un niño en la cintura, y un poco más alejado...

Ahora lo había visto.

Aquel hombre con traje y chaleco gris no estaba comprando pomelos precisamente.

—Ahora mira el kiosco.

Lo obedeció. Esa vez ya sabía qué tenía que buscar, pero le costó un poco más reconocer a uno de los hombres de Viktor detrás de aquel diario.

Su corazón se detuvo de golpe y casi tuvo una sensación dolorosa de tan brusca como había sido esa paralización. Segundos más tarde, la debilidad se apoderó de todas sus extremidades. No poder rescatar el dinero la empujaba a una huida casi imposible y a la posibilidad de que se vieran expuestos al hambre y al frío. Ella podría aguantarlo, pero Sasha...

—Tengo que entrar —todavía dijo de manera incoherente.

—¿Para qué? ¿Crees que no han registrado la habitación entera y que no habrán apostado otro hombre en su interior?

No. Claro está. Cómo no iba a imaginar algo tan lógico. Se había quedado sin nada. Y con absurdidad recordó la bolsa de la compra que había tenido que abandonar en el mercado de Quincy y se preguntó si todavía estaría allí, en la esquina donde la dejó, para intentar, al menos, poder dar de comer aquel día a Sasha.

—¿Dónde está el niño?

La pregunta le había llegado como si hubiera sido pronunciada muy lejos, casi entre una nebulosa, y tardó unos segundos en reaccionar. ¿Se lo decía? ¿Qué haría él? ¿Por qué estaba allí?

—Puedo darte los planos.

Un relámpago de furia iluminó unos instantes sus ojos negros y le provocó a ella un escalofrío; aunque fue peor cuando la gélida mirada regresó.

—Yo no he venido a por los planos.

No. Había ido a por ella. El intento de sacárselo de encima había sido absurdo. Era como si a un león, frente el cadáver todavía caliente de una gacela, se lo pretendiese distraer con un conejo muerto hacía días. Morder el cuello todavía palpitante y agónico debía ser mucho más atractivo, y Olga no tenía ninguna duda de que eso era lo que había ido a hacer con ella. La pregunta no era si lo haría, sino cuánto tardaría en hacerlo y si lo haría rápida e indoloramente.

Ilichenko y sus hombres eran una amenaza. Jack Grimm, también. Empezaba a pensar que haberla dejado ir en las cloacas tenía más que ver con la posibilidad de no tener que compartir la venganza.

Sin embargo, ella sabía que una única pieza no encajaba. Jack jamás haría daño al niño. Así que decirle dónde estaba podía significar que su propia muerte estuviese más cerca, pero también que a Sasha lo pondría a salvo.

Sin responder, bajando la vista, empezó a caminar hacia la equina donde estaba el contenedor en el que había escondido a su hijo.

Tal y como había quedado con él, lo avisó primero desde el exterior que ya estaba allí, no sin antes mirar por un momento a Grimm como pidiéndole permiso, dado que iba a hablar en ruso y él no lo entendía.

Después abrió la compuerta y, al verlo de nuevo, con el rastro de las lágrimas que había derramado mientras estaba solo, como ella ya había imaginado que haría al dejarlo, la enterneció y le recordó que, en breve, se iba a quedar sin madre. Esperaba, al menos, que lo pusiera a salvo de verdad.

Lo aupó hasta que notó sus piernecitas rodeando su cintura y sus brazos en el

cuello. Necesitaba ser abrazado. Así lo hizo acariciándole la espalda hasta que consiguió despegarlo un poco y lo miró para infundirle tranquilidad antes de darle un beso en la frente y removerle el cabello.

Sasha le sonrió de manera débil hasta que se dio cuenta de la presencia de Jack, a quien reconoció de inmediato. Lo notó por la tensión de ese cuerpecito.

Grimm los estaba mirando con una expresión inescrutable. Después se agachó y Olga vio cómo recogía la pistola que ella le había dejado al niño como absurda protección pues, pese a que había intentado explicarle con brevedad cómo disparar si era descubierto en el contenedor, la cara de terror de su hijo le había advertido que iba a ser incapaz de hacerlo.

Jack guardó el revolver en su la espalda y ella se despidió en su interior de la última oportunidad de defenderse. Ahora ya estaba del todo en sus manos. Podía hacer lo que quisiera.

—Sígueme.

La orden había sido clara y tajante. No daba lugar a réplica ni a cuestionamientos. Además, había empezado a caminar sin preocuparse siquiera de si lo seguían. Así lo hizo ella a través de toda una serie de callejuelas del Chicago más tenebroso, aunque fueran todavía las primeras horas de la mañana.

Por fin llegaron a un callejón sin salida en el corazón del distrito Levee y acabaron accediendo por una angosta escalera al piso superior de un edificio de ladrillo rojo. Grimm llamó dos veces a la puerta y en cuestión de segundos, como si lo hubieran estado esperando, abrió una mujer vestida con algo parecido a un camión malva semitransparente y tan escotado que se empezaba a ver la aureola del pezón. El pelo negro lo tenía alborotado, como si hiciera poco que se hubiera despertado, y los ojos estaban rodeados de restos de la pintura, que le daban un aspecto tétrico.

Sasha, todavía aferrado con sus piernas alrededor de su cintura, la había mirado un momento y ante su imagen se había estremecido y vuelto a esconder la cara.

Accedieron al interior, Olga vio que se trataba de una especie de apartamento en miniatura, con cocina, sala de estar y dormitorio de una sola cama a simple vista. Estaba limpio y recogido, pero nada se podía hacer ante unos muebles que podrían tener cien años y un papel en la pared que no solo había ido perdiendo los dibujos, sino que también acusaba el paso del tiempo y se caía a pedazos.

Jack le dio dinero a la mujer, que se lo metió en el escote y provocó que todavía se acentuase más. Ella le entregó una llave y luego, mirándola a ella, dijo:

—Allí hay un baño. Lujos y comodidad de la suite principal.

Y riéndose de su propia gracia con una carcajada áspera desapareció tras la puerta y todavía pudo oír cómo bajaba por las escaleras.

Casi como un autómata se dirigió a la puerta que había señalado la mujer y la abrió. En efecto, en medio de un pequeño habitáculo había una bañera bastante ennegrecida y un retrete del que despedía un olor desagradable, pese a gozar de una pequeña ventana que estaba abierta.

Volvió a la habitación. Jack continuaba de pie en mitad de la sala.

—Necesito la ropa que lleváis puesta.

«¿La ropa que llevamos puesta? ¿La única ropa que tenemos?». No se atrevió a formular las preguntas en voz alta y se limitó a obedecer sentándose en una silla para poner a Sasha de pie frente a ella y empezar a desabrocharle la camisa, después de retirarle el abrigo, mientras le susurraba palabras cariñosas y tranquilizantes.

Cuando el niño hubo quedado vestido solo con una camiseta de tirantes y sus calzones azules, empezó a desvestirse también ella, sin atreverse a mirarlo, pero sabiéndose escrutada con intensidad. Primero el abrigo, después la chaqueta larga, la falda a juego y la camisa. Le quedaba solo el fino visor largo tan solo hasta las rodillas.

El silencio ocupó la habitación de manera aplastante y ninguno de los tres movió un párpado durante unos segundos. Después, fue él quien avanzó unos

pasos hasta el armario que había junto a la cama, lo abrió y, sacando de él dos mantas, le dio una a cada uno, con las que se cubrieron sin rechistar mientras él recogía la ropa de ellos y la sostenía en sus brazos.

—Le he pagado para que puedas estar aquí una semana —empezó a decir—. Os traerán comida a diario. Bajo ningún concepto debéis salir de esta habitación y tened en cuenta que lo que hay debajo es un burdel al que se accede desde la otra calle, así que por las noches habrá mucho ruido y movimiento.

Olga había levantado la vista cuando había empezado a hablar y se encontró con el rostro frío e impassible de costumbre. Nada traslucía qué intenciones había en todo aquello. Él detuvo un momento el discurso, pero en seguida continuó.

—Si dentro de cinco días no he vuelto, huye. No esperes a que finalice la semana. Hazlo durante la mañana del quinto día. Lo más seguro sería ir al norte, pero sola no lo conseguirás porque se acerca el invierno. Dirígete al oeste y evita las grandes ciudades.

Volvió a hacer una pausa en el discurso como si así pudiera cerciorarse de que ella lo estaba entendiendo todo.

—¿Sabe hablar inglés?

Había señalado a Sasha sin mirarlo y la pregunta, aunque pudiera parecer inocua, podía ser la primera de otras muchas que dieran razón de toda su historia. Olga se limitó a asentir con la cabeza sin estar segura de si aquel podía ser un buen momento para explicarlo o si ella se veía con fuerzas para hacerlo.

—Pues acostúmbrate a hacerlo con él. Hablando en ruso sois localizables. Haz que todo sea o parezca americano.

Ella volvió a mover la cabeza confirmando que iba a hacer lo que le decía. Se le agolpaban miles de preguntas sobre qué significaba todo aquello, pero no se atrevió a hacerlas.

—Recuerda. Si no vuelvo la mañana del quinto día...

—¿Con qué ropa?

Él entornó los ojos como si no estuviera seguro de responder a eso antes de garantizar que ella esperaría al quinto día.

—Haré que os traigan algo.

Se fue hacia la puerta sin añadir nada más, hasta que se detuvo un momento como si estuviera recordando algo. Entonces, se sacó la pistola de la cinturilla y la dejó sobre el armario que había justo a su lado. Después se marchó.

Tan solo unas horas más tarde, junto con la dosis diaria de comida que, sin ser abundante, les permitía calmar el hambre, la mujer que les había dado la bienvenida le dejó un paquete con ropa. Eso sí, se trataba de ropa de hombre en ambos casos. De su talla, pero de hombre. Olga pensó que habría dado esas instrucciones porque disfrazándose habría más posibilidades de escapar. Así que perfeccionó el disfraz cortándose la melena en cuanto le consiguieron unas tijeras.

A partir de ahí, los minutos se hicieron horas y las horas días. Dedicaba la mayor parte del tiempo a hablar en inglés con Edward, que era como Sasha había decidido llamarse después de que su madre le explicase que en Inglaterra había habido en los últimos tiempos un gran rey con ese nombre. Pero, por las noches, cuando el niño dormía, el insomnio acababa despertándola a las dos o tres horas y lo dominaba todo y la embargaba tanto el miedo por la posibilidad de que él no volviese como por lo contrario.

La incógnita se despejó el cuarto día. Se habían ido a dormir pronto porque hacía frío y era la mejor manera de mantenerse calientes. Sin embargo, Edward la acabó despertando moviéndose inquieto con alguna pesadilla.

Intentó calmarlo acariciándole con suavidad la cabeza y susurrándole palabras suaves. El inglés no era demasiado apropiado, pero no le hablaría en ruso. Encendió la luz de la mesita y lo obligó a abrir los ojos para hacer que todo lo que lo había perturbado en su subconsciente desapareciese. Lo consiguió poco después y sonrió ante la mirada de alivio que apareció en cuanto la nebulosa de la pesadilla desapareció del todo. Sin embargo,

segundos más tarde el temor se volvió a apoderar del niño ante algo que, con toda seguridad, se encontraba tras ella.

Se giró con rapidez y allí lo vio. Estaba sentado en una silla a los pies de la cama y estaba mirando la escena como si llevara allí toda la vida. Olga se quedó inmóvil y, de nuevo, en su interior se mezclaron con igual intensidad sentimientos contradictorios.

—Te has cortado el pelo.

Ella se llevó de manera automática las manos a su cuello como si tuviera que reconocer algo tan evidente y se descubrió a sí misma preguntándose si estaría guapa a sus ojos.

—La ropa era de hombre —respondió como si eso lo explicase todo.

Él la miró un momento más, sin apenas parpadear. Como si todavía estuviera decidiendo qué hacer con ella.

—Nos vamos —dijo por fin levantándose y se puso una bolsa al hombro.

Olga no pensó siquiera en preguntarle dónde. Se levantó y ayudó al niño a hacerlo. Se habían acostado con la ropa interior después de haberse dedicado la tarde del día anterior a bañarse y lavar la ropa. Así que, mientras se vestían con aquellas ropas, ella pensó que había sido un acierto hacerlo. Tal vez iba a pasar mucho tiempo antes de volver a ponerse ropa limpia.

Solo unos diez minutos más tarde descendían por aquella angosta escalera y se metían en un carruaje tirado por dos caballos, lleno de piezas de hierro y conducido por un hombre que, al verlos, solo gruñó a modo de saludo.

Las calles por las que circularon estaban bastante desiertas, por lo que Olga calculó que debían ser las dos o las tres de la mañana. Pronto dejaron de ver los altos edificios de la ciudad y el paisaje se convirtió en una serie de casas aquí y allá, rodeadas de campos yermos.

Cuando las primeras luces del alba empezaron a aparecer por el horizonte llegaron a una encrucijada y el carruaje se detuvo. Ella se limitó a imitar los movimientos de Grimm y se bajaron del vehículo. Él pagó al hombre, que volvió a emitir un simple gruñido y tomó el camino de la derecha.

Jack había empezado a caminar por el camino de la izquierda, pero tan solo unos metros más allá se detuvo, dio media vuelta y deshizo lo andado para tomar el mismo camino que el carretero.

—Hasta aquí la parte más cómoda de nuestro recorrido. Le hemos hecho creer que vamos hacia el oeste. Sin embargo, vamos a llegar hasta Milwaukee, donde tomaremos un tren que nos cruzará la frontera de Canadá. Tendremos que subir y bajar del tren en marcha. Nadie debe vernos. Después caminaremos durante cuatro días. Habrá que hacerlo a buen paso y no será posible ningún retraso.

Las últimas palabras las había dicho señalando al niño, como si fuera un lastre a tener en cuenta, pero dispuesto también a sacrificarlo.

—Yo puedo —contestó el niño anticipándose a Olga, que se sorprendió ante el tono desafiante con el que lo había dicho y llegó a sentir un punto de orgullo.

Jack lo miró fijamente. De nuevo sin que ningún gesto pudiera dejar intuir qué pensaba. Instantes después reemprendió la marcha.

Llegaron a los alrededores de la estación seis horas más tarde. Edward había caminado todo el tiempo con la mirada fija en sus pies y sin manifestar en ningún momento estar cansado. Jack los hizo esperar en una caseta abandonada que había junto a la vía y cuando volvió apenas fue con el tiempo suficiente para darles las instrucciones de cómo debían subir al tren en marcha.

El primero fue el niño, justo en la salida de la curva donde la velocidad del tren era mínima y casi lanzado por el propio Jack. Después subió Olga, que nunca antes había creído que podría imprimir tanta fuerza a sus piernas, aterrorizada ante la posibilidad de que su hijo quedara solo en aquel vagón almacén. Grimm fue el último.

El trayecto en aquel habitáculo repleto de bebidas alcohólicas duró un día y una noche. Durmieron de manera intermitente ante la obligación de permanecer sentados, pues no había espacio para estirarse, y por el frío, que era cada vez

más persistente. Comieron racionando el pan y el queso que Jack sacó de la bolsa que cargaba. Y, cuando parecía que no iban a resistir más, Jack dio la orden de bajar del tren.

Debían aprovechar, de nuevo, una curva, pero Olga no las tenía todas consigo viendo que el terreno al que se tenían que lanzar tenía demasiados árboles con los que podían acabar chocando por la inercia de la caída.

Jack no permitió ninguna vacilación. Les indicó cómo debían protegerse y llegado el momento la empujó a ella en primer lugar. Sentir el impacto del suelo sobre su cuerpo, pese a que se trataba de un terreno bastante blando, no fue lo peor de aquella experiencia. Lo fueron los minutos que tardó en avanzar los metros que la separaban a ella del punto donde hubiera podido caer Edward.

Lo encontró a unos veinte metros, junto a Jack, emocionado por lo que le había parecido una estupenda aventura, atosigando a Grimm con miles de preguntas sobre cómo habían rodado ambos a la vez y cómo habían podido levantarse al mismo tiempo cubiertos por completo de hojas de abedul. Olga se habría enfadado ante su despreocupación si no hubiera sido porque verlo así le recordó que hacía mucho que no había visto a su hijo sonreír. La preocupación y el miedo que la atenazaban a ella todo el tiempo desde que había conseguido huir de Nueva York estaban transformando al niño en un ser triste.

Jack parecía también divertido observando la agitación del niño, pero cambió su expresión cuando la vio a ella y con un único gesto les indicó que debían empezar a caminar a través del bosque. Solo se detuvieron cuatro horas más tarde para seguir comiendo aquellas pocas provisiones, junto a un río del que bebieron y donde llenaron la única cantimplora que llevaban.

Había empezado a caer una fina lluvia que lo empapaba todo y los calaba hasta los huesos. Caminar con paso firme era, con toda seguridad, el mejor remedio para que los músculos no se les entumecieran con el frío, pero Olga miraba a su hijo y le parecía imposible que fuera capaz de aguantar todo

aquello.

Hicieron noche refugiados en una especie de cueva tan minúscula que solo podían estar sentados con las piernas fuera y cuyas paredes estaban húmedas. Durmieron por segunda noche consecutiva solo a ratos y Olga se dijo a sí misma que nunca hubiera podido imaginar que echara de menos el horrible trayecto en tren.

Reemprendieron la marcha cuando todavía era de noche y, en seguida, pudo comprobar cómo Edward acusaba algún dolor en los pies porque su andar era vacilante. Intentó tomarlo en brazos, pero el niño, imbuido de un coraje que hasta entonces le era desconocido, se negó todas las veces que ella lo intentó. Era una conversación muda que se desarrollaba a las espaldas de Jack, quien seguía caminando con la mirada fija en el horizonte y que solo se dirigió a ellos cuando, mostrando irritación ante el evidente retraso en el que estaban incurriendo ese día, señaló a unas montañas que se encontraban al este, diciendo:

—Si no llegamos a nuestro destino antes que aquellas nubes nos alcancen, sabremos lo que es el frío de verdad.

Edward, ante aquellas palabras, había apretado sus labios e impulsado su andar; pero su madre cada vez temía más por él y su cojera, que se hacía más evidente.

Casi una hora más tarde el camino mostraba un desnivel que lo hacía más gravoso e indicaba, sin duda, que estaban subiendo una montaña. Edward ni siquiera permitía que ella le diera la mano, pero la distancia que los separaba de Jack se había ampliado a unos tres o cuatro metros.

De pronto, Grimm se detuvo en seco y por su expresión parecía que alguna cosa estaba saliendo mal; aunque nada sugería que fueran ellos el origen de su preocupación, sino algo que se encontraba más al Norte. Olga y el niño llegaron a su altura y ella agradeció esa pequeña parada rogando que también fuera suficiente para su hijo. Desvió la vista hacia el Este, hacia la temida tormenta. Quizás los alcanzara en unas tres o cuatro horas. Estaba

atardeciendo, así que la confluencia del frío y la noche iban a ser un duro obstáculo a superar.

—Voy a necesitar ayuda —dijo entonces Jack.

—¿Ayuda? —Olga no daba crédito a sus oídos. ¿Jack Grimm pidiendo ayuda?

—Sí. —Y la miró un instante para después bajar la vista hacia el niño, que se había tensado también ante aquellas palabras—. No sé si tú...

Olga vio que su hijo se enderezaba y miraba a Jack con los ojos muy abiertos.

—Necesito estar advertido de lo que pueda haber más adelante con la suficiente antelación —continuó Grimm—. Yo no tengo suficiente visibilidad.

—¿Lo que pueda haber más adelante? —Olga no entendía a qué se refería.

—No sé si estarás preparado —volvió a hablar él mirando sin parpadear al niño.

—Sí, lo estoy —contestó Edward.

—¿Estás seguro?

—Sí —repitió.

—No sé...

—Puedo hacerlo.

—¿El qué? —preguntó ella por completo espantada.

—Tienes que subirte a mi cuello y mantenerte alerta y decirme todo lo que seas capaz de ver a lo lejos hasta descubrir una casa de madera. ¿Estas convencido de que podrás hacerlo?

El niño asintió con la cabeza con mucha energía.

—Has de estar muy atento. Mucho.

Edward volvió a mover la cabeza y sus ojos mostraban más responsabilidad que otra cosa.

—Bien. Nos arriesgaremos.

Entonces Jack se agachó y permitió que el niño le escalase por su cuerpo hasta sentarse sobre sus hombros. Cuando se incorporó, Edward miró hacia el

horizonte intentado discernir todos los objetos, ilusionado ante la idea de poder ayudar, convencido de que su papel sentado allí arriba era primordial.

—El camino sigue rodeado de abedules. No hay mucho más —dijo con su voz infantil.

—De acuerdo, sigue mirando y avísame en cuanto veas una construcción.

Jack empezó a caminar como si la carga que ahora llevaba no lo influyese en nada. Olga tardó todavía unos segundos en reaccionar y se alegró de estar a su espalda pues así no vería cómo le caían las lágrimas por su rostro. Nunca nadie había hecho algo tan bonito por su hijo.

Capítulo 12

Llegaron al refugio con la tormenta de nieve fustigándolos con dureza, hasta el punto que durante algún momento había pensado que no lo conseguirían. Ahora que ya estaban en el interior, tenían que pensar en sobrevivir hasta que amainara.

El agua no iba a ser un problema. Justo en la parte posterior, la construcción de madera, que albergaba una única sala con chimenea, mesa, sillas y una cama, se ampliaba en un porche que cubría un pozo de aguas termales. Que aquella casita se encontrarse justo encima aseguraba que la temperatura no bajara en exceso. Sin embargo, en el interior no había leña. Eso sí, pudo ver que había comida suficiente para un par de días conservada en salazón y, por su aspecto, diría que se trataba de perca; no demasiado nutritiva, pero al menos diferente al queso que llevaban tres días comiendo.

Resistir el paso de la tormenta podía ser fácil. Todavía era otoño. Eso significaba que, pese a la dura apariencia del primer frente, con toda probabilidad después se tornase en una borrasca de agua y viento. La pregunta era si los caminos iban a quedar transitables. Les quedaban todavía, como mínimo, una jornada entera hasta llegar a su destino final.

No conseguiría nada pensando en ello en esos momentos. Tenían que reponer fuerzas. Esa era la principal prioridad.

Puso algo de salazón sobre la mesa y lo repartió en tres partes iguales. Olga y el niño se sentaron y sin proferir palabra se lo comieron todo. Jack se

maldijo a sí mismo cuando notó que esa imagen no lo dejaba indiferente. Quizas se trataba de una estampa de la que él también formaba parte: sucios, desaliñados y famélicos. Pero recordar la valentía de aquel niño, que en ningún momento se había quejado pese a lo duro del trayecto y a tener los pies repletos de llagas infectadas, como había podido comprobar mientras lo llevaba sobre sus hombros, lo conmocionaba más de lo que le gustaría.

—Deberíamos darnos un baño en el pozo termal y lavar nuestra ropa —dijo entonces.

Olga se tocó el pelo a la altura de su nuca en un gesto similar al que había hecho cuando le comentó lo de su corte. Después llevó la mano a su pantalón, sobre una pequeña mancha que lo oscurecía, y pasó los dedos como si así la pudiera limpiar.

Él se levantó y se dirigió al armario. No se equivocaba en la suposición que había hecho. Allí había pieles de sobra para cubrirlos. Cogió una para él y se dirigió al cobertizo.

Se desvistió con rapidez y notó el viento frío hasta que introdujo su cuerpo por completo en aquella agua que brotaba a más de treinta grados del fondo de la tierra. Había una pastilla de jabón junto a un pequeño cubo. La tomó y se frotó a sí mismo y a la ropa, intentando reducir a la nada toda la suciedad acumulada.

Al salir acusó más el frío exterior, pero la piel de oso lo cubría casi del todo y solo tardó unos segundos en volver a entrar a la casa.

Olga y el niño estaban de pie, junto a la puerta, como si hubieran estado esperando todo el rato su turno. Después, salieron.

Él extendió su ropa mojada por encima de la repisa de la chimenea. Si pudiera encenderla, en pocos minutos estaría seca, pero confiaba en que, pese a ello, no tendría problemas en volver a ponérsela al día siguiente. Después tomó más pieles del armario y las extendió sobre la cama a modo de mantas.

Se trataba de un lecho doble. La pregunta a partir de ahí era obvia. ¿Cómo dormirían? Habían pasado tres noches juntos, pero los pormenores en los que

habían compartido esas horas no tenían nada que ver con compartir un mullido colchón. Tendría gracia que él, que jamás se había permitido dormir con ella, lo hiciera ahora, en aquellas circunstancias. Miró a su alrededor. Tal vez uniendo las sillas podría improvisar un lugar donde hacerlo con la suficiente incomodidad para que su sueño no fuese demasiado profundo, evitando así las pesadillas.

Se puso manos a la obra y justo cuando lo tenía preparado, con unas pieles sobrantes haciendo de colchón tanto como de manta, Olga y el pequeño aparecieron por la puerta.

—¡Soy un oso! —dijo el niño con alegría mientras se empezaba a mover por la estancia como si fuera ese gran animal.

Jack siempre se maravillaba de la capacidad de los niños para jugar y reír en los entornos más inhóspitos y desagradables. Eso, tal vez, era lo que les permitía sobrevivir pese a tener las fuerzas físicas más mermadas que los adultos.

Ella también había sonreído ante la imitación de su hijo, pero sus miradas se cruzaron un instante y acabó dándole la espalda mientras se dedicaba a extender sus ropas mojadas en el alféizar de la ventana.

Para poder tener las manos libres, se había colocado las pieles justo por debajo de sus axilas uniendo ambos lados con una especie de pinza que debía haber encontrado. Los hombros y cuello quedaban al aire libre, resaltados todavía más por ese corte de pelo que, lejos de afearla, conseguía darle a su rostro un aire exótico. La piel desnuda aparecía tal como él la recordaba. Suave como el terciopelo. La parte más física de su cuerpo se revolvió inquieta.

Retiró la vista. Tenía que dejar de pensar en ella como quien fue durante aquellos meses y recordar su traición. Pero allí no había mucho con lo que entretenerse y el olor a jabón que ella desprendía estaba contaminándolo todo. Al final, se concentró en el niño, que ahora se estaba divirtiendo con la sombra que él mismo proyectaba sobre la pared intentando que, en efecto, se

pareciese a un oso.

—Edward, a dormir —dijo ella.

El niño se detuvo de inmediato y sin una sola protesta se metió en la cama. Su madre lo cubrió.

—Hace frío —se quejó el pequeño por primera vez.

—Más frío hace fuera de estas mantas.

—Pero soy un oso —insistió el niño.

—Los osos, en invierno, hibernan. Compórtate como tal.

Olga se giró entonces y miró primero a Jack y después al catre improvisado con las sillas en una muda pregunta.

—Acuéstate tú en la cama —dijo Grimm.

—Cabemos los tres. Tú también necesitas descansar.

—Preocúpate por ti —espetó sin poder evitar traslucir la rabia que en ese momento sentía.

Había retirado la vista y por ello solo supo que ella también se metía en la cama sin rechistar, escuchando el sonido que hicieron las ropas al acoger su cuerpo... su cuerpo desnudo.

¡Maldita sea! Volvía a estar enajenado por esa mujer.

Se había dicho a sí mismo, durante aquellos últimos días, que todo lo estaba haciendo por esa criatura de la que no sabía más que Viktor Ilichenko la consideraba un tesoro que debía destruir. Pero tendría que haber hecho lo que pensó en un primer momento: matarla a ella y poner a salvo al niño. Ahora, sin embargo, su mente estaba, de nuevo, imbuida de sus ojos, su boca, su piel, su olor, su presencia, su...

Disminuyó la luz del único candil que iluminaba el interior, pero lo mantuvo encendido en una penumbra. Si debían reaccionar con rapidez, siempre era mejor hacerlo con algo de iluminación. Se tumbó en las sillas y cerró los ojos. Debía descansar. Olga tenía razón. Tal vez así su mente recuperase algo de la cordura que necesitaba.

Se despertó, sin embargo, siendo todavía negra noche. Las imágenes del

último sueño todavía pululaban por su cabeza. Se trababa de que Ilichenko encontraba los cuerpos de la mujer y el niño que él había comprado en la morgue y a quienes les había puesto las ropas de Olga y Edward, después de destrozarles la cara con una piedra y tirarlos al río Chicago. Viktor babeaba ante la estampa y profería insultos por no haber podido ser él quien los matase. Hasta que la mujer se movía, se incorporaba y... era Olga, viva, pero aterrorizada ante la muerte segura.

Se pasó las manos por la frente intentado librarse de esas alucinaciones, aunque notando en su interior el temor de que su estrategia con aquellos dos cadáveres no diera el resultado esperado.

Oyó entonces unos murmullos.

—No puedo, mami —se escuchó al pequeño.

—Acércate más a mí —susurraba ella—. Yo te daré calor.

Agudizó el oído. Se escuchaba el sonido inconfundible de cuando alguien tiritaba. Se dio cuenta en ese momento de que, sin duda, el frío se había intensificado. Fuera el viento soplaba con mucha fuerza y se colaba a través de las rendijas de la puerta y las ventanas. En la penumbra, vio su propio aliento al respirar gracias al efecto que el contraste de temperaturas provocaba.

Sabía cómo tenía que proceder y solo necesitaba decirse a sí mismo que esa decisión no tenía nada que ver con lo que había querido hacer desde el primer momento.

Se levantó, cogió las pieles que él había utilizado y, dirigiéndose a la cama, las puso sobre aquellos dos cuerpos y después, introduciéndose él también, dejó al niño justo en medio, protegido por el calor de ambos.

—No soy un oso —dijo entonces el niño como si aquella evidencia fuese la cosa más triste del mundo.

—No —respondió él—. Por fortuna. Un oso no me podría haber advertido de dónde se hallaba el refugio.

Edward soltó una risilla por lo bajo y suspiró. Solo segundos más tarde su respiración se hizo más profunda y unos movimientos espasmódicos de una

pierna le indicaron que ya estaba dormido.

Jack todavía intentó resistirse un poco más hasta que, sin poder evitarlo, se puso de lado y la miró a ella por encima de la cabeza del pequeño, que ya era evidente que había caído en un sueño profundo.

La mirada de Olga resplandecía con un brillo increíble reflejando la poca luz del candil y multiplicándola por veinte. Su respiración era fuerte. Sus labios estaban firmemente cerrados. Toda su expresión estaba concentrada en él.

Se quedaron los dos mirándose sin apenas parpadear y sin mover un solo músculo. Era como si estuviera desarrollándose una batalla. Una contienda en la que él era el perdedor pues no había manera humana de resistirse a esa impresionante mujer. Era preciosa. Era arrolladora. Era inteligente. «¡Maldita sea!», volvió a resonar en su cabeza.

—Su padre es el conde de Melikov, Sergei Lebedenev. —La voz de Olga apareció dulce y suave—. Ocupa el lugar doce o trece en la línea de sucesión de los Romanov. Lo conocí por primera vez cuando mi padre accedió como músico de palacio, pero no fue hasta que vino a verme a una representación del Ballet Nacional que no iniciamos una relación. Está casado y tiene dos hijas. No lo considero un error. Si lo fuera, Sasha sería también un error y no lo creo.

Respiró hondo como si así pudiera coger fuerzas para proseguir. Jack sentía cómo su corazón latía más deprisa. No le había pedido explicaciones, pero ahora mataría por saber toda la historia.

—Cuando me quedé embarazada, y pese a que mi padre ya flirteaba con los mencheviques, ambos coincidieron en que debía desaparecer de la ciudad. Así que me embarcaron en un ballenero con una bolsa de ropa y unos cuantos rublos en el bolsillo. No pude despedirme de mi madre.

»Se suponía que en Nueva York me esperarían unos conocidos del conde, que me acogerían. En el puerto no había nadie.

»Cuando en la oficina de emigración me preguntaron el nombre, pensé que

no era bueno cortar los orígenes, así que, aunque en Rusia me conocían más por Irina, adopté mi segundo nombre, Olga, y el apellido de mi madre, Saparova. Eso sí fue un error. Debería haber pensado que quedar unido a quien te aborrece solo puede acarrear problemas y esa fue una pista para Viktor.

»Los primeros meses fueron los más difíciles. El dinero se acabó rápido y mi evidente embarazo me impedía encontrar trabajo. Ni siquiera me querían de prostituta. Unas monjas acabaron apiadándose de mí y me cobijaron durante un tiempo, hasta que tuve a Sasha.

»A partir de ese momento, ya no fue tan difícil que me aceptaran como bailarina en distintos clubs, pero estaba claro que para poder mantener un trabajo estable tenía que hacer algo más que bailar. Así lo hice en el Black Legend, un club que había alcanzado cierta fama gracias al casino que también había en su interior. Estaba regentado por Eric Taylor. Me trató bien y solo me exigía que le calentase la cama un par de veces a la semana. A cambio, empezó a pagar una módica cantidad a las monjas que seguían cuidando de Sasha para que pudiera tener mejor trato y yo podía verlo cada día. Eso tampoco lo considero un error.

Jack notó cómo todo su interior se revolvía. Él había estado varias veces en el Black Legend siguiendo a alguno de sus objetivos y sabía quién era Taylor. Se trataba de un tipo de unos cincuenta años, autodidacta y con cierto sentido de la lealtad. Había hecho tratos con él. ¿Habrían coincidido en alguna ocasión? No lo creía. No le hubiera pasado desapercibida. Imaginarla, sin embargo, en los brazos de aquel viejo le estaba resultando insoportable.

—Cuando la policía cerró el Black, llegué a entrar en una compañía teatral gracias a la intervención de Eric, pero me negué a acostarme con el director y acabé en la calle. Taylor todavía tuvo tiempo de presentarme a Joe antes de huir sin dejar rastro.

»A partir de ese momento, todo se volvió más fácil. Joe siempre se comportó de manera honorable. Conmigo y con el resto de chicas. Se

preocupó por nuestra seguridad y nos pagó sin ningún tipo de retraso.

»Con el sueldo pude pagar a las monjas hasta que Sasha cumplió los cinco años y lo trasladaron al Saint John, un internado al que también llevaban a niños de clases acomodadas. El precio por hacerlo pasar por uno de ellos era más alto, pero solo fue cuestión de apretarse un poco más el cinturón y ampliar los ingresos haciendo también de camarera.

»Ni Joe, ni Zacharias, ni ninguna de las chicas sabían nada de la existencia de Sasha. Era mejor así. Pese a que hacía lo imposible por verlo cada día, creía que lo mejor para el niño era desvincularlo del todo de mi vida. Quizás debería haber dejado de visitarlo también.

Las últimas palabras las había formulado muy bajito, pero Jack había advertido que se le había quebrado la voz y ahora estaba intentando recuperar la serenidad para continuar. Él recordaba las ausencias de Olga sin explicación, su existencia tan austera y tantos otros secretos que le insinuaron que había una segunda vida.

—Después apareciste tú. —Volvió a inspirar y respirar hondo como si necesitase un suplemento extra de aire—. Todo cambió. Ya no estaba segura de nada. Y cuando insististe en que me presentara a las pruebas del *ballet* sabía que tenía que decir que no, pero el absurdo orgullo por demostrar que todavía podía o el saber que tú ya no estarías avergonzado de lo que hacía ganaron la batalla. Y eso sí debo considerarlo error.

»Mi foto vestida de tutú en los periódicos junto con mi nombre fueron las dos evidencias que Ilichenko reconoció al instante.

»Yo a él no lo había conocido en persona, pero Itzavana Smirnova, que había trabajado en palacio, me había visto varias veces y, como la mayoría de los sirvientes, supo de mi relación con Sergei y del embarazo. Había participado en la revolución de 1905 y en las filas mencheviques consiguió saber por mi padre que yo estaba en Nueva York. Cruzó el Atlántico compartiendo odio contra todos los aristócratas de la mano de Ilichenko y, al llegar a Estados Unidos, unieron fuerzas con otros exiliados y se dedicaron a hacer desde aquí

la revolución.

»Mi fama no les despertó, de inicio, ningún interés; pero cuando Itzavana se acordó del embarazo pensó que podía ser un ingreso extra si conseguían chantajear a Lebedenev. Lo de los planos fue posterior, cuando, después de vigilarme durante un tiempo, vieron que tenía relación contigo.

»Aprovecharon mi estancia en Boston para hacerse pasar por familiares míos y sacar a Sasha del Saint John. Después, al bajar del tren, me encontré a Itzavana en la estación, quien me transmitió el encargo de que, si no los obedecía, matarían al niño. Lucy, que me había ido a buscar, se vio involucrada al haber presenciado toda la conversación. Así que ella también estaba en riesgo.

»Los obedecí en todo. Sabía que me querían matar de todas formas. A mí y a Sasha. Pero, si acataba todas sus órdenes, ganaba tiempo y de esa manera, quizás, una oportunidad. Me prometieron que no iban a utilizar la violencia, pero también sabía que eso sería mentira.

»Conseguí que aceptaran que el niño se quedara con Lucy mientras nosotros íbamos a la naviera. Después, mientras estaban pegándote, logré despistar parte de los planos en tu misma oficina, justo bajo una de las baldosas que había en la entrada. Les hice creer, más tarde, que se habrían perdido en el camino de huida.

»Cuando la mayoría de ellos fue a buscarlos, no me fue demasiado difícil dejar inconscientes a los dos que se habían quedado conmigo. Lucy estaba en mi casa, cogí ropa y los últimos dos meses del sueldo que no había pagado todavía en el Saint John y, cargando a Sasha, tomamos el primer tren que salía de Nueva York. Lucy acabó quedándose en Cleveland, donde estuvimos las dos primeras semanas. Yo quise alejarme más.

Calló y miró al techo. No parecía que fuera a seguir hablando. Jack sabía que ocho meses de huida podían transformarse en un cúmulo de experiencias horribles. ¿Las estaba recordando? ¿Qué más habría tenido que hacer durante todo aquel tiempo para sobrevivir?

—Cuando acepté ayudarlo tuve claro que te haría daño. —Se había girado de nuevo para mirarlo a la cara mientras le hablaba—. Pero eso no fue un error. —Miró entonces al niño y le puso con delicadeza la mano sobre la cabeza. Levantó los ojos y los clavó en los suyos—. Lo volvería a hacer. Una y otra vez.

Jack sabía por qué le estaba diciendo aquello y, en lugar de considerarlo una amenaza, sintió una especie de orgullo por la valentía de esa mujer. Él nunca había tenido madre, pero admiraba ese amor incondicional, entregado y feroz que había visto en algunas mujeres. Una vez, Mimí Turney por poco mató al proxeneta que se movía por su barrio cuando insinuó que le vendiera a su hija mayor. Florence Howland había soportado todo tipo de vejaciones por la mera posibilidad de estar cerca de los suyos.

Él nunca había sido amado así por nadie. Tal vez por eso nunca había querido de verdad. Solo se había creído muy cerca de un sentimiento tan acaparador por la mujer que ahora tenía delante y que le confesaba que siempre lo sacrificaría por su hijo.

Lo entendía, pero le reafirmaba lo que había sido unos de sus principios más férreos antes de conocerla a ella: nunca dejes que otro se apodere de tu mente y mucho menos de tu corazón.

—Duerme —le dijo entonces—. Lo que nos queda también será largo.

Pareció que ella iba a responder, pero al final cerró los ojos y, al cabo, de un rato se durmió. Él todavía tardó algo más, pero cuando lo hizo, por primera vez en toda su vida, entró en un estado de inconsciencia tan profundo que ni siquiera se enteró cuando, al día siguiente, Olga y el niño se levantaron, cortaron leña aprovechando que la tormenta había amainado y encendieron un fuego que había caldeado toda la estancia, hasta el punto de despertarse casi destapado.

Se levantó y se vistió con rapidez, avergonzado tanto por aquella manera de dormir que lo había sumido en la total vulnerabilidad como por la posibilidad de que hubiera tenido igualmente pesadillas y que ellos lo hubieran visto.

Pero sus rostros no mostraban ninguna señal que pudiera ser indicativo de eso. Apenas sí lo saludaron tan concentrados que estaban el uno en el otro, sentados en unas sillas enfrentadas.

Se acercó y en seguida se dio cuenta de que Olga estaba obligando a Edward a que introdujera los pies en un cubo que había en el suelo para lavar las heridas producidas por la caminata.

Sin decir nada, se dirigió hacia los armarios y empezó a rebuscar en ellos. Al final, encontró lo que buscaba: sal. Echó un buen puñado en el agua, donde ya estaban sumergidos los pies del pequeño.

Olga lo miró desde abajo en una pregunta muda.

—Ayuda a cicatrizar.

—¡Bien! —dijo el niño—. Así también curará tus manos, mamá.

—¿Qué les ocurre a tus manos? —preguntó Jack.

—Nada... nada... es una tontería.

—Se las ha lastimado cortando leña. Pero ¿a que lo ha hecho bien? Yo también la he ayudado un poco —volvió a intervenir el niño con satisfacción manifiesta.

—Déjame ver.

—No es nada —murmuró ella.

Jack acercó una silla y se sentó a su lado. Olía todavía a jabón. Le tomó las manos y las volteó hasta mirar las palmas. Las ampollas eran las típicas de haber manipulado el hacha y estaban concentradas, sobre todo, en el inicio de los dedos, aunque también en la parte de la piel que une el pulgar y el dedo índice. Estaban abiertas salvo una de ellas, que todavía contenía el líquido. Se levantó, tomó una pequeña palangana que había visto al rebuscar en los armarios y, saliendo un momento al cobertizo, la llenó del agua caliente y al entrar la depositó en la mesa. Luego volvió a echar un puñado importante de sal y, tomando ahora sus muñecas, las hizo sumergirse. Volvió a buscar entre los diversos armarios de la sala hasta que encontró unos paños de algodón. Dejó los más grandes apartados y tomando dos o tres más pequeños los

rompió en tiras. Después volvió a la mesa y, empezando por el niño, lo hizo salir del agua, lo secó con mucho cuidado de no agravar las heridas y vendó sus pies. Después repitió el ritual con ella.

—Podré seguir caminando, ¿verdad?

—Podrás —contestó él—. Pero nos vamos a quedar aquí un par de días.

—¿Síiiii? —La voz del pequeño sonaba ilusionada—. Me encanta este sitio.

—¿No es peligroso? —dijo Olga.

—Estamos ya en Canadá. Dudo que nadie nos haya podido seguir. Si esperamos un par de días, los caminos se habrán secado y avanzaremos más rápido hasta llegar a nuestro destino.

—¿Dónde vamos? —Ahora era el niño quien preguntaba y no reparó en la mirada reprobadora de su madre, que había aceptado ser conducida a donde él quisiera llevarla sin pedirle ninguna explicación.

—Cerca de Sioux Lookout.

—¿Indios sioux? ¿Vamos a vivir con los indios?

—Con indios, sí, pero con los ojibwa. El nombre del emplazamiento responde al mirador desde el que esta tribu vigilaba que no vinieran sus enemigos, los sioux.

—¿Y tendremos que vestir como ellos?

—Sería recomendable. Sus ropas están más preparadas para el frío.

El niño aplaudió y llegó a dar algún salto, pero las heridas le recordaron que era mejor estarse quieto.

—Saldré a cazar algo —dijo entonces él.

—¿Puedo acompañarte? —volvió a decir el niño entusiasmado.

—Edward, no molestes más —reprendió Olga.

—Hoy no —intervino él—. Mañana, cuando tus llagas hayan cicatrizado.

Aquel día logró abatir, con el arco y las flechas que había en la casa, dos conejos. Podría haber cazado más puesto que aquel bosque era profuso en fauna y él lo conocía bien de cuando estuvo con Ressayre. Pero, pese a no querer reconocerlo en voz alta, quería que al día siguiente el niño pudiera sentirse

útil cazando más. Lo suficiente para afrontar la última parte del viaje y dejar provisiones en la casa para posteriores caminantes que necesitaran refugio.

Se pasaron toda la tarde construyendo unas trampas que colocaron en el estanque cercano. Así pescarían también alguna cosa. Edward no dejaba de preguntar por cualquier cosa que le llamara la atención.

Olga los miraba de lejos, después de preparar un estofado con la carne de conejo y ocuparse de mantener el fuego encendido.

Si alguien los espíase de lejos, podría llegar a creerse que eran una familia.

Capítulo 13

Habían llegado por fin al campamento de los ojibwa. La actividad en ese lugar empezaba muy temprano por la mañana. Los hombres salían a cazar y no acostumbraban a regresar hasta que el sol no empezaba a descender. Sin embargo, las mujeres pululaban por todo el poblado repartiéndose en diversas tareas incesantes y continuas.

Unas se dedicaban al secado del arroz recolectado como alimento principal, pero también al del maíz y la calabaza. También pelaban, vaciaban y hacían tiras de cualquier animal que se hubiera cazado en días anteriores y los introducían en salazón, vigilando, además, que debían ir dando vuelta la pieza cada pocos días.

Las menos se ocupaban de la comida del día, siempre altamente nutritiva y acompañada de dulces pasteles elaborados con el azúcar de arce.

Algunas otras preparaban las pieles con las que confeccionar las ropas de invierno o reparaban las raquetas imprescindibles para caminar cuando la nieve lo cubriera todo. También dedicaban bastantes energías a la construcción de vasijas de barro de todo tipo y tamaño, así como de *makuks*, recipientes de corteza de abedul.

La madera de ese árbol estaba por todas partes. Con ella no solo hacían las canoas con las que se desplazaban por la zona llena de lagos, ríos y pantanos, sino que también construían la vivienda típica llamada *wigwam* y que, a diferencia de los tipis, eran estructuras redondeadas, lo cual, al principio,

había causado cierta decepción en la mente súper excitada de Edward.

Había dos grandes *wigwam* colectivos donde dormían separados por género todos los jóvenes no casados. Además, existían otras dos estructuras más grandes. En una de ellas, se juntaban todas las noches y a la luz del fuego se dedicaban a compartir sus experiencias del día mientras cenaban los guisos y pasteles preparados durante el día. Al acabar, el chamán explicaba alguna historia sobre el pasado del pueblo ojibwa y, más tarde, al compás de los tambores, bailaban danzas regulares.

La otra gran estructura era llamada «la casa de la unión» y con ello se hacía referencia, sin ningún tipo de dilema moral, a la cópula entre un hombre y una mujer. Olga no había entrado nunca, pero había visto infinidad de parejas hacerlo. No había querido mostrar excesiva curiosidad, pero, por lo que le habían comentado y había podido intuir, en el interior había ciertos compartimentos, lo que no impedía que, a veces, la relación no fuese estrictamente entre dos personas. La promiscuidad era común entre la gente joven y, a veces, incluso no tan joven, aunque los adultos acostumbraban a tener un *wigwam* particular donde dormir y poder tener esos momentos de intimidad. Los ojibwa tenían un concepto de la sexualidad tan distinto a lo que ella conocía que, pese a haber sido siempre una persona muy tolerante, no dejaba de sorprenderla e incluso, a veces, ruborizarla.

En cualquier caso, lo más numeroso y repartido por todo el pueblo eran los pequeños *wigwam* donde vivían los matrimonios con los hijos más pequeños, hasta que estos decidían mudarse a la choza colectiva.

Bastantes de esas casas particulares estaban ocupadas solo por una mujer ya que, según pudo saber Olga, eran consideradas propiedad de ellas, de manera que, si el marido moría o era expulsado de la vivienda en la versión india del divorcio, podía quedarse en la casa, que acabaría siendo transmitida por herencia a la hija mayor.

Era de apreciar que esa ruptura no tenía ninguna connotación violenta ni perturbaba el clima de la comunidad. El hombre lo aceptaba, a veces con

resignación y otras se lo veía deambular durante algunos días esperando el cambio de parecer de ella. Pero nunca la incordiaba ni la increpaba. Y acababan compartiendo de nuevo los espacios comunes y manteniendo el vínculo especial que daba el haber convivido. Los hijos comunes seguían siendo responsabilidad de ambos, aunque se trataba de una responsabilidad atemperada en la medida que, desde muy cortas edades, acostumbraban a corretear en grupos y eran vigilados, auxiliados y reprendidos por cualquier miembro del poblado.

A Olga le habían asignado uno de aquellos habitáculos que, por dentro, estaban recubiertos de pieles, lo que dotaba a todo el espacio de una confortabilidad que no se esperaba. Los primeros días lo había compartido con Edward, pero en seguida el niño había hecho amistad con el resto de los pequeños de la comunidad y acabó durmiendo con todos ellos en la choza reservada a los hombres.

Ella se lo permitió. Hacía tanto tiempo que no lo veía tan feliz que no iba a impedir que pasara el máximo tiempo posible con otras criaturas de su misma edad y de las que, en aquellas tres semanas que ya llevaban allí, había aprendido no solo muchísimo de su idioma, sino también de técnicas de supervivencia en aquel entorno inhóspito.

Ella también intentó integrarse al máximo. Así debía hacerlo a la vista que debería pasar allí, como mínimo, hasta la primavera. Estaban todavía en el mes de noviembre, pero, según le habían explicado, en torno a los días de Navidad el tiempo empeoraría y los accesos se transformarían en glaciares intransitables. No podrían ni siquiera llegar a Sioux Lookout, donde otros ojibwa menos apegados a aquel modo de vida en absoluta comunión con la naturaleza habían establecido su vivienda permanente.

El aislamiento del pueblo podía durar entre dos y tres meses. A veces, incluso cuatro. Así que debía prepararse para ello. Era la mejor manera de asegurarse que Víctor Ilichenko y sus hombres perdieran de manera definitiva toda pista de ellos y podrían establecerse donde quisieran siempre y cuando

respetasen algunas normas de seguridad, como, por ejemplo, mantenerse lejos de sus orígenes rusos.

Por todo ello, Olga no dudó ni un instante en intentar, al menos, convertirse en una más de las mujeres ojibwa.

Su principal fuente de información era Athena, una anciana que hablaba francés con fluidez y que, además de explicarle algunas de las costumbres más útiles para la convivencia, le enseñaba el idioma y la ayudaba a incorporarse a las diversas tareas que realizaban las otras mujeres. Mientras estaba en aquel lugar, parecía imprescindible integrarse en alguno de los grupos de trabajo. Nadie la obligaba, pero si no lo hacía, era como si no existiera.

Ella, la bailarina Olga Saparova, la cosmopolita, la independiente, la arriesgada... quien no había dudado en enfrentarse a todos los peligros sola para huir de Nueva York, compartía ahora su vida con unos indígenas y había adaptado su ritmo de vida a la de aquel poblado, sintiéndose siempre y en todo momento parte de algo, de un proyecto, de una tarea, de un grupo, de una función... Entre los ojibwa no existían los individuos, existían los hombres o las mujeres, los ancianos o los niños, los solteros o los casados.

Su hijo lo había entendido a los pocos días de llegar y siempre se mantenía activo de aquí para allá, ya fuera participando en algún juego o en alguna tarea de adultos, pero siempre como uno más, pese a lo claro de su piel y el contraste de su pelo rubio frente al negro azabache de sus anfitriones.

A ella, tal vez, le costara algo más, indecisa todavía sobre si debía permanecer allí o seguir huyendo; pero pronto se dio cuenta de que existían pocos lugares tan seguros como aquel. La tribu de los ojibwa había optado por vivir como sus ancestros, alejados de la mal llamada civilización y por ello no eran tampoco interesantes para nadie.

Habían llegado en los meses de otoño y el pueblo en su totalidad estaba entregado al objetivo más prioritario: aprovisionarse para pasar el invierno aislados por completo. Por ello era casi imposible preguntarse qué hacer. Siempre había algo en lo que colaborar.

Pero, si durante el día Olga se sentía cómoda y útil, por las noches el poblado se transformaba y se impregnaba de una atmósfera especial en la que la luz de la fogata, el ritmo de los tambores y el sonido de la voz del chamán eran el transporte mágico hacia la más absoluta relajación y sensación de seguridad. Caía en tal estado de letargo que, a veces, incluso, llegaba a dormirse en aquella misma sala colectiva, sin fuerzas para llegar a su cabaña.

Al día siguiente despertaba en su pequeña y confortable *wigwam*, embargada del bienestar que le había producido ese sueño tan profundo y reparador; pero también un poco avergonzada por lo que podían pensar sus anfitriones. Sin embargo, cuando intentaba expresar sus disculpas, siempre la miraban con una mirada tierna y protectora y le murmuraban palabras que no podía entender, pero que, sin duda alguna, eran amables.

Eso era lo más sorprendente de todos esos hombres y mujeres. Sus miradas siempre afables, sus risas fáciles y el continuo contacto en forma de toques suaves o caricias. Cualquier oportunidad era buena para expresarse afecto, ya fuera fraternal o que tuviera una carga más sexual. No se avergonzaban de sus sentimientos y acababan impregnando todo el ambiente como si fuesen una gran familia. Por eso, Olga cada vez se sentía más vinculada a aquella gente. Y ya no solo era que vestía como ellos, se alimentaba como ellos y trabajaba como ellos; era que le parecía que podía llegar a pensar como ellos y olvidarse de volver a la gran ciudad.

En medio de todo solo había una cosa que le seguía generando cierta turbación: Jack Grimm.

Él también se había quedado en el poblado. No sabía hasta cuándo ni por qué, ya que no habían hablado. Desde que le confesara y resumiera en pocos minutos lo que había sido su vida a partir del embarazo de Sasha, ella había creído notar que la mirada de él ya no era tan fría; pero, quizás, también se había distanciado y se había limitado a tratarla con una deferencia cortés y amable.

Con el niño había sido diferente. Los dos días que habían permanecido en el

refugio, se lo había llevado para enseñarle a cazar. Después, en el poblado, cuando los hombres decidían hacer incursiones cercanas o iban a pescar y se llevaban a los más pequeños, ella había visto cómo su hijo buscaba primero la aprobación de Grimm para formar parte del grupo y cómo, al marchar, se ponía lo más cerca de él. Ella no podía dejar de reconocer que saberlo junto a Jack le generaba mucha tranquilidad. No dudaba que él iba a protegerlo.

Por las noches, cuando se juntaban alrededor del fuego, Olga se quedaba junto al resto de las mujeres y sobre todo con Athena, mientras que a él casi siempre le pedían que se sentara junto a los jefes y, a veces, participaba en el relato de cómo había ido el día pues dominaba el idioma de los ojibwa.

Al mirarlo, sentía cierta añoranza por el tiempo compartido con él, pero sabía que haber quebrado su confianza, por justificable que fuera la causa, reducía a la nada la posibilidad de que nunca llegaran a ser ni siquiera amigos.

—¿Se lo has dicho alguna vez?

Quien le había formulado la pregunta y la había sacado del momento de ensimismamiento era Athena, que acababa de entrar al gran *wigwam* en el que aquella noche de luna llena iba a tener lugar una de las celebraciones más importantes, consagradas a la unión de las parejas.

—¿Si he dicho qué? —inquirió ella.

—Que lo amas.

Olga sintió cómo su corazón golpeaba con fuerza en las paredes de su pecho y, como consecuencia de ello, un temblor en todo el cuerpo y la sensación de fragilidad física y psíquica. No podía ser que fuera tan transparente.

—No sé de qué me hablas —murmuró.

Athena la miró con sus ojitos grises y pequeños, y sonrió arrugando mucho más su tez morena curtida por el sol y por los muchos años de experiencia.

—Pequeña, sí sabes de qué te hablo. Tienes que decírselo. Él necesita saberlo.

Continuar negándolo podía ser incluso hasta maleducado con aquella sabia

mujer. Siempre había creído que había sido capaz de esconder lo que sentía por Grimm bajo capas y capas de indiferencia, pero al parecer no era así y, al menos, para Athena era algo innegable.

—Él no necesita nada ni a nadie —respondió por fin.

—Estás muy equivocada. —Y la miró durante unos segundos en absoluto silencio como si le estuviera transmitiendo, a través de esa mirada, las evidencias necesarias—. Jack Grimm está convencido que no puede ser amado y siente la soledad más profunda que nadie haya podido sentir jamás. Tienes que decírselo.

En ese momento, el gran chamán había hecho entrada en la *wigwam* y todos los presentes habían ido silenciando las conversaciones que mantenían entre ellos. La ceremonia que iba a tener lugar se repetía cada luna llena y, según le habían dicho, consistía en hacer público, frente a todos, que esas parejas habían decidido unir sus vidas.

El fuego crepitaba con fuerza en medio de la gran sala y a su alrededor habían pintado una serie de pictogramas que rememoraban las grandes hazañas de la Gran Diosa Sol, Onkteris, que gobernaba los cielos de la misma forma que la Gran Mujer Blanca lo hacía en la Tierra.

El chamán tomó de un cuenco un cazo lleno de un líquido rojo elaborado con frutas silvestres y bayas, con una alta carga alcohólica, y bebió de él al tiempo que, con un gesto, incitaba al resto de los asistentes a que hicieran lo mismo con los recipientes que se habían colocado en diversos puntos.

Los tambores empezaron a sonar en un ritmo lento y profundo al tiempo que tres mujeres vestidas con sus mejores galas se levantaron y se pusieron justo en medio de la sala, frente al chamán y dando la espalda al fuego.

Intercambiaron una serie de palabras que Athena se encargó de ir traduciendo y que tenía como objetivo poner en conocimiento de todos la intención de aquellas mujeres de tomar marido. Ellas debían justificar su decisión relatando cuáles eran las virtudes que habían valorado en la elección. A medida que los mencionaban, los hombres que iban a ser los consortes se

levantaban y se ponían justo a la espalda de ellas.

Olga vio que una de esas mujeres era Siksika, una bella joven madre de dos niños gemelos de unos dos años de edad, que le habían llamado la atención por tener los ojos muy rasgados. En su momento había creído que el padre de los niños era Dine, un indio achaparrado, pero de constitución muy fuerte que también tenía los ojos achinados. Sin embargo, quien se había colocado a su espalda era Tehué.

—¿Siksika es viuda? —preguntó a Athena.

—¿Viuda? ¡No! ¿Por qué haces esa suposición? Siksika nunca se ha casado.

—Pero... tiene dos hijos.

—Querida —respondió la anciana con un gesto que delataba que estaba echando mano de dosis de paciencia—, creo que no hace falta que te explique que no es necesario estar casada para tener hijos

—¡Oh! ¡No! Yo no he querido... En realidad, creía que Dine era el padre de los niños, pero...

—Tranquila. Ya te entiendo. Crees que aquí imperan las mismas costumbres que en tu cultura. Pero nosotros somos ojibwa. Para nuestro pueblo tener hijos es una bendición y un bien para el poblado. Así que no lo limitamos a lo que pueda ocurrir dentro del matrimonio. Cuando una mujer está madura para procrear, debe hacerlo porque es un regalo para los demás y, por eso, la responsabilidad de cuidarlos también es de todo el mundo. Pero la mujer también puede decidir a quién quiere amar y quién será el padre de sus hijos. No nos importa quién puso la semilla. Lo importante es la voluntad del hombre y la mujer que deciden ir juntos y cuidar de unos niños, los que hayan venido al mundo o los que vayan a venir.

»Fíjate en los valores que han resaltado de sus futuros maridos: responsable, juicioso, heroico, fuerte, leal, honrado... Nada más importa. No nos gusta la infidelidad, pero porque no nos gusta la mentira. Si hay franqueza y sinceridad, todo es posible entre los ojibwa.

Los tambores habían empezado a sonar más fuerte y el ritmo se había vuelto

más veloz. A su compás, ellas habían empezado a saltar y moverse sin dejar de mirar a sus maridos, que se mantenían expectantes, sin apartar tampoco la vista. Olga vio mucho deseo contenido en aquellos ojos brillantes, en las frentes perladas de sudor, en los puños apretados. El tambor siguió aumentando el ritmo y el sonido hasta convertirse en algo así como una danza frenética. Ellas estaban ya también sudorosas y jadeantes.

De golpe, sobrevino el silencio total en el mismo momento que ellas caían exhaustas en los brazos de ellos, que parecían haber entendido el momento exacto en el que esa interrupción súbita iba a ocurrir.

El resto de los asistentes empezó a aplaudir y lanzar gritos de júbilo. El chamán volvió a levantar el cuenco y todos lo imitaron en una especie de brindis. Los recién casados también lo hicieron utilizando las parejas el mismo cazo.

Alguien mandó callar y el chamán se sentó con las piernas cruzadas. Iba a empezar la historia de cada noche. Athena se pegó a su oído para traducir.

«Cuenta una vieja leyenda de nuestro pueblo que, una vez, hasta la tienda del viejo brujo de la tribu llegaron, tomados de la mano, Toro Bravo, el más valiente y honorable de los jóvenes guerreros, y Nube Alta, la hija del cacique y una de las más hermosas mujeres de la tribu.

—Nos amamos —empezó el joven.

—Y nos vamos a casar —dijo ella.

—Y nos queremos tanto que tenemos miedo.

—Queremos un hechizo, un conjuro, un talismán.

—Algo que nos garantice que podremos estar siempre juntos.

—Que nos asegure que estaremos uno al lado del otro hasta encontrar a Manitú el día de la muerte.

—Por favor —repitieron—, ¿hay algo que podamos hacer?

El viejo los miró y se emocionó de verlos tan jóvenes, tan enamorados, tan anhelantes esperando su palabra.

—Hay algo... —dijo el viejo después de una larga pausa—. Pero no

sé... es una tarea muy difícil y sacrificada.

—No importa —dijeron los dos.

—Lo que sea —ratificó Toro Bravo.

—Bien —dijo el brujo—, Nube Alta, ¿ves el monte al Norte de nuestra aldea? Deberás escalarlo sola y, sin más armas que una red y tus manos, deberás cazar el halcón más hermoso y vigoroso del monte. Si lo atrapas, deberás traerlo aquí con vida el tercer día después de la luna llena. ¿Comprendiste?

La joven asintió en silencio.

—Y tú, Toro Bravo —siguió el brujo—, deberás escalar la montaña del trueno y, cuando llegues a la cima, encontrar la más brava de todas las águilas y solo con tus manos y una red deberás atraparla sin heridas y traerla ante mí, viva, el mismo día en que vendrá Nube Alta... Salgan ahora.

Los jóvenes se miraron con ternura y después de una fugaz sonrisa salieron a cumplir la misión encomendada, ella hacia el Norte, él hacia el Sur... El día establecido, frente a la tienda del brujo, los dos jóvenes esperaban con sendas bolsas de tela que contenían las aves solicitadas.

El viejo les pidió que con mucho cuidado las sacaran de las bolsas. Los jóvenes lo hicieron y expusieron ante la aprobación del viejo los pájaros cazados. Eran verdaderamente hermosos ejemplares, sin duda, lo mejor de su estirpe.

—¿Volaban alto? —preguntó el brujo.

—Sí, sin dudas. Como lo pediste... ¿y ahora? —preguntó el joven—. ¿Lo mataremos y beberemos el honor de su sangre?

—No —dijo el viejo.

—Los cocinaremos y comeremos el valor en su carne —propuso la joven.

—No —repitió el viejo—. Hagan lo que les digo. Tomen las aves y átenlas entre sí por las patas con estas tiras de cuero... Cuando las hayan

anudado, suéltelas y que vuelen libres.

El guerrero y la joven hicieron lo que se les pedía y soltaron los pájaros.

El águila y el halcón intentaron levantar vuelo, pero solo consiguieron revolcarse en el piso. Unos minutos después, irritados por la incapacidad, las aves arremetieron a picotazos entre sí hasta lastimarse.

—Este es el conjuro. Jamás olviden lo que han visto. Son ustedes como un águila y un halcón; si se atan el uno al otro, aunque lo hagan por amor, no solo vivirán arrastrándose, sino que, además, tarde o temprano, empezarán a lastimarse uno al otro. Si quieren que el amor entre ustedes perdure, “vuelen juntos, pero jamás atados”».

Los seis jóvenes recién desposados se levantaron y saludaron a los ancianos sentados en una esquina. Después miraron a todo el resto de asistentes y, lanzando un alarido, desaparecieron de la *wigwam*.

A partir de ese momento, los tambores volvieron a sonar y unos hombres jóvenes salieron al centro de la sala e iniciaron una danza que parecía estar expresando con sus cuerpos lo que ocurría durante un día de caza. Unos acechaban y otros se movían con sigilo y, al final, unos y otros se unían en un baile feroz.

Después, todos volvieron a brindar con aquel líquido que, sin duda alguna, estaba empezando a dejar sentir sus efectos algo alucinógenos, pero también capaz de convertirlos en seres desinhibidos. Olga también se sentía un poco mareada y, aunque ella no solía beber, recordaba que, cuando alguna vez había bebido *whisky*, había tenido una sensación similar. El problema era que aquel caldo era mucho más dulce y apetecible.

Los tambores reiniciaron el ritmo regular y equilibrado basado en compases de cuatro golpes, tan perfectos y cadentes que ella notó como si su corazón se adaptase.

Sintió un deseo enorme de dejarse llevar y poner todo su cuerpo al servicio de ese sonido. Segundos más tarde, sin saber cómo ni por qué, se vio arrastrada por dos mujeres jóvenes hasta el medio de la sala para bailar con

ellas.

En un principio, se vio a sí misma como una intrusa. Ella no era india y parecía que aquel baile tenía algo que ver con la conexión con sus dioses. Pero una intuición extraña la obligó a girarse hacia el chamán y vio cómo este, mirándola con sus penetrantes ojos, la incitaba más que aquellos enigmáticos tambores.

Así que perdió toda timidez y toda prudencia, y empezó a saltar sobre sus pies al tiempo que extendía los brazos y cerraba los ojos. Hizo que su mente dejara de pensar y acabó creyendo que era su corazón el que sonaba retumbando en sus oídos.

Todo su cuerpo vibraba. Su respiración se tornó jadeante. Su cara se bañó en sudor. La temperatura le subió y le quemó la piel. Y en su interior empezó a sentir algo similar a lo que había sentido cada vez que había estado con Grimm: una especie de necesidad urgente, de deseo incontenible, de fuego interior imposible de saciar con otras cosas que no fuera su boca, sus caricias o su miembro.

Y entonces abrió los ojos y lo vio. La estaba mirando con sus ojos negros y profundos. Pero el brillo de su interior era inconfundible y era puro fuego. Tenía la boca algo abierta y un aspecto tan feroz y atractivo al mismo tiempo que Olga tuvo que parpadear para recordar que no se trataba de un dios, sino de un ser humano.

Su cuerpo siguió moviéndose. El tambor incrementó su fuerza. A su alrededor, todos empezaron a saltar imbuidos de un frenesí solo explicable por el efecto de aquella bebida dulce. Algunos hombres se abrazaron a algunas mujeres y empezaron a saltar al unísono.

Grimm seguía sentado. Mirándola. Absolutamente inmovilizado. Pero no se engañaba. Su frente estaba sudorosa, su boca abierta respiraba con dificultad, sus puños cerrados se habían tornado blancos.

Jack Grimm la deseaba y ella a él también. No iba a esperar ni un segundo más.

Capítulo 14

Ya no podía resistirse. Nunca antes había deseado así a alguien. Ni siquiera a ella misma. Era como si no haberla tenido durante todo ese tiempo, lejos de aplacarlo, le hubiese incrementado las ansias. Sentía como si fuera a explotar por dentro y ya no le quedaba nada de esa fuerza de voluntad que había estado dominando todo su ser desde que se la llevó del lupanar para ponerla a salvo de los hombres de Ilichenko.

Al llegar al poblado ojibwa había tenido que redoblar los esfuerzos de contención y, pese a ello, se descubría a sí mismo buscándola sin parar. Solo conseguía no pensar cuando estaba de caza con el resto de hombres. Pero, cuando regresaban, ocupaba todo su espacio y toda su mente.

La veía con esas ropas indias, participando de las labores como si fuera una más, intentando comunicarse con señas o con algunas palabras que había empezado a hablar, riendo feliz ante los juegos de su hijo, sentada escuchando las historias del chamán, mirando el fuego que representaba a Onkteris y que se reflejaba en sus ojos de caramelo. Entonces el ansia encendía su interior y tenía que clavar los pies en el suelo y apretar fuerte la mandíbula hasta notar dolor, para evitar abalanzarse sobre ella.

Pero esa noche ella se había puesto a bailar. Se había levantado primero con timidez y empezado a saltar siguiendo el ritmo de los tambores, dejando que su cuerpo se adaptara y fuera una nota musical más, como siempre que bailaba, ya fuera una danza india, *ballet* clásico o un baile sugerente. Olga

estaba hecha para deslizarse al compás del sonido. Sus piernas, sus brazos, su cintura, sus caderas.... Todo en ella se movía de manera homogénea y su expresión se transformaba hasta quedar atrapada por la canción que sonara, transportándola a otros mundos, haciendo de ella solo un ser capaz de sentir a través de todos los poros de la piel.

Fue verla en ese estado de alienación y embelesamiento y entrar él en el delirio. La temperatura de su cuerpo subió unos grados, su corazón bombeaba con arritmias, su miembro se endureció y tironeó de su ingle; y, lo peor, su mente... que empezó a desvariar y a imaginarla bajo él, sobre él, a su lado, jadeando, suplicando, sonriendo... como fuera, pero unida a él física y psíquicamente.

Ella abrió los ojos y, como si se tratara de un imán, los fijó en los suyos y Jack reconoció en aquel brillo el deseo.

«Se acabó —pensó—. Esta noche es mía».

Se levantó con brusquedad, pero nadie pareció notarlo y ella tampoco se sorprendió. Fue directo hacia Olga y, cuando la tuvo al alcance de la mano, la cogió y, tirando de ella, empezó a andar hacia la salida.

Fuera hacía mucho frío y el suelo estaba cubierto por una escarcha que crepitaba ante el contacto de sus pies, pero Grimm seguía sintiendo fuego en su interior.

Llegó hasta el *wigwam*, en cuyo interior había un pequeño candil que iluminaba de manera leve la estancia, y entró el primero haciéndose seguir por ella, que permanecía callada, como si continuara en un estado de semiinconsciencia o enajenación. Sin embargo, nada más entrar, ella tomó la iniciativa y lo besó.

Sentir sus labios cálidos después de tantísimo tiempo fue como beber agua después de horas en el desierto más asfixiante. Colocó sus manos a ambos lados de su cara y se dejó llevar por esa sensación, mientras su boca la devoraba.

Preso de un frenesí que le estaba haciendo perder el control, empezó a

susurrar su nombre en los pocos instantes que dejaba de introducir su lengua en aquel lugar cálido y húmedo y, al hacerlo, era como si ella absorbiese su aliento.

Sus dedos se deslizaron hacia su cabello y recorrieron la suavidad de la raíz a las puntas y, al recordar su larga melena y la causa que había provocado su decisión de cortárselo, todavía profundizó más en el beso, como si de esta forma pudiera hacer desaparecer todos los miedos, ansiedades y angustias que había padecido.

Notaba el calor de su cuerpo y oía su respiración jadeante, mientras que sus propios músculos reaccionaban tensándose, anticipándose al placer de yacer con ella. Pero la había echado tanto de menos que no se atrevía a apartarse de ella para desnudarse, al tiempo que notaba que no había deseado nada con más fuerza que esa comunicación entre ellos.

Era como estar desgarrándose por dentro, en medio de la contradicción de alargar el beso más apasionado de su vida, adorándola y venerándola; y penetrarla en una embestida rápida, posesiva y exigente.

—Olga, Olga, Olga.

Seguía repitiendo su nombre como si no pudiera dejar de hacerlo, como si se hubiera vuelto loco, como si fuese la única manera de mantenerse erguido.

Notó cómo ella ejercía un leve tirón de su cabello hacia atrás que lo obligó a separarse un centímetro de su boca y levantar la vista hasta sus ojos del color de la miel. Su mirada era cálida y serena, y se imaginó a sí mismo como un náufrago a la deriva que, de pronto, veía una tabla de salvación.

Intentó volverla a besar, pero alcanzó solo a rozar los labios porque ella había vuelto a imprimir la fuerza justa para evitarlo. No era un castigo, ni había intención en su expresión de dañarlo. Se trataba de todo lo contrario. Quería sosegarlo. Y entendió que, pese a que él siempre había intentado mostrarse distante y dueño de la situación, solo ella podía ejercer el verdadero control y a él le correspondía claudicar y rendirse a sus pies.

Cerró sus propios ojos e intentó obedecer buscando el compás de su

respiración, amainando sus latidos y calmando todos sus sentidos.

Ella esperó un poco, mientras que con los pulgares le acariciaba el mentón para ayudarlo en esa tarea tiránica de aplacar el ansia que lo había embargado.

Acto seguido, Olga movió las manos hacia sus hombros, las deslizó a lo largo de sus brazos y, llegando al final de la casaca de piel curtida que le cubría el cuerpo, la empujó hacia arriba hasta conseguir que saliera por su cabeza. Después, siguiendo con la camisa interior, lo dejó desnudo de cintura para arriba.

Se entretuvo a partir de ahí en reseguir las líneas de su musculatura con los dedos de sus manos moviéndose con suavidad por ella, como si fuese de cristal fino y temiera romperlo o como si se tratase de algo prohibido. Jack, que había conseguido doblegar su respiración a unas inspiraciones profundas, sintió cómo un temblor interno le recorría el cuerpo y, de nuevo, se aceleró su corazón. La dulzura de la caricia era, pese a su inocencia, energía libidinosa para su mente.

Olga se detuvo al notar ese espasmo y volvió a mirarlo a los ojos buscando que se refrenase. Cuando creyó que lo tenía controlado, fue ella quien se quitó la ropa superior hasta mostrar sus pechos fuertes, tersos y redondeados, que parecían estar provocándolo con los pezones enhiestos.

Jack siguió ejerciendo un férreo control sobre sí mismo y consiguió mantener a raya su ritmo cardíaco, aunque abrió un poco la boca y se mojó los labios, anticipándose a lo que imaginaba. Con mucha lentitud levantó sus manos y con los dedos acarició los pezones. La piel de ella se erizó. Desplazó con mucha suavidad los dedos por todo el contorno de sus senos, hasta que notó que sus piernas se movían solas, flexionándose, quedó de rodillas. Entonces abandonó la caricia de sus manos para dedicarle sus labios, aunque procuró que solo hubiera ternura en ese gesto.

Mientras, sus hábiles manos tiraron del pantalón que ella llevaba hacia abajo y lo dejó caer a sus pies. Los indios no llevaban ropa interior y ella tampoco.

Así que no tuvo que esperar demasiado hasta deslizarse por aquella curva que, desde la cintura y bajando a sus muslos, señalaba su figura perfecta.

La tenía ahora totalmente desnuda de pie frente a él, pero su posición arrodillada solo era indicativa de lo que, de verdad, estaba ocurriendo en ese momento: él la veneraba.

Olga también se agachó y sin apenas darse cuenta acabaron ambos tumbados sobre las gruesas pieles que hacían de suelo y también de mantas aislantes.

Él se había desprendido de los pantalones con cierta velocidad, pero ahora se mantenía quieto, alerta y expectante hasta que ella tomase la iniciativa de nuevo.

Se dedicaron unos minutos a darse solo besos. Primero tiernos y luego algo más pasionales. Permittedose ambos que sus cuerpos desnudos y calientes se rozasen, pero sin llegar a mucho más. Era como si supiesen que debían enlentecer sus movimientos para conseguir saciarse.

Sin embargo, Olga lo empujó con suavidad hasta hacerlo quedar de espaldas y, colocándose a horcajadas sobre él, apoyó las rodillas en el suelo y lo miró desde arriba.

Se mantuvo inmóvil durante unos segundos que a él se le hicieron infinitos, hasta que tomó su miembro con una de sus manos y lo acompañó a la entrada de su sexo. Después, muy poco a poco, fue deslizándose hasta conseguir introducirlo por completo.

De nuevo se detuvo. Jack se moría por sentir el movimiento basculante, pero se obligó a sí mismo a respetar lo que ella quisiera imponer.

Por fin, ella empezó a moverse con lentitud, subiendo y bajando como si estuviera bailando una danza única y exclusiva para él. Manteniendo las manos sobre sus muslos, la espalda recta, y la mirada clavada en sus ojos.

Él volvió a sentir que su mente perdía la capacidad de razonar y de su boca solo surgía, entre jadeos, el nombre de ella.

—Olga... Olga... Olga...

El movimiento de ella se acompasó a su ruego y cada vez que la nombraba,

ella descendía, de manera que fue incrementándose el ritmo más y más. Tan rápido como fuerte, impetuoso y exigente. Hasta que, de pronto, sin previo aviso ella lanzó un pequeño grito y notó con claridad las contracciones sobre su miembro. Apretó los dientes para contenerse un poco más y poder observarla mientras llegaba al éxtasis. La barbilla levantada, la boca abierta, los ojos cerrados, los pezones enhiestos, el cuerpo temblando... Y cuando notó que empezaba a relajarse, la tomó de las caderas y la forzó a volver a incrementar el ritmo solo unas cuantas veces más, hasta que fue él quien sintió que todo desaparecía a su alrededor y se licuaba en ella.

Olga cayó sobre su pecho exhausta y sus respiraciones fueron relajándose al unísono mientras él empezó a mover sus manos a ambos lados del cuerpo de ella, recorriendo su perfil, disfrutando con ese tacto aterciopelado.

Unos minutos después le pareció notar que su piel se erizaba y pensó que debía tener frío, así que buscó con una mano alguna de las pieles que había en el suelo y la cubrió con ellas. Olga lo abrazó más fuerte en señal de agradecimiento y empezó a darle pequeños besos en el cuello.

La caricia de él subió hasta su cabello e introduciendo sus dedos masajeó su cráneo, mientras que, con la otra mano, repasaba toda su columna vertebral. La respiración de ella se profundizó y unos pequeños espasmos le indicaron que se estaba quedando dormida.

Con cuidado la desplazó a un lado y, apoyándose él en su codo, se dedicó a contemplarla durante un rato mientras el sueño relajaba todas sus facciones y la convertía en alguien más bello si eso era posible.

Esperó unos minutos y, cuando le pareció que estaba ya totalmente inconsciente, buscó su ropa con la mirada y decidió que era el momento de irse.

—No te vayas.

La voz de ella había sido tan solo susurrada y tenía ese tono grave de quien está sumido en una somnolencia.

—Duerme —le dijo él intentando hacer que volviera a sucumbir.

—No... no puedo... No te vayas.

Esa vez ya era más clara. Obviar su ruego era más doloroso que todo el tiempo que había estado conteniéndose. Durante el largo y penoso viaje habían dormido juntos, pero eso no era lo mismo. Hacerlo incómodo, sentado, alerta, justo el tiempo necesario para descansar y continuar no era de verdad compartir las horas de mayor vulnerabilidad o arriesgarse a sufrir los episodios de espantosos sueños que lo hacían despertarse sudando y con una gran dosis de adrenalina en su cuerpo.

Le acarició el pelo y le dio un beso en la mejilla como si fuera una niña pequeña.

—Por favor. —Y esta vez se incorporó apoyándose en los codos—. No lo hagas. No me dejes sola.

—Olga, no es por ti, es por mí, yo...

—Necesito que te quedes. No puedo soportarlo más. Quédate.

—Olga, yo....

—Hazlo por mí. Tienes que hacerlo.

—No estoy acostumbrado —confesó al fin—. Tengo pesadillas. Son... son... Puedo reaccionar mal.

—No me harás daño. Confío en ti.

Jack cerró los ojos e inspiró con fuerza. Recordó la de veces que había imaginado que la mataría. Las mil formas distintas. Pensó en el odio que había recorrido su cuerpo y, entonces, solo entonces, descubrió que no era de verdad aversión, era dolor. Ese mal corrosivo que provoca el desamor.

Supo que la verdadera razón por la que la buscó tan sin resuello había sido porque quería verla de nuevo y quería entender qué había ocurrido. No hacía falta que Florence le pidiera que le diese una oportunidad de explicarse. En realidad, lo único que buscaba eran sus explicaciones. Y se las había dado, pero en ellas no hubo ni solicitud de perdón ni una sola referencia a los sentimientos que ella pudiera albergar. Ni una promesa. Ni una esperanza.

Sin embargo, allí estaba, muriéndose por ella. Jack Grimm, el hombre que no

tenía sentimientos, el hombre despiadado y frío, se deshacía por una caricia suya. Se preguntaba hasta qué punto ella debía saberlo. Cómo de vulnerable aparecía ante su vista. Qué ocurriría cuando se diese cuenta de que se había convertido en un muñeco a su merced.

Se revolvió inquieto. Lo asustaba tanto pensar que ella lo viese débil como que descubriese que había sido capaz de cometer los más horrendos actos por sobrevivir o tan solo para conseguir algo. Rememoró la expresión de Olga cuando O'Brian le explicó de qué se conocían y esa no había sido la peor acción de su vida. Se trataba de su historia. De su pasado y de su presente. Con toda probabilidad, de su futuro también. Era lo que sabía hacer y lo que lo definía como persona. Solo por las noches aparecía el otro lado, como si fuera el anverso de una moneda. Los miedos, los remordimientos, los temores más recónditos y, ahora también, la pasión por ella. Las pesadillas lo sacaban todo al exterior sin que pudiera contenerlo.

—Nunca me harás daño —volvió a repetir ella.

—Olga, yo no soy... no soy lo que tú...

—No me importa. Solo quiero que estés aquí. Que duermas a mi lado.

No podía discutir más. No con su olor todavía en su piel. Suspiró y acabó dejándose caer junto a ella. Ella se acurrucó. Levantó una mano y se la acercó a la cara. A tientas, buscó la cicatriz de su ceja y la acarició. Después, como si así pudiera asegurarse de que no se movería, se aferró a su brazo y cerró los ojos. Él también lo hizo, aunque se prometió a sí mismo mantenerse despierto o en estado de alerta.

No supo precisar cuánto tiempo, pero cuando sintió las manos de Olga sobre su cara y la oyó susurrar palabras cariñosas mientras su cuerpo estaba sudando y su corazón golpeaba con fuerza su pecho, supo que acababa de pasar por una de sus pesadillas. No recordaba qué había ocurrido en su subconsciente. Solo sentía los efectos de aquellos ataques de pánico, pero también se sorprendió de lo necesarios que le parecían los mimos que ella le estaba prodigando, con qué rapidez la adrenalina que recorría su cuerpo se

convertía en satisfacción y euforia, y se preguntó si eso era lo que debían sentir los niños cuando eran reconfortados por sus madres después de una sesión de llantos por cualquier pequeña o gran desgracia.

—Sshhhhhshhhh. Ya está. Ya pasó.

La voz de Olga era suave y dulce. Tanto que podría haberse quedado de nuevo totalmente dormido. Pero se obligó a incorporarse un poco.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué he hecho?

—Nada. Tranquilo. Solo te removías muy inquieto y has empezado a sudar.

—¿Nada más?

—Nada más. Te lo prometo. Ven, acuéstate. Ya está.

—No... yo....

—Jack. Ven aquí.

Lo volvió a tumbar sobre las pieles y entonces fue ella quien se encaramó a su pecho y, dedicándose primero unos segundos a mirarlo, acabó besándolo. Él le correspondió y volvió a sentir aquella sensación de plenitud. Su miembro reaccionó casi inmediatamente y el deseo de poseerla se apoderó de él.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Debe estar a punto de amanecer.

—Tendré que irme con los hombres —dijo no demasiado seguro de querer hacerlo.

—Hay tiempo.

Como si aquella frase hubiera sido el pistoletazo de salida que necesitaba, esa vez fue Jack el que tomó la iniciativa y, asiéndola de la nuca, la besó con pasión. Después la tumbó de espaldas y deslizó sus manos por todo su cuerpo. Ella fue a corresponderlo, pero Grimm la tomó por las muñecas e hizo que alzara los brazos por encima de su cabeza ejerciendo la fuerza justa para mantenerlas allí.

Después se colocó entre sus piernas y, aunque se dedicó durante unos minutos a besar sus pechos, su miembro pugnaba por cobrar protagonismo y no

esperó mucho más para introducirse en su cuerpo húmedo y caliente, que parecía estar esperándolo.

No le costó mucho encontrar el ritmo adecuado. Ella lo ayudaba con sus suspiros, que se cruzaban con sus propios jadeos. Le soltó las muñecas, pero le indicó con la mirada que no moviera las manos de donde habían quedado, mientras él, con una a cada lado de su cara, profundizó las embestidas.

Estaba muy cerca del orgasmo. La miró buscando el momento y, al verla tensa y con los ojos cerrados, supo que ella también lo estaba.

—Vamos, Olga. Vamos. Dámelo ya.

Pareció como si hubiese estado esperando esa orden para dejarse llevar. Lo vio con toda claridad cuando se mordió el labio inferior, crispó el rostro y lanzó un gemido. Jack la siguió solo segundos después y cayó derrumbado a su lado. Todas las consecuencias del mal sueño habían desaparecido y ahora estaba dejándose llevar por una increíble sensación de plenitud. Cerró los ojos sabiendo que iba a dormirse de nuevo, confiado en que, si los horrores volvían a aparecer, ella lo sacaría de allí.

—¿Mamá? ¿Mamá, estás bien?

La voz que se oía en el exterior era la del pequeño Edward y, por la luz que entraba a través de la ropa que cubría el *wigwam*, Jack supuso que debía ser cerca de mediodía. Se tensó. No solo era que nunca había dormido tantas horas, sino que el hijo de Olga estaba fuera y dudaba que a su madre le gustase ser descubierta en esas circunstancias.

Sin embargo, ella actuó con una serenidad increíble. Lo besó en la mejilla y, cubriéndose con una de las mantas, se deslizó a la abertura que hacía de puerta.

—Sí, cariño —la oyó decir entonces—. Me he quedado dormida más tiempo del normal.

—Pero ¿estás bien?

—Claro —volvió a responder Olga.

Entonces el niño se lanzó al cuello de su madre para darle un abrazo y eso provocó que entrase un poco en la *wigwam* y pudiese ver el interior.

Jack se quedó muy quieto, esperando que, de esa forma, el pequeño no reparase en su presencia. Sin embargo, todas sus esperanzas se desvanecieron cuando lo vio abrir los ojos.

—Hola, Jack —le dijo sin ningún tipo de sorpresa.

Grimm se envaró, pero, sin embargo, Olga pareció relajarse y sonreír ante la evidencia de que su hijo parecía no atribuir ninguna importancia a que ambos estuvieran allí.

—Hola, Edward —respondió él.

—Así que Athena tenía razón.

—¿Qué dijo Athena? —preguntó entonces Olga.

—Que no tenía que molestarte porque seguro que no te ocurría nada si Jack estaba contigo cuidándote.

—Sí —afirmó su madre—, Athena tiene razón. Jack ha cuidado de mí.

—¡Genial! —exclamó el niño sin más—. Entonces, ¿hoy no irás a cazar? ¿Podrás enseñarme a tirar con flechas como me prometiste?

Jack miró primero a Olga como si así pudiera tener su aprobación y, cuando la consiguió, le confirmó al niño que dedicaría parte de lo que quedaba de mañana a esa tarea, siempre que le permitiese antes desayunar.

Edward salió de la *wigwam* gritando a pleno pulmón por todo el campamento la promesa que le acababan de hacer. Si había alguna posibilidad de mantener lo que había pasado entre ellos dos en discreción, se acababa de desvanecer.

Sin embargo, él sabía que eso no tenía ninguna importancia. Los ojibwa eran muy tolerantes con las relaciones entre hombres y mujeres. No en vano tenían una casa común donde las parejas que no disponían de vivienda propia podían tener ese tipo de experiencias.

A él, en realidad, no le importaba lo más mínimo que se supiera, pero miró a

Olga con cierta ansiedad, temeroso de que su reacción fuera otra.

Ella estaba todavía sentada junto a la cortina que hacía de puerta. Las pieles la cubrían dejando, sin embargo, un hombro desnudo al aire. Sonreía. Se la veía relajada y feliz. ¿Significaba eso que estaban juntos a partir de aquel momento o que solo había sido una bonita noche?

—Athena debe ser medio bruja —dijo entonces Olga.

—Hay quien dice que será la próxima chamana.

—¿Pueden ser las mujeres también sacerdotisas?

—No hay ningún problema. Te habrás dado cuenta que los ojibwa no hacen grandes distinciones.

Olga se movió un poco acercándose más a él, intentado que las pieles siguieran cubriéndola, aunque con el movimiento había llegado a ver sus piernas largas y bien definidas, y ahora un poco de esa piel blanca y suave de la zona de la rodilla seguía expuesta. Por un momento pensó que volvería a hacerle el amor. Intentó, pese a ello, apartar su mente de aquella idea, que empezaba a rayar lo enfermizo.

Ella lo estaba mirando sin parpadear. Con la luz de la mañana que se colaba a través de la fina madera de abedul y las pieles de reno que cubrían la estructura, su color recordaba mucho más al del dulce néctar.

Jack levantó una mano y, acercándola a su cara, dejó que tan solo las yemas de los dedos resbalasen por su piel. Era tan sedosa.

—¡Jack! ¡Jack!

La voz impaciente de Edward llegaba de nuevo clara y exigente desde fuera.

—No te lo vas a quitar de encima hasta que le pongas un arco en las manos —dijo su madre.

—¿Crees que me podría dejar desayunar?

—Difícil. Pero podría ayudarte con una retribución adecuada.

—¿Retribución?

—Un pago.

—¿Cuánto?

—Un beso.

Jack miró sus labios. ¿Un beso? ¡Dios! ¡Lo difícil que iba a ser darle solo uno! Se incorporó hasta sentarse a su lado. Puso una mano sobre la rodilla libre de las ropas y la acarició con mucha suavidad.

—¡Jack! ¿No vienes? —volvió a gritar el niño.

—Dame un segundo —contestó él alzando un poco la voz.

Entonces miró a los labios de aquella mujer que le había robado la cordura y fue en ese momento cuando decidió que, por extraño que pareciera, podía tomar la decisión de perderse de manera consciente.

Capítulo 15

Oiga se había apostado en uno de los miradores que los ojibwa habían construido con madera de abedul para marcar los límites del campamento y, a la vez, como torre vigía tanto para poder controlar la llegada de las manadas de caribúes que, en muy buena parte, debían servir de provisiones para el invierno, como para controlar la intromisión de osos polares, que llegaban a causar estragos en las despensas y eran muy peligrosos; aunque escasas veces dañaban a personas.

Lo esperaba allí mientras veía cómo el sol se ponía y el cielo se llenaba de tonos anaranjados. Lo venía haciendo desde hacía muchos días y, mientras oteaba el horizonte, pequeñas secuelas de la inseguridad que la había embargado la mañana que, al despertarse, no lo había visto a su lado le generaban un cierto malestar físico.

Después de aquella primera noche en la que ambos se habían rendido al deseo que los estaba quemando desde hacía tiempo, habían pasado todo el día siguiente juntos, enseñando a Edward a disparar con flechas, recogiendo las capturas de las trampas que se colocaban a diario en los arroyos más cercanos y que todavía no se habían congelado, y llegaron a dar un largo paseo por el cercano bosque de abetos blancos que flanqueaba el poblado por el Sur.

Al llegar la segunda noche no llegaron a participar de ninguno de los encuentros con el resto de hombres y mujeres, tan ávidos como estaban de volver a la pequeña cabaña. Hicieron el amor durante varias horas y, al final

exhaustos, se durmieron.

Pero a la mañana siguiente, antes incluso de abrir los ojos, Olga notó la ausencia a su lado y se sintió abrumada ante la dimensión del miedo que le atenazó el estómago. Se levantó y se vistió con rapidez para buscarlo.

En el poblado no estaba, como tampoco estaban el resto de hombres. Olga se dijo a sí misma que él habría decidido reemprender las actividades diarias con ellos. Pero el pánico siguió jugando malas pasadas a su cerebro y llegó incluso a dudar de que hubieran compartido aquellas veinticuatro horas anteriores. Tal vez lo había soñado o había caído en un estado de locura tal que la había hecho creer en sus propias fantasías. Pero no se atrevía a preguntar a su hijo o a la propia Athena, ante la posibilidad de que la tacharan de demente en cualquiera de las dos opciones de verdad que había en su interior.

Ese día fue consciente de todos y cada uno de los minutos que pasaron y, pese a que intentó realizar sus tareas con normalidad, no dejó de mirar ni un solo instante hacia el camino de entrada y salida del campamento.

Por fin, cuando el sol se ponía, se oyeron los cascos de los caballos retumbar en el duro suelo y ella se levantó temblando como una hoja, buscándolo con la mirada. Era el momento de la verdad, en el que sabría si había vivido una fantasía, un espejismo o era el inicio de su felicidad.

Lo descubrió entre los primeros hombres y su mirada se clavó en ella nada más verla. Sin abandonar esa fijación, bajó del caballo y casi llegó a correr los cuatro o cinco pasos que los separaban, hasta alzarla por la cintura y casi con furia darle un beso que anunciaba tanto como delataba.

Ella sintió como si todo su interior se estuviese derritiendo e hizo caso omiso de las risas tímidas que sonaron a su alrededor, mientras ambos se dirigían al lugar de donde no hubieran querido salir nunca: la pequeña cabaña cubierta de pieles.

A partir de ese momento, una nueva obsesión se instaló en sus vidas. Una en la que ninguno de los dos tenía dudas sobre dónde iban a pasar la noche y,

aunque tras los primeros días, empezaron a compartir de nuevo las veladas comunes, solo tenía sentido lo que giraba alrededor de sus abrazos, de sus besos, de sus susurros y jadeos.

Tan solo la presencia de Edward rompía la rutina, para convertirlos en algo parecido a una familia. Jack continuó enseñándole algunos de los trucos para sobrevivir en esa tierra que se tornaba cada vez más blanca y helada a medida que el día del solsticio de invierno se acercaba. Ambos participaban con otros hombres y sus hijos en las tareas de despiece de los animales más grandes. También habían pescado y siguió enseñándole a disparar flechas tanto como a manejar el hacha, una de las principales armas y herramientas de los ojibwa.

Nadie hizo ningún comentario sobre su relación. Nadie preguntó ni cuestionó qué estaba ocurriendo. Era como si toda la vida hubiera sido de esa forma. Como si, en lugar de cinco semanas, llevaran en el pueblo una eternidad y fueran, los tres, parte de esa tribu india. Olga llegó a desear que el paso que los comunicaba con la civilización se cerrase y no se abriese nunca más. Así quedarían atrapados en aquella realidad, lejos de la ciudad, de los hombres de Ilichenko y de su mundo como bailarina de un club de dudosa reputación. No le importaba perder toda oportunidad de dedicarse al *ballet*. Su contratación en la compañía nacional solo le había traído el infortunio y se había jurado a sí misma que nunca más lo volvería a intentar. Le bastaba con las noches alrededor de la fogata para sentir la liberación de su alma al moverse al compás de un ritmo singular.

El tiempo que habían compartido juntos en la ciudad había estado repleto de reservas y omisiones. Y los secretos habían generado sus efectos: distancia y, sobre todo, desconfianza. Sentían un fuerte deseo el uno por el otro que los unía sin poder soportar el alejamiento físico, pero siempre existía una brecha entre ellos dos no explícita.

Sin embargo, en el poblado todo era diferente. Jack era otro hombre. Su mirada había perdido el tono acerado y frío. Sonreía e, incluso, la acariciaba en público. Solo mostraba cierta prevención cuando estaba con Edward hasta

que obtenía su aprobación a lo que quisiera hacer el niño, ya fuera pidiéndole permiso de manera explícita o solo con la mirada.

Ese atardecer no era distinto al de otros días, pero Olga lo aguardaba con algo más de ansiedad porque por la noche quería darle un regalo que llevaba varios días haciendo con sus propias manos. Su intranquilidad no solo era consecuencia del hecho en sí, pese a que hacer un obsequio siempre generaba expectativas en quien lo da que podían acabar en fracaso, sino también porque se trataba de algo que Grimm podía interpretar como una intromisión demasiado invasiva. Había construido un atrapasueños al más puro estilo indio, utilizando aros hechos con ramas de sauce y tendones o cuerdas de otras plantas. Lo había llevado al chamán y había conseguido su bendición o lo que fuera que el sacerdote había hecho sobre el objeto.

Olga no era demasiado creyente, ni en ese tipo de prácticas ni en otros tipos de dioses, pero había ido comprobando cómo, poco a poco, el sueño de Jack se iba tornando cada vez más profundo y menos inquieto. Que aceptaba con agradecimiento las palabras serenas que ella le dirigía cuando tenía que sacarlo de la zozobra y que, poco a poco, las pesadillas se habían tornado más y más esporádicas.

Jack le había confesado que ella era la primera persona con la que conseguía dormir sin haber de permanecer en semivigilia y que la vergüenza o la turbación que había sentido los primeros días por saberse tan vulnerable en esos momentos habían ido desapareciendo. Por eso, con aquel regalo, quería simbolizar la absoluta comunión que estaban consiguiendo.

Sin embargo, ahora que estaba acabado y que había llegado la hora de entregárselo, se sentía insegura y temía que el retraimiento pudiera aparecer de nuevo. Y esa inseguridad se manifestó físicamente en un ligero temblor cuando lo vio aparecer, montado a caballo junto con el resto de los hombres.

Él la había visto solo tomar la curva y azuzó el caballo hasta el mirador tendiéndole una mano con la que le indicaba que subiera a la grupa.

Olga se deslizó a su espalda y acabó apoyando la cara en su espalda

mientras sus brazos lo rodeaban. Entonces, él dirigió al caballo una zona alejada unos trescientos metros del pueblo y que se caracterizaba por pequeñas y variadas pozas de aguas termales

Ya habían estado varias veces porque era donde podían bañarse; sin demasiada intimidad, pero también sin la incomodidad de tener que cargar con agua caliente.

Olga todavía se sofocaba un poco cuando estaban allí porque las costumbres menos moralistas de los ojibwa tenían como consecuencia que, sin demasiado reparo, compartiesen el espacio desnudos hombres y mujeres.

Al llegar comprobaron que en una de las pozas había dos mujeres y un hombre que, por lo que pudo entender Olga, estaba relatando muy ufano alguna proeza del día. Ella había avanzado mucho con la lengua de los ojibwa, comprendía casi todo lo que le decían, pero todavía tenía dificultades para expresarse.

Después de saludar, se dirigieron a otro rincón más pequeño y también más alejado de las miradas curiosas. A Jack parecía no importarle demasiado que lo viesen sin ropa, pero entendía y respetaba la turbación de ella. Así que, mientras él se desvestía justo en la ribera, ella se dirigió a una roca cercana que la cubría.

Esconderse era, esa tarde, más necesario que nunca. Ella había guardado el atrapasueños entre sus ropas y no quería que lo viera antes de estar segura de cómo entregárselo, de manera que aquella roca podía ayudar a su objetivo y el regalo quedó tapado con su propia ropa, a salvo de la mirada de él, aunque se aseguró de que podría alcanzarlo desde la misma poza. Después, se introdujo en el agua, que se mantenía siempre a una temperatura muy agradable.

Él se sentó en una de las piedras y después la acogió a ella en su regazo. Olga pudo notar que estaba excitado, pero sabía que respetaría su timidez y que delante de otros la seguiría tratando con un cariño exquisito, exento de ningún matiz más íntimo.

Ella empezó a relatarle que le habían empezado a enseñar algunos de los

símbolos pictóricos que utilizaban para plasmar por escrito sus palabras y la capacidad que tenían para crear colores de muy diversas tonalidades tan solo con plantas y algunos minerales.

—Acabarás confundida con cualquiera de esas mujeres —dijo entonces él—. Eres casi medio india.

—Espero que al menos tú siempre me reconozcas.

—No lo dudes, tus ojos caramelo son como un faro para mí.

Ella no contestó. Se limitó a abrazarlo más fuerte y reposar su cabeza sobre su hombro. Los otros tres ocupantes salieron entonces de la poza y tras vestirse se fueron de allí. Se habían quedado solos y aquello era muy raro en ese lugar común. Olga pensó que debía ser una señal. Alargó la mano y comprobó que tenía a su alcance el atrapasueños.

—Te he hecho una cosa —le susurró al oído.

—¿Una cosa? ¿Para mí?

—Un regalo.

Él le levantó la cara cogiéndola por la barbilla de manera que pudiera mirarla a la cara. Sus ojos reflejaban un brillo de curiosidad y anhelo que la ayudaron a decidirse. Volvió a estirar el brazo y notó los aros y las plumas. Entonces se separó de su abrazo y, poniéndose en pie, sacó el regalo de debajo de las ropas, lo colocó entre sus dos manos separadas para enseñárselo en toda su extensión.

Jack hizo una inspiración profunda y contuvo por unos momentos la respiración. Miraba el atrapasueños y cada uno de sus detalles recorriendo con la vista todos los detalles. Ella seguía inmóvil, frente a él, mostrándole el objeto, pero notaba cómo su interior temblaba y supo que él debía percibirlo, aunque seguía demasiado inmóvil.

—Tal vez ... —susurró entonces ella— me he extralimitado, pero...

Se mordió el labio inferior. Él seguía mirando el objeto como si no se creyese lo que tenía delante o como si todavía estuviera decidiendo cómo rechazarlo.

—Lo siento... ya veo que no te gusta, yo....

—Olga. Nunca nadie me ha hecho un regalo —murmuró por fin él.

—Pero ¿te gusta?

—¿Tienes idea de lo preciosa que se te ve desnuda tras ese atrapasueños?

En ese momento se dio cuenta de que, al haberse incorporado, el agua solo la cubría de la cintura para abajo.

—El regalo es esto —respondió ella con un tono pícaro mientras movía la artesanía frente a sus pechos.

—¿Y lo que hay detrás?

—No puedo regalártelo.

—¿No? —preguntó levantando las cejas como si aquello fuera un desafío.

—No porque no puedo regalarte lo que ya es tuyo.

Jack levantó un brazo y tomándole una muñeca tiró para sí hasta sentarla de nuevo sobre su regazo, esta vez, a horcajadas.

—Gracias por el regalo. Jamás dormiré sin él.

Entonces la besó. Fue un beso profundo, más cargado de amor que de pasión, aunque ella pudo volver a advertir que, solo con que se acercara un poco más, podrían acabar mucho más unidos.

El sonido de unas voces infantiles, sin embargo, interrumpió su abrazo y tan solo unos minutos más tarde vieron aparecer a lo lejos al grupo de siete u ocho niños entre los que se contaba Edward.

Grimm se levantó antes de que pudieran llegar y se vistió con rapidez. Situándose frente a ellos, evitó que pudieran verla pues sabía que prefería no ser expuesta.

—Hola, Americano.

El apelativo, pese a ser genérico, era cariñoso y muchas veces en el poblado se lo aplicaban, por lo que aquel muchachito de diez años al que llamaban Taima y que estaba haciendo de líder del grupo también tenía permiso para hacerlo.

—Me han dicho que hoy has abatido tú solo a un caribú —continuó el

pequeño.

—Las flechas estaban muy bien definidas —respondió él concediéndole el mérito a quien las había construido, que no era otro que el padre de aquel niño.

Taima le sonrió agradeciéndole la deferencia. Después levantó una mano señalando hacia el Sur.

—Vamos a ir a Izusa antes de que llegue la hora de la cena.

—¿Sabéis que la zona todavía tiene sus riesgos? El invierno no está helando como debiera.

El área de más de veinte kilómetros cuadrados a la que se estaban refiriendo estaba presidida por una gran piedra blanca que le daba el nombre y, a diferencia de otros sitios, los lagos que la rodeaban eran de mayor profundidad, por lo que solo cuando el invierno había avanzado suficientemente se congelaban hasta hacerse transitables.

Sin embargo, Jack entendía por qué los niños querían ir hasta aquel paraje puesto que crecían unas pequeñas bayas que, al secarse por efecto del sol, se transformaban en una especie de palo azucarado muypreciado por los ojibwa.

—Sí, Americano —le contestó Taima con un punto de arrogancia—. Soy indio.

Él les sonrió y levantó la mano en señal de despedida, lo que los niños aceptaron de buena gana pues estaban deseosos de marchar. El pequeño Edward, sin embargo, todavía se le acercó un poco y bajando la voz le dijo:

—¿Ya te ha dado el regalo?

—Vaya, ¿tú conocías la sorpresa?

Edward afirmó con la cabeza mientras sus ojos ámbar, tan parecidos a los de su madre, refulgían con ilusión.

—Ella no lo sabe, pero lo estuve espiando mientras lo hacía y la piedra verde la puse yo entre sus cosas para que la añadiera. Estaba muy preocupada porque te gustara. Incluso lo llevó al chamán para reforzar sus poderes.

Jack sonrió y después la miró a ella.

—Pues me ha gustado mucho, Edward. Sobre todo, la piedra verde.

—¿De verdad?

—Sin duda alguna.

—¡Edy! ¡Te quedas en el pueblo! —se oyó entonces a uno de los niños del grupo.

—¡No! —gritó el pequeño.

Y dándole sorprendentemente un abrazo y un rápido beso en la mejilla, se fue corriendo tras el resto de los niños.

Jack todavía tardó unos segundos en reaccionar. No era la primera vez que un niño lo besaba. Si algo tenían esos seres infantiles en general era espontaneidad y deseos de ser queridos y, cuando él había llevado caramelos a los hijos de Mimí o había ayudado a rescatar una pelota de la azotea con los muchachos del barrio, había recibido esa muestra de agradecimiento. Sin embargo, sí la primera que lo hacía el hijo de Olga y había notado cómo se removían muchas cosas en su interior.

Se giró cuando pudo asegurar que en su rostro no quedaría ni un solo rasgo de la turbación que le había producido aquella muestra de cariño. Estaba acabando de ponerse la pesada chaqueta de piel que la aislaba del frío, pero las puntas de su pelo, que ya había crecido hasta rozar su espalda, goteaban.

—Vamos —dijo entonces—. Cogerás frío.

Montados a caballo atravesaron el poblado, que ya se estaba preparando para la ceremonia mensual en la que, al amparo de la luna llena, se celebrarían algunos matrimonios. Olga sabía que esa noche había sido la escogida por Tris, una bella joven que se había enamorado del hijo de Athena.

Llegaron a la cabaña y Jack se ocupó en primer lugar de buscar un lugar idóneo para el atrapasueños. A ella le pareció que eso era como consolidar un punto más su relación. En ningún momento se había planteado colocarlo en el espacio que él tenía asignado con el resto de hombres en la *wigwam* común.

Tal vez no llevaban demasiadas noches compartiendo todas sus horas y sus minutos, pero en ese remoto paraje el tiempo se había convertido en algo

relativo que se dilataba o se contraía a placer, de manera tal que era como si llevaran allí una eternidad, la suficiente para marcar un antes o un después en la vida de cualquiera, mientras que lo que hubiera ocurrido antes se esfumaba en un suspiro que lo aligeraba de importancia.

Jack le dijo que tenía que ir a ayudar a los hombres a reconstruir la pequeña presa que tenían instalada en el lago más cercano al pueblo, dado que era importante antes de que llegara la nevada definitiva, aquella que según había oído Olga los apartaría de la civilización y acabaría helando cada cosa que allí hubiera,

Se dirigió hacia el gran fuego donde algunas mujeres estaban acabando de preparar el guiso que comerían esa noche. Todavía no había aprendido lo suficiente para merecer ser una de las cocineras, pero las mujeres siempre la atendían con mucho cariño y tenían una paciencia infinita al enseñarle nuevo vocabulario.

El sol ya estaba a punto de ser engullido por los abedules que delimitaban el extremo Oeste y, en breve, todo estaría presidido por la oscuridad, pese a que, durante unas horas, se mantendrían varias antorchas encendidas y en la *wigwam* común resonarían los tambores. Aquel momento le encantaba porque, sin ser la dulzura de los violines ni la vibrante melodía de los instrumentos de viento, Olga sentía cómo su cuerpo se ponía en marcha y surgía toda la magia del baile como siempre.

Empezó a preparar una especie de salsa que ya le habían enseñado a hacer con las bayas de un arbusto que crecía cercano a las orillas del lago y que utilizaban para aderezar la carne de caribú. Las mujeres hablaban de un familiar que, al parecer, había conseguido una gran fortuna vendiendo a los blancos botas fabricadas con la piel de las focas pescadas en Terranova.

De pronto, oyeron unos gritos y, al mirar hacia el centro del poblado, Olga se dio cuenta de que se trataba de Athena, seguida de dos hombres, que corría hacia donde ellas estaban. Toda la capacidad para entender el idioma de la que se había sentido orgullosa hacía unos segundos desapareció al ver a su

amiga india gesticular sin poder captar ni un solo significado de lo que decía, hasta que se percató de que le estaba hablando en francés, como era normal entre ellas. Antes, sin embargo, de que pudiera preguntarse por qué su cerebro le había jugado tan mala pasada, las terribles palabras se colaron por sus oídos y le alcanzaron el corazón.

—Edward está en peligro. Se ha abierto una brecha en el Izusa.

Aunque durante unos breves instantes, que se le hicieron eternos, sus piernas se negaron a obedecer, enseguida se vio a sí misma corriendo junto con otras mujeres hacia aquel gran lago. A lo lejos pudo distinguir cómo algunos hombres habían cogido los caballos para llegar más rápido. Olga se descubrió a sí misma deseando que Jack también estuviese entre ellos.

Minutos después sentía como si sus pulmones fuesen a estallar a consecuencia del esfuerzo de la carrera a través de una temperatura tan fría, pero hizo caso omiso al ver a Edward junto con otro niño sobre un trozo de hielo de poco más de un metro de ancho y largo, que flotaba sobre las aguas negras del lago y se acercaba de forma peligrosa a la orilla más extrema, donde el lago embravecido por el fuerte viento chocaba contra los riscos. Si caían al agua, tardarían muy poco en entrar en hipotermia.

Jack, junto con tres hombres más, habían bordeado el lago y, abandonando los caballos, habían empezado a encaramarse por aquellas rocas tan húmedas como heladas. Pretendían acercarse a los niños por ese lado y cogerlos antes de que cayeran.

Los ojos de Olga viajaban de Edward al Jack mientras el dolor de su pecho iba remitiendo y era suplantado por un temblor incontrolable.

En ese momento, el hielo tuvo un primer choque que desestabilizó a los niños. El grito de los pequeños fue transportado por el viento y también lo hicieron todos los que estaban contemplando la escena. Olga vio cómo Jack miraba y por un momento estuvo a punto de perder también él el equilibrio y caer al agua. Edward abrazaba al otro niño que, aunque no se podía apreciar bien por la distancia, parecía estar llorando.

El hielo volvió a chocar solo a un par de metros de donde Jack y otro hombre se encontraban, pero el impulso los había enviado de nuevo hacia el centro y ahora parecían empujados por una corriente que los lanzaba más allá, de manera que iban a perder la única oportunidad de alcanzarlos.

Los hombres no lo dudaron y se tiraron a las frías aguas. Olga sintió como si su corazón se hubiese detenido, como si sus oídos se hubieran taponado y como si su vista se agudizase hasta concentrarse en la cabeza de Jack que luchaba con la corriente mientras alcanzaba el hielo flotante. El otro hombre también lo hizo poco después y, entre los dos, lo empujaron hasta donde los otros estaban esperando y así pudieron izarlos.

Los niños ya estaban a salvo y los habían empezado a llevar hacia donde estaban los caballos, pero Olga no podía dejar de mirar hacia los dos hombres que todavía estaban en el agua y que estaban tardando demasiado en salir.

Al fin, ella soltó la respiración cuando vio que lo conseguían, aunque Koda, el acompañante de Jack, iba cojeando.

Los ojibwa estaban aplaudiendo y se felicitaban entre sí dichosos de que la aventura hubiera acabado con un final feliz. Edward se tiró a sus brazos en cuanto la vio y todas las lágrimas que parecía haber retenido durante aquellos trágicos minutos se desbordaron.

—Vamos a quitarles esas ropas húmedas que todavía enfermarán —dijo entonces Athena, que había permanecido a su lado todo el tiempo.

Olga asintió, pero no se movió de allí. Su vista estaba clavada en los hombres que todavía parecían demasiado pendientes de los dos salvadores, aunque ya estaban montando en los caballos. Cuando llegaron a su altura, ella se acercó temblando.

—¿Estás bien?

El tono de su voz había sido apenas un murmullo, incapaz de que su garganta pudiera comportarse de forma adecuada. Él asintió con la mirada y entonces se dio cuenta del temblor que lo estaba atenazando. Por eso, cuando Jack le tendió la mano para que subieran ambos, ella no dudó ni un instante y desde

detrás lo abrazó para intentar darle todo el calor que pudiera.

Horas más tarde estaban junto al gran fuego comiendo el delicioso guiso. Todo el pueblo parecía tocado por la euforia que aparece tras el miedo y no dejaban de reír y de abrazarse unos a otros. El único que no los acompañaba era Koda puesto que la brecha que se había abierto al chocar contra los riscos era bastante profunda y aconsejaba reposo.

Jack estaba tranquilo y relajado. Sonreía sin esfuerzo. Sus ojos negros ya no solo habían perdido aquel brillo temible, sino que se habían transformado en cálidos y acogedores. Edward no se apartaba de su lado y, con cierta timidez, aprovechaba cualquier instante para mostrarle afecto, ya fuera acariciándole un brazo mientras reían por una broma o subiéndose a su regazo. Jack respondía a sus acercamientos con una increíble delicadeza, pasándole la mano por el pelo, tocándole la nariz o empujándolo con suavidad haciéndole una broma.

Olga recordó los momentos en los que vio cómo Jack arriesgaba su vida para salvar la de su hijo y el miedo que había experimentado volvió a instalarse en su vientre con la misma fuerza, como la evidencia de que no hubiera soportado verlo morir.

En ese momento, el chamán pronunció las palabras que invitaban a toda mujer casadera que se acercara a él para materializar su deseo de matrimonio. Tris se levantó y se colocó en el lugar, no sin antes dirigir una mirada tímida, pero cargada de promesas hacia el hijo de Athena.

El chamán se levantó, lo que indicaba que la ceremonia iba a empezar. Entonces, sin saber cómo ni por qué, Olga sintió cómo sus piernas también se incorporaban y se dirigían hacia el centro de la sala. Las últimas voces que todavía no se habían apagado ante la salida de Tris acabaron de enmudecer.

El chamán la miró y toda su expresión pareció invitarla a confiar, a estar tranquila y lo cierto era que nunca antes había hecho nada con más convencimiento que aquello. Así que cuando fue preguntada por el hombre a quién quería por esposo, su voz resonó fuerte y clara pronunciando el nombre

de Jack Grimm y, cuando notó que él se había colocado a su espalda, se giró y perdiéndose en sus ojos le dijo que era el hombre escogido porque valoraba su franqueza, su honestidad, su valentía y su propia coherencia; y no habría modelo mejor para su hijo ni compañía más deseada para ella misma.

Capítulo 16

Abrió los ojos y lo primero que vio fue el atrapasueños colgado sobre el lecho, tal y como lo habían dejado la noche anterior. Observó todos sus detalles y le pareció el objeto más importante del mundo.

No se trataba de su utilidad. Él tampoco creía en ese tipo de magias y, además, en realidad, ya no le hacía ninguna falta. Desde que dormía con ella, las pesadillas habían ido remitiendo hasta hacerse tan solo meras molestias que Olga era capaz de despejar con su voz suave y cálida. Pero el regalo significaba muchas cosas y eso era un gran cambio porque nunca antes una pieza había tenido para él más valor que lo que costase en cualquier mercado.

Ella había estado elaborando ese objeto y, por eso, le parecía como si en todas y cada una de sus piedras y plumas estuviese su nombre impreso.

Haber escogido un atrapasueños también decía mucho de ellos. Se trataba de su secreto, el que le había confiado solo a ella, por eso aquel símbolo también representaba lo que ellos habían creado.

«Lo que hemos creado». La miró, plácida y relajada a su lado, sumida en el sueño, y recordó su mirada satisfecha y saciada de la noche anterior cuando la amó devotamente durante horas y la llevó al éxtasis varias veces conteniendo él su propio placer solo para poder verla a ella disfrutar.

Recordó ese momento exacto en el que la había visto levantarse ante la llamada del chamán y su corazón se había puesto a palpar con fuerza ante la expectativa de que ella fuese a hacer lo que al final hizo y que él fuera la

persona escogida. Ella había actuado con una timidez inédita que la distanciaba tanto de la mujer que había conocido sobre el escenario que le pareció que se trataba de otra Olga. Una, tal vez, incluso más bella y más cautivadora. Una cuyos ojos ámbar lo atraían mientras se mordía el labio inferior, algo insegura.

No sabía cómo había logrado no desmoronarse ante la debilidad de sus piernas cuando fue llamado a colocarse en el lugar que ocupaban los esposos y cuando la oyó pronunciar las palabras por las que lo escogía a él, tuvo que hacer grandes esfuerzos por no tomarla en brazos y llevársela de allí sin más preámbulos.

La ceremonia había sido intensa, como todas las que celebraban los ojibwa, porque estaba basada en la decisión consciente y última de los contrayentes. Pero para ellos era mucho más porque había comenzado como arenas movedizas y había superado tantos obstáculos que solo podía darse entre dos personas que estuvieran intensamente enamoradas.

Amor. Eso era lo que él sentía correr por sus venas. Nunca lo hubiera creído posible. No le parecía que estuviera llamado a sentir nada parecido. Creía que el amor solo podía sentirse si se había tenido la fortuna de ser amado de niño y a él le había estado vetado. Jamás había tenido nada semejante ni en la figura materna, ni en la paterna. Nunca estuvo con ningún otro niño más de unos meses, de manera que no llegó a sentir ni siquiera un cariño de hermanos. Lo más cercano había sido lo que había sentido por Michael de Ressay, pero él siempre se había encargado de mantener las distancias, incluso cuando el vizconde había perdido toda aquella furia interior y, de nuevo en brazos de su esposa, volvió a tratar a todo el mundo con la dulzura acostumbrada sin avergonzarse de expresar sus sentimientos.

Grimm, sin embargo, se mostraba con todo el mundo frío y críptico, incapaz de abrirse o permitir que nadie hurgara en su interior. No había nada que lo atemorizase más que el hecho de que alguien descubriese algún tipo de debilidad. Desde niño había aprendido que no debía consentir que nadie se

creyese con capacidad suficiente para estar por encima de él. Debían temerlo como única forma de conseguir respeto.

Con Olga todo había sido diferente. Desde el primer día que la vio junto a la discreta y dulce Florence, notó que se removía ante el contraste de una mujer que, sin lugar a dudas, estaba hecha de coraje y fuerza interior. Después, su relación había estado marcada por idas y venidas, y por acercamientos y alejamientos; pero, incluso en los momentos más distantes y en aquellos en los que se suponía que había sido dominado por el odio, en realidad, siempre subyacía ese afán por ella que había confundido con la pasión, la lujuria, los celos o el deseo.

Al fin, había claudicado. Estaba total e irremediabilmente enamorado de esa mujer. Nada ni nadie podría apartarlo de lo que sentía por ella y estaba tan convencido que sabía que la seguiría amando, aunque ella lo repudiara.

Olga se removió y, cuando la miró, notó las primeras señales de que se estaba despertando. Tenía una ligera sonrisa en los labios y apretaba los párpados, resistiéndose a abrir los ojos como si así pudiese de nuevo volver a caer en el sueño.

—Despierta, dormilona —le dijo al oído.

—Un poquito más —protestó ella.

—El pueblo entero lleva horas trabajando y tú aquí, perezosa.

Abrió los ojos y lo miró con ternura. Esa mirada era todavía más impactante para él que aquella cargada de deseo que tantas veces había arrancado de ella. Era como el caramelo que jamás tuvo de niño.

—¿No hay luna de miel para los ojibwa?

—No. Los ojibwa solo adoran al sol. Ya lo sabes. Así que vamos a intentar aprovechar las pocas horas con las que nos brinda su presencia la gran Onkteris.

Olga alzó la mano y le acarició la cara deteniéndose un poco más en la cicatriz que marcaba su ceja. Lo hacía muy a menudo y, cada vez que ocurría, la veía morderse el labio inferior y cruzar por su mirada la incómoda

sensación de culpabilidad que la invadía. Quiso decirle que, por ella, sería capaz de tener miles de cicatrices como esa por todo el cuerpo, pero optó por cogerle la mano y besar con ternura su palma.

Cuando salieron de la cabaña, en efecto el poblado hervía de actividad. El gran chamán había anunciado que la tormenta que cerraría de manera definitiva el paso y, por tanto, su comunicación con el resto del mundo, estaba bajando ya del Norte y que solo era cuestión de pocos días que los alcanzase. Así que todo el mundo estaba ya preparándose para soportar temperaturas que podían caer más allá de los veinte grados bajo cero, lo que los obligaría a no moverse de sus cabañas durante días enteros.

Olga se acercó para ayudar al grupo de mujeres que estaba transportando la mayor parte de la cosecha de azúcar de arce que almacenaban en *makuks* al *wigwam* colectivo, cuidándose, sin embargo, de dejar una pequeña cantidad a los pies de la estructura de abedul que simbolizaba a Manitou, uno de sus dioses.

Jack se dirigió a los niños que se habían agrupado alrededor del fuego exterior. Taima tenía a Edward cogido por los hombros, mostrándole su agradecimiento por el hecho de que, en ningún momento, había soltado a Denahi, su hermano pequeño y con quien había quedado atrapado en el hielo.

En cuanto lo vieron, todos se levantaron en señal de respeto y Taima, siempre ejerciendo de líder nato del grupo, avanzó un paso y puso su mano sobre el pecho de Jack, un gesto que simbolizaba muchas cosas para los ojibwa, pero que, en esa ocasión, se podía interpretar como promesa de lealtad.

—¿Cómo estás? —dijo entonces Jack en el lenguaje de los indios dirigiéndose al pequeño Denahi.

—Avergonzado —respondió el niño bajando los ojos.

Grimm estaba acostumbrado a que la tribu indígena diera muestras de mayor madurez que muchos de los creídos y pomposos hombres de la gran ciudad de Nueva York con todos sus avances tecnológicos e intelectuales; pero que ese

niño de no más de cinco años fuese capaz de expresar con una única palabra hasta qué punto llegaba su arrepentimiento por haber cometido un error, y sin que nadie hasta el momento lo hubiese llegado a reprender, todavía lo sorprendía.

—¿Habéis ido a ver a Koda?

Los niños negaron con la cabeza, pero sus miradas le indicaron que la pregunta había actuado a modo de sugerencia. Así que tan solo tuvo que dirigir sus pasos hacia la *wigwam* de aquel hombre y se vio seguido por todos los muchachos que, conscientes de la importancia del momento, permanecían en silencio.

La mujer de Koda era una india regordeta y de mirada afable que, al verlos llegar, esbozó una sonrisa a modo de bienvenida y retiró la cortina de la puerta sin necesidad que le indicasen qué habían ido a hacer.

—Venimos a rendir respeto a tu marido, Meda —dijo Grimm a modo de saludo.

Dentro el guerrero ojibwa se veía tendido entre las mantas, pero mantenía la pierna herida en el exterior, evitando cualquier roce con las ropas. La herida se mostraba todavía abierta hasta el punto que asomaba un poco del hueso que, con toda probabilidad, se había quebrado.

Nayeli, una niña mestiza de grandes ojos azules, aunque totalmente ojibwa en el resto de características, dio un respingo.

—Si te asustas de esa manera, pensaré que me estoy muriendo —dijo entonces Koda muy serio.

La niña negó con la cabeza, pero cuando abrió la boca no parecía que se le ocurriese nada adecuado para acompañar a un enfermo. Koda aguantó unos segundos antes de echarse a reír ante la cara de consternación de todos los pequeños.

—Venimos a ver cómo te encuentras —empezó a decir Taima— y a expresarte nuestro reconocimiento por tu acto de valentía.

—Yo, la verdad, seguía a este americano loco —bromeó el herido.

—Os pedimos perdón y os prometemos que no lo haremos más —pronunció entonces Edward con un acento que podía ya pasar por uno de ellos.

—¿A nosotros? —exclamó Koda—. No, pequeño *uzkuti*. —Y Jack vio cómo el hijo de Olga se henchía de orgullo al recibir aquel nombre indio que significaba «oso grizly» en recuerdo de cómo le gustaba ponerse las pieles y moverse como el gran mamífero de las tierras bajas—. Debéis pedir perdón a Manitou por poner en riesgo vuestras vidas. Él nos las ha regalado a todos y es nuestra misión cuidarlas y preservarlas hasta que la gran Onkteris se las lleve.

—Esta noche haremos una ofrenda —dijo entonces otro de los niños.

—Y bailaremos la danza de la curación para que puedas restablecerte pronto.

—Eso sí que no me gustaría perdérmelo —volvió a decir en tono jocosos Koda—, seguro que más de uno pierde el compás.

Los niños sonrieron. En ese momento, la mujer de Koda entró con un cesto lleno de una especie de tortitas hechas con azúcar de arce que no tardaron en quedar repartidas; mientras Koda seguía haciendo bromas tanto sobre sí mismo como sobre todos los niños.

Pasados unos minutos, a Grimm le pareció intuir que su amigo ya empezaba a estar cansado y que, con toda probabilidad, tuviese una subida de temperatura. Debían dejarlo descansar y así lo indicó al grupo.

Fuera el sol ya había entrado en su ocaso como correspondía a esos cortos días de diciembre, a punto ya de llegar al solsticio de invierno. Jack vio cómo los hombres estaban intentando llevar a los caballos hasta una semiconstrucción que habían hecho en el bosque a modo de cobertizo, cerca de las aguas termales, y decidió ayudarlos.

Pero, antes de que pudiera llegar, notó una presencia a su lado. Se trataba de Edward. Caminaba junto a él con la mirada baja, aunque notó que, por el rabillo del ojo, no dejaba de vigilarlo.

—¿No te quedas con los demás, Edward?

El niño solo movió con firmeza la cabeza a un lado y otro indicando su negativa y siguió con la mirada clavada en el suelo; como si, al no mirarlo, pudiese evitar que él le diese una orden distinta a lo que, sin duda alguna, pretendía hacer.

—¿Ayudarás tú también? —preguntó entonces Grimm señalando a los hombres que se encontraban a solo diez pasos.

Edward volvió a contestar tan solo con la cabeza, aunque también pudo ver cómo el labio superior se elevaba un poco en un gesto que se parecía mucho a una sonrisa.

Llegaron justo a tiempo de abrir la valla con la que podían contener a los caballos por la noche y permitir así que los animales entrasen en aquel encubierto. Después, se dirigieron hacia uno de los lados donde se almacenaba el forraje tapado por pieles de oso y fueron descargando algunas de las balas y deshaciendo el empaquetado para que los equinos pudieran comer con tranquilidad.

El frío era intenso y la oscuridad ya se había apoderado del lugar puesto que se trataba, además, de una noche sin luna. Jack temió que Edward pudiera tropezarse con algunos de los riscos que había en el camino estrecho que los conduciría hasta el pueblo y eso podría hacerlo resbalar hasta el cercano arroyo, cuyas aguas gélidas todavía no se habían congelado del todo. Sin embargo, sabía que, si lo tomaba de la mano o hacía cualquier gesto protector, podría ofenderlo. Aquel pequeño de poco más de un metro se erguía orgulloso a su lado y en su porte altanero reconoció el brío de su madre y todavía eso lo enterneció más.

—Edward, apenas veo el camino —le susurró haciendo ver que no quería que se enterara el resto de los hombres—. ¿Soy yo que me he hecho mayor o a ti te ocurre lo mismo?

—Se ve muy mal —siseó el niño.

—Voy a hacer un ridículo espantoso como tropiece y me caiga.

Entonces Edward, de manera impulsiva, le cogió la mano y se la apretó

fuerte. Jack sonrió sabiendo que el pequeño no podría verlo pues tenía la mirada fija muy concentrada en no perder un solo atisbo del terreno que pisaban; pero llegó a murmurar un «gracias» que supo que había oído cuando volvió a apretar su manita.

Llegaron al poblado y, antes de dirigirse al *wigwam* colectivo, Jack notó cómo el niño tiraba de él y lo acercaba a la cabaña de los hombres.

—Quiero enseñarte algo —le dijo.

Grimm se dejó hacer hasta que entraron en el interior y se vio transportado a los días que había compartido con Ressayre años atrás, cuando su amigo abandonó Nueva York intentando olvidarse de su mujer y se internaron en aquella aventura que los hizo deambular por las tierras inhóspitas de Canadá durante casi un año y medio.

El espacio era bastante grande para albergar a los veinte o treinta jóvenes que buscaban independizarse del abrigo de sus padres, pero que todavía no habían encontrado mujer con la que vivir.

Edward lo llevó hasta un extremo y, retirando una de las pieles que debía hacer de manta, descubrió una especie de caja octogonal que todavía tenía muchas imperfecciones y aristas, aunque cumplía la función de mantenerse encajada y, por tanto, cerrada.

—Es un regalo para mamá. En enero es su cumpleaños.

Jack se sorprendió ante la noticia. Él conocía a Olga desde hacía tiempo y nunca se le había ocurrido preguntarle por esa fecha que solía ser tan celebrada por casi todo el mundo. Y «casi» era la clave de todo puesto que él ni sabía a ciencia cierta cuándo era su propio cumpleaños, ni tenía más consciencia que una idea aproximada de que tenía cerca de treinta años.

—Es preciosa, Edward.

—No. No me acaba de salir bien. Mira aquí —dijo señalando con el dedo una de las aristas— y aquí. —Señaló otra—. Además, me gustaría grabarle aquí una bailarina, pero no sé si acabaré estropeando la tapa.

—¿Con qué lo has trabajado?

El niño metió la mano por debajo de las pieles y extrajo una especie de cincel de hierro, seguramente demasiado grande para el trabajo más delicado que debía hacerse sobre la caja. Entonces, Jack echó mano de su cinturilla, donde siempre guardaba un estilete que lo acompañaba desde hacía más de quince años

Se trataba de una herramienta que le había sido útil para sobrevivir al enfrentarse a diferentes fenómenos de la naturaleza, pero también y en más de una ocasión como arma. Su afilada hoja podía guardarse en un pequeño mango de cuyo extremo inferior surgía otra hoja de acero, esta vez más cuadrada, pero igual de peligrosa por su nivel de afilamiento.

—Prueba con esto.

Edward cogió el artilugio y, después de haberlo escrutado con minuciosidad, utilizó la parte más pequeña para repasar aquellas aristas que se veían peor acabadas. En seguida pudo comprobar que era bastante más fácil maniobrar con aquello y que las imperfecciones desaparecían con cierta rapidez.

—¡Es perfecto! —exclamó el niño.

—Quédatelo —dijo entonces Jack.

—¿El qué? ¿La navaja? ¡Oh! ¡No! ¡No podría!

—¿Por qué no?

—¡Porque es tuya y...!

—¿No puedo hacerte un regalo?

Edward detuvo su trabajo sobre la caja y lo miró a los ojos. Se notaba con claridad que quería decir algo, pero no se atrevía.

—No es mi cumpleaños y faltan días para Navidad.

—No hace falta que sea un día especial para hacer un regalo, ¿no? Además, voy a añadir esta bolsa donde poder guardarlo y llevar también siempre algo de víveres. Un buen indio ojibwa jamás descuida llevar algo encima para sobrevivir un par de días.

El niño bajó la cabeza y barrió con su mirada la cabaña en la que se encontraban. Parecía como si quisiera cerciorarse de que estaban solos.

—Pero yo no soy un ojibwa. Soy blanco. Tengo el pelo rubio. Los ojos marrones.

—A los ojibwa no les importa el color de tu piel. Para ellos, desde el momento que vives con ellos, hablas su idioma y te adaptas a sus costumbres, formas parte de su comunidad y eres uno de ellos. Valoran a sus miembros por la voluntad de estar con ellos, no por circunstancias que no pueden dominarse. Tú no escogiste ser blanco o tener ese color de ojos, pero sí puedes escoger ser un indio ojibwa y lo hiciste el día que empezaste a hablar su lenguaje. Lo único que tienes que hacer es expresar tu voluntad de lo que quieras ser.

—¿Tú también eres ojibwa?

—Aquí siento que formo parte de algo mucho más que en Nueva York, donde he vivido casi toda mi vida. —Y respirando hondo prosiguió—: Quizás eso me convierte más en un ojibwa que en un neoyorkino.

—¿Formar parte de algo es lo mismo que tener una familia?

—Supongo que sí. No sé lo que es tener una familia.

—Pero anoche tu... tu...

Grimm levantó la barbilla del pequeño, que seguía con la vista alejada, incapaz de atreverse a mirarlo a la cara.

—¿Qué quieres saber, Edward?

El niño se mostraba nervioso y receloso sujetando la bolsa que le había entregado hacia unos instantes como si de eso dependiese su equilibrio.

—¡Eh! —insistió Jack—. ¡Mírame! Dime qué te preocupa.

—¿Ser el marido de mi madre te convierte en mi padre?

Inspiró y expiró aire en profundidad antes de responder a la pregunta. Lo cierto era que ni él mismo sabía qué significaba el compromiso que había adquirido la noche anterior. Solo sabía que no podría respirar un instante más si lo hacía alejado de ellos.

—Tu madre me ha hecho el hombre más feliz del mundo eligiéndome como su esposo —dijo entonces con mucha suavidad—, pero, de la misma manera que ella ha decidido con libertad, creo que tú también deberías tener la opción

de escoger. No puede ser un acto impuesto. Eres tú quien debe decretar si me quieres por padre.

—¿Tú me aceptarías como hijo?

—Por supuesto.

—¿Y si no lo hago bien? ¿Y si no soy un buen hijo? Nunca he tenido un padre y yo...

—¿Sabes, Edward? Creo que hacemos una buenísima pareja. Yo tampoco tuve nunca un padre y no sé si sabré hacerlo bien. Así que, siendo novatos los dos, podemos ser más tolerantes el uno con el otro, ¿no te parece?

La carita del niño reflejó de inmediato el alivio que aquella confesión le producía y a Jack todavía le produjo más ternura. Pero era difícil mostrarse, de golpe, abierto en sus sentimientos y ambos retiraron al unísono la mirada para centrarla en la caja octogonal que continuaba en el regazo de Edward.

—¿La acabarás a tiempo?

—Con esto —dijo el pequeño levantando el estilete— seguro que sí.

Jack se echó a reír mientras se incorporaba.

—Vamos ya fuera o tu madre va a empezar a sospechar de que estemos tanto tiempo desaparecidos

Salieron al exterior y se dirigieron hacia el lugar donde había más gente, para acabar de ayudar en las tareas que les asignaran. Los pusieron a ambos a rebozar con una especie de cemento la pared Norte del mayor *wigwam* con el objetivo de aislarlo del frío y estuvieron trabajando hasta que llegó la hora de la cena.

Olga los esperaba con una gran sonrisa. Los había visto volver juntos de la mano y trabajar codo con codo en el exterior, y supo que debía dejarlos que compartieran ese espacio y ese tiempo a solas, aunque ella tuviera unas ansias locas de estar con ellos.

Su hijo se merecía encontrar estabilidad en su vida. Desde bebé había estado sometido a la precariedad de los lugares temporales, los que no le pertenecían por derecho propio, los que parecían solo cedidos. Ni siquiera la había tenido

a ella como figura permanente. Solo una madre que lo visitaba cada pocos días y estaba con él muy pocas horas.

El máximo tiempo que habían pasado juntos había estado presidido por el miedo y la huida, hasta que apareció Jack.

A partir de ese momento, todo su universo cambió. Había alguien que velaba por ellos, que los protegía y los cuidaba. Y Olga sabía que su hijo había desarrollado por él una veneración y un cariño que se asemejaba mucho al que debía sentirse por un padre.

No podía creerse que tanta felicidad fuese posible. Hasta entonces, se había limitado a sobrevivir. Ahora tenía ante sí la posibilidad de vivir y lo iba a hacer. Porque lo que sentía por aquel hombre le hacía sentirse con fuerzas para todo y con la esperanza de reconstruir todo su mundo. Nunca antes había sentido nada parecido por nadie. Ni siquiera por el padre biológico de su hijo pese a que, al principio, sí creyó haberse enamorado. Ahora sabía que no. Que lo que había sentido había sido un simple encandilamiento. Amor era lo que sentía cada vez que aquellos ojos negros la miraban.

La música de los tambores empezó a sonar. Los ojibwa lo expresaban todo a través de esos sonidos y de los cantos cadenciosos que los seguían. Ella dejó que el corazón se acoplase a ese ritmo cerrando los ojos.

Un brazo conocido se posó sobre sus hombros y el otro la tomó de la cintura y la estrechó a aquel cuerpo musculoso del que reconoció de inmediato el olor. Segundos más tarde, el peso de su hijo se dejó caer sobre su regazo.

Abrió los ojos y se vio a sí misma abrazada a Jack y al niño entre los dos. Eran una familia. Una familia de verdad.

Jack notó cómo Olga se estremecía y la miró a los ojos. Reconoció en ellos la dicha que él mismo también sentía. Bajó la cabeza y le dio un beso en los labios. Lo justo para notar su tacto y su temperatura. No podía abusar más. El deseo en seguida se colaba por todos los poros de su piel y Edward estaba demasiado cerca.

Sin embargo, segundos después, como si el niño hubiera sabido que debía

dejarlos solos, decidió irse con sus amigos no sin antes pedirles permiso a ambos. Jack se sintió embargado por el orgullo de ser responsables del pequeño.

Abrazó un poco más a Olga intentando transmitirle en aquel gesto todo lo que significaba ella para él, pero también como promesa de lo que iba a ser una nueva noche de placer.

El chamán había empezado a explicar una de sus historias. A ella apenas le hacía falta ya que le tradujesen, aunque todavía la veía tímida cuando intentaba expresarse en su idioma pleno de matices.

Le acarició el pelo sedoso mientras se relajaba escuchando la aventura de un indio que se fue hacia el Sur buscando la felicidad y no la encontró hasta llegar de nuevo a su poblado.

De pronto, Meda irrumpió en la sala bañada en lágrimas. Se dirigió directamente al chamán suplicándole ayuda y entre llantos pudieron entender que la herida de Koda parecía haber provocado una gran infección que lo estaba llevando a delirar bajo la fiebre.

Jack y Olga no dudaron en correr hacia la cabaña del hombre. Al llegar, vieron que, en efecto, el aspecto del indio no era nada halagüeño. Se convulsionaba y deliraba, pero lo peor era que los movimientos espasmódicos afectaban también a la pierna y la herida se había abierto más como consecuencia de que el hueso se había vuelto a quebrar por otro sitio.

Varios hombres intentaron mantenerlo quieto mientras el chamán cantaba una canción con la que pretendía ahuyentar a los espíritus malignos que poblaban el cuerpo de Koda. Sin embargo, tras varios minutos lo único que se consiguió fue que el enfermo cayera en una especie de letargo casi más preocupante que la imagen anterior.

—Hay que llevarlo a la ciudad —dijo entonces Tadan, uno de los líderes menos cuestionados—. Necesitamos la medicina del hombre blanco.

Olga se quedó sorprendida ante esa manifestación que no hubiera imaginado en boca de unos indios tan apegados a sus costumbres y raíces. Pero, sin duda,

el pueblo era mucho más inteligente que la mayoría de los que ella había podido conocer, incluyendo la sociedad neoyorkina, que sería incapaz de acudir a un indio, aunque fuese la única manera de sobrevivir.

Los hombres prepararon con rapidez una camilla con la que transportarían al enfermo. Otros fueron hacia el fuego para encender las antorchas que les servirían de guía. Todavía el chamán acarició la pierna con unas plumas mientras seguía murmurando alguna canción. Meda sollozaba en un rincón.

—Debo ir —le dijo entonces Jack a Olga.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Sabía qué significaba esa expresión. En ella se contenían muchas emociones. El reconocimiento ante la decisión de un buen amigo, el miedo al abandono, la resistencia, el orgullo, la negación, la tristeza... Sin embargo, solo asintió con la cabeza.

Salieron todos de la cabaña. Athena apareció con una gran piel con la que cubrió a Koda. El viento era frío y había arreciado. Provenía del Norte. Todos sabían que anunciaba la gran tormenta, por eso, casi como si se hubieran puesto de acuerdo, también todos dirigieron la mirada hacia el paso. Aquella noche iban a poder salir, pero la pregunta era si se cerraría antes de que les diese tiempo a regresar.

—Volveré —volvió a decir Jack mirándola a la cara.

Vio cómo ella apretaba fuertemente la mandíbula intentando evitar que las lágrimas que ya asomaban a sus preciosos ojos saltasen. Era injusto, lo sabía. Justo ahora que todas las resistencias habían caído entre ellos, cuando se habían podido mirar a la cara y se habían prometido amarse sin secretos y sin mentiras, sin ocultarse nada el uno al otro, con la sencillez de dos personas que se muestran tal y como son. Pero tenía que ir. No se trataba solo de que él fuera americano y que podría, por tanto, conseguir y hacerse entender en la ciudad sin demasiados problemas. Era que Koda había arriesgado su vida por salvar a su hijo. Sí, a su hijo. Aquel que lo había escogido como padre.

—El paso se cerrará. —La voz de Olga sonó casi en un susurro.

—Sí, pero el invierno no es eterno y este es posible que sea más corto de lo

normal. Otros años ya había helado.

—¿No puedo acompañarte?

—Olga, llegar hasta la ciudad con esta oscuridad es peligroso. No puedo exponeros a ti y a Edward. Además, en caso de que no pueda volver hasta la primavera, aprovecharé para acercarme a Nueva York y asegurarme de que Ilichenko y los demás creen que estáis muertos y ya no representan una amenaza. Cuando el paso se abra, estaré al otro lado para poder regresarte.

—Tal vez preferiría seguir viviendo aquí.

Jack le levantó la barbilla y la miró con dulzura. Entendía por qué ella había dicho aquello. Era cierto que la felicidad que habían encontrado en el poblado podía derrumbarse en la gran ciudad. Pero tampoco se engañaba. Su preciosa rusa no había hecho más de seis mil kilómetros para quedar perdida en medio de las llanuras de Canadá.

—No. Aquí difícilmente te podrás poner el tutú. Hace demasiado frío.

—No necesito el *ballet*.

—Olga, tú necesitas el *ballet* como si fuera oxígeno.

—Pero Ilichenko...

—Encontraremos la manera.

En ese momento, Tadan dio la orden de salida y cuatro hombres que transportaban la camilla y un quinto que encabeza el grupo con una antorcha se dirigieron hacia las afueras.

Grimm besó los labios de Olga.

—No lo olvides. Tal cual se abra el paso de nuevo, estaré allí.

Capítulo 17

Olga se levantó y, como cada mañana desde hacía doce días, se dirigió al risco desde el que se veía el paso de montaña. El camino estaba franco pese a la nieve que se amontonaba a los lados. La brisa del Sur soplaba fresca, pero anunciaba los olores de la primavera. Los pájaros revoloteaban y piaban mostrando la típica actividad de la temporada. Por lo demás, silencio. Ni siquiera el rumor de un caballo lejano que se acercara. Doce días de silencio. Doce días desde que Koda y cinco de los hombres que lo habían acompañado llegaron al pueblo después de tres meses de aislamiento, del todo restablecido de la herida de su pierna. Doce días desde que había confirmado que el sexto hombre, Jack Grimm, no había llegado de Nueva York, incumpliendo su promesa. Doce días desde que la ausencia de noticias sobre él se había convertido en un calvario lleno de conjeturas, temores, pesadillas y angustias.

Lo había imaginado todo. Desde que los hombres de Ilichenko le habían impedido regresar, hasta que había conocido a una bailarina de piernas largas y mirada lasciva con la que se había fugado por siempre jamás. La incertidumbre la estaba consumiendo, de la misma forma que lo hacían las preguntas de Edward. El niño tampoco comprendía qué podía haber ocurrido para que quien había asumido el papel de padre desapareciera de su vida de una manera tan brusca.

Olga había querido darse un tiempo antes de reaccionar. Si en tres días más no aparecía, iría a buscarlo. No le importaba el riesgo que pudiera correr.

Solo necesitaba saber de él. Y estaba, incluso, dispuesta a aceptar que pudiera dejar de amarla. Cualquiera cosa menos que le hubiera pasado algo grave.

A su espalda oyó las voces suaves del grupo de niños que, como cada mañana, se dirigían a explorar los alrededores y ver hasta qué punto podían reanudar las tareas de pesca y caza, que eran las que más les gustaban.

En cuestión de segundos, su hijo se colocaría a su lado y miraría también hacia el paso con esperanzas. Sin embargo, antes de que pudiera llegar, notó otra presencia a su lado: Athena.

—Hoy es el día —le dijo.

La Saparova estaba acostumbrada a los augurios de los ojibwa en general y de aquella mujer en particular, pero no pudo evitar un escalofrío recorrerle la espalda producto de la esperanza de que, con esas palabras, se refiriese a su regreso

—¿Jack?

Athena solo movió la cabeza afirmando sin dejar de mirar hacia el horizonte. Los niños ya estaban muy cerca.

—Mama, ¿se ve algo? —dijo Edward todavía a unos tres metros.

—No, cariño. Todavía no. Pero Athena dice que hoy podría ser el día.

El niño aceleró el paso ante sus palabras y se colocó a su lado.

—¿No vas a venir? —dijo entonces Taima como siempre liderando el grupo.

—No, hoy no —contestó el pequeño—. Hoy va a llegar.

Los niños entendieron a qué se referían sin necesidad de mencionar el nombre y, mostrando una total comprensión, se fueron en dirección al bosque. Lo cierto era que todo el pueblo estaba pendiente de la vuelta de quien conocían como el Americano y cuando, por las tardes, Olga regresaba cabizbaja y triste de haber estado esperando todo el día mirando hacia aquel risco, todos se esmeraban en ser amables y cariñosos, conscientes del dolor por el que ella estaba pasando.

Athena, Olga y Edward se sentaron en una de las rocas que había justo en el camino y que servía de asiento para aislarse del todavía frío suelo, preparados

para pasar allí buena parte del día. Sin embargo, cuando todavía no llevaban ni quince minutos, Olga sintió algo extraño en su interior y levantó la vista escrutando el camino.

No parecía haber nada y, pese a ello, la premonición de Athena se le había instalado en el cerebro y en su alma.

Algo se movía en el horizonte. Era todavía un bulto oscuro. Podía ser cualquier cosa, incluso un animal, pero el corazón de Olga se disparó.

Poco a poco se fue acercando y, al hacerlo, sus formas se definieron cada vez más y se hizo nítido que se trataba de una figura humana. Ella ya no tenía apenas dudas. Reconocía aquella forma de caminar hasta con los ojos cerrados. Era él.

Edward estaba explicándole a Athena en un perfecto ojibwa las proezas que habían hecho él y sus amigos el día anterior, mientras rescataban a un pequeño zorro que había quedado apresado entre la maleza. Pero el hieratismo de su madre acabó por indicarle que algo distinto estaba ocurriendo y, cuando dirigió la vista al camino, él confirmó lo que ya empezaba a ser evidente.

—¡Jack! —Y salió corriendo en pos de la figura que ya estaba a unos doscientos metros.

Olga vio como él, ante los gritos del niño, primero se detenía unos segundos para reanudar el paso quizás un tanto más rápido que al inicio. Entonces, también pudo ser testigo del abrazo que ambos se dieron, aunque más bien lo que ocurrió fue que su hijo se lanzó al cuello de Grimm y este no tuvo más remedio que cogerlo.

Asidos de la mano, ambos volvieron a caminar y, aunque se notaba que el niño no paraba de parlotear, él tenía la vista fija en ella y en ese momento fue cuando se dio cuenta de que algo ocurría.

Iba vestido a la manera neoyorkina y no pudo evitar pensar que esa persona ya no parecía el hombre al que había elegido como su marido. Sin embargo, lo peor no fue eso. Pese a la distancia, Olga notó el negro helador que había caracterizado su mirada durante muchos de los primeros momentos de su

relación. Esa mirada que la distanciaba y que la obligaba a ponerse alerta.

Estaban a tan solo diez metros. La expresión de Jack ya no dejaba resquicio a ninguna duda. Dureza y frialdad. Algo había ocurrido y Olga notó como si todo su cuerpo se hiciera mantequilla ante el miedo brutal a que él la dejase. Pero eso parecía que denotaban todos sus rasgos, sobre todo la cicatriz sobre su ceja que, de nuevo, parecía que destacaba por encima de cualquier otra cosa recordándole a ella su traición.

—Has tardado —le recriminó Athena y Olga se alegró de que, al menos, alguien se lo dijese puesto que ella no iba a poder hacerlo.

—Complicaciones —respondió él.

Se había quedado frente a ella quieto, mirándola, pero no se atrevió todavía a hablar y mucho menos a abrazarlo, que era lo que de verdad le hubiera gustado. Ese no era el reencuentro que había imaginado tantas veces.

—Vamos, Edward —dijo Athena—. Nos esperan en el poblado.

El niño no rechistó. También él se había dado cuenta de que algo no iba bien y que necesitaban quedarse a solas. Pensó que, en realidad, no quería saberlo; que preferiría seguir con la incertidumbre de su regreso a tenerlo allí convertido en un témpano de hielo.

Jack retiró por unos segundos la mirada de ella solo para cerciorarse de que ya no quedaba nadie cerca. Entonces volvió a mirarla y, por un instante, ella creyó reconocer un atisbo de sentimientos en el negro profundo. Iba a conocer qué estaba ocurriendo y, por un momento, pensó en salir corriendo. Pero ese no era su estilo. Siempre se había enfrentado a todo con valentía y sin ambages. No sabía si ese iba a ser el mayor golpe que recibiera en su vida, pero, si lo era, también iba a aguantarlo.

Con toda probabilidad sus pensamientos se habían reflejado en su expresión o en alguno de sus gestos porque vio que Jack hacía una mueca extraña que le pareció que indicaba que estaba orgulloso de ella. Después, volvió la frialdad en su mirada.

—Sergei Lebedenev está en Nueva York.

Eso sí que no se lo esperaba. A Olga le pareció que las palabras habían impactado en su pecho como si se tratase de un golpe. Parpadeó varias veces. Jack seguía mirándola, ahora con cierta curiosidad, repasando cada contorno de su cara y regresando a sus ojos, intentando captar todo lo que pudiera pasar por su interior. Pensó que tal vez ella se había vuelto transparente y quiso quitarse de la mente la imagen de ese ruso imponente y tan seguro de sí mismo, quien la había encandilado y subyugado cuando era tan joven que las atenciones del aristócrata le habían parecido un regalo pese a saber, desde el principio, que estaba casado y que en su relación no podría pasar de ser considerada una amante.

—Viene en busca de su hijo —volvió a decir Jack—. Ha prometido reconocerlo y darle el título de conde nombrándolo su heredero legítimo.

Ahí estaba. Ese era el verdadero motivo por el que Jack ya no era el hombre que iba a ser su marido porque tampoco iba a ser el padre de su hijo. El verdadero padre había aparecido. Se había erigido de entre las sombras. Sasha iba a ser, por fin, reconocido por su progenitor y eso le iba a reportar, además, riqueza y poder.

Ni en sus mejores sueños ella hubiera podido imaginar que su hijo podría obtener un título nobiliario en su país y, al pensar de nuevo en Rusia, su mente se lanzó a una carrera desbocada en la que se mezclaban todo tipo de recuerdos y vivencias.

—También ha dicho que puede ahora reparar los males que te causó. —La voz de Grimm le sonaba lejana—. Se ha quedado viudo.

Las últimas palabras la hicieron volver a la realidad desde los entresijos de su memoria. Estaba allí, en medio de las llanuras canadienses, vestida como una ojibwa, frente al hombre a quien amaba y escuchando cómo le hablaban de volver a Rusia y de volver a Sergei.

Jack la seguía mirando como si ella fuese un espécimen extraño, algo que observar o que analizar y, al ser consciente de esa mirada, una furia interior apareció desde su estómago y pareció quemarle todo el cuerpo hasta llegar a

su boca y explotar.

—Bien. Buenas noticias, entonces. ¿Cuándo puedo volver a Nueva York?

—Hay un tren esta misma noche desde Sioux Lockout que nos puede llevar a Toronto en un par de días y de allí a Montreal. Después tendremos que alquilar un coche.

Él había dado la descripción sin inmutarse, como si no valiera la pena cuestionar la decisión que ambos acaban de tomar, como si todo lo que había ocurrido en los días previos a su marcha no hubiera tenido ningún valor.

—Prepararé a Sasha —espetó ella y justo al decirlo se dio cuenta que había vuelto a pensar en su hijo con el nombre ruso en lugar de con el americano que había utilizado en los últimos meses.

Tan solo cuatro horas más tarde estaban entrando en la ciudad. Aquel enclave no era mucho más grande que el campamento en el que había estado viviendo con los indios, pero multiplicaba su población por cinco, sobre todo de americanos en busca de oro o de tesoros perdidos que nunca encontrarían.

Mujeres había pocas y casi todas indias y prostitutas, pero también existía una pequeña comunidad de esposas que procuraban alejarse del resto de los ciudadanos. Por eso, cuando Jack los dejó a ella y al niño frente a la única tienda de ropa femenina, no fueron demasiado bien recibidos por sus atuendos ojibwa y solo el saco de monedas que Jack exhibió ante la dependiente modificó la primera resistencia.

Tardaron solo una hora en comprar las únicas ropas disponibles para llevarse de manera inmediata. Olga, tres vestidos más adecuados para asistir a un coctel de bienvenida que a un viaje de más de tres días de duración, pero que estaban en el escaparate y pudieron ser fácilmente ajustados a su talla. El niño, dos pantalones, cuatros camisas y tan solo una chaqueta que no lo iba a abrigar bien en esos últimos días del mes de marzo, motivo por el que su madre no quiso dejar la chaqueta ojibwa y lo obligó a llevársela pensando en las noches en el tren.

Jack, mientras tanto, recogió su equipaje de la pensión donde lo había

dejado y ella no pudo evitar pensar que ese detalle era indicativo de que él estaba seguro de la decisión que ella iba a tomar. Pero no tardó en confirmarlo cuando él le aclaró que el dinero que había servido para pagar sus trajes se lo había dado Sergei para todos los gastos del viaje.

Imaginarlo aceptando aquella bolsa le provocó náuseas, pero apretó la mandíbula y no permitió, ni por un instante, mostrar su dolor.

En el tren no tuvieron que verse apenas. Él había contratado un compartimento para ella y su hijo; pero, nada más instalarlos, se fue y solo regresó a la hora de las comidas, para cerciorarse que estaban bien. Lo mismo hizo con el que los llevó hasta Montreal.

Olga pensó que ni siquiera el viaje que hicieron huyendo de Ilichenko se le había hecho tan angustioso; pero volvió a conseguir que las lágrimas quedaran en su interior. Solo tuvo un momento de debilidad cuando Sasha, que había permanecido callado durante todo el tiempo, justo cuando llegaban a Montreal la miró un momento y le preguntó:

—¿Hablarás con él en el coche?

—No, Sasha. No hay nada de qué hablar.

—Yo creo que sí.

—No. Ya te lo he dicho. Ahora empieza de verdad tu vida. La que siempre deberías haber tenido.

El niño estuvo a punto de replicarle, pero, en ese momento, el tren se detuvo y Jack abrió el compartimento para ayudarlos a bajar. Olga se alegró de aquella interrupción. No le apetecía reproducir la discusión que habían tenido en el poblado cuando ella le informó de que iban a regresar a Nueva York.

Nunca lo había engañado respecto a sus orígenes. El niño sabía que su padre era un aristócrata y que ella había tenido que huir ante su embarazo. Sin embargo, había procurado darle una versión edulcorada de esa huida, intentando que no la interpretase como un rechazo a su persona, sino como una consecuencia imposible de evitar. No lo había hecho por lealtad a Sergei, ni siquiera con la esperanza de que algún día se volviesen a ver. La había guiado

el convencimiento de que era mejor vivir sin odios y sin rencores, que solo así su hijo podría ser feliz.

Pero, pese a ello, el niño se pronunció totalmente en contra cuando ella le explicó que debían volver y que su verdadero padre lo esperaba. Desde su mentalidad infantil no entendía por qué debían abandonar a los ojibwa y lo cierto era que ella tampoco lo hubiera entendido si alguien se lo hubiese insinuado solo un segundo antes de que Jack apareciese por el paso.

El trayecto en coche fue todavía más tenso que el del tren, puesto que estar en aquel habitáculo los tres en total silencio se fue haciendo, milla a milla, más insoportable. Llegaron a la ciudad cuando las primeras luces del alumbrado público se encendían para enfrentarse a la noche. Ella no supo a dónde se dirigían con exactitud hasta que él no detuvo el coche frente la enorme marquesina que franqueaba la puerta principal del imponente edificio del hotel Astor.

El portero les abrió la puerta y los condujo a los ascensores. Olga empezó a notar que sus piernas flaqueaban como si la estuvieran conduciendo a un patíbulo. Miró a Jack mientras estaban dentro, pero este mantenía su expresión hierática como si se tratase de una estatua, frío como la piedra.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, un exceso de luz le impactó en las retinas. Eran los miles de bombillas que la gran sala a la que estaban accediendo tenía encendidas. Y, por ese mismo motivo, le costó unos segundos reconocer a la mujer que se estaba lanzando a sus brazos hasta que no la tuvo justo encima.

—¡Olga! ¡Mi querida Olga!

La voz de Florence sonaba suave y cálida, y su tierno abrazo le provocó unos horribles deseos de llorar. Intuyó, más que vio, que en la sala había bastante más gente. No podía desmoronarse allí. Tenía que ser fuerte. Por su hijo. Por ella misma. Pero mantenerse firme no era posible entre aquellos brazos, así que, arrancando voluntad de lo más profundo de sí misma, se separó. Florence se dejó empujar, aunque la miró con insistencia, como si así

pudiera leerle el interior.

—Florence —dijo entonces Olga—. Debo pedirte perdón. A ti y a tu marido. Su amiga la miró como si no entendiese a qué se estaba refiriendo.

—Los planos.... Yo...

—¡Oh, Dios! Olga, ¡no! Grimm ya nos explicó por qué tuviste que...

—No es excusa.

—Claro que lo es —intervino entonces Michael de Ressay acercándose a ellas—. Demostraste ser una madre increíble.

Olga miró a aquel hombre afable y recordó que, las primeras veces que lo vio, su porte elegante y delicado le resultó odioso. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que reconociera el gran amor que sentía por su amiga. ¡Dios mío! ¿Cómo podía cambiar tanto la percepción de alguien cuando se conocían sus circunstancias? Las ganas de llorar volvieron a inundarla y, esta vez, notó incluso que todo su cuerpo temblaba. Florence se dio cuenta y reaccionó poniéndole un brazo por los hombros y conduciéndola con cariño hasta un sofá donde la hizo sentarse.

—Estás cansada —le susurró.

Quiso contestar, pero temía que, si lo hacía, irrumpiría en el llanto que tanto le estaba costando contener. Tenía la vista fija en la alfombra que cubría el suelo y eso le permitió ver tan solo unos zapatos que se detuvieron ante ellas.

—Hola, soy George.

La voz que se había oído era la de un niño y Olga incluso se asustó al escucharla y que eso fuera lo que le recordase que allí también estaba su hijo y que, con tan solo siete años, había soportado más infortunios que muchos adultos.

Levantó la vista y vio a un niño de unos doce o trece años, vestido de manera impecable y que le estaba tendiendo la mano con educación a su hijo. No lo había visto muchas veces, pero reconoció al hijo de Florence. A su lado había una niña algo más pequeña y recordó que su amiga tenía también una hija, llamada Kathy.

Algo más allá, había bastantes más niños con edades diversas que se mantenían tan educados como expectantes, con toda probabilidad retenidos por quien parecía ejercer de líder del grupo; un jovencito serio y circunspecto con una belleza inusual, que no solo estaba en sus rasgos físicos, sino en una mirada serena e inteligente.

Su hijo estaba ahora aguantando con cierta turbación el abrazo de Kathy hasta que, acto seguido, lo arrastró hacia el resto de los niños haciendo las veces de anfitriona.

—¿Cómo se encuentra, Olga? ¿Repuesta de su tobillo?

Quien le había hablado era el doctor Martin Golsmith que, al mismo tiempo, se había agachado solícito y la miraba de esa manera tierna y cálida con la que la había reconfortado en su accidente en el puerto dos años atrás.

De nuevo, antes de poder contestar, sintió que se estaba desmoronando. ¡Dios mío! ¿Qué le estaba ocurriendo? Era como si una ansiedad brutal se cerniese sobre ella. Como si todo el dolor, el miedo y la angustia de años acumulados quisieran irrumpir ahora en vida y hacerla estallar.

—Le presento a mi esposa, Margaret —dijo Martin sin esperar respuesta a su primera pregunta como si hubiese intuido que no podría responder—. Aquellos son nuestros amigos Charles y Lizzy, y el grupo de infantes, nuestros hijos.

—Justo acabamos de cenar —aclaró Florence—, pero seguro que quedará alguna cosa que...

—¡Oh, no! ¡Por favor! —balbuceó Olga—. No deberíamos haber venido. Deberíamos haber llamado antes...

—¡Ni hablar! Insistí a Grimm que vinierais aquí directamente en cuanto llegaseis. Aunque hubiera sido a las tres de la mañana.

—Pero...

—No hay pero que valga —intervino Michael—. Brick, ¿puede decirle a la señora Doubtfire que prepare algo para nuestros invitados?

—Se lo agradezco, vizconde...

—¿Vizconde? Por favor, Olga. No me ofendas. Soy Michael.

Minutos más tarde se había improvisado una mesa con unos pequeños sándwiches de los que Olga tomó uno por cortesía, aunque sentía su estómago cerrado del todo. Sin embargo, vio cómo su hijo se lanzaba voraz y no dejó de sorprenderse por la rapidez con la que estaba sonriendo y bromeando con el resto de niños.

Los demás estaba hablando sobre los detalles de una celebración que iba a tener lugar durante el mes de junio. Olga intentaba esforzarse en participar en la conversación, pero su mente seguía girando a una velocidad vertiginosa sin ser capaz de concentrarse en nada.

Florence se mantenía a su lado asiéndole, de vez en cuando, la mano o acariciándole con suavidad el hombro o haciendo que bebiera un poco más de agua.

—Tú tienes que venir —le susurró en un momento al oído.

—¿Venir? ¿A dónde?

—A mi tercera boda —respondió con una sonrisa—. Michael se ha empeñado en celebrarla por todo lo alto. Dice que va a conseguir que todas las campanas de la ciudad suenen al mismo tiempo.

Olga recordó que su amiga le había explicado que su boda con Michael de Ressay se celebró de manera rápida e intempestiva en Inglaterra. Años más tarde llegó la crisis y el divorcio y, cuando se reconciliaron, celebraron una segunda boda en el barco que los iba a llevar a Europa.

—Le he dicho mil veces que yo no necesito una gran celebración —continuó hablando su amiga—, que me basta con tenerlo a mi lado y que mis votos se renueven cada mañana.

Escucharla la llevó a recordar aquella noche entre los ojibwa. La que sirvió para hacer público su amor por Jack Grimm y su compromiso con él. Tampoco le había importado que fuera un casamiento ostentoso ni siquiera por cuál rito se celebrase. Ella había creído en esa promesa hecha con el corazón y la voluntad. Sin embargo, todo se había roto en mil pedazos y ahora parecía que,

en lugar de haber pasado unos meses, había transcurrido toda una vida.

Miró a su alrededor hasta que lo encontró. Estaba en una esquina de la sala. Apartado de todos. Mirándola con ese brillo helador en los ojos. Como si no fuera de ese mundo. Como si solo fuera un intruso. Sintió que la rabia volvía a corroerla. Ella había confiado en él. Le había entregado su amor y lo había hecho sin condiciones. Sin embargo, él parecía haberlo olvidado todo. Ni una sola protesta. Ni una sola palabra amable. Ni un solo atisbo de tristeza. Como si nada hubiera ocurrido.

Unos golpes en la puerta anunciaron que alguien llegaba. Brick se dirigió hacia ella mientras los demás seguían hablando. A Olga le pareció que el tiempo se ralentizaba. Seguía sintiendo la mirada de Grimm sobre ella. Seguía oyendo las voces de todos los amigos de Florence, pero como si estuvieran mucho más lejos. Seguía viendo a su hijo sonreír rodeado de niños. Brick puso la mano en el pomo. Lo giró. Apartó la puerta.

La figura alta y esbelta apareció. El pelo rubio como el oro. La expresión añorada pese a que debía estar rozando ya los cuarenta. El azul de unos ojos que parecían estar siempre riendo. El caminar tan elegante como arrogante.

Olga vio cómo paseaba su vista por toda la estancia y por todos los integrantes de aquella pequeña reunión. Se detuvo un segundo más de la cuenta en Jack, que lo estaba mirando desde su posición, sin haber movido un músculo. Ambos se hicieron una señal de reconocimiento con un leve gesto de cabeza y ella todavía sintió que su rabia crecía más. Entonces, Sergei la miró a ella y su mirada se tornó posesiva y reconoció el deseo que siempre refulgía en sus ojos cuando miraban sus curvas.

—Irina —pronunció con su voz melodiosa y acostumbrada a seducir—, no creí que fuera posible que te convirtieses en una mujer todavía más bonita, pero así es.

Lo había dicho en ruso, pero a ella le pareció que no era correcto seguir hablando en su idioma delante de todos los demás.

—Gracias, Sergei. Tú también estás como siempre

—Insisto, *dorogaya* —dijo entonces también en inglés—, tú has mejorado. Estás preciosa.

Michael de Ressay se dirigió a su invitado y tendiéndole la mano le ofreció sentarse. Él lo hizo buscando un espacio junto a Olga. Ella notó su aroma y, reconociéndolo, se transportó a los recuerdos que ahora se le antojaban tan antiguos.

Entonces Olga vio a su hijo, que había permanecido con el grupo de niños y casi parecía estar escondiéndose tras ellos. Miraba a su padre como se mira a un objeto extraño que se ha de inspeccionar. Le hizo un gesto con la cabeza indicándole que se acercara. El niño le obedeció.

Notó que Sergei se tensaba. No todo en él era reacción calculada y estudiada. Ver por primera vez a su hijo también era una emoción enorme para el perfecto aristócrata. Olga sabía cuánto había querido un niño y cómo se esforzaba para no hablar de sus hijas con desilusión.

—Él es Sergei Lebedenev. Tu padre.

El niño tendió la mano como si estuviera en medio de un evento protocolario y en él recayese toda la corrección y educación. Sergei sonrió algo nervioso, pero optó por estrechársela sin buscar otro contacto más que con los ojos.

—Encantado de conocerlo, señor.

Las palabras habían surgido suaves de la boca de su hijo quien, además, las había pronunciado en ruso. Vio cómo el conde inflaba el pecho con cierto orgullo.

—Llámame padre —le respondió también en su idioma.

El niño solo asintió con la cabeza. Entonces fue Lizzy, la mujer de Charles de Charmington, quien ayudó a distender el ambiente lanzando un aplauso para conmemorar el encuentro y pidiendo a todos los demás niños que se acercaran a conocer a un familiar tan cercano de los Romanov, como se apresuró en presentarlo.

Aquello, además, abrió el interés de otros de los allí reunidos, como Arthur y su padre, quienes quisieron conocer algunos detalles de la vida en Rusia.

Aunque se encontraron que algunas de las respuestas las daba la propia Lizzy, avezada lectora de la historia de cualquier país y que, además, tenía su punto de vista muy particular sobre las condiciones de vida en ese enorme país.

Olga se vio envuelta en una maraña de conversaciones sin poder participar en ninguna, pues en todo momento se sentía como si en realidad no estuviese allí mismo, viéndolo todo de lejos, sin que le correspondiera participar. De vez en cuando, Sergei, que hizo gala de una locuacidad que ya hacía años la había cautivado y seducido, ponía la mano sobre su rodilla, como por descuido; aunque ella recordaba el gesto posesivo. ¿Por qué ese hombre creía que podía reaparecer en su vida años más tarde de haberla repudiado y seguir tratándola como si ella le perteneciese?

Pero, al final, la pregunta no había de versar sobre ella. No se trataba de lo que ella quisiera o necesitara. Ni tampoco de lo que quisiera Sergei. Buscó con la mirada a su hijo. Permanecía frente a Sergei y seguía escudriñándolo con la mirada, pero parecía que su expresión se había vuelto más relajada.

El niño debía estar tan asustado y desorientado como ella. Hacía tan solo unos días comían carne seca de oso en una cabaña india. Ahora estaban en un salón ricamente decorado en el que se servía té y pastas. El futuro con el que ambos habían soñado no tenía nada que ver con las tierras lejanas de Rusia ni con las buenas costumbres de la aristocracia; sino con un hombre sencillo y parco en palabras.

Entonces, recordó que Jack Grimm estaba en la sala y, levantando la cabeza, miró allí donde lo había visto la última vez. Ya no había nadie. Ni allí. Ni en ningún otro sitio. Jack se había ido.

Capítulo 18

Jack entró en el hangar y lanzó una mirada a la grandiosa estructura construida en hierro forjado y con enormes cristalerías que permitían la entrada de luz solar. En el centro, el armazón de un avión presidía todo el espacio. Sobre él y a su alrededor varios hombres pululaban realizando las tareas más diversas, pero siempre en continuo movimiento.

Cuando Ressay le había pedido que volviera a trabajar para él, esa vez dedicados en exclusiva a la industria aeronáutica, tuvo sus dudas; pero ahora que estaba allí, rodeado de aquellos olores y ruidos peculiares, supo que no se había equivocado al aceptar.

Hacía tan solo dos días que había regresado de Canadá en la misión más difícil de su vida, la que había acabado entregando a la que podría haber sido la mujer de su vida a otro hombre. Y la rabia y los celos lo habían llevado a consumir varias botellas de *whisky* que, pese a ello, no consiguieron que desapareciera esa carcoma interior, aunque sí lo hicieron caer varias veces en un estado de semiinconsciencia.

Así lo encontró Michael de Ressay, avisado por el dueño del club donde se había instalado y del que se negaba a marchar exigiendo que le sirvieran aquel líquido ambarino que le recordaba a sus ojos.

Michael no le preguntó ni le pidió ningún tipo de explicación. Lo acompañó a la casa que él mismo le había ayudado a comprar en Flushing Bay, al Norte de Queens, un par de meses antes, cuando el invierno le impidió volver al

campamento de los ojibwa, pero estaba entusiasmado como un niño pensando que había formado una familia.

Tampoco entonces su jefe y amigo le había preguntado para qué o por qué iba a necesitar una casa de dos plantas, cuatro habitaciones y un jardín. Intuyó más que supo que buscaba una vivienda cuando lo vio perder la vista en algunos anuncios del diario o en los carteles que encontraban por la calle, y un sábado lo recogió de la pensión en la que se había instalado. Y, sin necesidad de palabras, Jack acabó visitando tres viviendas hasta que, al entrar en aquella casa de madera cuyas ventanas principales se asomaban a una playa de arena, supo que había encontrado lo que buscaba.

Después se dedicó a iniciar la cuenta atrás que debía devolverle a Olga y al pequeño Edward, mientras se familiarizaba de nuevo con los hombres que trabajaban para Ressay en su nueva aventura de construcción de aviones de pasajeros que revolucionarían el transporte, según sus previsiones.

Quién le iba a decir a él que, justo cuando había comprado el billete de tren que lo llevaría a Canadá para recogerla, aparecería aquel hombre vestido con traje militar, con una banda y un montón de medallas colgando de su pechera; pese a que dudaba mucho que nunca hubiera participado de verdad en una batalla puesto que la expresión de su rostro mostraba a un sujeto más acostumbrado a lidiar en grandes palacios y entre los pechos de unas cuantas damas que en los rigores de las trincheras.

Lo había conocido en el mismo hotel donde se había instalado y donde todavía vivía Ressay con su familia. Michael lo había invitado a cenar y se lo encontró allí sentado con su sonrisa orgullosa y sus modales exquisitos.

El encuentro había sido casual y, al principio, nada parecía presagiar que fuera a ocurrir algo especial. Los amigos de Ressay también habían acudido a la misma cena, ya que habían llegado el día anterior por invitación del vizconde, que pretendía casarse de nuevo con su mujer en lo que, seguro, iba a ser la celebración más sonada de los últimos años en Nueva York.

La conversación fue derivando e, instigado por Elizabeth Dijon, esposa del

conde de Charmington, les había acabado explicando la grave situación social por la que atravesaba su país y los continuos enfrentamientos entre las fuerzas del Imperio ruso y los grupos revolucionarios de mencheviques y bolcheviques.

Grimm había escuchado con mucha atención, aunque su naturaleza reservada le había impedido participar ni hacer más preguntas. Pero había querido empaparse de toda aquella información que lo acercaba un poco más a conocer a la mujer que lo esperaba al Norte.

Sin embargo, el momento decisivo llegó. Lizzy había preguntado por el tiempo que tenía pensado permanecer en Estados Unidos a la vista de que el hombre parecía ansioso por volver a su país y seguir resistiendo junto con los fieles al imperio de los Romanov y, entonces, por primera vez, había revelado el motivo que lo había llevado hasta allí.

—Todo dependerá de cuánto tiempo tarde en encontrar lo que he venido a buscar.

—Debe ser muy importante —había respondido Lizzy— si lo ha hecho recorrer tantos kilómetros.

—Lo es. Al menos para mí.

—¿Podemos ayudarlo, amigo? —había intervenido Ressayz solícito.

—Tal vez en alguna medida. Sé que llevan suficientes años en este país como para poder ayudarme a moverme con relativa facilidad, pero me temo que a quien busco no se relaciona demasiado con su ambiente habitual.

—¡Ah! ¿No es una cosa lo que busca? ¿Es una persona?

—Una mujer —había respondido con un tono de voz más bajo como si le avergonzara reconocerlo.

—¿Su esposa, quizás? —había insistido entonces Charles de Charmington.

—No... no... Yo soy viudo.

—¡Dios mío!! ¡Cuánto lo siento! —había exclamado Margaret—. ¿Tiene hijos?

—De mi matrimonio nacieron dos niñas. De dieciséis y catorce años.

—Edades difíciles —había intervenido Martin—. Mi hijo mayor tiene diecisiete años y también tengo una hija de trece años. Ressay tiene también dos hijos de edades similares y Charles tres más. No tengo muy claro cómo podría educarlos sin la ayuda de mi esposa.

—Sí —había respondido el ruso—. Fue un duro golpe perder a mi esposa. El nuestro no fue un matrimonio por amor, como ustedes pueden imaginar, pero se aprende a querer a la persona con la que convives y que te ha concedido el honor de ser padre.

—Y la mujer que busca ¿es un nuevo amor, tal vez? —había dicho Lizzy.

—Es la madre de mi único hijo varón, al que nunca reconocí.

—Entonces, ¿un antiguo amor? ¿Alguien de quien sí se enamoró?

El hombre se había revuelto inquieto. Para la aristocracia no era habitual hablar de sentimientos, salvo los que pudieran tener que ver con el honor o la dignidad; pero era muy difícil resistirse al embate de la señora de Charmington, siempre dispuesta a emocionarse ante historias románticas.

—Sí. Creo que sí. Cuando la vi por primera vez... Hace muchos años... Ella era bailarina en el Ballet Nacional y cuando salía al escenario el mundo entero se detenía. No pude evitarlo. La cortejé, la seduje y la amé. Pero se quedó embarazada y... en ese momento yo... yo me asusté. Al morir mi esposa, se produjo un hecho que interpreté como una señal. El zar firmó un acuerdo con los mencheviques que propició el regreso de muchos compatriotas y, entre ellos, apareció un tipo que había vivido en Nueva York. Fue él quien me puso sobre la pista de la mujer a la que obligué a marchar de Rusia y fue él quien me dijo que había tenido un hijo varón. No sé si la encontraré ni si me volverá a aceptar en su vida, pero sí creo que puedo remediar muchos de mis errores reconociendo a mi hijo y dándole el título que se merece.

—¿Cómo se llama esa mujer? —había preguntado entonces Florence con la tez muy pálida y una tensión en las manos apoyadas sobre la mesa, que Grimm supo perfectamente interpretar pues todos sus sentidos también se habían puesto en alerta.

—Irina Gerasimov.

Florence había lanzado un suspiro de alivio que no pasó desapercibido al resto de comensales, pero en seguida contuvo el aliento de nuevo cuando Jack había intervenido por primera vez.

—¿Su segundo nombre es Olga?

—Ssssí —había balbuceado Lebedenev—, y en Estados Unidos ha adoptado el apellido de su madre, Saparova.

Así había caído la bomba que cambiaría su vida, giraría el mundo del revés y lo lanzaría a los abismos de la desesperación.

No habían pasados más que veintitrés días desde aquella conversación y ahora estaba mirando el hangar donde pasaría el máximo de horas posibles para intentar no pensar ni imaginar qué podía estar haciendo Olga junto a aquel encantador aristócrata.

Por eso estaba tan agradecido a Ressy. El amigo que, sin hacer ningún tipo de pregunta ni comentario, lo estaba acompañando y consolando. Tan atento como Florence, su esposa, que también tenía la virtud de reconfortarlo solo con su presencia y su mirada. Sin necesidad de verbalizar nada de lo que estaba ocurriendo. Porque expresarlo con palabras lo hubiera sumido en una mayor desesperación y porque Jack Grimm jamás se compadecía de sí mismo.

Trevor Mathews se acercó a él y lo sacó de su ensimismamiento. Aquel joven podría dedicarse a dirigir parte de los muchos negocios que su suegro había creado en esa sociedad de riquezas rápidas. Sin embargo, se había negado. Prefería dedicarse a lo que había estudiado y era su pasión, la ingeniería, y quería hacerlo al lado de Michael de Ressy, a quien también le guardaba una lealtad que poca gente entendería si se supiera que su esposa, la heredera del imperio Hollister, había estado comprometida con el vizconde. Pero aquella era otra historia. Una de las que acababa bien y que, por lo tanto, le estaba vetada a él, el hombre solitario que no había conocido más familia que la de las ratas de los callejones.

—Los hombres están nerviosos. La última prueba de potencia no salió como

debiera —le dijo—. Necesitan que les digas algo, Jack. Son demasiados intentos fallidos.

Estaban construyendo el que debía ser el primer avión para transportar pasajeros siendo fieles a los proyectos visionarios de Ressay, pero las dificultades eran muchas y había poca confianza en que nadie, realmente, prefiriera desplazarse en avión que hacerlo en los medios tradicionales.

En efecto, hubiera sido mucho más lucrativo construir aviones para la industria militar, que sí mostraban un verdadero interés en volar. La posibilidad de dominar desde lo alto, controlar, vigilar e, incluso, atacar era demasiado cautivadora. Pero Ressay se negaba y tenía suficientes rentas y dinero para invertirlo en algo que no estaba garantizado que pudiera llegar a tener su retorno.

Jack miró a los hombres que habían ido deteniendo sus quehaceres al verlo aparecer después de tantos días. Reconocía en sus miradas el respeto y el reconocimiento que era mutuo. Él conocía a la mayoría de aquellos trabajadores desde hacía mucho. Con ellos había iniciado también la construcción del portaaviones y mucho antes de ello, algunos, incluso, habían peinado las calles como él en busca de información privilegiada.

—Amigos —empezó diciendo—, me han comentado que nuestro objetivo está resistiéndose algo más de lo esperado.

—Bonita manera de describirlo, Grimm —exclamó uno de ellos—, pero yo diría que se resiste tanto como una monja virgen.

Los hombres se rieron ante la ocurrencia del compañero, lo que, en parte, ayudó a distender el ambiente.

—Pero, Smith, eso no debería ser un problema para ti —continuó Jack la chanza.

—Tienes razón —comentó otro—, pero llevamos mucho tiempo peleándonos con este monstruo y no parece que avancemos mucho.

—Pero cobras tu salario cada semana, ¿verdad?

—Sí, Grimm.

—Y ¿crees que estás bien pagado?

—Nunca me he quejado de las condiciones de trabajo. No podría hacerlo, Grimm, y lo sabes.

—Pero no siempre es todo el salario —interrumpió otro de los trabajadores—. Tienes que reconocer que cuando explicamos qué estamos haciendo hay quien nos mira como si estuviéramos locos. Nadie va a querer viajar en esos chismes.

—¿Preferirías construir aviones de guerra, Johnson? ¿Crees que tus hijos entenderían mejor para qué sirven? ¿Los haría sentirse más orgullosos de su padre?

Jack vio cómo varios hombres bajaban la mirada o asentían ante sus palabras. Era el momento de continuar.

—Os honra que no estéis aquí solo por el salario y también que queráis estar orgullosos de lo que estáis haciendo; pero tenéis que sentir os ufanos de algo más. Industrias Aeronáuticas Ressay podría estar lucrándose con proyectos menos futuristas, pero quizás más sangrientos. No nos faltarían clientes. En Europa la situación es convulsa tanto en la zona de los Balcanes como en la propia Rusia; por no descartar la tensión entre Inglaterra, Francia y Prusia. Se acaba de constituir una república en China que no augura tiempos de paz y en este mismo continente, aunque sea fuera de nuestro país, se libran continuas revoluciones. Sangre y deseos de poder. Combinación perfecta para todo el que quiera lucrarse siempre que no tenga demasiados escrúpulos. Pero, en lugar de eso, estamos trabajando para que, algún día, los habitantes de este país puedan desplazarse a ver a sus familiares y amigos batiendo récords de velocidad y sin las incomodidades que pueda representar el tren o el vehículo de motor. Volando como pájaros. Sintiéndonos capaces de ir más allá de lo que nuestras limitadas capacidades humanas nos han proporcionado. Tardaremos un año o veinte, pero estoy convencido de que la aviación servirá para algo más que para escupir balas desde el cielo. Y yo me siento satisfecho por un proyecto que busca algo más que la riqueza o los títulos.

Los hombres se lanzaron a un alud de aplausos enardecidos por el discurso de Jack. No era habitual que ese hombre malgastara más de tres o cuatro frases y, sin embargo, había sido capaz de emocionar a tipos rudos y curtidos por el trabajo.

Mathews y Grimm saludaron brevemente, y se dirigieron ambos hacia las oficinas que estaban situadas en una balconada desde la que se podía visualizar todo el hangar. Al alzar la vista, él vio que allí estaba Michael de Ressay con una sonrisa en los labios, lo que indicaba que había oído todo o parte del discurso.

En ese momento, otra figura apareció a su espalda. Sergei Lebedenev y, pese a que su intención hubiera sido dar media vuelta para no tener que encontrárselo, habría sido demasiado evidente y su jefe y amigo podría tomárselo como una falta de respeto.

Subió las escaleras de dos en dos y se preparó para el desagradable encuentro. Intentaría ser cortés el mínimo tiempo posible y desaparecer con rapidez.

—Vaya, Grimm —saludó Michael—, creo que es la primera vez en mi vida que te oigo soltar más de diez palabras seguidas.

—Ha sido increíble —intervino Trevor—. Esta misma mañana, se estaban negando a seguir trabajando y ahora, mírelos, parece que les hubieran inyectado energía extra.

—Trevor —habló de nuevo Ressay—, quiero presentarte a Sergei Lebedenev, conde de Melikov. Ha venido hace poco de San Petersburgo y reside en el mismo hotel donde lo hago yo. Conde, este es Trevor Mathews, el mejor ingeniero que pueda conocer en su vida.

—Encantado, señor Mathews. El vizconde me ha hablado tanto de su proyecto que quería venir a conocerlo en persona y le aseguro que no ha ahorrado en privilegios sobre sus capacidades. Lo cierto es que estoy convencido de que el proyecto va a tener aceptación con el tiempo y me estoy planteando hacer algo parecido cuando regrese a mi país.

—¿Se ha dado cuenta, Trevor? No tendremos competencia ni clientes en Estados Unidos, pero sí los tendremos en la lejana Rusia.

—Espero no ser competencia, vizconde; pero, si le soy sincero, sería capaz de hacer una oferta de trabajo a este gran ingeniero. Dígame, señor Mathews, ¿se vendría conmigo? Podría pagarle... digamos... ¿el doble de lo que aquí percibe?

—Creo que ni con el triple podría acallar el rugido que haría mi suegro si pretendo llevarme a su hija a tantos kilómetros. No, conde, mi vida está aquí, junto al señor Ressay

—¿Y usted, señor Grimm? —insistió Lebedenev—. Mantener a raya a los trabajadores rusos es ahora una tarea difícil, contaminados como están con ideas absurdas sobre la revolución y el comunismo.

—Seguro que ustedes lo hacen muy bien desde sus caballos —respondió Jack sin poder dejar de hacer referencia a cómo se había sofocado la revolución que mantuvo el vilo el país en 1905.

Sergei lo miró con la sonrisa congelada en la cara y los ojos entornados. Sabía que no había sido muy educado con aquella alusión, aunque desconocía hasta qué punto él podía conocer cómo y cuánto se había involucrado él mismo.

—En el interior de las fábricas suele hacerse difícil introducir caballos —respondió con mucha suavidad—, por ello no tendría inconveniente en mantener mi oferta, Grimm. Eso sí, entenderá que a usted no le doble el salario. Un capataz no es un elemento tan valioso.

—Jack Grimm no es mi capataz, Sergei —intervino en ese momento Ressay con furia contenida—, es mi socio.

—Vaya... Nadie lo diría. Pero ¿lo es de todos sus negocios o solo de este proyecto futurista?

—De todos mis negocios en Estados Unidos, conde —insistió Ressay.

—Eso está bien —continuó Sergei con la vista clavada en él y cierta sonrisa en la boca—. Siempre que sepa respetar lo que le es ajeno. En los negocios y

en el amor es importante mantener lejos a los oportunistas o aprovechados. Y si no se puede lejos, al menos, controlados.

—Ressy —interrumpió entonces Jack antes de que Michael de Rissy, enfadado de manera visible, replicase—, debo irme. Nos vemos mañana.

Ladeó un poco la cabeza a modo de saludo a Lebedenev y después miró a Mathews, que se había quedado con la boca abierta ante la evidente tensión que había presidido los últimos minutos.

Salió de allí furioso y caminó con rabia los dos kilómetros que lo distanciaban de su casa. Ese pretencioso le había lanzado una amenaza velada. Debía saber algo sobre su relación con Olga y no había dudado en marcar su territorio, como si se tratase de un animal en celo. Él no estaba dispuesto a soportarlo. Sin duda no tenía ningún interés en acercarse a Olga o a Edward, pero tampoco iba a aguantar que aquel imbécil le dijera qué tenía que hacer o con quién debía relacionarse.

La brisa del mar le acarició el rostro justo cuando ya caminaba por el paseo, último tramo hasta su destino. No quería pensar en la vivienda en términos de hogar. Esa misma noche había decidido deshacerse de ella. Venderla y volverse a instalar en Brooklyn o en el mismo Queens.

La playa estaba poco concurrida, tan solo algunos niños, a veces acompañados de sus madres, solían visitarla a esas horas. Era un buen espacio de juego y relajación. Él, a veces, los miraba desde la ventana. Lo había estado haciendo durante todos los días de invierno imaginando que, algún día, los que estuvieran jugando con la arena serían Olga y Edward. Ahora, todo se había convertido en una quimera.

La figura de una mujer con su hijo a lo lejos volvió a recordarle de manera dolorosa a la que podría haber sido su familia. Parecían pasear y dejarse mecer por la reconfortante brisa. Entonces, una especie de corriente le recorrió el cuerpo. Podía ser producto de la intuición o, con certeza, de la convicción, pero esa pareja no le era tan desconocida.

Segundos más tarde, ya no había duda. Eran ellos. Olga también lo había

reconocido y, por un instante, la vio dudar, como buscando por donde escapar de aquel encuentro. No era posible.

—Hola —dijo ella con suavidad cuando llegaron a su altura.

—Hola —respondió él y después dirigiéndose a Edward—. ¿Te gusta la playa?

—Mucho —contestó el niño—. Mamá me ha prometido traerme cuando haga más calor y pueda bañarme

—¿Qué haces aquí? —preguntó Olga.

—Podría preguntarte lo mismo.

—Yo... nosotros... Sergei ha ido a ver...

—Lo sé. Lo he visto. Vosotros ¿no queríais verlo?

—Yo sí. Ya se lo he dicho a mamá. Pero no ha habido manera.

Entonces Jack la miró a los ojos y se dio cuenta de que el paseo por la playa intentaba evitar encontrárselo a él. Con seguridad no le había costado demasiado esfuerzo convencer a Lebednev de que ellos esperarían alejados. Y, de nuevo, una rabia interna lo sacudió. Él ya había renunciado a ella y al niño, ¿por qué tenían que parecer como si fueran ellos los que imponían la distancia?

—¿Tú también construyes aviones, Jack? —preguntó el niño con los ojos muy abiertos.

—Ayudo. Pero el verdadero constructor es Trevor, el ingeniero.

—Me gustaría ser ingeniero, entonces.

—Bien, nos tenemos que ir. Nosotros...

—Sí, por supuesto —dijo Jack—. Yo también me tengo que ir.

Y al decirlo, casi por descuido, señaló la casa de madera azul que presidía el paseo justo unos pocos metros más allá.

Olga la miró y sus ojos se abrieron en un gesto que, sin duda, indicaba sorpresa. Él sabía que parecía una casa de juguete, con amplios ventanales abiertos al mar, marcos pintados de blanco al igual que las barandas del precioso porche. Tenía dos plantas y una tercera que incluía una buhardilla de

ventana redonda, como si se tratase de la celosía de un camarote de barco.

Olga volvió de nuevo la vista hacia Jack. Él apretó los dientes y se mantuvo lo más frío y distante que pudo.

—¿Esta es tu casa?

Ahí estaba la pregunta. Dirigió la vista hacia donde ella señalaba e inspiró con fuerza.

—Por el momento, sí —respondió finalmente.

—Nadie lo diría —susurró ella.

—¿No? ¿Por qué?

Supo que su pregunta había surgido brusca y casi amenazante. Lo advirtió en el leve gesto con el que ella se retiró un poco hacia atrás.

—No lo sé —balbuceó.

—¿Podemos verla? —intervino entonces Edward.

—¡Oh, no! —respondió Olga con rapidez—. Tenemos que irnos.

—Sí. Seguro que os están esperando —dijo Jack.

Y sin más, empezó a caminar sin volver la vista atrás en ningún momento.

Sintió como si aquel fuese el verdadero momento en que renunciaba a ella. Más allá de lo que había significado que la recogiera del poblado de los ojibwa para apenas dirigirle la palabra en todo el trayecto o el día en que llegaron y en el que él desapareció sin despedirse, fue ese momento en el que, dándole la espalda y dejándola en aquella playa desierta, la estaba abandonando.

Al llegar a su casa, no pudo evitar dirigirse a una de las ventanas y verla cómo se alejaba llevando de la mano a su hijo. Seguro que no quería impacientar a Sergei.

Olga, sentía cómo la congoja le atrapaba el cuello mientras se iba de allí. Había visto de nuevo en Jack la frialdad y la distancia y, sin embargo, verlo frente a una casa en la que podría haber vivido una familia feliz le había hecho

soñar, por un momento, que aquel hubiera podido ser su hogar.

Sin embargo, era absurdo soñar. Ella sabía que su futuro inmediato estaría en Rusia. Un futuro en el que los sentimientos ya no importarían. Había sido sincera con Sergei. Le había confesado que ya no le amaba; aunque había omitido que estaba convencida de que, en realidad, nunca lo había amado. Que lo que había ocurrido años atrás había sido más la consecuencia de su edad y de la diferencia de estatus, que la había encandilado y obnubilado. Ella había conocido el verdadero amor mucho más tarde, bebiendo de unos ojos oscuros como el ónix.

A Sergei no le importó. Lo único que tenía en mente era para con el niño. El acuerdo al que llegaron suponía que ella podría vivir en alguna pequeña casita que pudiera comprar o construir cerca del palacio donde él iba a residir. Se comprometía también a llevar al niño una vez por semana y también habló de una manutención que a ella le hubiera gustado rechazar. No podía permitirselo. Su reputación en Rusia estaría arruinada en cuando llegase de la mano de esa familia y se supiese que era madre soltera. Jamás podría volver a bailar y ni siquiera podría nunca montar la escuela de *ballet* que siempre había creído que sería su futuro cuando la edad ya no le permitiese bailar. Debería conformarse con ser la mantenida del conde. Con todo lo que ello implicaba.

Si todavía no había tenido que enfrentarse al futuro era porque él había prometido a sus hijas que podrían visitar Norteamérica aprovechando la circunstancia de que él se hallaba en ese continente y tener la oportunidad de hacer su *tour* particular. Un viaje que caracterizaba a casi toda la aristocracia europea y que permitía que los jóvenes, antes de casarse, tuvieran experiencias distintas a las cotidianas. Era casi obligado en el caso de los hijos varones, pero también se realizaba en los últimos tiempos con bastante frecuencia entre las hijas, aunque, en ese caso, se hacía acompañado de los padres y durante un máximo de dos o tres meses.

Así que las jovencitas llegarían, con toda probabilidad, en abril y sería el momento en el que la conocerían a ella y a quien iba a ser su nuevo hermano.

La idea de que rechazaran al niño la aterrizzaba, aunque no dudaba de la respuesta que tendrían para ella.

Ese iba a ser su inmediato futuro: el rechazo de la clase alta, de sus conocidos y amigos, y de cualquier persona que se considerara decente. Una vida oculta, aunque sin grandes necesidades en su gélido país.

Miró a Sasha. Él sería conde. Él tendría riquezas. Él nunca más pasaría hambre. Todo valía la pena.

Capítulo 19

—¡Jack! ¡Jack!

Grimm se levantó de la silla como si fuera un resorte automático al oír los gritos de quien, sin duda alguna, era Michael de Ressay, un hombre que, por encima de todo, se caracterizaba por no perder nunca los nervios ni la compostura. Así que esos gritos solo podían anunciar alguna catástrofe y, por ello, él se lanzó escaleras abajo para llegar al encuentro de quien lo llamaba.

Se toparon justo en el pie de la escalinata cuando Ressay ya había cruzado todo el hangar y llegaba exhausto.

—¡Jack! Tienes que venir conmigo. Se trata de Olga.

Al oír su nombre notó como si alguien hubiera cogido su corazón y lo hubiera comprimido en un puño, al tiempo que sus manos se engarrotaron. Hacía tres semanas que habían llegado a Nueva York y, por tanto, hacía tres semanas que la había dejado en los brazos de su ex amante, del padre de su hijo, y solo había podido hablar con ella cuando se encontraron frente a su casa, pese a que, sin poder evitarlo, los había espiado casi cada día, aunque siempre a distancia, por mucho que las noches se hubieran hecho eternas, por mucho que los días fueran como un tormento, por mucho que la deseara y que notase cómo se consumía por dentro.

—¿Qué pasa con Olga?

—Está como loca. Solo quiere verte a ti.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—El niño ha desaparecido. —Y como si hiciera falta una aclaración, matizó —: Su hijo.

Jack no esperó siquiera a comprobar si Ressayre lo seguía, cuando se lanzó corriendo hacia uno de los vehículos que había estacionados y que la empresa utilizaba para la mayoría de las gestiones. Tan solo se detuvo unos segundos para dar indicaciones a su segundo, Robert Malson, tanto respecto al trabajo pendiente en ese lugar como para pedirle que movilizara de inmediato a todos los hombres; el ejército de informantes que durante tantos años lo habían servido de manera fiel. El vizconde tomó su propio coche con el que había llegado hasta allí. Tampoco quiso perder el tiempo en discutir si debían ir en un solo coche o en dos. Tal vez era mejor disponer de la máxima cantidad de recursos.

Minutos después ambos cruzaban el vestíbulo del hotel Astor hasta el salón principal, cuyo acceso para el público había sido cerrado por parte del personal del establecimiento. Olga se levantó como un resorte en cuanto lo vio aparecer y Jack tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no abrazarla pues su cara de terror, sus ojos enrojecidos y sus mejillas cubiertas por unas lágrimas que parecía que hiciera horas que no dejaban de brotar eran la más pura imagen de la desolación.

—Jack —le susurró y, acto seguido, un llanto profundo le impidió seguir hablando.

Antes de que Grimm pudiera hacer nada, Sergei, de quien hasta entonces no había sido consciente, la cogió por los hombros y se la llevó hasta su pecho. La imagen de aquella mujer llorando con desconsuelo en los brazos de otro hombre le despertó todos los horrores internos, pero se contuvo. Reparó entonces en que, en la sala, además de ellos cinco, estaban Florence, así como Martin y Margaret.

Poco después, Olga pareció recomponerse y separándose de su abrazo tendió las manos para cogérselas a él.

—Ha desaparecido, Jack y yo... yo... yo me muero si...

—Shhhsss Tranquila. Ahora me lo vas a explicar con calma. Necesito saberlo todo.

Le había contestado mientras, sin poder evitarlo, le acariciaba las manos con los pulgares. Sin embargo, se dio cuenta que Sergei tenía la mirada fija en ese punto y se obligó a detenerse.

—Anoche no le di un beso, Jack —siguió sollozando—. Me había enfadado tanto.... ¡Oh Dios! ¿Por qué no le daría el beso?

—Olga, respira y concéntrate en relatarme todo lo que recuerdes de las últimas doce horas. Todo.

—Yo... yo... Habíamos vuelto de Sunset Area, donde habíamos comprado unas bolsas para el viaje. Él... él... caminaba lento, no quería hacerme caso y se resistía. Le habíamos prometido que lo llevaríamos a Conney Island, pero Sergei tuvo que ir a la embajada y lo suspendimos. Creí que era por eso que estaba enfadado y lo estuve reprendiendo. Entonces llegamos al hotel y antes de entrar en las habitaciones, en el pasillo, cuando insistí en que pidiese perdón por su actitud, reaccionó de una manera que nunca había visto. Me gritó. Me gritó sin parar, Jack. Me decía que me callara, que me odiaba, que era una egoísta, que no me soportaba... Estaba histérico, ido... No atendía a razones. Pataleaba sin parar... Llegó entonces la gobernanta de planta y nos pidió silencio porque los gritos estaban llegando a otros pisos. No quería entrar y al final le pegué.

El labio inferior de Olga empezó a temblar anunciando otro nuevo episodio de llanto, pero estaba haciendo muchos esfuerzos para evitarlo y al final pareció que lo conseguía.

—Le pegué, Jack —continuó—, una bofetada. Solo una. Pero calló de golpe, me miró y, entrando sin decir una sola palabra más, se encerró en su habitación. Cuando llegó la hora de la cena no quiso salir. Lo intentamos ambos —dijo entonces mirando a Sergei—. Cuando por fin entré y lo encontré dormido en la cama, con la ropa puesta... se la quité y le puse el pijama. Entonces esta mañana..., esta mañana cuando a las diez no se había levantado

todavía, decidí entrar y... ya no estaba. Lo he buscado por todo el hotel, Jack. No está. Se han llevado a mi pequeño, Jack. Se lo han llevado...

El cuerpo de Olga volvió a convulsionarse en los espasmos del llanto. Sergei volvió a ponerle las manos sobre los hombros, aunque esta vez se limitó a acariciárselos con suavidad.

—Déjame ver su habitación, Olga —dijo.

Ella se levantó y empezó a caminar hacia un pasillo. Sergei también se colocó a su lado, mientras que los demás se quedaron en la sala. Al llegar, se volvieron a oír los sollozos de Olga incapaz de resistirse a la congoja que la embargaba.

—Olga, concéntrate ahora, ¿echas algo de menos? —le preguntó.

Ella lo miró, al principio, como si no lo entendiese, pero en seguida empezó a pasear la vista a su alrededor. Por la dispersión de su mirada, Jack comprendió que no le estaba siendo posible pensar con claridad.

—Mírame, Olga —le dijo tomándola de los codos—. Haz lo siguiente. Intenta pensar como si fuera un día normal y tienes que atenderlo. Piensa, por ejemplo, en qué ponerle de ropa, o si te pedirá coger un juguete o si tendrá que hacer algunas tareas... Un día cualquiera, Olga. Hazte a la idea que él está aquí y vas a hacer lo que cada día haces, lo que hubieras hecho hoy.

Asintió con la cabeza e inspiró hondo. Ahora ya sabía mejor qué debía buscar. Abrió el armario, miró entre la ropa, después siguió con los cajones, bajo la cama, pasó los dedos sobre cada objeto del escritorio... Entonces, lo miró con un brillo especial...

—No está la ropa que llevaba ayer, ni su bolsa... la que le diste... la del cuchillo.

Jack miró por un momento a Sergei y reconoció los celos en aquel gesto reprimido que le había hecho apretar la mandíbula.

—¿Y el pijama?

Olga se giró con brusquedad hasta la almohada y la levantó. No. Allí no había nada. Una ligera sonrisa apareció en sus labios.

—¿Eso es bueno? —le preguntó esperanzada.

—No lo sé todavía. Pero ahora dame datos horarios. ¿Qué hora era cuando lo viste por última vez anoche?

—Sobre las once. Estaba del todo dormido

—Y tú ¿qué hiciste entonces?

—Fui... fui a dormir.

—¿Te dormiste enseguida?

La rápida mirada que se cruzaron ella y Sergei le entró como un cuchillo acerado. Había preguntado todo aquello solo para saber el tiempo durante el cual, en las salas, no había habido nadie capaz de reconocer un ruido sospechoso y así concentrarse en esa franja horaria cuando preguntara al personal del hotel. En ningún momento había previsto resultar un intruso en la intimidad de una pareja y, sin embargo, aquel intercambio de miradas podía significar demasiado.

—Nnnno... Yo... Nosotros...

Jack fue a hacer un gesto para evitar que continuase hablando. Con cualquier otra persona, en cualquier otra situación, se habría mostrado inflexible, esperando que le confesaran cualquier cosa, solo atento a los datos objetivos, pero de ella...

—Discutimos —dijo, por fin, Olga y a punto estuvo él de soltar un suspiro de alivio.

Ella había bajado la cabeza y fijado sus ojos en la alfombra. Sergei se removió inquieto y se dirigió hacia la ventana.

—Disculpadme. No quiero ser entrometido. Pero, hay cosas que... solo me interesa saber dónde ocurrió y si Edward pudo haberlos oído.

—Sasha —espetó entonces cortante el conde ruso.

—Perdón —respondió él de inmediato—. Quise decir Sasha.

—Tal vez sí —intervino entonces Olga—. Estábamos en mi habitación, que está aquí al lado.

Solo con el gesto que hizo Grimm entendieron que él quería ver de qué

espacio se trataba, así que lo dirigió hacia allí.

En la alcoba, los colores ocre y tierra se combinaban entre sí dando calor y placidez al ambiente, sin embargo, en lo que pensó Jack fue en cómo se la vería a ella tumbada entre las sábanas blancas y con su pelo, del mismo color que la decoración, que ya le había crecido hasta más allá de los hombros, desparramado. Se obligó a volver a la realidad y mantener su profesionalidad cuando, después de echar un vistazo, se convenció de que, en efecto, la cercanía de las dos habitaciones hubiera permitir oír cualquier ruido sospechoso y conocía lo suficiente a Olga para saber que aquella noche, después de haberse discutido con su hijo y con su amante, su sueño no había sido plácido. De todas formas, creyó que era mejor preguntar. No podía descartarse ningún nimio detalle.

—¿No oíste nada a lo largo de la noche?

—No

—¿En ningún momento te despertaste con la sensación de que hubiera habido algún pequeño sonido?

—Nnnno. —Esa vez, su respuesta no fue tan contundente—. Creo que no... me desperté varias veces... pero... creo que no. Si algo me sorprendió fue precisamente el silencio cuando ya clareaba. Sasha también se despierta temprano y muchas veces se pone a jugar hasta que llega la hora del desayuno.

Jack asintió. Acto seguido pidió ver el resto de las salas que tenían asignadas en el tercer piso del hotel, sin encontrar nada que le pudiera dar una pista, aunque sí tuvo que contener su respiración cuando accedieron a la alcoba del conde y no pudo evitar, por unos instantes, imaginar a Olga sobre aquella gran cama con dosel.

Volvieron a bajar al vestíbulo central y antes de entrar en los salones del lado sur que seguían exclusivos para ellos, Jack vio a tres de sus hombres y se dirigió a ellos para darles indicaciones de lo que debían hacer y por dónde empezar la búsqueda. Sabía que, en cuestión de minutos, aquellas mismas órdenes iban a ser transmitidas a un tropel de casi un centenar de

colaboradores directos o indirectos desperdigados por toda la ciudad.

Cuando entraron en el gran salón, Florence solícita tomó a Olga por los hombros y la obligó a sentarse en uno de los sofás. Grimm se quedó en pie. Solo le quedaban unos instantes para marchar él mismo a recorrer la ciudad entera.

—Bien, Olga. Una última pregunta ¿Llegó Ed... llegó Sasha a expresarte por qué estaba tan enfadado ayer por la tarde?

Ella paseó la vista a su alrededor como si dudase en responder una pregunta como esa ante aquel público. Grimm se arrepintió de haberla formulado, pero no tenía muy claro cómo arreglarlo para permitir que la respuesta se diese con mayor intimidad. Antes de que pudiera pensarlo, ella respondió:

—Me dijo que no quería ir a Rusia

Lebedenev se removió inquieto a su lado, pero Jack no quiso mirarlo. Entendía por lo que debía estar pasando ese hombre, aunque eso no significaba que quisiera empatizar con él. Solo debía respetar una situación que le había sido impuesta y que dependía de la decisión de ella.

—De acuerdo. A partir de ahora, me ocupo yo. Descansa.

—¿Y si ha sido Ilichenko? —sollozó ella.

—No lo creo, Olga

—¿Por qué estás tan seguro? Él me odia. Yo...

—¿Ilichenko se hubiera detenido a hacer la cama?

Los ojos de Olga se abrieron como platos recordando que, en efecto, la cama estaba hecha pese a que por la poca perfección que mostraba su ejecución estaba claro que no era obra de alguna de las doncellas del hotel.

—Olga, tan solo hace unas horas de su desaparición. Es un niño de siete años que, enfadado, ha decidido emprender una aventura. No puede llegar muy lejos. Lo encontraremos. Incluso es probable que vuelva por su propio pie. Así que debes tranquilizarte y quedarte aquí.

Olga pareció que iba a protestar ante esa decisión, aunque en seguida bajó los hombros y aceptó la derrota asumiendo que su propuesta era más sensata.

Sus manos seguían temblando bajo el influjo del estado de *shock* en el que estaba inmersa.

—Debes tomarte esto —susurró entonces Florence mostrándole una pequeña taza—. Martin es doctor y sabe qué es lo que te conviene

—No. No quiero estar drogada. Quiero estar atenta a lo que ocurra.

—Si no descansas, Olga —dijo entonces él—, no podrás ayudarme de verdad. Mírame y déjalo en mis manos. No te fallaré. Edward estará entre tus brazos en breve.

—Sasha. Maldita sea

Las palabras de Sergei habían sonado bastante más duras y embargadas de odio que la primera vez. Jack se limitó a apretar los labios y seguir mirando a Olga esperando su obediencia ante la pequeña taza. Ella, por fin, la tomó y se la bebió a pequeños sorbos. Entonces Grimm se dirigió hacia la puerta de salida.

Sabía que sus hombres ya estarían revolviendo cada pequeño rincón de Nueva York, pero era una gran ciudad y no iba a ser fácil; aunque creía sin fisuras en lo que le había dicho a Olga. Se trataba de una pataleta infantil y, aunque el pequeño era mucho más espabilado que muchos de su edad, no podría llegar muy lejos.

—No me dejes fuera de esto.

Había oído la voz justo cuando estaba a punto de salir a la calle y reconoció en el timbre la rabia y el odio que estaban atenazando a Sergei Lebedenev. Cuando se giró para mirarlo sus ojos centelleantes declaraban, sin embargo, algo más: miedo.

—Es mi hijo —dijo entonces el ruso.

Tenía razón. No podía negarlo. Él no le debía nada a ese hombre que, incluso en esos momentos de zozobra, se mostraba orgulloso de sí mismo y levantaba el mentón mostrando su cara perfecta.

No. No le debía nada. Pero era quien iba a tener a la mujer a la que amaba por encima de su vida y era el padre de aquel niño que podría haber sido su

propio hijo. Parecía mentira cómo era el amor. Era capaz de provocar en alguien el mayor de los sacrificios: el de renunciar a la propia vida en favor de la felicidad del otro.

Se dirigió al mostrador de recepción del hotel y pidió un mapa de la ciudad. Luego fue hacia una pequeña mesa donde lo desplegó y miró a Sergei incitándolo a que se acercara. El hombre lo hizo no antes de que su labio inferior temblase un poco, única muestra de que su seguridad no era tal. Lo acompañó Michael de Ressay, que había permanecido a su lado y que no pudo evitar, tampoco, lanzar un suspiro de alivio ante el gesto amigo de Jack.

—Mis hombres se moverán, sobre todo, por esta y esta zona —dijo señalando el plano en diversos sitios—. El Upper lo tenemos también controlado igual que Harlem. Si pasea por las calles, en un momento u otro lo localizaremos. Brooklyn me preocupa solo de manera relativa. El Bronx y Staten Island son menos probables, aunque enviaremos a alguien. Queens es el riesgo mayor. La colonia judía originaria de Rusia es muy importante.

—Le ha dicho a Irina que no cree que...

—Y no lo creo —lo interrumpió con brusquedad—. Pero eso no significa que no puedan aprovecharse de las circunstancias. Si no lo localizamos antes de mañana, no solo nosotros lo estaremos buscando. Cuando he llegado había, como mínimo, tres periodistas fuera. No dude que las rotativas ya están echando humo. Tiene todos los componentes que excitan a la aburrida sociedad neoyorkina: un pobre huerfanito americano que, de pronto, se ha convertido en heredero de una familia aristocrática.

—Sasha nunca fue huérfano —siseó Lebedenev.

Jack lo miró con furia, pero contuvo sus ansias de responder con sus propios puños a esa desfachatez.

—Yo me dirigiré a las estaciones de trenes y autobuses. Le propongo que vaya usted a Coney Island.

—¿Podrá acompañarme, Ressay? —preguntó entonces Sergei dirigiéndose al vizconde.

—Por supuesto. Iremos en mi vehículo —contestó el aludido.

—Nos veremos de nuevo aquí a la hora de la cena para poner en común los avances —dijo Jack a modo de despedida.

Cuando salió a la calle, el viento húmedo típico de la primavera neoyorkina no resultó tan desagradable como haber tenido que soportar a aquel presuntuoso. No era solo que los celos lo consumiesen. En cualquier otra circunstancia tampoco hubiera aguantado a un aristócrata que era incapaz de salir de casa sin las innumerables capas de tela brillante y que apenas se acercaba a nadie por temor a embrutecerse.

Mientras los espiaba de lejos, lo había visto tratar a Olga con una deferencia distante y demasiado contenida. Al niño lo miraba desde su altura, obligando al pequeño a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos tal y como le exigía. Comía como si nunca le embargase el hambre y era capaz de pasear la vista por una sala llena de gente sin mirar a nadie siempre y cuando no se tratase de otros aristócratas o adinerados como él.

Y, sin embargo, iba a ser quien se llevase a Olga lejos de allí. Quien la acariciase cada noche.

Se obligó a dejar de pensar en aquel sujeto mientras conducía su vehículo hacia la Gran Central Terminal. Si Edward había escapado de su residencia por iniciativa propia como todo parecía indicar, había muchas posibilidades que quisiera regresar a algún lugar conocido. Había enviado a uno de sus mejores hombres al Saint John, la escuela donde había estado internado los últimos años; pero mucho se temía que lo que intentaría el niño era regresar con los ojibwa. Allí había sido feliz y allí tenía amigos. Desde su mentalidad infantil, era la opción más fácil; aunque ya no debía recordar que se trataba de un viaje de varios días y no exento de peligros.

La estación más grande de toda la ciudad era un hervidero de gente como casi siempre. Pasajeros que desembarcaban, otros que esperaban a que anunciaran su tren, algunos, que arribasen amigos o familiares y, también, sin ninguna duda, pillastres y tunantes que aprovechaban toda la aglomeración

para robar carteras o maletas a los más descuidados.

Se dirigió a las taquillas y, al observar que estaban ocupadas por colas de gente que compraba billetes, optó por colarse por uno de los laterales y acceder como si fuera uno más del personal. Un mozo sentado en la primera de las mesas lo miró con cierto atisbo de sorpresa, pero no llegó a detenerlo. Los cambios continuos de personal que sufrían aquel tipo de compañías aseguraban que nadie conociese a nadie lo suficiente.

Jack se dirigió entonces a uno de los trabajadores que, sentado en la última de las taquillas, lucía sombrero con su uniforme. Esperó a que acabase de atender a la mujer que estaba comprando un pasaje para Boston y, antes de que diera la tanda a otro cliente, hizo que reparara en su presencia y se presentó como agente de seguridad especial.

Tardó solo unos segundos en captar su atención. Pocas palabras, pero suficientemente insinuantes de la importancia de la misión que lo había llevado hasta allí, bastaron para tener su total colaboración y, en un momento, había preguntado a todos sus compañeros sobre la presencia, aquella mañana, de un niño que hubiera comprado billetes de tren.

Uno de los trabajadores, el que ocupaba el asiento número cuatro, afirmó haber atendido a un niño que se aproximaba a la edad que se le indicaba. No había podido venderle el pasaje. El niño no sabía precisar dónde quería ir. Le habló de unos indios que vestían pieles curtidas y que vivían muy al Norte. Cuando el hombre le pidió que esperase para llamar a un superior, el pequeño desapareció.

Jack dio las gracias y se marchó. No había errado en su intuición. El único problema era que, al mismo tiempo, el acierto lo volvía a llegar a un callejón sin salida. ¿A dónde habría decidido ir una vez que su opción de regresar con los ojibwa se había frustrado?

Salió a la calle y miró a ambos lados. Justo frente a él se detuvo un autobús que anunciaba que su recorrido finalizaba en Bowery Bay Beach. Aquel era su nombre oficial, sin embargo, todo el mundo la llamaba el Coney Island de

Queens. Recordó que, a escasos metros, se hallaba Flushing Bay y su playa de arena fina, donde los había visto la última vez. Justo frente a su casa de dos plantas que dominaba la bahía y que también le permitía ir andando al hangar instalado en el terreno yermo de Willets Point.

Dudó. Ir hasta aquella zona le llevaría casi dos horas de ida y otras dos de vuelta y, por tanto, incumpliría su propia norma de regresar a la hora de la cena para dar el parte. Debía ser más metódico y menos intuitivo en la búsqueda. Le quedaba todavía por recorrer la Estación de Pensilvania, otro importante núcleo de transporte que el niño podía conocer y al que había muchas posibilidades que se hubiera dirigido.

Así que se dirigió hacia allí, pasando primero por una de las ocho terminales de autobuses que se repartían por toda la ciudad. El resultado fue del todo infructuoso en ambos lugares. Nadie recordaba haber visto un niño ni haberle vendido ningún pasaje. Volvió a mirar hacia el este, hacia Bowery Bay Beach, pensando que, tal vez, debería haber obedecido más a su instinto. Sin embargo, le quedaba el tiempo justo para volver al Astor y comprobar si otros habrían tenido más suerte que él.

En el hotel se quedó en el vestíbulo pidiendo al personal que no avisaran a Olga de su llegada. Habló con todos y cada uno de sus hombres a medida que fueron llegando y volvió a darles instrucciones para que, de nuevo, recorrieran la ciudad.

A las ocho y media de la tarde, aparecieron Ressay y Lebedenev y solo verlos comprendió que tampoco tenían buenas noticias. No valía la pena enviarlos de nuevo a ellos a las calles. Oscurecía y Olga necesitaba compañía. Ese era el papel que debía cumplir aquel hombre a partir de ese momento por mucho que a él le pesase.

Volvió a la calle y, esta vez, dirigió su coche sin distracciones hacia su casa. Primero quería descartar aquel presentimiento. El tráfico estaba muy complicado y cuando aparcó el vehículo en el garaje ya no quedaba un ápice de la luz del sol.

Cogió la linterna que siempre llevaba cerca y se dirigió a la playa. Las luces del parque de atracciones actuaban como un reclamo para cualquier mente infantil, pero no quiso apresurarse y apuntaba con el haz de luz tanto a la arena como a cada una de las casas que iba encontrando mientras caminaba con lentitud.

Apenas una hora después regresaba a su casa con la frustración en el estómago. La temperatura había descendido casi diez grados y, aunque no hacía frío, la constante brisa marina le recordó que, si iba a pasar toda la noche en vela, mejor sería que cogiera una chaqueta, ya que estaba tan cerca.

Entró con la idea de tomar la primera que viera en el perchero que había justo en el recibidor. Sin embargo, estaba vacío. Lena, la mujer que le hacía las tareas del hogar dos veces por semana, tenía la insana costumbre de intentar guardar todo lo que se encontrara por su paso dentro de armarios. Cualquier armario.

Subió entonces a la habitación. En el vestidor encontraría algo rápido. Sin embargo, al pasar por delante de su cama para acceder a aquel pequeño habitáculo donde guardaba su ropa, pese a que no había llegado a encender la luz, algo lo asaltó como extraño a la tenue luz de la luna. Un bulto en su cama.

Allí estaba. Dormido por completo. Como si no hubiera huido y estado desaparecido durante todo un día. Como si ese fuera su sitio. El único lugar donde debiera estar.

Cómo había llegado a entrar no era difícil de imaginar sabiendo, como sabía, de aquel pequeñajo y de su afición a escalar. La ventana de la habitación estaba abierta y la cortina se movía al suave compás de la brisa nocturna.

Jack todavía tardó unos minutos en despertarlo. Quiso imaginar cómo hubiera sido su vida si él y no Sergei fuera la pareja de Olga. Si hubiera cumplido con la promesa y el compromiso de ser su padre.

Notó cómo la tristeza lo invadía y, por primera vez, como si fuera capaz de llorar. Él. Jack Grimm. El hombre de acero. El hombre impasible. El hombre

sin sentimientos. Él se enterneceía con ese cuerpecito y su respiración profunda.

Capítulo 20

Olga se despertó bañada en sudor. Había tenido una pesadilla, aunque apenas recordaba nada. Solo breves retazos de imágenes inconexas en las que sabía que estaban su hijo y también Jack. La oscuridad total de la habitación donde se hallaba le indicó que todavía debían de ser altas horas de la noche.

No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo ni si durante su sueño Jack había ido a llevar noticias. Suponía que, en cualquier caso, no eran optimistas, si no, la hubiesen despertado.

Se levantó, se puso la bata de satén blanco y salió al pasillo. Había luz en la sala central. Se dirigió hacia allí y, nada más entrar, se encontró con Sergei apoyado en la repisa de la chimenea con la cabeza caída entre los brazos y una copa cercana que indicaba que había estado bebiendo.

Al oírla levantó la vista y ella corroboró el estado de embriaguez puesto que sus ojos azules brillaban más de lo normal y la miraban con una expresión casi ajena, como si no acertara a reconocerla entre la bruma interior.

—Eres tú —dijo entonces con la voz pastosa.

—¿Se sabe algo?

La pregunta era absurda. Obviamente no se sabía nada. Pero, por un momento, le aterrorizó pensar que, tal vez, Sergei se había emborrachado para poder informarle de alguna horrenda novedad. El conde negó con la cabeza y después tomó la copa y, bebiendo de ella, se la acabó de un trago.

—No bebas más. Tienes que estar sereno.

—¿Para qué, Irina?

Sergei la había vuelto a mirar y ahora sus ojos dejaban entrever una tristeza especial que humanizaba más a ese aristócrata que siempre parecía tan feliz y confiado en sí mismo. El hombre encantador que la había encandilado de joven y que en los últimos tiempos la repelía por su frivolidad y excesiva pedantería, ahora parecía un ser abandonado.

—Para seguir buscando a Sasha.

—¿Yo? ¿No tienes para eso a tu enigmático hombre americano?

—No digas eso. Todas las manos son pocas.

—Yo aquí soy un inútil. No conozco la ciudad. No tengo hombres que me sigan...

—Eso no importa, Sergei. Tienes piernas y ojos. Solo se necesita eso.

—También se requiere algo más, Irina. —Y después de unos instantes en silencio, prosiguió—: Se necesita que aquel que se ha perdido quiera ser encontrado.

—Sasha es un niño. Estará asustado. Aunque se haya ido por propia voluntad, lo conozco, estoy convencida de que ahora ya está arrepentido y no sabe cómo volver.

—Eso no significa que quiera volver conmigo.

—No te entiendo.

—Tal vez quiera ver a su madre, pero no quiere estar con su padre.

—Eso no lo sabemos. Yo creo que...

—¿No? ¿No lo sabemos? ¿Estás segura? —Había empezado a alzar la voz—. Tú misma lo dijiste. No quería ir a Rusia.

—Eso es lógico. Tienes que entenderlo. No lo conoce. Él siempre ha vivido aquí.

—¿Y qué tiene aquí? ¿Qué es más importante que su familia?

—Sergei, por favor. Te lo ruego. Ponte en su lugar. Él nunca...

—¿Nunca ha tenido un padre? ¿Qué ha sido ese Grimm para él? ¿Qué ha sido para vosotros?

—Sergei, ya te lo dije el primer día. Jack nos salvó y nos buscó cobijo cuando más lo necesitábamos y pese a que yo lo había traicionado de la peor de las maneras. No puedo ni quiero borrar eso de un plumazo. No me lo puedes pedir.

—Pero dime ¿qué significó? Dime si ha sido el hombre que ha calentado tu cama este tiempo. Dime si él es la causa por la que no quieres entrar en la mía, por quien te muestras tan distante.

—No tienes derecho a exigirme ningún tipo de explicación. Voy a ir contigo a Rusia y aceptaré todas tus decisiones.

—En casa no tendré tanta paciencia contigo como la tengo aquí. Si vives en una casa pagada por mí, tendrás que aceptar mis visitas.

En ese momento un golpe en la puerta detuvo la discusión. Olga no tuvo siquiera que mostrar alivio por no tener que contestar, dado que la posibilidad de tener novedades de lo que pudiera estar pasando había emergido por encima de cualquier otra prioridad. Sin embargo, se encontraron con uno de los camareros del hotel que entregó una nota al conde.

—¿Qué dice? —preguntó ella ansiosa.

—Es de Ressy. Dice que no nos preocupemos por los diarios. Que ha conseguido que, al menos mañana, no publiquen nada.

Olga lanzó un suspiro que dejó entrever la frustración que el contenido le había provocado. Sabía que era importante que los medios de comunicación no se hiciesen eco de lo que estaba pasando para no alertar a Viktor Ilichenko o cualquiera de sus hombres; pero a ella, en ese momento, solo le interesaba saber de su hijo.

—Bajaré al vestíbulo —dijo entonces Sergei—. Si Ressy sigue allí, podré agradecerle la gestión.

Ella se limitó a asentir con la cabeza y, después de ver desaparecer a Lebednev por la puerta, se dirigió a la ventana y apoyó la frente sobre el cristal. Intentó tomar aire, pero un dolor en el pecho se lo impidió. La ansiedad la estaba matando. Ella también se tomaría una copa o todas las que

fueran necesarias para evitar que esa congoja siguiera oprimiéndola, pero ya había tenido bastante con la infusión del doctor Goldsmith. Así que se obligó a sí misma a inspirar y expirar con la máxima tranquilidad mientras veía la calle desierta iluminada de manera tenue por una de las farolas que había justo frente a la entrada del hotel.

Llegó un coche que paró justo en la puerta. Era negro, sin ningún tipo de distintivo que pudiera anunciar quién era el dueño. Entonces, de la puerta del piloto emergió la figura de Jack. Pese a verlo desde un tercer piso no tuvo ninguna duda de que era él. Podría reconocerlo a mucha más distancia, aunque llevara un sombrero que le impedía verle la cara. Dio la vuelta al coche dirigiéndose hacia la acera, pero antes de ir hacia la puerta del hotel, como ella creía que iba a hacer, se detuvo un momento en la puerta del copiloto y la abrió.

Allí estaba Sasha. Olga se apoyó ligeramente en la ventana temblando de emoción. Vio cómo Jack se acuclillaba para estar a la altura del niño y, pese a no poder saber qué le decía, estaba claro que estaba hablando con él y que este asentía repetidas veces con la cabeza. Al acabar, le dio un cariñoso golpe en la cabecita que obligó a Sasha a colocarse su gorro de nuevo. Entonces, antes de que Jack se incorporase, vio cómo su hijo se lanzaba a su cuello y le daba un abrazo. Grimm también pasó sus brazos por la espalda del niño y lo estrechó con fuerza.

Olga se sintió, por un momento, como si fuera una intrusa curioseando una escena que no era para ella. Después, la ansiedad dio paso a una tristeza infinita. El futuro iba a evitar que aquellas dos personas, las más importantes de su vida, pudieran quererse.

No quiso pensar más y se abalanzó escaleras abajo sin esperar el ascensor. Llegaba al vestíbulo justo cuando ambos estaban a punto de acceder a la sala que el hotel les había cedido como centro de operaciones.

—¡Sasha!

El grito hizo que el niño se girase y, al verla, su carita se transformó en una

primera sonrisa y se lanzó hacia el cuello de su madre.

—Lo siento, mami. Lo siento mucho. Nunca más volveré a hacerlo. Te lo prometo. Nunca más.

Madre e hijo se abrazaban y se besaban a partes iguales, y así los vieron Sergei y Ressay que, alertados por el grito inicial, salieron de la sala. Grimm también estaba allí. A unos pasos. Observando. Sin poder entender exactamente qué decían pues el niño estaba hablando en ruso, pero sin que eso hiciera falta.

—¿Sasha?

Era Sergei Lebedenev quien había hablado. El niño se separó un momento de la madre y miró a su padre alzando la vista. Su carita reflejaba arrepentimiento, pero no miedo. Olga también lo miró desde abajo puesto que se había arrodillado para atender a su hijo y no pudo más que recordar que, hacía solo unos segundos, Jack Grimm había tenido la deferencia de bajar a la altura de su hijo para poder hablarle.

—Lo siento —dijo entonces el niño también en ruso dirigiéndose a su padre.

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó entonces el conde a Grimm hablándole en inglés utilizando también un tono un tanto agresivo.

Jack levantó la ceja como si estuviera dudando si contestar a la provocación o irse de allí dejándolo con la palabra en la boca. Lo hizo con aquella ceja marcada por la cicatriz y a Olga le recorrió un escalofrío pues su expresión se había vuelto peligrosa. No fue la única que lo notó. El propio Lebedenev se movió nervioso y retiró la vista.

—Yo... yo solo quería... —Sasha intentaba asumir la responsabilidad de responder a la pregunta que daría como resultado conocer los verdaderos motivos de su huida.

—Tenía usted razón, conde —interrumpió Jack—. El niño tan solo quería llegar a Bowery Bay Beach. Al parecer alguien le había dicho que tenía más atracciones que Coney Island.

A Olga no le pasó desapercibido que Sasha lo miró abriendo mucho los ojos

y apretando los labios como si así se asegurase de que no iba a hablar ni a contradecir la versión que acababan de dar de su escapada.

—Te mereces un castigo, Sasha —habló de nuevo Sergei manteniendo el inglés.

—Sergei —susurró Olga—, ya hablaremos mañana.

—¡No! Debe aprender.

—Son las tres de la madrugada. No creo que sea momento para...

—¡Cualquier momento es adecuado para recibir modales y educación!

El tono de Lebedenev seguía subiendo. Olga se obligó a sí misma a inspirar antes de responder de manera inapropiada. Seguía acucillada y abrazada a su hijo quien, sin ningún género de dudas, se mostraba atemorizado ante la amenaza vertida. Pero la posición inferior no la amedrentó.

—Sí. Lo sé —respondió muy calmada—. Se los he estado enseñando yo sola cada día durante siete años.

—Al parecer, sin demasiados resultados —espetó el conde.

—Por favor querido Sergei —intervino Ressay—. Creo que hemos estado todos sometidos a una tensión que nos exige descansar ahora que todo ha tenido un final feliz.

El conde ruso apretó los dientes en señal de rabia contenida, pero no osó replicar al vizconde, que se había mostrado como su principal apoyo en aquel país desconocido.

—Yo me retiro —se oyó decir a Grimm—. Ha sido, en efecto, un día muy largo.

Olga vio cómo dirigía una mirada tierna a su hijo antes de que el brillo acerado de sus ojos negros volviera a ocuparlo todo. Se giró y empezó a caminar hacia la puerta de salida. Sergei seguía sin moverse, pero con una evidente tensión en todo su cuerpo. De pronto levantó la vista y la fijó en la espalda de Jack.

—¡Señor Grimm! Pásese mañana a recoger mi recompensa. Solo podré ofrecerle dinero, pero estese tranquilo que será una importante suma para

alguien como usted.

Ella dio un respingo ante la obvia intención de ofensa con la que habían sido proferidas aquellas palabras. Al mirar a Jack vio que él se había detenido y girado para mirar a Sergei, pero su rostro no parecía expresar ningún tipo de sentimiento. Se mantuvo así unos segundos que se hicieron eternos hasta que Lebedenev balbuceó un «Buenas noches» y se lanzó hacia el ascensor donde se perdió su figura en unos instantes.

Jack volvió a mirar hacia Sasha y, en ese momento, Olga fue consciente de que había soslayado en todo momento mirarla y sintió como si verse objeto de esa evitación fuese más doloroso que percibir su frialdad.

Cuando al día siguiente Olga fue al comedor a desayunar, el criado le indicó que el conde había madrugado y se había ido. A ella no le preocupó. Solo quería estar con su hijo todo lo que pudiera y, aunque lo lógico hubiera sido reprenderlo por lo que había hecho, no se veía con fuerzas para recriminarle que actuase como su propio corazón le estaba pidiendo cada minuto que hiciera.

Y era que ni por un momento ella había creído la versión que Jack había dado de la escapada, pero Sasha se lo confirmó cuando le relató sus peripecias. Primero, su intento frustrado de volver con los ojibwa y, ante la imposibilidad, cómo había recordado dónde vivía Jack y su deseo de llegar dónde él para evitar ir a Rusia. El niño había llorado mientras confesaba sus intenciones y también cuando le explicó parte de la conversación que había mantenido con Grimm. Una charla en la que, quien podría haber sido su padre, en todo momento defendió el punto de vista de Olga y le hizo recordar que, cuando estuvieron huyendo de los hombres de Ilichenko, ella había velado por su bienestar y que también había sido muy desesperanzador el camino hacia Canadá y, sin embargo, después, allí había encontrado un hogar. Jack le había hecho prometer que daría a Rusia y a su nueva vida una oportunidad. Que se plegaría a los deseos de su madre y que, si pasado un año seguía sintiéndose triste, se lo confesase, convencido de que Olga atendería sus ruegos.

Miró a su hijo, que se acababa las últimas tostadas del desayuno sin demasiada convicción. Tenía ojeras, que evidenciaban que tampoco él había dormido bien, y una punzada de ternura le invadió el corazón. Era demasiado pequeño para entender todo lo que le había pasado en su vida y lo que, seguro, le iba a pasar en su futuro más próximo.

—Señora —le avisó en ese momento uno de los sirvientes del hotel—, hay un hombre en el vestíbulo que pide hablar con vos.

—¿De quién se trata?

—Del señor Grimm, señora.

A Olga se le aceleró el corazón. Desde que había llegado a Nueva York no habían hablado a solas. Se preguntó qué tipo de conversación iban a tener. ¿Hablarían de las promesas incumplidas? Pero ¿cómo recriminarle nada si solo el día anterior había salvado a su hijo?

—Bajaré a atenderlo, gracias.

Le pareció más prudente verlo en cualquiera de las innumerables salas que el Astor tenía en las dos primeras plantas, que hacerlo subir a sus habitaciones. Además, prefería hacerlo sin su hijo.

Lo vio de pie en el vestíbulo principal y se limitó a saludarlo con un leve gesto de cabeza mientras solicitaba en recepción que le dieran acceso a alguna de las salitas de la planta principal. El botones los acompañó a una de las que había justo en la esquina, de manera que sus amplias ventanas se enfocaban hacia el edificio en el que estaban instaladas las oficinas del New York Times.

Olga se quedó mirando el edificio. Tan solo dos años atrás había estado en aquella calle celebrando el inicio de un nuevo año con el hombre que ahora estaba a su espalda, más lejano y distante que nunca.

—¿Cómo esta Edw... Sasha? —preguntó entonces Jack.

—Para ti es y será Edward —respondió Olga girándose al tiempo para enfrentarse a él.

—No, Olga. No se pueden ser dos personas a un tiempo. Él decidirá con el tiempo quién quiere ser; pero, mientras tanto, es Sasha. No debo olvidarlo.

Buscó en sus ojos alguna pista del alcance exacto que aquellas palabras tenían, pero se encontró con aquel frío distante. ¡Cómo lo odiaba! Ella se estaba muriendo por dentro, deseando abrazarlo y sentir sus besos y él, mientras tanto, era capaz de mantener esa horrible actitud.

—Está bien —dijo, entonces—. O todo lo que sería razonable esperar. Por cierto, quiero agradecerte que dices la versión de que Sasha quería ver el parque de atracciones, aunque él me ha explicado la verdad.

—Me alegro que lo hiciera. Es un chico valiente. Pero no valía la pena complicar las cosas, ¿no te parece?

—No. No valía la pena —susurró ella.

Jack inspiró aire con fuerza y movió entre sus manos el sombrero que se había quitado. Cualquiera hubiera interpretado ese gesto como nerviosismo; aunque para Olga solo se traducía en cierta incomodidad.

—He venido a pedirte que me dejes estar con él algunas tardes

La petición le cayó como una losa. Abrió mucho los ojos y también la boca, pese a que él no pudo ver su reacción porque mientras hablaba se había girado hacia la ventana y estaba, en ese momento, con la vista perdida en el exterior.

Así que había venido a eso, a pedirle ver a su hijo. Jack Grimm, el imperturbable Jack Grimm, le estaba pidiendo pasar algunas horas con un niño de siete años. Con su hijo. ¿Y ella? Pensó por un segundo en un absurdo ataque de celos. Era ella quien se estaba consumiendo.

—Nnnno... no te entiendo

Grimm volvió a inspirar y expirar con más profundidad de lo razonable. Después se giró y la miró sin moverse de esa distancia que había impuesto tanto física como de cualquier otro tipo.

—Ed... Sasha es pequeño. No entiende muchas cosas. Tal vez, si nos vemos algunas tardes, pueda suavizar el impacto del cambio. Que sea más progresivo.

—Progresivo...

Olga se había limitado a repetir la última palabra en un semimurmullo,

incapaz de pensar más allá. Se debatía entre el agradecimiento por el gesto a la repulsa por el abandono que suponía para ella misma. ¿Jack estaba actuando como un padre?

—¿Qué sentido tiene? —preguntó ella cuando pudo poner algo en orden el cúmulo de sensaciones—. Nos vamos en cuanto sus hijas lleguen de Europa.

—¿Sus hijas?

—Zarpan desde Southampton. Tienen prevista su llegada el 17 de abril. Sergei quiere que las niñas hagan un *tour* hasta Sudamérica.

—Eso nos da dos semanas —dijo él con convencimiento—. No te pido que sea cada tarde. Solo algunas de ellas.

A Olga le pareció que la voz de Jack se había quebrado por un instante, pero cuando volvió a mirarlo a las pupilas siguió viendo aquel frío descorazonador. Quería decirle que no porque acceder a esas visitas supondría que ella también debería verlo y estaba siendo ya suficientemente duro, pero sabía que él tenía razón. Que Sasha se sentiría feliz y que también ayudaría a que se mostrase más conforme con su situación. Pero lo que tenía de positivo por un lado podía tornarse muy complicado si Sergei no recibía esa posibilidad de buena gana. ¿Le tenía que preguntar si aceptaba las visitas de Grimm?

—No sé si debo hablarlo primero con su padre.

En ese momento sí lo vio. Fue solo un instante. Muy fugaz. Pero una ola de furia asomó en aquellos ojos negros para dejar paso acto seguido a una mirada triste que también se puso de relieve en un ligero temblor de sus labios. Después, regresó la frialdad y, con un ligero movimiento de cabeza, asintió y se fue.

Olga no pudo quitarse de la cabeza ese instante de sentimientos encontrados en los ojos de Jack durante todo el día. Sin embargo, no fue capaz de relatarle a Sergei la visita ni la solicitud. Tampoco su hijo preguntó, pese a que el niño sí sabía quién había ido a visitarla.

Por la noche, habían sido invitados a una cena en casa de los Ressay junto con sus principales amigos. Para Olga no dejaba de ser un honor. Pese a que

Sergei se creía merecedor de la invitación por su título nobiliario, en realidad, ellos estaban allí por la amistad que la unía a Florence; pero nunca lo sacaría de su error. Ella sabía que, bajo aquella fachada a veces libertina y casi siempre prepotente, se escondía un hombre lleno de inseguridades y de miedos, productos de pertenecer a una familia tan inmensamente poderosa que acababa ensombreciendo todo lo que tenía bajo su ámbito de influencia.

La cena había transcurrido tranquila y los comentarios estuvieron dirigidos a la preparación de la boda con la que sobre todo Michael de Ressay estaba muy emocionado. Iba a tener lugar el 20 de junio, justo el día en que los cónyuges celebraban su aniversario y se festejaría en el Metropolitan Museum, que se cerraría ese día solo para el matrimonio y ya se habían gestionado más de quinientas invitaciones. La posibilidad de utilizar un espacio tan singular no se debía a la capacidad económica del vizconde, sino al respeto que sentían los directivos del Metropolitan por Florence Howland, una de las pintoras más afamadas del país y de la época. Olga también estaba invitada, así que asistiría, aunque de forma breve puesto que debía acompañar a las hijas de Sergei durante el *tour*, que les llevaría un par de meses.

Después de la cena, los hombres se habían retirado a una de las salas para fumar, mientras que ellas se habían quedado en el salón principal.

Olga se sentía a gusto con las amigas de Florence. No pertenecían a la misma clase social, pero nunca se lo habían hecho sentir y tenían unas ideas suficientemente modernas como para no importar si tenían títulos o no. Sin ir más lejos, Lizzy era una de las primeras líderes de la manifestación sufragista que iba a celebrarse en mayo y Margaret había renunciado a cualquier tratamiento referido a su título y estaba entregada en cuerpo y alma a atender a niños huérfanos o abandonados.

—Michael parece un niño pequeño con la boda —dijo Margaret.

—Sí —respondió Florence— y lo peor es que estoy en minoría. Cada vez que intento poner medida, aparecen también George y Kathy, y se les ocurre alguna pomposidad mayor.

—Quiere demostrarle al mundo cuánto te quiere —intervino Lizzy—. Eso no es malo.

—No es malo, pero tampoco es bueno. Me preocupan sus motivos. Él cree, todavía, que tiene que compensarme.

—Y ¿qué problema hay en permitirselo?

—Que prefiero que ninguno de los dos se sienta en deuda con el otro. Yo fui quien lo hirió primero. Pero nuestro amor debe estar por encima de todo ello. Solo quiero que esté conmigo y que me demuestre a mí su cariño. Lo que crea o sepa el resto del mundo no me importa en absoluto.

—Tampoco es tan habitual que un hombre sea capaz de mostrar sus sentimientos y mucho menos al mundo exterior —insistió Lizzy—. Te lo digo por experiencia. De los tres amigos, Charles es, con diferencia, el más cerrado en estas cuestiones y, si te soy sincera, me encanta ver lo poco que les importa a Michael o a Martin demostraros devoción.

—Mi querida Lizzy, no puedes hablar en serio, ¿te has fijado cómo te mira Charles? Te venera, cariño, incluso ante tus excesos —respondió Florence.

—Las palabras, quizás, tendrían efectos más intensos —volvió a decir Lizzy haciendo un mohín—. Un «te amo» emitido en voz alta y en medio de un parque, como si no pudiera evitar pronunciarlo y...

—Sigues leyendo muchas novelas, por lo que veo —intervino Margaret—. Los protagonistas de esas historias son bastante difíciles de encontrar. Piensa que los hombres, en general, han sido educados para mantener sus sentimientos a raya.

—Se trata, sobre todo, de esa rígida y absurda educación inglesa —manifestó Lizzy—. Los progenitores de vuestro gran país deberían ser encarcelados por ser tan estrictos.

—No te creas. Es mucho peor no haber tenido padres. Mira a Jack Grimm, por ejemplo.

Al oír su nombre, Olga no pudo evitar dar un respingo que a Florence no le pasó desapercibido. Lizzy y Margaret, sin embargo, seguían enfrascadas en la

conversación.

—Sí —decía Elizabeth en ese momento—, qué hombre más tenebroso, ¿no? Nunca sabes qué está pensando. Parece hecho de hielo.

—¿Cómo sabes que Grimm fue huérfano, Margaret? —preguntó Florence.

—He visto muchos niños como él. Quedan marcados indefectiblemente. Y sé reconocer esa marca a millas de distancia. La vida no les ha sido fácil. Han vivido en la calle, por completo abandonados, sin recibir nunca ni un beso ni una caricia. El máximo contacto humano ha sido el de los puños o el puntapié de cualquier desgraciado para el que estuvieran trabajando. Al final, se convierten en seres muy capaces de enfrentarse a la violencia, al odio o a la indiferencia; pero ante el amor se sienten débiles, desprotegidos o atemorizados. Conseguir de ellos que sean capaces de expresar ternura o aceptar el amor es casi un milagro.

—¡Qué horror! —exclamó Lizzy.

—No lo dudes. Los deshumaniza. Es excepcional que Grimm muestre esa lealtad hacia Ressay.

—Para Michael, Jack es como un hermano —dijo Florence—. Sabe que jamás le fallará.

—Estoy segura de ello porque, pese a que les resulta muy difícil abrir su corazón a alguien, cuando lo consiguen, es para toda la vida y persiste por encima de todo. Pero también podría haber ocurrido lo contrario. A veces, no creerse merecedores de ese cariño los lleva a tomar decisiones tan erróneas como drásticas alejándose de todo aquel que les muestre amor.

—Olga —preguntó Lizzy mirándola a ella—, tú estuviste con él algunos meses en Canadá, ¿no es cierto? Debió ser duro tener que convivir con alguien tan siniestro, ¿no?

Entonces Olga recordó sus caricias, sus besos; cómo estaba horas abrazándola y rozándola hasta que ella se deshacía de placer; cómo atendió a su hijo y lo protegió y lo ayudó, cómo se había agachado para abrazarlo; cómo había ido a verla bailar, mucho tiempo más allá, y su mirada de estupefacción

cuando descubrió que lo había engañado; cómo, pese a ello, le dio calor en una cabaña perdida y cómo sus ojos brillaron ante el primer regalo de su vida. Y, por encima de todo, cómo le había pedido aquella misma mañana que le permitiese estar algunas horas con su hijo.

—Yo... yo...

Y se desbordó en un llanto de lágrimas.

Las tres mujeres reaccionaron al unísono acercándose a abrazarla. No le preguntarían nada. Nunca la atosigarían. Se limitarían a consolarla sin exigir respuestas. Pero todas supieron, en aquel momento, que aquel llanto tenía un nombre propio.

Capítulo 21

La entrada al estadio de béisbol conocido como Hilltop Park estaba colapsada por aficionados ilusionados, sobre todo, seguidores de los Highlanders con grandes expectativas para la temporada. No iba a ser fácil. Los Giants habían hecho fichajes excepcionales y tenían la moral muy alta.

Edward tenía los ojos como platos ante lo que estaba viendo. El estadio tenía capacidad para dieciséis mil personas, que no era demasiado, pero sí lo era para el pequeño, que estaba experimentando su primera aproximación al mundo del beisbol. Además, se permitía entrar a un sinfín de gente más que acababa sentándose en el perímetro del campo, lo que daba un aspecto más caótico a aquel espacio lleno de luces, colores, sonidos diversos y mucha alegría.

Jack había conseguido dos asientos de tribuna, aunque en el lado no cubierto. Sin embargo, el tiempo no amenazaba lluvia, sino más bien un plácido día de primavera. Si aquella ciudad era cautivadora en general, mucho más en el mes de abril, cuando la temperatura no era extrema y las condiciones climatológicas, idóneas para pasear.

Así lo habían hecho, casi todas las tardes de los primeros quince días del mes. Olga lo mandado llamar al día siguiente de pedírselo y le confirmó que podría llevarse a Edward cuantas veces quisiera. Supo que la decisión la había tomado por encima de lo que pudiera decir o pensar Sergei Lebedenev, quien estuvo presente mientras ella se lo comunicaba, pero manteniéndose a

una distancia considerable y mostrando una actitud ceñuda. Tan arisco se lo veía que, por un momento, pensó en retractarse para que ella no tuviera ningún problema; pero la alegría del niño cuando lo vio disipó todas sus dudas.

Además, Olga era una mujer que crecía con las adversidades. Le había gustado verla allí, desafiante, valiente y decidida. Sabiendo que, si pudiera, la mirada de Sergei la hubiera atravesado tanto esa tarde como el resto de tardes en que había ido a buscar al niño. Pero sin un ápice de indecisión. Mirándolo a los ojos directamente. Esa mujer era mucho mejor que la que había visto los días anteriores junto al conde. Plegada a sus peticiones y a sus bravuconadas.

Recoger a Edward cada tarde le permitía también verla a ella. Solo unos instantes. Los suficientes para informarle de qué tenía pensado para el niño y la hora prevista de regreso. También por la noche la volvía a ver. Entonces, todavía entretenían un poco más la visita. El tiempo en el que el niño le explicaba a ella qué habían hecho y atendía a sus preguntas que, en los últimos días, también se dirigían a él. Como podría haber pasado si hubieran sido una familia. Un rato para compartir las experiencias del día.

Eso debía ser lo que ocurría en cientos de hogares. Algo que él experimentaba por primera vez en su vida y lo tenía atrapado. Unas vivencias que a él le fueron vetadas y que solo podría experimentar aquellos pocos días. Los previos a que Olga lo abandonase de manera definitiva. Pensarlo le hacía sentir un dolor en su pecho que se extendía por todo su cuerpo con una intensidad que, a veces, le hacía respirar con dificultad. Pero nunca podría pedirle a esa mujer que repensase su decisión. Sabía que el bienestar del niño estaba por encima de todo. Que él nunca les podría ofrecer la vida de comodidades, riqueza y poder que el ruso les iba a dar. Que él jamás podría atentar contra el derecho de su padre biológico, aunque creyese que había sido un desgraciado por haberla obligado a emigrar de Rusia; pero reconociendo y valorando que se había corregido y que un padre siempre sería un padre.

Además, la posibilidad de verlos iba a finalizar en breve. Como Edward le había dicho, los preparativos para su marcha estaban muy avanzados y, al

parecer, la fecha señalada era el 20 de abril. Faltaban cinco días. Y, a partir de esa fecha, él se apartaría por completo y tanto al niño como a Olga se le abrirían otros mundos y empezarían una nueva vida sin estrecheces ni sobresaltos.

Eso era lo que le tendría que haberle contestado aquella mañana a Trevor Mathews cuando, con un atrevimiento demasiado osado para quien lo conocía y sabía de su horror porque nadie se tomase más confianzas de las imprescindibles, había empezado a recriminarle que no estuviera haciendo nada por recuperar a Olga.

Cómo sabía aquel joven su historia con ella era algo que desconocía, pero que tampoco había querido preguntar por temor a que delatase la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Además, fuera como fuese, Mathews había acertado en todo o en casi todo.

—Nunca hubiera creído que Jack Grimm fuera un cobarde —le había dicho con cierto temblor en la voz por la imprudencia de tal aseveración.

—¿Mathews? —contestó él mientras sentía cómo le hervía la sangre y conteniendo su primer impulso.

—Tienes que pedirle que se quede. No puedes dejar que se vaya.

Él en seguida había comprendido a quién se refería y el dolor en su pecho había aparecido ante el recordatorio de su marcha.

—Creo que estás excediéndote —se limitó a decirle.

—No. Soy tu amigo y debo decírtelo.

—Te equivocas. Yo no tengo amigos.

—Te equivocas tú. Yo sí soy tu amigo. Y Ressayre. Incluso Florence. Y todos estamos sufriendo por ti. Por vosotros. Tienes que decírselo. Luchar por ella. Vuestra decisión de estar separados por algo tan absurdo como el bienestar económico es equivocada. Recuérdame a mí. Yo también pensé que Jane estaría mejor con un aristócrata rico. Y, aunque ese noble no es el ser pomposo y petimetre al que la nobleza nos tiene acostumbrados, no la hubiera amado como yo y, por tanto, nunca jamás le hubiera dado la felicidad verdadera.

Cuando dos personas se aman no hay riqueza que pueda superar eso.

—Mathews...

—No me amilantarás. Alguien tenía que decírtelo y, si recibo un puñetazo por hacerlo, no me importa. Ella es infeliz con ese hombre, Florence me lo ha dicho. El niño solo quiere estar contigo. Y tú te mueres por estar con ellos. ¿Por qué estáis actuando todos en contra de vuestra voluntad? Tres corazones no pueden equivocarse al mismo tiempo.

—Metete en tus puñeteros asuntos.

Y con estas palabras se había girado e ido para no tener que escucharlo más. Sin embargo, había servido de poco. Todos y cada uno de los términos que Trevor Mathews había utilizado no habían cesado de resonar en su cabeza desde esa misma mañana y también allí, viendo batear a los New York Highlanders y observando cómo esa criaturita tierna e ingenua que tenía a su lado aplaudía y gritaba con la emoción de quien vive una experiencia por primera vez. Justo lo que haría él en ese momento si no fuera por la absoluta consciencia de que la imagen de él junto al pequeño, que cualquiera podría haber interpretado como la de un padre con su hijo, era pura ilusión pasajera.

Intentó apartar los malos pensamientos de la parte más evidente de su expresión, recordando que Edward tenía una intuición especial para captar sentimientos y pensamientos ajenos. Disfrutaron así de una tarde relajada en la que lo único que falló fue que su equipo perdió el partido. Pese a ello, el pequeño estaba feliz y durante todo el trayecto de vuelta rememoró una y otra vez las proezas de Hal Chase, su jugador favorito.

Sin embargo, a cien metros del Astor, Jack se dio cuenta de que algo ocurría. La calle estaba repleta de gente que se agolpaba en la puerta, siendo la mayoría de ellos periodistas. Intentar cruzarlo sin conocer con exactitud cuál era el motivo de tanta aglomeración sería un error; así que optó por desviarse e intentar el acceso a través de la puerta de servicio.

Pudieron hacerlo sin demasiados problemas gracias a que como jefe de cocina trabajaba un antiguo colaborador.

—¿Qué ocurre ahí fuera, Preston?

—¿No se ha enterado Grimm? El Titanic se ha hundido. El barco más grande que se ha construido se ha ido a pique en el viaje inaugural. Al parecer, el dueño de nuestro hotel, John Jacob Astor IV, iba en él. Y también un sinfín de familiares de muchos de los que aquí se alojan.

—¿Pero habrá supervivientes?

—Supongo. Pero hasta el momento, las noticias son bastante pesimistas. Dicen que el Carpathia ha llegado al rescate, pero, sinceramente, si ya viajaba con pasaje, ¿cómo diablos van a poder acoger a los más de dos mil doscientos pasajeros del Titanic?

Jack tomó la mano del niño y recorrió los pasillos de cocina hasta llegar al vestíbulo central. Aquello también era un hervidero de gente que se agolpaba ante el mostrador de recepción exigiendo al personal una información que, a todas luces, desconocía.

Evitó los ascensores porque también estaban atestados de gente que subía y bajaba con claras muestras de ansiedad y no quería que Edward se asustase más notando cómo sus manitas sudaban y guardaba un mutismo que solo se daba cuando pasaba momentos de tensión.

Al llegar a las habitaciones de la tercera planta se encontró con las puertas abiertas de par en par. En el interior, Michael de Ressay estaba intentando contactar con la naviera White Star a través de los recién instalados teléfonos, todo un lujo para las habitaciones de primera clase. Sin embargo, al parecer, las líneas estaban bloqueadas.

Sergei Lebedenev estaba de pie con la mirada perdida a través de la ventana. Su expresión hierática no engañaba. El dolor era patente en la tensión de su mandíbula. Jack vio cómo Olga se le acercaba con una taza de algo humeante y, poniéndole una mano cariñosa en el brazo, lo instaba a beberse.

Una camarera estaba recogiendo una serie de platos o tazas rotos en el suelo. Grimm imaginó que no habían caído de manera circunstancial. Más bien parecía el producto de una explosión de rabia o miedo. Recordó, en ese

momento, que las hijas del conde ruso debían llegar de Europa en aquellos días. Todo indicaba, por tanto, que eran pasajeras del transatlántico.

Edward se soltó de su mano, aunque antes de avanzar un solo paso lo miró a los ojos. Cualquiera hubiera dicho que le estaba pidiendo permiso. Fuera así o no, Jack se vio a sí mismo asintiendo.

El pequeño fue hasta Sergei. Su madre lo vio en ese momento y, pese a que en un primer momento pareció que iba a impedirselo, se lo repensó y se apartó del camino, llevándose consigo la taza que el conde había rechazado con un solo gesto. Cuando llegó a su altura, el niño se limitó a tomar la mano de su padre biológico y quedarse a su lado mirando también por la ventana en silencio. Sergei se estremeció; pero, acostumbrado como cualquier aristócrata a contener sus emociones, se limitó a apretar con suavidad esa manita y quedarse en la misma posición.

—¿Has traído tu coche? —le preguntó en ese momento Ressay.

—Sí. Está aparcado detrás.

—¿Me acompañas? Tengo que llegar a la White Star. Es imposible contactar por teléfono.

Cuando llegaron al muelle 59, las multitudes impedían por completo el paso de ningún vehículo más cerca de trescientos metros. Tuvieron, por tanto, que dejarlo y acceder caminando, lo que tampoco fue fácil. Sin embargo, el gran hombretón que en la puerta de la compañía estaba obstaculizando el paso los reconoció al instante y les permitió entrar.

En la sala principal de la naviera había unos treinta hombres con expresión sombría. Jack reconoció a algunos de los más importantes: Clement Griscom, Bernard N. Baker o John Ellerman; todos socios desde hacía poco bajo los auspicios del gran Morgan. Justo tras ellos entraba J. P. Morgan, Jr.

—Confirmado —dijo al entrar—. Mi padre se lo acaba de comunicar al presidente. Ismay viaja en el Titanic.

Jack sabía que se refería al propietario de la White Star Line. No era raro que los máximos dirigentes de las compañías decidiesen navegar con los

barcos que fletaban en su recorrido inaugural.

—¿El Carpathia ha enviado lista de supervivientes?

—No. Todavía no. Deben estar recopilándolos.

—¿Cuándo cree que podrá llegar?

—En dos o tres de días.

—Ressy —preguntó en ese momento Griscom en voz más baja—. ¿Tiene algún familiar en el Titanic?

—No. Yo en persona, no. Pero tengo un amigo, el conde de Melikov, que había embarcado a sus dos hijas y a una tía que les hacía de dama de compañía.

—¿Las hijas eran pequeñas?

—Dieciséis y catorce.

—Espero que hayan respetado la máxima de mujeres y niños, primero.

—Pero ¿tan grave ha sido? —insistió Ressy—. ¿Es posible que muera mucha gente?

El magnate lo miró por encima de sus gafas. Después dio un vistazo a toda la habitación, vigilante ante quien pudiera estar escuchando esa conversación. Se acercó mucho más y, bajando la voz, pero no tanto para que Jack no pudiera oírlo, explicó:

—El Titanic no lleva botes salvavidas ni para una tercera parte del pasaje.

Tres días más tarde, mientras el Carpathia realizaba las últimas maniobras que conseguirían amarrarlo a puerto, un tenso Sergei Lebedenev se mantenía de pie mirando desde la ventana de la gran sala que la Cunard Line había habilitado para los familiares de las víctimas que se consideraban de mayor rango o influencia. La lluvia fina que caía de manera insistente daba a todo el escenario una imagen lúgubre y triste.

Jack solo había entrado para entregarle a Ressy la última de las listas que se habían facilitado de los supervivientes. Se habían publicado hasta tres distintas. En la que ahora tenían entre manos sí aparecían dos jovencitas de nombre Alena y Anya, sin más referencias. Podían ser ellas, pero, en esos

momentos, todo era tan caótico que no había nada fiable.

Antes de volver a marcharse, Jack vio que Olga permanecía junto a Ressy y no pudo evitar sentir que su estómago se revolvía. Entendía que estuviera dedicándole su atención en aquellos momentos difíciles, pero lo hacía con un cariño y una devoción que despertaba todos sus celos.

No se había querido parar a pensar qué podía sentir ella por su antiguo amante. Hasta la fecha, había aceptado que estuvieran juntos pensando en el bienestar del niño y sin cuestionarse si ella seguía enamorada. Era preferible no pensarlo porque así podía interpretarse como un sacrificio. Sin embargo, las miradas, la delicadeza al acercarse, la mano que se posaba sobre el antebrazo... Era posible. ¿Por qué no pensar que todo lo que ella pudo haber sentido hacía años, cuando vio por primera vez al flamante conde, se había reavivado? Sergei era un hombre bien parecido, no había duda. Además, tenía dinero, poder y posición. ¿Cómo no enamorarse de un hombre así?

La miró de nuevo antes de salir por la puerta. Ella seguía con todos sus sentidos focalizados en Lebedenev. Tan solo lo había mirado de forma fugaz cuando había entrado en la sala. La típica mirada que dirigían los señores al servicio. Una en la que no importaba si quien estaba frente a ti era rubio o moreno, con ojos negros o azules, alto o bajo... Tan solo importaba si habían traído el té que se había ordenado.

En el vestíbulo de entrada se encontró a Martin y su hijo Arthur. Le habían pedido que fuera a recibir a los supervivientes y los examinara para decidir si requerían de servicios más especializados. No era probable. Como mucho habría habido algún caso de hipotermia, pero en el Carpathia se habrían encargado de atenderlo como correspondía. Otra cosa era con un tipo de secuelas menos visibles. Haber vivido una catástrofe de esas dimensiones no dejaba inmune a nadie.

—¿Podría acompañarnos, Grimm? —le preguntó en ese momento el doctor.

—No tengo claro que pueda ayudarlo.

—Sí. Puede hacerlo. Yo tendré que detenerme, pero Ressy me ha pedido que

localicemos a las hijas de Lebedenev lo más rápido posible. Al parecer, están solas. La tía no se cuenta entre los supervivientes.

Grimm accedió con un simple movimiento de cabeza y siguió al doctor y a su hijo. Otros facultativos esperaban también en la pasarela de acceso. Se había establecido un protocolo por el que los médicos subirían al barco junto con las autoridades que acabarían de identificar a las víctimas. Solo después de ese reconocimiento exhaustivo se procedería a permitir el desembarco controlado, llamando primero a los familiares.

Aunque estaban mentalizados ante lo que podían encontrarse, las expresiones de tristeza y desolación que tenían la mayoría de los pasajeros eran muy perturbadoras. Apenas hablaban y, como mucho, respondían con monosílabos a las preguntas que fueron haciéndoles. Las miradas se mantenían bajas y también era sorprendente ver cómo se aferraban unos a otros, cómo buscaban el contacto entre ellos mostrándose temerosos ante el resto.

Jack se paseó por cubierta acompañado de Arthur. El jovencito, que ya tenía diecisiete años, tenía una inteligencia especial que se mostraba a las claras en su mirada de color gris que, pese a ello, era de una calidez extraordinaria. Los ojos eran lo único que había heredado de los rasgos físicos de su padre, el resto de su fisonomía se parecía muchísimo a la belleza de su madre, aunque dotada de una masculinidad propia. Por lo demás, el muchacho se caracterizaba por su serenidad y su gran bondad.

—Grimm —dijo en ese momento Arthur señalando a un extremo de la cubierta.

Dirigió la vista hacia allí y en seguida descubrió el origen de su señal. Sentadas en el suelo, abrazadas la una a la otra, había dos niñas rubias como el oro y vestidas con unos camiones blancos. Si no hubiera sido por la manta que las cubría hasta la cintura, podrían haber pasado por estatuas de ángeles, pues la tez de ambas presentaba un aspecto nacarado. No estaba muy seguro de que se tratara de las que buscaban. En realidad, dieciséis y catorce años eran una edad en la que muchas de esas jóvenes ya habían sido presentadas en

sociedad y se movían con la seguridad de las futuras casaderas. Aquellas ninfas, sin embargo, parecían muy pequeñas, allí abrazadas y sentadas sobre la cubierta húmeda.

Se acercaron con cuidado. Estaba claro que estaban asustadas. Jack permitió que fuera Arthur el que llevara el liderazgo. Sería menos agresivo. Si algo sabía de sí mismo era que su aspecto físico siempre era amenazante y había visto a más de uno temblar solo con mirarlo a los ojos. Era el resultado de ser un hombre sin alma.

—*Mademoiselles... Êtes-vous les filles de Sergei Lebedenev? Je suis an amie de votre père.*

El joven les habló en francés, consciente de que entre la nobleza rusa aquel era casi un segundo idioma para ellos y pese a que Lebedenev les había informado que también sabían inglés.

Las niñas levantaron la vista y entonces Jack se dio cuenta de que eran quienes buscaban. La que, sin duda, era la más mayor de las niñas había dirigido la vista de manera directa y clara hacia Arthur intentando mostrar una valentía y una seguridad que, a todas luces, le faltaba, pero que honraba su intención y que había desvelado el parecido con su padre.

—*Où est le?*

—Se encuentra en las oficinas del muelle —dijo Arthur en inglés—. Mi francés no es todo lo bueno que debería ser... lo siento.

La jovencita solo asintió con la mirada. Entonces habló al oído a su hermana, que se había aferrado con más fuerza a su cuello desde que los había visto, y se levantaron rechazando la ayuda solícita que el chico pretendió mostrarles.

En la puerta de salida Martin, que había reparado en ellos, se les acercó y haciendo una reverencia se presentó a las niñas. Después las hizo pasar a un reservado, alegando ante el guardia de seguridad de la puerta que su edad y su situación desamparada exigía no respetar el orden otorgado. Allí las examinó y acreditó, en su caso, que estaban libres de cualquier enfermedad contagiosa

y que eran quienes decían ser.

Minutos más tarde, el trámite había finalizado y, con los documentos que lo certificaban en la mano, Arthur y Jack las acompañaron hacia la sala donde su padre las esperaba.

Grimm decidió que su papel allí ya había finalizado. Había hecho todo lo que se le había pedido y quedarse solo comportaría seguir viendo a aquella Olga extraña que había perdido para siempre.

En la calle, una multitud seguía agolpándose buscando respuestas pese a que seguía lloviendo con insistencia. Parecía como si no fuera suficiente saber que la mayoría de los pasajeros de tercera clase no habían sobrevivido. Además, sus familiares no tenían derecho a esperar noticias a cubierto y, en cualquier caso, atenderían también a los supervivientes siguiendo el orden establecido a su clase social.

Atravesó la multitud sintiendo su miedo y frustración a través de los olores que le eran más familiares y le recordaban su infancia y todos los lugares lúgubres donde había vivido. Ahora vivía en una casa muy distinta, con vistas al mar y a su brisa fresca. Una casa pensada para un matrimonio con hijos, con trabajos sencillos pero honrados, con un salón en el que invitar a la familia el día de Navidad. Una casa de la que debería deshacerse y, sin embargo, no había sido posible. En el último momento, siempre encontraba una excusa que aplazaba la decisión definitiva.

—Creí que no volvería a verlo con vida.

La voz había sonado a su espalda, muy cerca, casi en su oído; pero si se giraba con demasiada rapidez, su propietario, Arnold Rothstein, interpretaría que había ansiedad o miedo y eso nunca era conveniente con aquel tipo. Así que sonrió antes de girar levemente la cabeza y poder mirar de reojo a su interlocutor.

—En qué poca consideración me tiene.

Se estrecharon las manos a modo de saludo y caminaron unos pasos para alejarse del tumulto hasta llegar a un pequeño restaurante que, pese a haber

hecho su agosto gracias a la gente que había atraído la catástrofe, todavía tenía alguna mesa libre en un rincón apartado.

—¿Vuelve a estar por Nueva York, entonces? —le preguntó Arnold mientras se encendía un cigarrillo.

—Llegué hace unas semanas, sí.

—¿Y con Ressay?

Jack se limitó a encogerse de hombros sin dar más explicaciones. Ambos sabían que en aquella dinámica ciudad no solo cambiaban de un día para otro los edificios y las calles, sino también las relaciones y las amistades.

—He oído decir que no tiene a Ilichenko muy contento —continuó hablando.

—No sé por qué —respondió Grimm—. Llegué hasta Chicago con él. No mucha gente lo hubiera acompañado casi ochocientas millas por no aguantar sus paranoias.

—Sí. —Arnold sonrió—. Algo trastornado está. Por eso le puso de muy mal humor no poder cumplir con su propósito y hay quien dice que lo culpabiliza a usted.

—Ilichenko culpabiliza al mundo de cualquier cosa. Debe ser su origen judío.

—Olvida que yo también lo soy, Grimm. —Calló durante unos segundos en una pausa que parecía definitiva, pero, poco después, prosiguió—. Aunque si uno suma lo frustrante que le debió resultar creer que ya no podía machacar a su objetivo porque ya estaba muerta sumado al ridículo que debió sentir cuando la vio resucitar junto a un flamante conde ruso, podríamos decir que, esta vez, su juramento de que los hará pedazos a todos es bastante comprensible.

Dirigió la mirada hacia las puertas de la Cunard. Lebedenev ya debía haberse encontrado con sus hijas. Con toda probabilidad, estarían a punto de salir. Y, mientras tanto, uno de los principales dirigentes del crimen organizado en Nueva York le acababa de lanzar una amenaza o un aviso sobre Olga.

Había pensado en la posibilidad de que Viktor Ilichenko descubriese toda la verdad, pero saber que Olga y el niño tenían previsto marchar de Nueva York a finales de abril reducía, bastante, las posibilidades de que los encontrase. Por eso se había limitado a pedirle a algunos de sus hombres que estuvieran alertas ante cualquier información.

Sin embargo, el desastre del Titanic había inflamado los diarios de noticias relacionadas con las víctimas y sus allegados. Y la historia de un conde ruso que había venido a América a buscar a su hijo y que podía ahora perder a sus dos hijas había generado mucha expectación. Tenía, a fin de cuentas, todos los componentes necesarios: el pedigrí de los aristócratas europeos que a la sociedad neoyorkina la encandilaba; la oculta historia de amor con una plebeya bailarina; un heredero que algún diario más sensacionalista había llegado a poner demasiado cerca de la sucesión del zar; una catástrofe en el barco más lujoso del mundo...

Las posibilidades de que Viktor volviese a apoderarse de Olga y de su hijo se habían multiplicado por diez y la pomposidad de Sergei Lebedenev y su prepotencia no iban a ayudar nada a buscar la manera de evitarlo. La pregunta era si eso era su problema o no.

—Puedo ayudarlo —dijo entonces Rothenstein recordándole que no estaba solo.

—¿A cambio de qué?

—Le quiero conmigo en el casino.

Respiró hondo. Aceptar aquello significaba volver a la oscuridad, a las prácticas semidelictivas, al silencio y a la frialdad. Abandonar a Ressay. Olvidarse por completo de ser un ciudadano decente e integrado. Y ¿para qué quería él una puñetera vida perfectamente ordenada?

—La mujer y el niño no deben sufrir ningún tipo de daño. Si no, no hay trato.

—Descuide, Grimm. Están a partir de este momento bajo mi protección.

Capítulo 22

Olga se miró al espejo. Había conseguido disimular bastante las ojeras que en las últimas semanas decoraban su rostro, pero poco podía hacer con el peso perdido y ese aspecto demacrado tan lejano a lo que ella siempre había sido. Si algo la había caracterizado era un cuerpo un tanto exuberante de grandes pechos y pronunciada cadera. Eso le había dado muchas opciones cuando tuvo que recorrer todos los clubes nocturnos de Nueva York en busca de trabajo; aunque, al mismo tiempo, le había procurado no pocos disgustos. Por eso, a veces, había envidiado los cuerpos largos y espigados de las mujeres de clase alta que, además, buscaban ropas que ensalzasen más su delgadez con vestidos fruncidos a la altura del pecho, que dejaba caer las faldas largas.

Ahora estaba ella vestida con uno de esos vestidos de colores tenues, tela vaporosa, escote que solo insinuaba, más que mostraba, el inicio de unos senos que debían mantenerse lo más alejados del sol; pedrería a lo largo de la cintura y en el chal que la cubría; aunque ya era 20 de junio y la temperatura había alcanzado la calidez húmeda del verano.

Le sonrió a su reflejo. Pero en seguida se dio cuenta que había parecido más una mueca que una verdadera muestra de felicidad. Si le hubiera sido sincera a la persona que tenía frente a sí, habría salido corriendo y no habría parado hasta llegar a las afueras de la ciudad.

Pero no podía hacerlo. Los diarios que anunciaban que a las cinco de la tarde iba a tener lugar la ceremonia por la que el vizconde de Ressay y

Florence Howland renovaban sus votos matrimoniales le recordaban que debía presentar la mejor de sus sonrisas y hacer que aquel día fuese el más feliz de su amiga.

Aunque, mientras tanto, ella se estuviese hundiendo... Aunque en su vida nada pudiera ir peor...

La llegada de las hijas de Sergei a Nueva York no había servido más que para poner en evidencia la tremenda brecha que había entre ella y esa familia aristócrata. El rechazo tanto de Alena como de Anya era ostentoso y no podía escudarse en haber vivido la experiencia traumática del naufragio.

No las culpaba. Su madre había muerto hacía menos de un año y su padre les había impuesto la presencia de un hermano y de una mujer que tachaban, cuanto menos, de usurpadora. De nada había servido que ella intentara acercarse para explicarles que en ningún caso pretendía ocupar el lugar que correspondía a su madre. Alena casi la había llegado a llamar ramera cuando le espetó que tenía suficiente edad para entender cómo había nacido un niño de ocho años al margen del matrimonio. Olga sabía que el odio que había en aquellos ojos azules no desaparecería jamás y que no era más que el avance de lo que se iba a encontrar en Rusia.

La aristocracia rusa no la iba a aceptar. No solo era alguien que no pertenecía a su clase social y que era hija de un conocido menchevique, sino que, además, había sido bailarina de clubes nocturnos e iba a convertirse en la amante oficial. Nada bueno tampoco podía esperar de su círculo de amistades. Pese a que su padre le había hecho llegar una carta para hacerle saber que tanto él como su madre veían con buenos ojos su regreso, él mismo la alertaba de que la situación política convulsa en su país podía suponer que muchos de sus amigos y conocidos la rechazarán. No solo estaba contraviniendo la moralidad, sino que además lo haría con alguien de la nobleza.

Pese a ello, seguía empeñada en aquel futuro incierto. No eran sus necesidades las que debían prevalecer, sino las de Sasha y, en ese punto, pese a algunas dudas, parecía que todo podía ir bien. Las hijas de Sergei,

demostrando una madurez y bondad interior que hacía más complicado reprocharles la actitud que tenían hacia ella, lo habían acogido y se relacionaban con él como si se hubieran conocido de toda la vida y fueran hermanos en su integridad. La madre de Sergei había anunciado ya en los círculos sociales más cercanos, que su hijo volvería a casa antes del invierno con el heredero; según le había informado también su padre. Y a Sasha lo veía cada vez más feliz y no solo conforme con el regreso, sino, incluso, esperanzado ante lo que sus hermanas le explicaban que encontraría.

El bienestar de su hijo estaba y debía estar por encima de todo. Ningún sacrificio era excesivo si lo conseguía. Ella no había tenido una infancia desdichada ni pobre. Sus padres gozaban de un nivel social medio que no les suponía pasar necesidades. Pero siempre habían estado muy cerca de la nobleza y había visto lo que, de verdad, era llevar una vida plena y colmada de todo tipo de placeres y lujos. Eso era lo que quería para su hijo. Que nunca más tuviera que padecer por su futuro.

Sumida en sus pensamientos había llegado a la entrada del Metropolitan Museum y comprobó que estaba más concurrida que cualquier día normal e incluso más que cuando celebraban alguna exposición famosa. Sin embargo, aquel día el Metropolitan estaba a disposición exclusiva de los Ressay, concretando, de Michael de Ressay, que era quien se había empeñado en hacer aquella celebración multitudinaria.

Toda la alta sociedad neoyorkina se había dado cita. Incluso el selecto grupo de ingleses a quienes les costaba mucho relacionarse con el resto de las grandes fortunas. Ese núcleo era el que más le interesaba al vizconde y el motivo por el que habían tardado tanto en convocar la renovación de votos. Él quería asegurarse de que ninguno de esos aristócratas iba a faltar y que, por tanto, iban a mostrar sus respetos a su esposa. Cuando hacía casi cinco años habían protagonizado el divorcio más sonado del momento, Florence se vio sometida a la vergüenza y al escarnio público, y su marido tenía la obsesión de compensarla por ello. Ella, pese a haberse negado en diversas ocasiones

por no considerarlo necesario, acabó permitiéndoselo a la vista de que para él era tan importante.

Pero no solo estaban allí personas adineradas. Los Ressay tenían amistades en otras escalas sociales, sobre todo artistas e intelectuales que, como la vizcondesa de Ressay, dedicaban su vida a la creación. Ella era pintora. Otros eran escritores, escultores, compositores... también del mundo del baile. Así se habían conocido ellas y labrado tan buena amistad.

Entró en el Metropolitan y en seguida vio a Mario Tancredi, cantante de ópera y uno de sus amigos más fieles. Lo acompañaban el resto de los habituales del núcleo original de amistad que hicieron.

A Olga le hubiera gustado sentarse con ellos en el espacio que tenían reservado; pero su estrecha relación con la novia y su papel como testigo junto con los Goldsmith y los Charmington le daban derecho a una mesa especial junto a la de la pareja protagonista. Ella iba a ocuparla acompañada de Lebedenev.

Sin embargo, se producía una asimetría en todo aquello.

En efecto, durante la renovación de votos, Margaret, Lizzy y ella debían colocarse a la derecha de la novia. En frente, flanqueando al novio, iban a estar Martin Goldsmith, Charles de Charmington y Jack Grimm. Así que lo iba a tener durante todo aquel acto justo frente a ella.

Sabía que no había confirmado su disponibilidad hasta días antes y durante todo aquel tiempo de incertidumbre ni ella misma había podido clarificar si quería que aceptara o que no. Verlo iba a ser una tortura.

Desde que el naufragio del Titanic tuvo lugar y desbarató los planes del *tour* que Lebedenev tenía pensado para sus hijas, Grimm casi había desaparecido del mapa.

Seguía viendo a Sasha, aunque ya había reducido sus visitas a dos o máximo tres veces por semana. No sabía qué explicación le había dado a su hijo porque ella prefería mantenerse al margen, pero el niño no parecía por ello insatisfecho ahora que, además de seguir compartiendo muchos buenos

momentos con los hijos de Ressay y sus amigos, también se habían unido Alena y Anya.

En esas escasas visitas semanales, ella había comprobado cómo su actitud se había tornado, si cabía, más distante y fría. Por ello Olga se limitaba a acompañar a su hijo hasta el pie de la escalera y el último recorrido lo hacía el niño solo, lanzándose a la carrera hasta llegar a Jack que lo recibía siempre con una breve caricia en la cabeza o en los hombros, sin levantar siquiera la vista hacia ella. Y lo mismo ocurría cuando regresaba.

Sabía que había abandonado el trabajo con Ressay. Lo había oído en una conversación intrascendente de Florence con sus amigas, aunque también advirtió que el vizconde estaba muy disgustado con aquella decisión. Estuvo tiempo atenta a cualquier comentario que pudiera indicarle cuál era su destino final, hasta que se enteró y se le heló la sangre.

Trabajaba con uno de los mayores delincuentes de Nueva York. Un hombre sin escrúpulos que había hecho una gran fortuna con el juego y la extorsión. Desconocía exactamente cuáles eran sus funciones, pero había cambiado su vestimenta, transformándose a un estilo mucho más oscuro, aunque siempre impecable.

Lizzy, siempre directa y espontánea, le había llegado a decir que, tal vez, no era buena compañía para su hijo. Y también sabía que ese era uno de los motivos por los que no había quedado claro si sería testigo de la renovación de votos o no.

Sin embargo, allí estaba. Había llegado puntual y se había colocado en su sitio como si hubiera hecho el ensayo que había tenido lugar la semana anterior. Había estrechado la mano de Martin y Charles. Con Ressay, el gesto duró un poco más de la cuenta porque el vizconde había colocado su mano bajo el codo de él y pareció resistirse a dejarlo ir. Después las miró a ellas muy brevemente y se limitó a hacer un leve gesto con la cabeza para retirar de inmediato la vista y dirigirla de manera impersonal hacia el público. Esos segundos fueron los suficientes para permitir vislumbrar que sus ojos seguían

siendo una especie de cristal opaco, donde sentimientos o pensamientos quedaban por completo anulados.

Olga se había dado cuenta de todo aquello porque no pudo evitar mirarlo y buscarlo cada pocos instantes. Era como un imán para ella y, cuanto más distante lo veía, más angustioso le parecía a ella y más necesidad tenía.

La ceremonia acabó y todos los invitados se dirigieron hacia la sala principal donde iba a tener lugar el convite. Lebedenev se le había acercado y la había tomado del brazo de manera que no pudo llegar a ver hacia donde se dirigía Grimm, pero le pareció que él no se quedaba a la costosa cena que se había programado.

El convite se le hizo largo y no sirvieron de nada los esfuerzos de Lizzy o Margaret para que disfrutara. Sergei se mostró, al final, molesto con su actitud y en un par de ocasiones le murmuró que hiciera el favor de mostrarse más feliz. Ella no podía. Sentía como si su interior se estuviese difuminando y ella se fuese consumiendo hasta llegar a ser tan solo un cuerpo sin alma. No podía estar contenta, pero tampoco triste. La misma opacidad de los ojos de Grimm se había instalado en su corazón.

Cuando la oscuridad ya se había apoderado del exterior y hacía bastante tiempo que los protagonistas de la celebración habían desaparecido, Sergei, que no había dejado de esforzarse cada minuto por conocer al máximo número de personajes que aparentaran tener suficientes bienes económicos, decidió que ya era hora de volver al hotel.

Olga fue la última en subir al vehículo que los esperaba en el exterior porque le había costado encontrar a sus amigos y despedirse de ellos. Era extraño. Durante mucho tiempo ellos habían sido toda su vida. Aquellos días en los que ella era una bailarina, su universo se enmarcaba en el arte y ella era fuerte e independiente. ¿Cómo podía haberse transformado tanto su existencia? Ya no era nada de lo que había sido y, quizás, ese era su principal problema. No sabía reconocerse en la persona que se había convertido.

En el interior del vehículo, Lebedenev destapó con claridad su malestar y se

dedicó durante unos minutos a amonestarla, delante de sus hijas y de Sasha, sobre su comportamiento poco sociable. Ella vio cómo el niño se mordía los labios e intentaba no responder o defenderla. ¡Tenía una capacidad de contención tan madura! Anya, la pequeña de las niñas, intentó concentrar su atención en el exterior al sentirse incómoda. Alena, sin embargo, la miraba a los ojos con una expresión de triunfo.

Tal vez por ese motivo, cuando quiso darse cuenta de que era muy extraño que todavía no hubieran llegado al hotel y miró por la ventana, el paisaje que descubrió no tenía nada que ver con las avenidas del Midtown Manhattan, ni con sus edificios majestuosos. Estaban en algún lugar del East River, según pudo comprobar a partir de la disposición de los muelles que observaba y del perfil del puente de Brooklyn, que se vislumbraba a unos doscientos metros.

—¿Vamos a algún sitio? —interrumpió Olga a Sergei que seguía enfrascado en sus quejas.

—¿Dónde vamos a ir? Al hotel, por supuesto —respondió con aires de suficiencia.

—Estamos muy lejos del hotel.

Tanto los niños como él se abalanzaron sobre las ventanillas y miraron a su alrededor. Ninguno de los ocupantes conocía la ciudad tanto como ella, pero sí sabían lo suficiente para reconocer que, en efecto, no estaban dirigiéndose al hotel.

Sergei se giró entonces hacia el chofer, del que solo se veía su nuca y el sombrero a través de la pequeña ventanita en el panel de separación de ambos espacios del vehículo.

—¡Perdone! —gritó para hacerse oír—. Creo que está cometiendo algún error.

El conductor o no los oyó o hizo ver que no los oía porque ni se giró ni aminoró la velocidad.

—¡Oiga! ¡Oiga!

Esta vez, las órdenes de Sergei fueron acompañadas de golpes de puño

sobre la ventana. Era imposible que no los oyera.

—¿Papá? —exclamó Alena—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé —masculló—. ¡Oiga! ¡Detenga el vehículo! ¡Oiga!

Olga notó cómo Sasha la tomaba de la mano. Ella lo miró un momento y apreció la angustia en su rostro. Anya también estaba muy asustada, como puso de relieve el gemido ahogado que surgió de su garganta. Alena, sin embargo, parecía mantener la calma.

Sergei la miró como buscando una respuesta a la pregunta que todos se estaban haciendo. Después, su vista se desvió hacia la puerta y accionó la manivela para abrirla. No sabía por qué, pero Olga no se sorprendió al ver que estaba bloqueada.

El vehículo dio un pequeño salto y cuando miraron por la ventana vieron que estaban atravesando el puente. Sergei volvió a golpear la ventanilla, aunque, esta vez, sin demasiada convicción. El chófer seguía impertérrito.

La cabeza de Olga iba a una velocidad vertiginosa. Tal vez la misma a la que iba su corazón. Si se hubiera encontrado en esas circunstancias sola, todo sería diferente; pero ver a los tres niños atrapados en el habitáculo le estaba partiendo el corazón.

Justo al atravesar el East River, el coche hizo un giro a la izquierda y se introdujo en la zona de los muelles. El fuerte olor a mercancía desechada impregnó el interior del coche. Olga perdió toda esperanza de poder encontrar ayuda. La zona estaba, a esas altas horas de la noche, desierta y, de encontrarse a alguien, con toda probabilidad sería un criminal mayor o similar al que estaba detrás de ese... ¿secuestro?

Justo en el momento de pensar en aquella palabra, la imagen de Viktor Ilichenko apareció en su mente. El miedo atenazó su garganta y no pudo tragar ni su propia saliva. No tenía ninguna duda de que el judío ruso la mataría en cuanto la viera. Y, si no lo hacía, tal vez fuera peor el futuro que le esperaba. Sin embargo, no era su porvenir lo que le preocupaba. Miró a Sasha, que seguía manteniendo su manita entre las suyas.

El coche se detuvo con tanta brusquedad que tuvieron que hacer esfuerzos para no caer al suelo. En ese momento, las puertas de ambos lados se abrieron y varios hombres, gritando sin parar, los hicieron bajar.

Ya no había duda, los gritos eran en ruso. Si no era Ilichenko el que estaba detrás de todo, sería alguien muy parecido a él. Olga mantuvo a Sasha pegado a ella mientras que, con la otra mano, aferró a Anya, que había evolucionado los gemidos a un llanto convulso. Sergei y Alena habían salido por la otra puerta, pero los colocaron a todos juntos y los hicieron entrar en una enorme nave a empujones.

Al menos había allí unos diez hombres que los rodearon en cuanto entraron en el almacén. Sin embargo, pasados unos segundos, al sonido de unas fuertes pisadas que retumbaron en todo el espacio provocaron que los hombres que se hallaban más al fondo se apartaran y dejaran ver el dueño de aquellas zancadas. Viktor Ilichenko.

Sergei reconoció al instante que debía tratarse del líder del grupo y no dudó en enfrentarse a él con la arrogancia típica de los aristócratas y sin un ápice del miedo que, con toda probabilidad, sentía en su interior. Ella lo sabía. No era solo intuición. Veía su nuez subir y bajar con demasiada rapidez, y no podía evitar mirar de soslayo a los niños.

Viktor, sin embargo, no lo veía. Tenía los ojos clavados en ella. Había tanto deseo de venganza como odio; pero también le pareció que había cierto reconocimiento. No debía ser fácil escapar de las garras de ese criminal y ella lo había hecho en varias ocasiones, aunque la última había sido gracias a Grimm.

—Nunca había visto a una muerta con ese color de cara —dijo con mucha lentitud aprovechando el único instante en el que Sergei había dejado de gritar.

Olga no contestó. Se limitó a aguantarle el escrutinio. Ella tenía miedo, eso no lo iba a negar. Pero también sabía que no conseguiría nada demostrándolo. Solo que Ilichenko le perdiera el poco respeto que le tenía. Lo único que le importaba en ese momento era mantenerse con vida el máximo tiempo posible.

Esa era la regla número uno de los supervivientes.

—Llevároslos —espetó, entonces, Viktor señalando a los niños—. A ella me la quedo yo y a la cotorra esa —dijo mirando a Sergei por primera vez— lo amordazáis antes de encerrarlo. Me provoca dolor de cabeza.

—Deja a los niños, Viktor —exclamó ella con precipitación—. Tú eres muchas cosas, pero no eres tan malvado.

—Cállate, zorra. Niños o adultos, son aristócratas y son ellos los que no tienen ni un ápice de bondad, mientras mantienen al pueblo ruso oprimido, a todo el pueblo ruso, sin excluir a los niños.

Varios hombres empezaron a moverse obedeciendo las órdenes recibidas. Olga vio cómo Sasha la miraba con los ojos muy grandes. Supo que intentaba no llorar y ella no pudo más que dirigirle una breve sonrisa. Anya prorrumpió en nuevos llantos.

—Viktor, por favor —volvió a decir intentando que entrara en razón.

—Tranquila, preciosa. Vas a tener bastantes oportunidades de suplicarme antes de que te entregue en el burdel al que te he vendido.

Notó la mano de uno de los hombres en su brazo y cómo la empujaban hacia el lado contrario al que se llevaban a su hijo y, en ese momento, supo que no iba a permitirlo. Con más improvisación que estrategia, levantó la rodilla y propinó un fuerte golpe en la entrepierna del hombre que la había agarrado, de tal manera que provocó que la soltase. Entonces, se escurrió corriendo hacia unas cajas que había a su derecha y, colocándose tras de ellas, las empujó con todas sus fuerzas y provocó que cayeran casi encima de los hombres que tenían a los niños. En un acto reflejo, estos los soltaron y dirigieron la mirada hacia los cajones de madera y ese fue el despiste que Sasha aprovechó para escabullirse tirando de Anya.

Olga estuvo a punto de gritar de alegría al ver cómo se escapaba su hijo. Sin embargo, poco duró su júbilo al sentir un fuerte golpe en la parte posterior de su cabeza seguido de un tremendo dolor que, con rapidez, le nubló la vista no sin antes darse cuenta de que, de nuevo, apresaban a los niños. Después, la

oscuridad más absoluta.

Cuando despertó, se dedicó por unos instantes a presionarse las sienes para aminorar el tormento que, en forma de palpitaciones, le impedía moverse. Recordar cómo había visto que se llevaban a Sasha entre dos fornidos hombres le dio la voluntad que le permitiría levantarse.

Se encontraba en una habitación muy pequeña que bien podría haber sido una antigua despensa o espacio para guardar herramientas, dadas sus reducidas dimensiones y que había una serie de estanterías de hierro vacías en uno de los extremos. La única ventana tenía unos cuarenta centímetros de ancho por un metro de largo y se encontraba tocando el techo.

Intentó abrir la puerta, pero como se imaginó estaba bloqueada. Así que arrastró las estanterías hasta la pared donde se encontraba la única salida al exterior y se encaramó por ellas hasta llegar a lo más alto.

Al asomarse, se dio cuenta de que la perspectiva no le permitía descubrir dónde se encontraba, ya que solo se veía el cielo. La intensidad de la luz del exterior le indicó que debía ser mediodía y eso aumentó sus miedos. Por poco tiempo que hubiera pasado, había transcurrido toda una noche y bastantes horas de una mañana. Eso si no había estado inconsciente más tiempo. Las posibilidades que Viktor había tenido para dejar ir toda su capacidad de hacer daño eran infinitas. ¿Cómo estaría Sasha? ¿Qué habría pensado de estar todas aquellas horas solo, sin su madre? Se dio cuenta de que no la reconfortaba saber que Sergei sí podría estar con ellos. Sergei no era Jack. Nunca jamás podría protegerlo como Grimm lo hubiera hecho.

La maneta que permitiría abrir el cristal estaba muy oxidada y, por mucho que lo intentó, le fue imposible accionarla. Miró a su alrededor y no vio nada que le posibilitara hacer palanca para incrementar la presión. Se obligó a sí misma a respirar con calma. Si no podía abrir la ventana, podría romperla. Utilizó para ello uno de los estantes descollándolo del armazón al que estaba

sujeto. Después, intentando imprimir la máxima fuerza a su movimiento, golpeó el vidrio con el hierro. La estantería sobre la que estaba colocada se movió con precario equilibrio mientras que el cristal presentó una primera señal de que podía resquebrajarse. Volvió a golpear y esta vez sí consiguió provocar un agujero. A partir de ese momento, todo pareció más fácil. Siguió golpeando intentando apartar todos y cada uno de los cristales. Si debía colarse por esas pequeñas dimensiones, debía intentar que quedaría limpio.

Asomó su cuerpo a través de la obertura y pudo analizar dónde se encontraba y sus opciones reales de huida. Estaba, quizás, en el segundo piso de la misma nave portuaria a la que los habían conducido la noche anterior porque frente a ella vio otras naves similares y mirando a la derecha captó el olor fuerte del agua de mar. A la izquierda, la calle en la que se encontraba se truncaba a unos cincuenta metros con una pared de ladrillo. Eso limitaba sus posibilidades de huida hacia una única dirección.

Miró hacia abajo. La caída, de unos cinco metros, no iba a ser fácil. Tan solo a dos metros a la derecha había unos enormes contenedores que limitarían a unos tres metros y medio ese salto. Podía intentar llegar si, aprovechando la irregularidad de la pared de ladrillos, se desplazaba desde la ventana.

Esa era su única posibilidad. Así que se puso manos a la obra sin permitirse dudar. La cabeza le seguía doliendo intensamente, pero en ese momento pensó que ojalá pudiera seguir pensando en ese dolor y no en el que podría producirle romperse una pierna.

Pasar por la ventana no fue fácil y en dos ocasiones el vestido se enganchó con algún cristal que debía quedar en los bordes. La segunda de las veces el rasguño llegó a su piel, pero Olga supo que el corte no había sido profundo.

Sin embargo, caminar por la pared utilizando los pocos centímetros que había entre pieza y pieza fue bastante más complicado. Aunque la distancia era mínima, pronto se dio cuenta de que sostener todo su peso escasamente con las puntas de los dedos de sus manos y pies agotaba sobre manera. Las extremidades empezaron a temblarle. Estaba en las últimas y le quedaba

medio metro para llegar a donde se había propuesto.

En ese momento el sonido de unos gritos y unos disparos le hizo olvidar su propia situación. Miró hacia el extremo de la calle que daba al puerto y, justo en ese momento, pasaron una serie de hombres, vestidos casi de negro y pistola en mano. Los perdió de vista, pero el alboroto seguía, tal vez incluso más potente. Y, poco después, Alena y Anya corrían en sentido inverso al que lo habían hecho los hombres, acompañadas por uno de ellos, que parecía guiarlas.

¿Los estaban liberando? ¿Quiénes eran esos individuos? Olga pensó que no encontraría la respuesta si seguía allí encaramada y, quizás por ese motivo, salvó la distancia que le faltaba sin notar todas las molestias que hacía un momento habían estado a punto de hacerla caer, llegó a los contenedores y después al suelo tan solo con un ligero golpe en la rodilla.

Fue hacia la esquina, aunque se detuvo justo antes de girar puesto que, por los sonidos que seguían llegando, no había duda de que el caos de tiros y gritos seguía reinando en la entrada del local.

Poco a poco fue acercándose procurando no ser vista, ocultándose tras cualquier objeto que pudiera ayudarla y, por fortuna, había muchas cajas y toneles repartidos por doquier. El ruido de las detonaciones fue bajando de intensidad. Uno de los bandos estaba ganando la contienda.

Olga esperó unos momentos y, en cuanto notó que había un paréntesis en aquella locura, se coló en la nave. Lo que vio la dejó helada. Como mínimo, había nueve o diez muertos en el suelo. Todos en posiciones extrañas, casi ridículas, como si fueran muñecos de trapo que se hubieran abandonado y solo la sangre hablaba de la cruda realidad.

De fondo seguían oyéndose algunos gritos y disparos que provenían de la parte de atrás. Tenía que encontrar a Sasha. Así que caminó a través de ese mar de muertos intentando no pensar demasiado. De pronto, uno de los cadáveres llamó su atención. No vestía los mismos trajes impersonales que había visto antes. Aquel llevaba smoking. El pelo rubio acabó de decirle lo

que había intuido. Era Sergei. Sus ojos estaban todavía abiertos, pero su expresión vacía indicaba que no había ningún alma detrás.

Olga no podía sentir pena en ese momento. No, sabiendo que su hijo seguía dentro. Así que no quiso seguir deteniéndose en esa imagen y continuó caminando hacia las escaleras que daban al piso superior.

Nada más llegar arriba, se encontró con un largo pasillo con habitaciones a ambos lados. Empezó a abrirlas una por una y comprobó que estaban vacías. Al llegar al final, había una última puerta con una obertura en el centro en forma circular. Miró a través de ese ventanuco y observó que desde allí se accedía a una especie de balcón totalmente construido en hierro y que estaba situado en la parte posterior de la nave, aquella que daba al East River y que se acostumbraba a utilizar como varadero de los barcos cuando debía hacerse alguna reparación que no exigiese hacerlo en seco.

Salió con cuidado. Si no iba errada, los tiros que solo hacía unos segundos se habían detenido provenían de la zona a la que el balcón se asomaba. El suelo, que también era de hierro, le permitía vislumbrar a la perfección lo que había por debajo.

Se trataba de un barco mercante de medianas dimensiones, sobre todo viéndolo desde esa altura. Tenía una única chimenea y desde el puente se alzaba una grúa que permitía descargar con facilidad las mercancías. Se mecía y crujía al ritmo del agua que olía muy fuerte por hallarse bastante estancada.

Caminando por la balaustrada de hierro, Olga rodeó la pared sin perder de vista ningún detalle del navío que había a sus pies. Cada pocos metros, unas escaleras de mano le permitían embarcar a él; pero antes de hacerlo quería asegurarse de que no había peligro.

Entonces, oyó unas voces. No eran gritos, pero no parecía una simple conversación. Descendió hasta la cubierta y caminó intentando no tropezar con ninguna de las piezas que había por el suelo. Identificó el lugar desde el que provenía el ruido como la bodega de carga. Esta profundizaba desde cubierta más de nueve metros hasta la quilla. Lo conocía bien porque ella había estado

en un barco muy parecido cuando vino de Rusia y tuvo que hacer casi todo el trayecto en aquel lugar frío y húmedo, rodeada de otros pobres infelices.

Se asomó por una de las escotillas y lo que vio la dejó sin aire. A unos dos metros de profundidad, Victor Ilichenko se hallaba en el extremo de una plataforma de hierro que, apoyada sobre una viga que la atravesaba perpendicularmente, mantenía un equilibrio precario gracias a que, en el otro extremo, estaban Grimm y Sasha proporcionando el contrapeso justo a ese balancín terrorífico. Tanto Jack como el ruso tenían un arma en la mano con la que se apuntaban.

—Solo tienes una bala, Ilichenko —decía en ese momento Jack.

—Suficiente. Incluso me sobra. Tú no puedes disparar y lo sabes. Si lo haces y muero, la tabla se descompensará y ambos os vais al garete. Sin embargo, yo solo quiero mataros a uno de los dos y así quitamos el lastre justo que necesito para subir.

Al decir aquello miró hacia arriba y la vio a ella.

—Vaya, vaya... si está aquí la zorrita.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—Vamos a hacerlo más interesante. Decide tú, Irina. Dime ¿a cuál de los dos disparo?

—¡Mamá! —volvió a gritar el niño.

Olga lo miró. Después dirigió su vista hacia Jack. Sus ojos expresaban determinación.

—Escoge, putita. Se me acaba la paciencia

Jack colocó al niño justo a su espalda y volvió a clavar sus ojos en ella y después con un leve movimiento de cabeza asintió, pidiéndole que lo escogiera a él, que estaba listo. Ella miró de nuevo a Ilichenko. Tenía una sonrisa en los labios.

Y lo vio todo con meridiana claridad. Sabía qué tenía que hacer con exactitud. Era sencillo. Los balancines tenían un mecanismo muy simple. Para que uno de los lados subiera, el otro extremo tenía que recibir la fuerza o peso

suficiente. Respiró hondo y dirigiendo una última mirada a Jack, se lanzó hacia Viktor. Ella sería ese peso necesario para que la parte opuesta subiera y pusiera a salvo a las dos personas que más quería en este mundo.

Ilichenko reaccionó por instinto y disparó el arma hacia lo que se le venía encima. Ella notó como si una llama ardiente entrase por su pecho; pero solo fue un momento, una oscuridad creciente le bloqueó cualquier sentido.

Capítulo 23

—Tómate esto. Te sentará bien

La voz de Florence lo devolvió a la realidad y, cuando la miró, vio que le estaba tendiendo un vaso con un café humeante. Extendió la mano para asirlo y, entonces, se dio cuenta de que le temblaba. La retiró y apretó el puño intentando conseguir que la convulsión remitiera. Florence no insistió y se limitó a dejar el ofrecimiento sobre una pequeña mesa que había entre dos asientos. Michael de Ressay estaba sentado en uno de ellos. Ella se acomodó en el otro. Jack permaneció de pie.

Hacía ya por lo menos cinco horas que estaban allí, esperando alguna noticia de los médicos. La sala era pequeña y muy poco confortable, pero, al menos, estaba apartada y se la habían cedido a ellos en exclusiva. Tener un amigo con las influencias de Ressay no era en vano; aunque, cuando lo había hecho llamar desesperado, no había sido en eso en lo que había pensado, si no en tener un amigo cerca.

En su mente seguía viendo la imagen en la que Olga se tiraba al vacío y aquel último instante en el que había sonado el disparo y ella se había arqueado por la fuerza del impacto. Cuando cayó sobre la plataforma, consiguió lo que se había propuesto; el lado donde se hallaban él y Edward se alzó lo suficiente para que Jack pudiera lanzar al niño hacia la cubierta y ponerlo a salvo. Él, sin embargo, permaneció en ella evitando que el extremo opuesto descendiese por completo.

Pese a ello, la verticalidad había sido bastante para que Ilichenko perdiese el equilibrio y se deslizase hasta caer al vacío con un grito aterrador. Ella, inconsciente, también había resbalado y, por un instante, Jack creyó que iba a tener que ver cómo se perdía en aquella bodega oscura. Pero su cuerpo desmadejado e inerte se había escurrido en horizontal y había chocado con la baranda de la plataforma. Esa circunstancia había impedido la caída, pero no iba a ser durante demasiado tiempo. Jack no había conseguido que la barra volviese a recuperar la horizontalidad y su situación era peligrosa. No lograba verle la cara, pero sí pudo ver la mancha roja que había empezado a empapar su ropa a la altura de la cadera y que le había indicado que la bala se hallaba en algún lugar de su abdomen. Esas heridas solían ser mortales. La había llamado. Había gritado su nombre una y otra vez, y no se dio cuenta de cuán desgarrador sonaba hasta que oyó el llanto de Edward, que también llamaba a su madre. Intentó recuperar la calma por el niño hasta que, por fin, los hombres de Rothenstein aparecieron y los sacaron a ambos de allí.

Lo demás solo podía recordarlo como una amalgama de sonidos y luces que se sucedían ante él. Se había sentido impotente, preso del pánico por perderla y tan desvalido como el niño a quien mantenía abrazado junto a sí. Arnold había tomado el control por él. Había asumido el liderazgo dando órdenes a diestro y siniestro. Y así fue como llegó hasta aquel hospital, tras dejar a Edward en las buenas manos de Margaret y Lizzy.

Desde entonces solo había visto las cuatro paredes de aquella sala aséptica y seguía siendo incapaz de tranquilizarse, pendiente de la puerta que los comunicaba con la sala de médicos, ansioso ante algunos de los sonidos, desesperado porque los minutos pasaran tanto como por que se ralentizaran y les diese tiempo a los cirujanos a extraer la bala que podía estar matándola en ese momento; ávido de saber de ella, pero aterrorizado ante la idea que pudieran decirle que todo había acabado.

Y, en ese momento, la puerta se abrió y un hombre de pelo cano y bigote espeso, vestido con una inmaculada bata blanca, se presentó ante ellos con el

semblante sereno. Michael y Florence se levantaron. Jack se acercó caminando los dos pasos que los distanciaba y esperó sin atreverse a preguntar. Tal vez así no conjuraría las malas noticias.

—La operación ha sido muy complicada —empezó a hablar el médico con una voz melodiosa—. La bala se había alojado en el intestino y ha sido difícil restaurar la zona y evitar las hemorragias masivas.

Calló por un momento. Parecía estar comprobando que sus palabras eran comprendidas en su totalidad.

—Por el momento sigue viva —continuó—, pero no puedo asegurar si superará esta noche. Ha perdido mucha sangre.

—¿De qué posibilidades hablamos? —preguntó Ressayre, quien, quizás, era el único que conservaba cierta calma.

—No muchas, la verdad. Un diez o un veinte por ciento, tal vez.

Florence se sentó derrumbada en una de las sillas, pero, pese a que Jack vio cómo la recorría un escalofrío, tuvo la capacidad de mantener las lágrimas a raya. Él, sin embargo, notaba como le escocían los ojos.

—¿Podemos verla? —volvió a demandar Michael.

—No es muy recomendable. Debe ahorrar las máximas fuerzas. Pero, tal vez... uno de ustedes... El que sea familia...

—Soy su marido —dijo entonces Jack sin pensárselo.

Notó la mirada inquisitiva de su amigo, aunque también sabía que no lo iba a dejar en evidencia. De los que estaban allí, solo Florence podía creer que tenía algún derecho sobre él; pero no iba a permitirlo. Olga era su mujer. Ante los ojibwa y ante Dios.

—Pase, entonces —dijo el médico—. Solo unos minutos.

Siguió al doctor a través de unos pasillos revestidos de azulejos blancos esquivando médicos, enfermeras y camillas con enfermos que parecían conformarse con estar allí. Llegó hasta una sala oculta a las miradas tan solo por una cortina. En medio, una cama y sobre esta el cuerpo de Olga que, en ese momento, se le antojaba minúsculo. Se acercó hasta su cabeza y la vio tan

pálida que casi podía ver sus venas y cómo palpitaba la poca vida que parecía tener. Puso su mano sobre su cabeza y le acarició el pelo percibiendo que no estaba sedoso como recordaba. Entonces sus párpados se movieron de manera apenas perceptible para que, en unos segundos, como si pesaran mucho, se abrieran muy poco a poco sus ojos y dejaran ver aquel color miel que lo cautivó desde el principio.

—Hola, preciosa —le susurró.

Ella curvó los labios en lo que podía ser una sonrisa, aunque ni para eso parecía tener fuerzas. Notó cómo su pulgar rozaba el dorso de la mano con la que él la había asido al acercarse a la cama. Él correspondió a su caricia peinando de nuevo su pelo. Olga abrió la boca e intentó decir algo.

—Ssshss... tranquila. —E intentando entender dónde podía centrarse su preocupación, prosiguió—. Edward está a salvo y perfectamente.

Olga volvió a hacer aquella mueca, pero sus fuerzas eran escasas y cerró los ojos. Jack pensó que se había quedado inconsciente. El doctor, que no se había ido, carraspeó como indicando que debía finalizar la visita. Acarició su cabeza resistiéndose a marcharse, pero, en unos segundos, se incorporó para obedecer al médico, acercándose antes a su frente para depositar un beso.

Olga volvió a abrir los ojos justo antes de que él se retirase. Entreabrió los labios, intentando decirle algo. Jack se agachó aproximándose al máximo para evitar que ella tuviera que hacer mayores esfuerzos.

—Jack... yo...

Jadeó y entornó los párpados.

—Ssshss —dijo él—, no te esfuerces.

—Jack... yo no podía...

—Tranquila, preciosa. Ahora tienes que....

—No podía, Jack... no podía escoger.

Él enmudeció. Sabía a qué instante concreto se refería. La miró a los ojos y vio cómo la miel se volvía ámbar gracias al brillo que los cubría. «¿A cuál de los dos disparo?» había dicho Ilichenko.

—No pude, Jack —volvió a susurrar Olga—. Fui incapaz de elegir. Te amo.

Grimm ya no se vio con fuerzas para contener más sus propias lágrimas. No recordaba si lo había hecho alguna vez. Si en algún momento anterior había sucumbido a su propia tristeza. Ni siquiera tenía ese recuerdo de cuando era niño. Tanto era así que alguna vez había llegado a pensar que debía tener una malformación que producía la sequedad en sus ojos y en su alma. Pero no. Allí estaba aquel líquido salado que había visto verter en otros. La prueba de la tristeza y la desesperación más absoluta.

—Sí escogiste, preciosa —le dijo con suavidad—. Te entregaste a ti misma. Pero ahora tienes que vivir, ¿me oyes? No puedes dejarme. No puedes dejar a Edward. Lucha, Olga. Por favor. Te lo ruego. No te abandones. No podré vivir sin ti. No dejes que Ilichenko gane.

—Disculpe, señor —interrumpió entonces el médico—. No debe agotarla.

Olga seguía insistente manteniendo el contacto visual. Volvió a abrir su boca, pero no llegó a pronunciar ningún sonido.

—Sssshht. Calla, mi amor. Guarda tus fuerzas.

Cuando Jack volvió a la pequeña sala no había logrado evitar que los restos de su llanto desaparecieran del todo. Ni en su apariencia, pues tenía los ojos totalmente enrojecidos, ni en su interior, dado que todavía notaba una gran presión en su garganta.

Florence se levantó y lo abrazó. Él dejó caer su cabeza sobre el hombro de ella y, pese a intentar contenerse, el roce de aquella caricia y el calor que emanaba su amiga provocaron que las lágrimas volvieron a aparecer. Al principio fueron suaves y silenciosas. Pero poco a poco le ahogaron el aliento y, al abrir la boca para intentar respirar, surgió un gemido ronco y doloroso. Florence estrechó más su abrazo y Jack pensó que esa cálida y protectora sensación era lo que debían sentir los infantes en brazos de sus madres. La ternura que emanó debió ser el detonante de una explosión de sollozos interminables que provocaron convulsiones en todo su cuerpo. Él, que era capaz de atemorizar a cualquier hombre, estaba allí llorando como un niño.

Entonces Michael se acercó y, arrebatándolo de los brazos de su mujer, lo estrechó contra él acariciándole la nuca.

Ressy siempre había sido el único con la suficiente ascendencia para tener influencia en él. Su persona de referencia durante muchos años. Ciertamente que, durante un tiempo, los papeles parecieron intercambiarse y había sido Jack quien había velado por los temores y los demonios del aristócrata. Sin embargo, en ese momento, ejercía de amigo, de hermano, de padre; todo aquello que nunca tuvo y que creyó que jamás tendría, que le estaba vetado. Como también había creído que nunca podría sentir amor por una mujer o ser amado por ella. Él, que provenía de las sombras, que surgía de las peores cloacas de la ciudad, que no fue merecedor siquiera del amor de una madre... ¿Cómo podía ser tocado por la flecha mágica?

Pero así había sido. Olga había ocupado ese espacio. Con su melena cobriza y sus ojos caramelo. Con sus imponentes curvas y su fuerza interior. Con su valentía y su coraje. Ella le había dicho que lo amaba. ¡Dios no podía arrebatársela! Aunque no fuera para él, ella debía vivir.

Los sollozos remitieron. Seguía sintiendo un dolor opresivo en su pecho y su garganta permanecía bloqueada; pero, poco a poco, la respiración parecía normalizarse y sus ojos no podían desprenderse de más lágrimas.

—Jack —dijo Michael casi en un susurro—, ha venido Martin mientras estabas dentro. Sasha lo está pasando mal. Al parecer no consiguen tranquilizarlo. Preguntar por ti.

Invocar el nombre del pequeño lo llevó a recordar su imagen gritando aterrorizado mientras miraba el cuerpo inerte de su madre. Si él se sentía tan destrozado por dentro, ¿cómo podía estar soportándolo aquel niño? Solo tenía ocho años y había pasado por más experiencias que muchos hombres y mujeres de largas vidas.

Rememoró también su huida por las montañas del norte. La expresión testaruda que anunciaba una voluntad de hierro. La misma fuerza de su madre, que le evitaría pronunciar una sola queja. Sus pasitos sobre la nieve y su

pecho insuflado de orgullo cuando desde sus hombros debía anunciarle la aparición del refugio. Vio también sus ojos asustados en las cloacas de Chicago y después la misma mirada expectante que, desde la *wigwam* colectiva, le preguntaba si él iba a ser su padre.

Su padre... Aquel que tenía que cuidar de él, quien debía proporcionarle un hogar y estabilidad y confortabilidad y seguridad y....

—Debo ir con él —dijo separándose del abrazo de Michael.

—Sí, Jack. Debes ir. Florence y yo no nos moveremos de aquí. Te prometo que te avisaré ante cualquier novedad.

«Cualquier novedad». No quiso reflexionar sobre lo que escondían esas palabras. Lo que podían significar. Tomó el sombrero que había sobre uno de los asientos y que había quedado allí olvidado cuando habían entrado, y se lanzó a la calle.

Hacía calor pese a que la oscuridad de la noche se cernía sobre la ciudad. Notó cómo su camisa se pegaba a su cuerpo, pero el sudor que exhalaban los poros de su piel no se debía tan solo a la temperatura exterior. La ansiedad lo estaba matando.

Tomó un coche de alquiler pese a que estaba relativamente cerca, pero necesitaba llegar cuanto antes.

En el vestíbulo del hotel no había casi nadie, aunque lo conocían lo suficiente para no tener que dar explicaciones sobre a dónde se dirigía y solo segundos después estaba frente a la puerta del último piso.

Margaret Golsmith le abrió y, pese a que al inicio su cara reflejó cierto alivio, una sombra de preocupación asomó con rapidez.

—¿Olga...?

—Ha sobrevivido a la operación, pero debemos esperar —respondió él sorprendiéndose de que pudiera dar el parte sin que se le quebrase la voz.

La mujer asintió y se apartó de la puerta para dejarlo pasar.

—Me alegro de que haya venido. No somos capaces de consolar a Sasha...

La sala principal de la suite que ocupaba toda la planta superior del hotel

era muy grande; pero había allí ocho adultos y diez niños de diferentes edades que parecieron encoger el espacio tanto como intimidarlo al dirigirle todas sus miradas en cuanto entró.

Reconoció con rapidez a los adultos. Se trataba de los amigos de Ressay, así como del ingeniero de la aeronáutica con su esposa y Tancredi con su pareja. Con los niños tenía más dificultad de recordar sus nombres, aunque su vista se posó sobre Edward y sintió unos enormes deseos de abrazarlo.

El niño lo miró al tiempo que se levantaba deshaciéndose del abrazo de Kathy, la más pequeña de los Ressay. Tenía los ojos enrojecidos, húmeda la cara y los labios temblorosos. Él dio los últimos pasos hasta donde el pequeño se encontraba.

Todos los que hacía un momento se encontraban allí parecieron obedecer una orden misteriosa y fueron desapareciendo o situándose en extremos alejados de la habitación y les permitieron la intimidad que necesitaban.

Jack se sentó en un sillón cercano de manera que podía tener al pequeño a su misma altura. Le tomó una de sus manitas y las notó frías y sudorosas a un tiempo.

—Mamá ha superado la primera prueba. —Le habló bajando la voz para conseguir mayor intimidad—. Ha sido operada y le han extraído la bala.

¿Era correcto decirle aquello a un niño tan pequeño? ¿Hablarle de balas y de operaciones? ¿De pruebas superadas?

—Se pondrá bien.

Edward había respondido con aquella frase que, con toda seguridad, debería haber sido formulada como una pregunta. Pero Jack vio en el brillo que se coló por la retina del niño y supo que había elegido ese tono de manera voluntaria. No quería dudarle.

—Sí, se pondrá bien. Ella es fuerte y tiene muchos motivos para luchar, pero, sin duda, el más importante eres tú. Te tiene a ti esperando.

El pequeño asintió con la cabeza y, pese a que se notaba todavía su nerviosismo, parecía que ya no temblaba igual.

—También estás tú.

Volvió a afirmarlo y, mientras lo decía, se había subido a sus rodillas, lo que hizo que Jack sintiese una especie de hormigueo en su interior. Nunca había experimentado, como hasta ese momento, aquel tipo de amor tan necesitado y, al mismo tiempo, tan puro. No encontró palabras para reaccionar, así que lo hizo dejándose llevar por su instinto. Puso la mano en la espalda de ese cuerpecito y lo empujó hacia él hasta notar que reposaba sobre su pecho. El calor que emanaba y el cosquilleo que le produjo la respiración de Edward sobre su garganta lo sorprendieron por su intensidad y por todo lo que removieron en su interior. ¿Eso era lo que sentían los padres? ¿Esa emoción tan intensa que se apoderaba de todo lo que eras tanto como te transformaba en el ser más omnipotente?

—Nos tiene a los dos —le susurró al oído—. Somos una familia.

El pequeño se abrazó con más fuerza al oír esas palabras y un pequeño gemido le advirtió que había contenido un sollozo. Estrechó el abrazo y pasó su mano por el sedoso pelo rubio del niño. Ese color era lo único que había heredado directamente de su padre, pero fue suficiente para recordar que Sergei había muerto.

—Tu padre...

Edward se removió inquieto. Entonces levantó la cabeza y lo miró directamente los ojos, al tiempo que posaba sus manitas a cada lado de su cara.

—Tú estás bien —dijo Edward—. Yo he tenido suerte. Alena y Anya...

Jack miró hacia el rincón donde había visto dirigirse a las niñas, imposibles de no distinguir por ese pelo tan rubio. La pequeña se había sentado sobre Arthur y parecía estar escuchando muy atenta una historia que el jovencito le explicaba al oído y con la que estaba consiguiendo que su tristeza fuera menor. La mayor, sin embargo, se había sentado en el alfeizar abrazada a sus propias piernas y clavando su barbilla en las rodillas. Tenía la mirada perdida en el exterior. No parecía triste, más bien, enfadada.

Esas dos niñas en plena pubertad se habían quedado huérfanas y además se encontraban en un país extraño. Desconocía cuánto tiempo se iban a quedar o si alguien las reclamaría desde Rusia; pero lo que estaba claro era que, en ese momento, estaban solas.

—Tú eres ahora su única familia aquí —dijo Jack—. No las abandonaremos.

Los ojos de Edward adquirieron un brillo diferente, el que aparece ante el reto o el desafío.

—No soy mayor.

—No, pero eres su hermano y el amor de un hermano lo puede todo

Abrió la boca un poco, para acabar torciéndola en una suave sonrisa.

—Yo las cuidaré —prometió el pequeño.

Jack sonrió. No había nada mejor para superar el propio dolor que intentar consolar a otros. Se dio cuenta por la expresión de Edward, que en ese momento miraba a sus hermanas con determinación y no parecía el niño desvalido de hacía unos minutos. Se incorporó y, avanzando hacia Alena, se sentó a su lado. La jovencita solo lo miró, pero como si de esa manera le hubiera dado permiso, él niño puso su cabeza sobre las rodillas de Alena y estiró los brazos por encima de los de ella. Ella correspondió el gesto poniendo su mano sobre la cabeza de Edward y acariciándolo con suavidad.

Decidió volver al hospital, no sin antes informar a Martin y Mario del estado de Olga. Les prometió más noticias en cuanto las tuviera y volvió a tomar un coche de alquiler que primero lo acercó a su casa para poder cambiarse de ropa. Cuando, bien entrada la noche, Jack volvió al pequeño espacio que hacía las veces de sala de espera, su preocupación por Olga no había disminuido, pero sabía que había hecho lo que debía hacer con Edward. Había actuado como lo hubiera hecho un padre. Lo había consolado, le había dado esperanzas y le había proporcionado algo por lo que mantenerse fuerte.

Las horas fueron pasando. Florence se había ido a atender a sus hijos. A primera hora de la mañana volvió y fue Michael quien se fue a descansar.

Cuando el sol ya resplandecía volvió a aparecer el médico y, sin querer darles demasiadas esperanzas, sí les confirmó que eran buenas noticias que hubieran pasado ya tantas horas desde la operación y no hubieran aparecido complicaciones.

Lo dejó pasar para verla. Ella estaba inconsciente y en ningún momento hizo amago de despertarse. Depositó un beso suave en la frente y le susurró un «te amo» en el oído. Después volvió a ver a Edward. Lo encontró con Anya y los tres pequeños Charmington jugando ante un tablero.

Todos parecían más tranquilos y esperanzados, aunque la ausencia de noticias estaba siendo demoledora. Estuvo un rato charlando con el niño, que se mostraba preocupado por si no estaba a la altura de los acontecimientos. Le confesó que había dormido, pero que sus sueños habían estado llenos de pesadillas y que Arthur había acabado durmiendo con él para poder calmarlo más rápido. Jack lo convenció de que aquello no era ningún síntoma de debilidad y volvió a prometerle que todo saldría bien.

Se trataba de una promesa que él no podía cumplir, que no dependía de su voluntad y ni siquiera de su capacidad. Pero se aferraba a ese deseo y lo formulaba en voz alta como si así pudiera conjurar el mal y alejarlo definitivamente.

De las hijas de Sergei, Alena era quien mostraba una actitud más afectada. Seguía apartándose de todos y de todo, manteniéndose en una férrea soledad que solo era, de vez en cuando, superada por Edward. Ni siquiera Margaret, pese a la experiencia que tenía tratando con niños huérfanos, podía hacerse con su confianza.

Decidió marcharse cuando vio que estaban sirviendo la cena. Él tampoco iba a comer nada, como no lo había hecho en las últimas cuarenta y ocho horas. Era incapaz. Al salir a la calle miró a su alrededor buscando un coche de alquiler para volver al hospital cuando un vehículo negro del que también era imposible ver lo que había en el interior se detuvo justo frente a él.

Grimm no tuvo que pensar demasiado para saber de quién se trataba y, sin

esperar que se lo indicaran, entró en el interior. Arnold Rothenstein estaba sentado con comodidad en uno de los asientos. Él ocupó el que había justo enfrente y el coche arrancó.

—Me han dicho que tu chica está bastante grave.

Oír hablar de Olga como de «su chica» no dejaba de sonarle extraño. Ella era bastante más que eso, pero nunca se lo reconocería a ese hombre que ya tenía suficiente poder con todo lo que conocía sobre las dos terceras partes de la gente de Nueva York. Él lo sabía muy bien. No en vano había construido parte del imperio de Ressay gracias a ese tipo de información y se había dedicado en los dos últimos meses de proporcionárselo a Rothenstein.

—Supongo que te alegrará saber que encontramos el cuerpo de Ilichenko. El pobre desgraciado quedó ensartado en una viga de hierro. Si tenía alguna posibilidad de sobrevivir, no era aquel su día.

¿Se alegraba? Tal vez. Sin duda, la desaparición de Viktor suponía un riesgo menos para Olga y su hijo, pero no las tenía todas consigo. La comunidad judía proveniente de Rusia era muy numerosa y tenía motivos para odiar todo lo que transpirase olor a zarismo.

—He hablado con el rabino Simeon Stein —continuó Arnold—. Tiene una gran ascendencia sobre la comunidad de Brooklyn y es amigo mío.

Ser amigo de Rothenstein podía tener diversas acepciones, pese a que, en la mayoría de ocasiones, no se trataba de lo que cualquier pudiera entender por amistad.

—Me ha asegurado que la Saparova y su hijo quedarán fuera de cualquier tipo de acoso.

—¿Y las hijas de Lebedenev? Son dos niñas.

Rothenstein lo miró con detenimiento. Ambos hombres se apreciaban y se respetaban, pero Jack sabía que era mejor no abusar de la paciencia que pudiera estar mostrando.

—¿Vas a volver?

La pregunta era clara y directa. Solo tenía dos opciones y admitía una única

respuesta. Jack sabía que con aquel hombre no cabían las ambigüedades ni las traiciones. No era causalidad que fuese uno de los hombres más poderosos de la ciudad, por no decir el más poderoso. Su intervención rescatando a Olga formaba parte de las obligaciones que habían establecido cada uno cuando accedió a trabajar para él. Pero Rothenstein había ido más allá y había logrado evitar para el futuro más problemas y las ayudas de ese hombre nunca eran gratuitas. Sin embargo, aceptar volver era renunciar a ella.

—No. Abandono.

Se hizo un tenso silencio en el vehículo. Arnold miró por la ventana como si de esa forma pudiera encontrar la respuesta adecuada. Jack sabía que haberse negado podía tener consecuencias y no tenía ninguna opción a salir indemne de ellas en un coche en el que chófer y copiloto irían con pistolas y estaban siendo custodiados por otro vehículo lleno de hombres armados hasta los dientes.

Pero, antes de que pudiera pensar en nada más, se detuvieron. Jack no desvió la vista para ver dónde estaban. Se mantuvo sereno y conformado, aunque podía estar en cualquier descampado a las afueras de la ciudad donde sería más fácil deshacerse de un cadáver.

—Hasta aquí ha llegado nuestro camino juntos, Grimm. Ha sido todo un placer.

Arnold Rothenstein le estaba tendiendo la mano. Él se la devolvió. Y, acto seguido, la puerta se abrió para permitirle apearse. Se hallaba frente al hospital. Con toda probabilidad, aquel hombre había conocido la respuesta desde bastante antes que formulara la pregunta.

Cuando llegó a la salita de espera, la encontró vacía. El corazón se le paralizó por unos instantes para después empezar a golpear con más fuerza. Salió al pasillo aterrorizado ante la idea de que eso significara malas noticias.

Entonces, Florence apareció por uno de los accesos que conducían a las habitaciones.

—¡Está despierta, Jack! ¡El doctor ha dicho que se recuperará!

Se lanzó de manera precipitada hacia la habitación y, al entrar, la encontró de nuevo pálida y ojerosa, mucho más delgada, con el pelo sucio y los labios cuarteados; pero abrió sus preciosos ojos color miel y lo iluminó todo.

—Bienvenida, preciosa —le dijo tomándola de la mano.

Ella sonrió. Abrió un momento su boca, pero solo exhaló un suspiro. Él se sentó en el borde de la cama y, acariciando su mejilla, percibió su piel más suave de lo que esperaba. Tomó una gasa de la mesita y la humedeció con el agua que había en una pequeña palangana. Después se la colocó sobre sus labios y notó cómo le aliviaba la sequedad.

—Edward tiene muchas ganas de venir. —Empezó a hablarle sin esperar a que preguntara—. Cuando le diga que ya estás despierta, va a ser difícil impedirle que se acurruque bajo tu cama.

—¿Cuánto tiempo llevo...?

—Dos días, dieciséis horas y... unos cuarenta minutos.

Olga entrecerró los ojos intentando focalizar más la mirada como si así pudiera saber más cosas de lo que había ocurrido durante aquellos días.

—Me trajiste tu atrapasueños —dijo Olga levantando uno de sus brazos para señalar el amuleto que estaba en el cabecero.

—Quien me lo regaló me dijo que era capaz de alejar cualquier maldad.

—Así ha sido.

—Has luchado como una guerrera.

—Tú me lo pediste.

—Tú me dijiste que me amabas.

—Porque es cierto. Siempre ha sido cierto. Siempre has sido tú y solo tú.

Jack acarició su cabeza y muy poco a poco se acercó a sus labios. Tenía tantas ganas de besarla como miedo a que aquello solo fuera una ilusión. Posó con mucha delicadeza su boca sobre la de ella y notó su aliento y su calor. Entonces se sintió abrumado por la ternura que ocupaba todo su interior y no pudo evitar que lágrimas, esta vez de felicidad, aparecieran en sus ojos.

—Te quiero, mi preciosa rusa. Te quiero a mi lado y en mi futuro. Quiero ser

el padre de tu hijo y que tú seas la madre de mis hijos. Te quiero como compañera, como esposa y como amante. Adoro tu valentía y tu coraje, pero también te digo, Olga Saparova, que nunca más vuelvas a poner tu vida en riesgo. No podré volver a soportarlo, porque antes morir que ver cómo te apagas.

—Bésame otra vez.

—Nada me gusta más que darte lo que pides.

La obedeció y en ese instante se dio cuenta de que él, el hombre hecho en las calles, el huérfano de padre y madre, incapaz de amar, no quería nada más en la vida que adorar a aquella mujer.

Epílogo

La escuela de *ballet* estaba en los bajos de uno de los edificios de la 40 con Broadway. Era un local luminoso, recubierto de espejos y suelos de madera, y que contaba con dos espacios de dimensiones similares y dotados, ambos, con calefacción para el invierno y buena ventilación para el verano.

Olga miró a las niñas que estaban recogiendo sus zapatillas después de la clase del día. En la habitación contigua, cuatro mujeres y dos hombres perfeccionaban su estilo con el *assemblé*. Las pequeñas simbolizaban el futuro. Los jóvenes se estaban preparando para presentarse a las pruebas que la Compañía de Ballet Clásico había convocado. Y era que, desde que había inaugurado la escuela el otoño anterior, John Miller, el propietario que tiempo atrás la había contratado a ella, le confiaba a todos aquellos aspirantes que apostaban por entrar.

Era un honor, pero también se sentía orgullosa de que, en tan poco tiempo – tan solo llevaba seis meses con la Academia abierta– una docena de pequeñas llenaran cada día la sala de baile.

Abrió la puerta principal y dejó que las niñeras e institutrices entraran a recoger a las bailarinas; aunque, en algún caso, era la propia madre quien esperaba la salida.

Era ya tarde y fuera oscurecía, pero las temperaturas de la primavera de 1913 estaban siendo muy agradables e invitaban a pasear. Los últimos bailarines le dieron las buenas noches y ella recorrió, de nuevo, todas las

instalaciones apagando las luces.

Después, salió a la calzada y, al alzar la vista, lo vio.

Apoyaba un pie en la fachada y tenía ambas manos en los bolsillos. Vestía un traje gris oscuro y una camisa blanca de la que solo se veían los puños y el cuello recogido en una corbata. La cabeza, cubierta por el sombrero, no llegaba a esconder aquellos penetrantes ojos negros que, desde lejos, refulgían.

El corazón se le disparó y tuvo que abrir ligeramente la boca para tomar aire. Se preguntaba durante cuánto tiempo más tendría ese efecto cada vez que lo veía. Se sentía como una jovencita frente al primer pretendiente. A veces, incluso, llegaba a sonrojarse ante su mirada insistente y, en aquella ocasión, no sería diferente.

Se acercó con una sonrisa en los labios y la reacción de él fue inmediata. Sacando las manos de los bolsillos, dio los últimos dos pasos hacia ella y enmarcó su cara acariciándole ambas mejillas con sus dedos. Sus ojos se posaron de inmediato en sus labios mientras que, en el interior de Olga, miles de mariposas revolotearon. Entonces, los desvió por un momento a un lado y otro de la calle para acabar empujándola hacia un semisótano y, amparado en la mayor oscuridad del espacio, apoderarse de su boca.

Olga se dejó llevar por la maravillosa sensación que la embargaba mientras sentía cómo él no podía contener su deseo. Aquella misma mañana habían hecho el amor al despertarse, pero eso no impedía que, en ese instante, ambos se estuvieran reconociendo con las manos y los labios como si hiciera lustros que no se veían.

Jack detuvo el beso, pero continuó muy cerca de ella, apoyando frente contra frente, intentado recuperar el aliento.

—Te he echado de menos —dijo él pasados unos instantes.

—Ya lo he notado —respondió ella con una sonrisa.

Posó su mano sobre su pelo y la deslizó por toda su extensión hasta jugar con un mechón enredándose en uno de sus dedos. Todavía no había

alcanzado la medida de antes de cortárselo al huir de Chicago, pero ya superaba sus hombros y mantenía el rizo salvaje de brillante caoba.

—Esta noche no tenemos a Edward. Me ha suplicado ir a casa de los Charmington y no he podido negarme.

—¿Anya sigue en casa de Kathy?

—Sí. Al parecer esos estudios conjuntos son más complejos de lo que nos pensábamos —ironizó Jack—, aunque, con sinceridad, si nos las estuviese ayudando George, creo que avanzarían más.

Un pequeño silencio incómodo les recordó a ambos que no iba a preguntar por Alena. La joven no había soportado vivir en Nueva York y prefirió volver a Rusia con su abuela paterna. Había sido un momento triste para Olga porque se sintió fracasada ante la imposibilidad de convencerla para que se quedara. Temía por las noticias que llegaban del otro lado del océano y por la inseguridad que suponía incluso el mismo viaje. Pero Alena no permitió que se hablara más del tema y se mostró inflexible amenazando, incluso, con embarcarse como polizonte en cualquiera de los navíos.

—Así que... ¿estamos solos en casa?

—Estaremos solos, sí; pero antes vamos a ir a otro sitio.

Olga lo miró sonriendo. En los diez meses que llevaban viviendo juntos, la había acostumbrado a impresionarla llevándola a los rincones más insospechados de la ciudad y disfrutar de pequeños detalles. Un paseo en barco por el Hudson, un amanecer en Long Beach, una cena en un pequeño restaurante griego escondido en Brooklyn... Jack se conocía cada rincón de aquella ciudad y cada pequeño establecimiento y, pese a que ella llevaba también años viviendo allí, siempre la sorprendía con algo nuevo.

Lo hacía, sin embargo, con esa expresión contenida que, con el paso del tiempo, ella había conseguido identificar e interpretar. No se trataba de frialdad ni de distanciamiento; era, más bien, prevención, temor a ser dañado, inseguridad nunca explicitada, miedo a ser vulnerable no ante los demás, sino incluso ante sí mismo. Y no era consciente de hasta qué punto esa mirada le

generaba a Olga la ternura más conmovedora.

Caminaron con lentitud por Broadway hasta que unos metros más allá llegaron a la parada del tranvía. Le encantaba viajar en ese transporte. Se situaba, siempre que podía, cerca de la ventana y miraba las concurridas calles de la ciudad que la cautivó desde el mismo día en que llegó, pero que ahora, de la mano de Jack Grimm, le parecía la más singular y peculiar por su enorme cantidad de habitantes, por la vivacidad que todas sus gentes destilaban, por su perfil cambiante minuto a minuto, porque era una y era muchas ciudades al mismo tiempo.

Al llegar al City Hall Park, Jack le indicó que debían apearse y ella obedeció sin rechistar. Después caminaron unos pocos pasos más hasta que, tomándola de la mano, Grimm la introdujo en un edificio que desprendía todavía un fuerte olor a pintura y solo acceder quedó impactada. Se hallaban en un vestíbulo con una altura de tres plantas, techo acristalado y bóveda cubierta de mosaicos dorados, así como una gran cantidad de estatuas.

Jack saludó de forma breve a un hombre que vestía con un traje negro y que, después de dirigirles un breve vistazo, mantuvo los ojos fijos en la puerta de salida como si su único objetivo fuera controlar quién entraba y salía.

Olga seguía con la vista clavada en varios balcones adornados de frescos y filigranas de bronce, y apenas fue consciente de cómo siguió arrastrándola hasta que la introdujo en un ascensor cuyas puertas estaban decoradas recordando a las iglesias bizantinas.

Jack accionó con habilidad los comandos hasta que se puso en marcha y ella sintió cómo su estómago respondía ante la velocidad con la que iniciaron la subida. Miró hacia la botonera y pareció entender su significado.

—¿Cincuenta y cuatro pisos?

—Te subiría a la luna, pero todavía no han construido las escaleras que lo permitan.

Cuando minutos más tarde llegaron al que parecía el último piso, descubrieron que podía subirse más a través de otro ascensor hecho por

completo de vidrio y así llegaron a la planta cincuenta y ocho.

Se trataba de una estancia no demasiado grande, de forma hexagonal, desde la que se accedía a una terraza. Olga salió y se quedó impresionada al descubrir una piedra de un suave color verde y unos rasgos arquitectónicos que, con sus arcos y contrafuertes, parecían situarla en una catedral y no en la cima de un edificio neoyorkino. Se atrevió a asomarse por el balcón y la impresionante altura la asustó.

Jack se colocó a su espalda y le puso una mano sobre la cintura como sosteniéndola. Ella recordó aquella madrugada en la que miraron el amanecer desde una pequeña atalaya del puerto. Nada comparable, pero tan cargado de sentimientos como en ese momento. Y era que fue en ese momento cuando Olga Saparova se enamoró de Jack Grimm.

—¿Dónde estamos?

—En el edificio más alto del mundo. El Woolworth.

—¿El que inauguraron tan solo hace unos días?

—El mismo.

Ella sonrió. Nunca dejaría de sorprenderla. Cómo conseguía el acceso a los sitios más recónditos y por qué vías obtenía la colaboración de casi todo el que se cruzase en su camino era un secreto que nunca descubriría. Pero allí estaban. Abrazados y mirando desde lo alto la ciudad en la que vivían, como si se hubiera postrado a sus pies o como si ellos fueran dioses.

—Ven —dijo entonces Jack tomándola de la mano y la empujó con suavidad hasta la parte posterior de la terraza.

Había una mesa en el centro y dos copas junto con una botella de champán. La abrió con cuidado y vertió el líquido dorado. Cogió una de las copas y le tendió a ella la suya.

—Brindemos.

Olga se limitó a asentir y chocar con delicadeza la copa.

—Quiero regalarte una cosa y que, a cambio, tú me regales otra.

Ella se alertó. Dudó, incluso, por un momento, si se había olvidado de

alguna fecha significativa que lo justificase. Además, él nunca le había entregado ningún obsequio, pese a que no dejaba de sorprenderla con multitud de experiencias. Sin embargo, en aquella ocasión, Jack había metido una mano en su bolsillo mientras hablaba y al sacarla un puño cerrado parecía esconder alguna cosa.

—Yo... yo no he comprado nada que...

—Ssshhh —susurró haciéndola callar—. Irina Olga Gerasimov Saparova, quiero entregarte este regalo no porque lo necesites tú o lo necesite yo, ni siquiera porque queramos que el mundo entero sepa que tú y yo estamos vinculados por algo muy profundo. Quiero regalártelo porque eso significa que yo, de manera definitiva, me he transformado en alguien distinto. Alguien más normal, más humano y más vulnerable, pero también más tuyo.

Entonces, le tomó una de las manos, le abrió la palma y depositó sobre esta un objeto que notó frío. Cuando él retiró su mano, vio un anillo engarzado en oro y brillantes que pareció refulgir con la luz de la luna.

—¿Quieres aceptar este anillo y casarte conmigo? —susurró.

Olga notó cómo todo su cuerpo temblaba. En efecto, ella no necesitaba casarse con él. Se sentía su esposa desde hacía mucho, pero sin duda y por encima de todo, desde que habían protagonizado aquella ceremonia con los ojibwa. Sin embargo, la petición de matrimonio al más puro estilo neoyorkino, viniendo de un hombre tan ajeno a los convencionalismos como Jack Grimm, era, si cabía, mucho más emocionante que la declaración de amor eterno que ella le hizo en una cabaña india.

Los ojos se le habían empañado de lágrimas de emoción y pensó que no podía ser ella, tampoco, más prototipo de la mujer enamorada.

—Sí, quiero, Jack Grimm. Quiero ahora y te amaré siempre.

Él se acercó muy poco a poco, sin dejar de mirarle los labios y, con muchísima suavidad, depositó un tierno beso que a ella, acostumbrada a sus ataques de pasión, le pareció increíble.

—Ahora te diré qué regalo quiero. —Y después de respirar profundamente

un par de veces, como si le fuera muy difícil continuar hablando, prosiguió—: Quiero que me regales el día de hoy como el día de mi cumpleaños, porque haberme aceptado significa que empiezo una nueva vida que es casi tanto como un renacer.

Olga lo miró a los ojos. Vio en ellos aquel negro cautivador, profundo y arrebatador, y sintió como si pudiera zambullirse en ellos. Sabía que la petición que le hacía, y que cualquiera hubiera tachado de absurda, para él era de gran importancia. Él no sabía con seguridad cuántos años tenía porque tampoco sabía en qué día había nacido. Jamás había celebrado su cumpleaños ni había recibido ningún regalo. Pedirle ese tipo de presente la elevaba a ella una categoría por encima de cualquiera y le confería el poder de hacerlo vivir de nuevo.

Ella le daría eso y mucho más.

—Te regalo este día, 30 de abril de 1913, y lo convierto en el día de tu cumpleaños. Pero, además, puedo hacerte tu primer regalo de aniversario.

—¿No habíamos quedado que no habías comprado nada?

—Y no lo he hecho. No ha sido comprado. Pero sí será un regalo.

Levantó una ceja. La misma donde se ubicaba la cicatriz que le habían infringido los hombres de Ilichenko, pero esta vez no pareció nada peligroso.

—Yo... yo... creo que estoy embarazada.

Jack abrió los ojos y la boca al mismo tiempo, y se quedó unos segundos mirándola hasta que con una especie de ronquido recordó que debía volver a respirar.

—¿Embarazada?

—No es seguro, pero... yo creo que sí... Tengo un retraso de dos meses y...

—¿Dos meses? —Y miró hacia su barriga como si pudiera descubrir algo extraño en ella.

—Sí. Todavía no he ido al médico. Pese a que las náuseas matutinas parecen indicar...

—¡Maldición! Te llevo observando desde la semana pasada. Había decidido

llevarte al médico si no remitían.

—No será necesario o, al menos, no al médico que estabas pensando.

—Y ¿Edward? ¿Cómo se lo tomará? ¿Y si se siente celoso? No podríamos... no deberíamos...

Solo alguien como Jack Grimm podría pensar en ese niño que no era suyo preocupándose por sus sentimientos, como lo haría el mejor de los padres.

—Edward lleva meses insistiéndome en que tengamos un hermanito... o hermanita, claro está.

Entonces él la tomó de la cintura, la izó hasta colocar sus bocas a la misma altura y la besó como si el mundo se estuviera acabando en ese momento. Olga supo que nunca podría dejar de ser feliz si estaba con aquel hombre. Que haberlo encontrado en su camino era lo mejor que le podría haber pasado jamás. Que no podía concebir la vida sin él. Que sus sentimientos por él traspasaban cualquier atisbo de racionalidad. Que nunca podría dejar de quererlo de la misma forma que no había elegido amarlo.

FIN

Si te ha gustado

No pude elegir no amarte

te recomendamos comenzar a leer

Hasta que regresen

de *Nunila de Mendoza*



Capítulo 1

—¡Marcus! ¡Tan feo como siempre! —exclamó Bonnie al entrar a la sala. Como siempre, sonriendo, besó en ambas mejillas a su cuñado.

—¡Hola, Bonnie! —respondió Marcus y, en un tono sarcástico, agregó—: Siempre tan encantadora.

—¡Trátame bien, Holms!, es mi cumpleaños.

—¡Julian! —Se acercó a su otro cuñado—. ¿Por qué llegas tarde?, ¿tus hijos te escondieron, otra vez, tus piernas?

—Sí —respondió él—. ¿Quién le habrá enseñado esa *bromita*?

—¡Esos son mis sobrinos! —dijo Bonnie riendo y dando aplausos—. ¡Oh, Bram! —Fue directo a los brazos del delgado caballero—. ¿Quién iba a pensar que terminarías siendo mi cuñado favorito?

—Hola, Bonnie. —El alto hombre la saludó con un beso en la cabeza—. Y tu cuñado más guapo también...

—Solo tú la soportas —dijo Julian, acomodándose en el sillón, tras poner las muletas una a cada lado y disimulando una sonrisa.

—Si viviera conmigo... —expresó Amy, a la par que le daba a su hermanita besos y le acomodaba el cuello de su blusa—. ¡Padrino, no le celebre las majaderías! —Volteó enojada al ver al doctor Gervais zarandeando su cuerpo por los estragos de su risa—. Si vivieras conmigo, ya serías una dama.

—¡O conmigo! —exclamó Grace abrazando a su hermana menor—. Necesito mucha ayuda en la escuela.

—¡Ella vive en Garden House! —Henry entró en ese momento al salón y se acercó a besar a sus queridas hermanas y luego le dio la mano a sus cuñados—. Esta es su casa.

—Pero no haces nada por educarla mejor —dijo Katy abrazando a Bonnie con esos abrazos que molían los huesos—. Malcriada.

—Hoy cumple diecinueve años. —Henry levantó los hombros e inclinó la cabeza—. Creo que ya es tarde para empezar.

—¡Bah! —dijo Katy, siempre la más expresiva, pellizcando los cachetes de Bonnie—. Una semana conmigo y verás cómo la educo.

—¡Alexandra! —Se soltó Bonnie de los fuertes brazos de su hermana y corrió a refugiarse en su cuñada—. ¡Me quieren mandar a un internado suizo!

—¡Engreída, engreída! —expresó Alexandra, la abrazó y, riendo, agregó—: Te mandamos a Suiza y empezamos otra maldita guerra. Bien, ¿todos están? ¡Oh, falta Josué!

—¡Y el novio de Bonnie! —exclamó Katy.

—Mi novio vendrá después del almuerzo —respondió Bonnie mirando severamente a todos y, tras levantar el dedo en señal de advertencia, dijo—: Prometieron no molestarlo. Además, vendrá junto con su jefe.

—¿Cuándo lo hemos molestado? —preguntó Katy, poniéndose las manos en la cintura.

—Josué —habló Amy cambiando abruptamente la conversación antes de que empezara la discusión entre sus hermanas—, como siempre dramático, querrá hacer su entrada triunfal.

—¿Cómo estará mi ahijado? —preguntó Grace con una dulce sonrisa.

—Al final también le pondrán *Randolph* —agregó Bonnie suspirando—. ¿Ya van cuántos? El de Henry, el de Amy, Grace, Katy. No podemos seguir teniendo tantos *Randolph* en la familia. Comenzaran a decir que los Townsend no somos originales.

—¡Y tanto que les ha costado ganarse la fama de excéntricos! —exclamó Alexandra riendo.

—No te rías tanto, Alex —arrugó la frente Katy—, que aún no te borran tus antecedentes policiales.

—Se llamará *Randolph* y punto —habló tía Gloria. Al entrar la anciana al salón todos saltaron de sus asientos prestos a saludarla; los caballeros con una inclinación de cabeza y las damas con un beso en ambas mejillas—. Es orden

de tu madre que cada uno de ustedes tuviera un *Randolph* en la familia, y así será.

—Los deseos de Violet Townsend se están volviendo cada vez más exigentes —dijo Bonnie suspirando—. Ya es un lío llamarlos a la mesa.

—¡Calla, Bonnie! —gritó la dulce tía. Acomodándose las gafas, miró donde estaba sentado Gervais y, enojada, preguntó—: Y tú, ¿estás tan viejo que ya no te paras a saludar a una dama?

—Si entra una, me paro —respondió el anciano.

—¿Por qué seguimos alimentando a este hombre? —inquirió a los presentes la tía, señalándolo.

—Orden de *lady* Violet —dijo Bonnie riendo.

—Por cierto, ¿dónde está tu madre?

—Con sus nietos, tía Gloria, en la galería —respondió Katy—, contándoles las historias de los ancestros de Garden House.

—Henry, cariño —expresó la tía mirando a su sobrino mayor—, ¿qué esperamos? ¿Por qué no sirven?

—A Josué, tía Gloria.

—Ese muchacho siempre tarde.

—Como se cree el favorito de mamá... —intervino Amy.

Entonces todos los presentes que no eran Townsend blanquearon los ojos al oír esas palabras porque, como siempre, comenzaron todos los hermanos a discutir quién era el hijo favorito de *lady* Violet. Hasta la callada Grace entraba en la discusión, pidiendo para ella ese honor. Todos argumentaban y peleaban, como si la vida se les fuera en ello, para que los demás admitieran que era el más querido de su madre. Todos discutían y quien escuchara sus argumentos, por separado, diría que indiscutiblemente tenían la razón. *Lady* Violet se cuidó muy bien de dejar rastros o dudas en sus hijos. En algún momento, con un gesto o una mirada les dijo al oído, a cada uno, que eran sus favoritos y ellos lo daban por cierto. Sobre ser el favorito de papá no había esas discusiones, aunque todos reconocían que los había amado mucho y que

había sido un increíble padre, sin rencor, coincidían en que el hijo favorito de Ian Townsend había sido Randolph.

¡Horror de horrores! Tristeza, desolación, angustia, congoja y pena (razón tenía papá de decir que soy muy dramática), qué día tan atroz. A diferencia de mi hermana Katy, yo no poseo ese don de tener presentimientos, si no, hubiese sacado mis libretas a tiempo de la biblioteca. Fue de la manera más absurda; aún están haciendo los cableados para ese horrible sistema de luz eléctrica. Comenzó, dijo el electricista (qué graciosa palabra), con una chispa. El muy cobarde salió corriendo (nunca regresó) y, desde la puerta de entrada, recién alertó. El incendio avanzó como dirigido por el diablo y, con suma perfidia, el centro fue mi baúl donde guardaba mis diarios. Diarios queridos que llevo escribiendo por años. Tantos recuerdos, tantos sentimientos. He llorado toda la mañana, pero como no hay nadie en casa, nadie me hace caso. «Bonnie, por qué lloras tanto, vuélvelos a escribir», fue todo el consuelo que me dio mi madre. Para *lady* Violet todo siempre es tan simple. El grosero de Josué ni salió de su cuarto para ver qué había pasado (cada día está peor) y el bruto del chofer tuvo el atrevimiento de murmurar con su marcado acento español: «Moza escandalosa, tanto jaleo por gusto». Fue todo culpa de él, no lo soporto. Cuando iba a entrar a rescatar mis cuadernos, me interceptó en la puerta; como a un saco de papas, me cargó en el hombro y me sacó al pasillo. Luego, sin piedad alguna, echó agua encima de mi baúl. Todo quemado, mojado, totalmente inservible, para después atreverse a murmurar tan alto para que yo escuchase. Le he pedido a mamá, de nuevo, por enésima vez, que lo despida, pero sé que no lo hará. «Leonard es extranjero, cariño, no sabe bien el idioma y no tiene familia. No puedo echarlo, además, te salvó la vida». Imposible discutir con mamá, si al menos Henry estuviera en casa, irse justo ahora a Nueva York, Katy no se sabe cuándo regresará de Boston y las

panzonas de Grace y Amy no pueden salir de sus casas por orden del médico. Me siento tan sola en Garden House. Y encima perdí mis diarios... ¡Oh, qué pena! Pero no importa, soy una Townsend, y las Townsends no nos dejamos vencer tan fácilmente. Como dice mamá, habrá que escribir de nuevo. Años y años de historias contadas, tantas vivencias plasmadas en papel, pero como siempre para *lady Violet* todo es tan simple y fácil... «Escribe de nuevo, cariño».

Primer día en esta casa y estoy muy desconcertado. Vine con la intención de desenmascarar a Ian Townsend ante su familia y el mundo, juré ante la tumba de mi madre vengarme de su opresor, del mal hombre que llenó su vida de tristeza, llegué de tan lejos y él no está. Entonces, he decidido que será la esposa cómplice en la desgracia de mi madre quien pague. Estoy seguro de que ella sabía todo si no es que fue la instigadora de la maldad que le hicieron.

Logré infiltrarme en Garden House por cosas del destino. El hijo mayor de la familia, el conde de Hamilton, viajaba prestamente a América (entendí que su suegro, que vive allí, estaba mal de salud y viajaba con sus hijos, esposa y una tía de esta). Necesitaba, con urgencia, dejar en casa un chofer para poner al servicio de su madre y hermana menor. No lo sabía, estaba rondando la residencia para buscar información, cuando un sirviente, al verme, me preguntó si venía por el puesto de chofer. Respondí afirmativamente y me hizo entrar. Es una casa en verdad muy hermosa, de muchos jardines y plantas coloridas. Me llevaron a la cocina a que esperara a ser llamado por el señor. Me tuvieron sentado ahí por casi una hora y me dieron, eso sí, mucho té y pasteles, al parecer es casi una obligación en Garden House (así llaman a la casa de los Townsends) dar de comer a todo aquel que cruce el umbral. Ya aburrido, de repente, entró una hermosa chica de grandes ojos violetas,

primera vez que vi unos igual. Vestía encima un delantal, cargaba en brazos a un bebé pelirrojo y muy llorón. Se me acercó sonriendo muy acalorada y preguntó si era el nuevo chofer, le dije que sí, e inmediatamente puso el rollizo bebé en mis brazos, mientras acomodaba unos bucles negros azabaches alrededor de un gastado pañuelo.

—¡Pronto! —Me quitó al bebé—. ¡Hay que bajar los baúles o perderán el barco!

Después todo fue muy rápido, como un sueño. Los habitantes de la casa gritaban todos a la vez, siendo la muchacha de ojos violetas la más alborotadora, corría de un lado a otro, siempre con un bebé en los brazos. Otra que armaba tremendo jaleo era una mujer muy alta, también muy atractiva, que vestía pantalones de hombre y gritaba con un acento distinto al inglés. Diciendo maldiciones cada dos palabras a un hombre de rostro impasible que entendí era su esposo, el conde de Hamilton, hijo mayor de Ian Townsend. Su molestia era por no apurarse, gritaba, iracunda, que perderían el barco. El no respondía, mientras todos estaban acalorados en los trajines; parecía mirar aburrido la escena. La gritona americana solo calló cuando este le dio un acalorado beso en los labios.

—Es la única forma de callarla —me dijo el hombre dirigiendo su atención a mí—. Tú debes ser el nuevo chofer.

Sin preguntarme más, comenzó a darme órdenes para acomodar el equipaje. Y también me informó lo que serían mis labores y mi paga.

—Estás a completa disposición de mi madre, la llevas a donde ella pida. Generalmente a la casa de mis dos hermanas, Amy y Grace, quienes no viven muy lejos de aquí, y a su obras de caridad... ¡Ya te escuché Alexandra!... ¡Hasta en América deben haberte escuchado!... Tu labor es trasladar a mi madre a sus labores y a mi hermana, que está por ahí. Ella va a la universidad, siempre debes acompañarla a donde vaya. Siempre. Está metida en muchos *clubs* de oratoria, teatro, derechos de las mujeres y no sé qué más, va a lugares muy alejados. Siempre debes acompañarla, jamás dejarla sola. Tu paga es muy

buena, pago mucho más que el promedio, sobre todo por ella, hay que tener cuidado donde va. Otra cosa... Quiere manejar. No lo autorizo, es muy alocada y... ¡Alexandra, ya está todo listo! ¡Qué mujer! ¡Que los niños se despedían de mamá!... Intentaré, de todos los modos, que le enseñes a manejar. De ninguna manera. Por esa razón, despedimos al anterior chofer. Verás la glorieta de la entrada y los arreglos que le están haciendo... bueno. Imagínate cuánto nos costó sacar el carro incrustado en ella... No, Alexandra, mamá no irá... Ya subo a despedirme. Hablo con Josué y voy a la puerta... ¡Lo sé, esposa, no se despidió de nadie! ¡Alexandra, por favor, déjalo ahí, no hagas más problemas!

La mujer americana gritaba a su esposo por la descortesía del hermano Josué por no despedirlos. Este lo excusó subiendo los hombros, y ella salió a la puerta murmurando: «Amy tiene razón, demasiado mimado».

El alboroto siguió unos cuantos minutos más. Me encargué de subir el equipaje al automóvil y supongo que dentro de la casa se dieron las despedidas. Subidos todos los baúles, la americana gritona, una anciana extraña, tres niños pelirrojos, dos castaños y el conde marchamos al puerto. Solo ellos. Los demás habitantes se quedaron en el interior de la casa. Llegamos a tiempo y sin demora. Subieron al gran transatlántico y partieron no sin antes, por última vez, el conde darme las indicaciones sobre su hermana pequeña, Bonnie.

—No quiero verla detrás de un volante. Cualquier cosa lo manejas directamente con mi madre, *lady* Violet, no la llames *lady* no le gusta, o con Josué. Ya, Alexandra... sube... Escuche bien, joven: Bonnie no maneja un automóvil. ¿Entendido?

Se marchó el conde, sin siquiera preguntarme mi nombre.

En el Nueva York de principios de siglo, hervidero de gentes de todo origen y lugar, un hombre hecho a sí mismo deberá combatir sus propios demonios por el amor de una mujer.

Cuarta y última entrega de la serie “Tiempos de cambio” y que consta de “El Doctor” “Su primera vez” y “Esperando su perdón”.



Jack Grimm es un hombre, sin familia y sin amigos, acostumbrado a hurgar en los más bajos fondos del Nueva York de principios de siglo XX donde criminales de orígenes y objetivos diversos, campan a sus anchas. Sin embargo, su vida da un giro cuando, de manera casual, acaba trabajando para el Vizconde de Ressay. Y ello no sólo porque esa dedicación le hace abandonar las calles y encontrar lo más parecido a un hermano, sino porque un encargo del Vizconde le lleva a conocer a Olga Saparova, una emigrante rusa, bailarina de profesión y mujer fuerte y valiente.

Olga oculta un gran secreto, tan importante para ella, que es capaz de renunciar a cualquier cosa por protegerlo. Y ese momento llega, cuando es localizada por un grupo criminal de judíos rusos y debe sacrificar la pasión que se ha desbordado entre Jack y ella.

Sin embargo, él no es alguien a quien pueda despreciarse sin más y la traición de Olga despierta una vorágine de sentimientos en Jack que empiezan por el rencor y la venganza, aunque pronto desvelarán que no hay odio sin amor.

Bel Diciembre es el seudónimo con el que me dedico a mi pasión más oculta: leer y escribir novelas románticas. Nacida en un pequeño pueblo de la provincia de Barcelona en 1968, estudié Filosofía en la Universidad de Barcelona licenciándome en 1992. En los primeros años me dediqué a dar clases tanto en institutos de secundaria como en escuelas de adultos y otras academias. En 2005 obtuve también la Licenciatura en Derecho dedicándome a la gestión y dirección de empresas por lo que en 2011 también obtuve un Master en Administración de Empresas.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Bel Diciembre

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-43-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

No pude elegir no amarte

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Bel Diciembre

Créditos